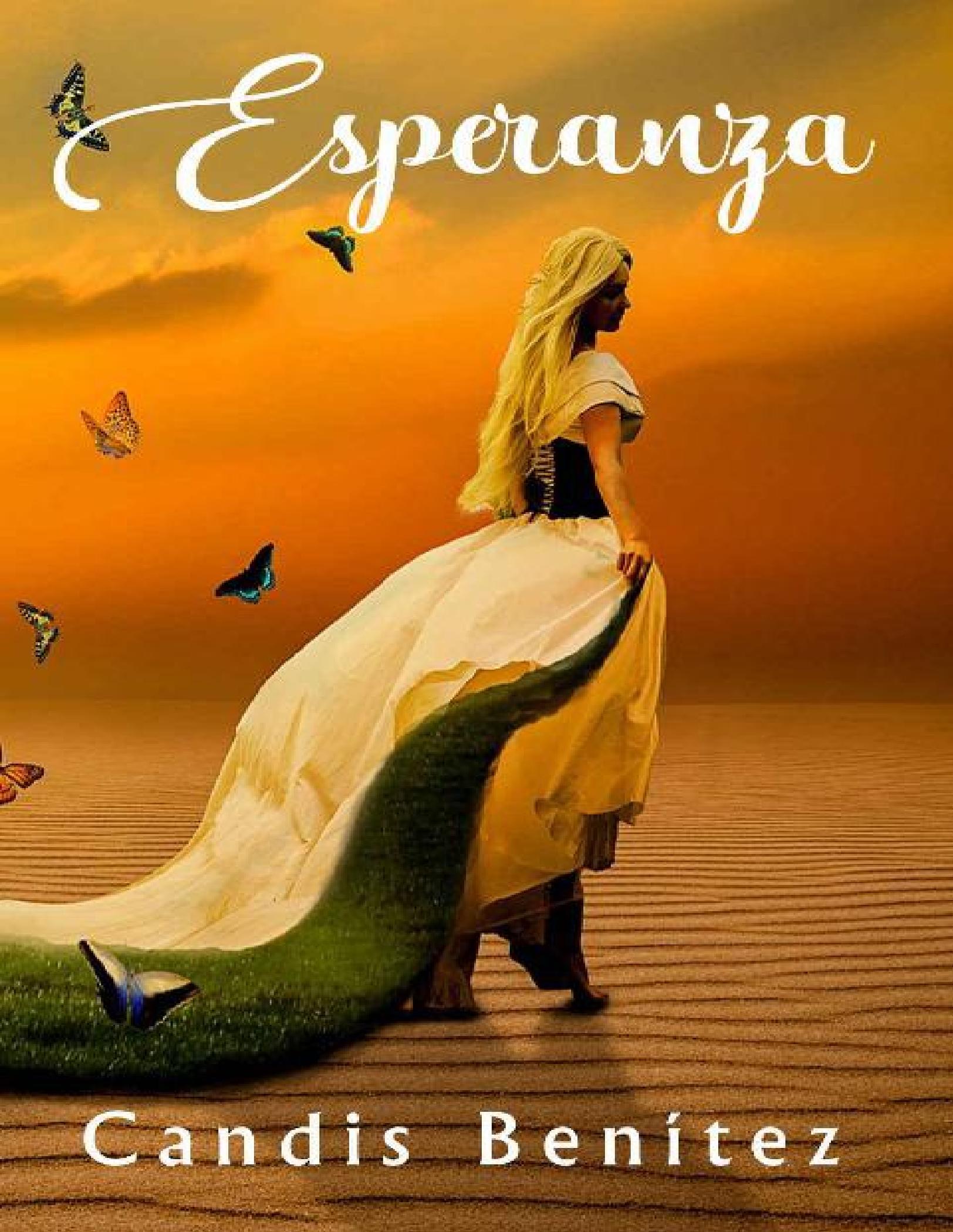
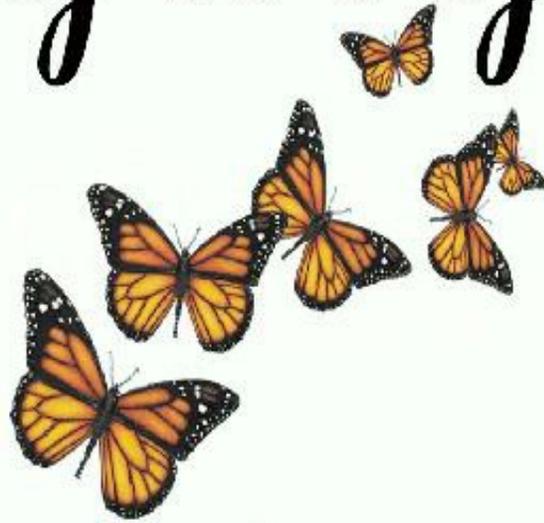


Esperanza

A woman with long blonde hair, wearing a long white dress with a black bodice, is walking away from the viewer on a wooden pier. The background is a warm, golden sunset sky. Several butterflies of various colors (blue, orange, green) are flying around her. The overall mood is serene and hopeful.

Candis Benítez

Esperanza



Candis Benítez

Esperanza

©Candis M. Benítez R.

Primera edición: marzo 2019

Edición: Candis Benítez

Corrección y maquetación: Candis Benítez

Lectora beta (1era y 2da parte): Ana María Salazar

Diseño de portada: Candis Benítez

ISBN: 9781090151315

SafeCreative: 1512146021966

candis27@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

Quiero agradecer, primero a Dios, luego a Esperanza —mi primer bebé literario—, por abrirme las puertas al maravilloso mundo de las letras, dándome la oportunidad de conocer a personas maravillosas, a quienes agradezco su amistad y apoyo incondicional.

Espero disfruten de Esperanza, tanto como yo al escribirla.

Una vez más puedo gritar a los cuatro vientos:

¡Se vale soñar!



Índice



Sinopsis

PRIMERA

PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

SEGUNDA

PARTE

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

TERCERA

PARTE

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Biografía

Sinopsis



En ocasiones, las personas tomamos las peores decisiones en nuestras vidas, las cuales muchas veces pueden ser irremediables, en caso de no enmendarnos a tiempo.

William Carrington lo sabe bien, pues en su juventud —buscando escapar de las presiones familiares y ser libre—, eligió la puerta equivocada. Vivió una época de desenfreno total, y estuvo al borde de perderlo todo, incluso lo más preciado que posee cada ser humano, dándose cuenta con ello de su manera errada de proceder, antes de caer en un abismo sin retorno.

Haciendo un cambio radical en su vida, conoció a alguien que despertó en él algo que jamás había sentido, centrando todas sus esperanzas en ella y planes futuros. Sin embargo, el destino le hace una mala jugada, destrozando su corazón de la forma más cruel imaginable, llevándolo a pensar que estaba pagando por su forma de proceder aquella nefasta noche.

Años después, se vuelve a repetir uno de los momentos que lo marcó en el pasado, conociendo de la forma más inverosímil a un ser que le devolverá las ganas de vivir, provocando que su corazón vuelva a latir... como nunca antes.

¿Logrará el amor salir victorioso y unir a dos almas que estaban destinadas a estar juntas?

PRIMERA PARTE



Capítulo 1



Londres, Inglaterra

Año 2005.-

—Vamos, William, te aseguro que no te matará. ¿Acaso no ves cómo Jane te está comiendo con la mirada? ¿La despreciaras a ella también? Estoy seguro de que esta pastilla te dará la energía suficiente para que la hagas gritar de placer toda la noche —alegó Christopher en un tono perverso, sosteniendo frente a su rostro aquella sustancia que nunca había probado, mientras se refería a la chica más sexy que vieron sus ojos hasta ese momento, a unos pasos de ellos, junto a sus amigas.

Se encontraban en una de las tantas fiestas que frecuentaban, en casa de un conocido, donde abundaban las chicas y el alcohol.

—Sabes que yo no necesito ningún estimulante para complacer a una mujer, amigo —refutó William entrecerrando los ojos, muy seguro de su virilidad.

Aquel chico temido por todos, ya que su apariencia y actitud lo hacía lucir peligroso, fue uno de los primeros amigos que hizo William al entrar a la secundaria. En esa época no era muy sociable que digamos, siendo Christopher quien lo presentara con los demás chicos, y empezaran a invitarlo a fiestas.

William, olvidándose de su amigo por un momento, sin aceptar la pastilla, prestó toda su atención en Jane, ataviada en un corto y ajustado vestido rojo, con un escote que mostraba sus exuberantes senos. Mientras ella tenía sus enigmáticos ojos verdes puestos en él.

De repente Jane acortó la distancia que los separaba, contoneando sus caderas provocativamente hasta quedar frente a él.

—Si quieres pasarla bien conmigo, debes probarla, te aseguro que no te arrepentirás —le susurró al oído con sensualidad, acariciándole el torso. Sus palabras, sumado al clamor de un grupo de chicos que ya estaban en su propio

mundo tricolor, por las diversas drogas y alcohol consumidos, lograron persuadirlo.

—De acuerdo, lo haré —afirmó mostrando una sonrisa ladeada, extendiéndole su palma hacia arriba a Christopher, sin dejar de verla.

Justo en el instante en que él la iba a colocar en su mano, Jane la tomó introduciéndosela en la boca, ante la sorpresa de ellos y los demás chicos que estaban alrededor, expectantes.

Súbitamente asió a William por el cuello, empinándose para besarlo, incitando que él rodeara su cintura con un brazo, procurando pegarla más a su cuerpo, entrelazando sus lenguas en un beso que se tornó apasionado, momento que ella aprovechó trasladando la pastilla de su boca a la suya.

Todos los presentes empezaron a gritar eufóricos, viendo como aquellos dos literalmente se comían a besos, mientras las manos masculinas recorrían el cuerpo de esa ardiente chica.

Luego de que la droga entrara en el torrente sanguíneo de William, empezó a sentirte un poco aturdido, originando que su mente se nublara repentinamente. Los efectos no se hicieron esperar, experimentando un subidón de adrenalina como nunca antes.

"Una nueva sensación se estaba apoderando de él".

Súbitamente, agarró a Jane por el trasero, elevándola para que le envolviera la cintura con sus largas y torneadas piernas, pegándola a una pared, arrasando su boca sin compasión, hasta que se detuvieron por falta de aire.

—Me encantan tus besos —musitó Jane con su boca pegada a su cuello, sumamente excitada. Desde que lo vio llegar a la fiesta, imaginó lo que sería tenerlo entre sus piernas, dándole placer.

William no quería perder tiempo, por eso la bajó, agarrándola de la mano para llevarla escaleras arriba, en busca de una habitación, sin prestarle atención a las obscenidades que vociferaban los presentes a sus espaldas.

Solamente había una cosa en su mente:

Encontrar una habitación disponible en aquella casa y saciar a esa chica de cabello castaño, como nunca lo habían hecho, sumergiéndose en ese cuerpo que pedía a gritos ser tomado... una y otra vez.

Al cerrar la puerta, recorrió toda su anatomía con sus ojos enrojecidos, anticipando el momento, luego se acercó a Jane atrayéndola por el cuello para besarla, mientras que con su otra mano subía el dobladillo de su vestido, para

tocar aquella parte de su femineidad que ya estaba húmeda y deseosa de recibir sus atenciones, provocándole un gemido.

Jane no podía aguantar más, su cuerpo estaba enardecido, al tener a un chico tan sexy besándola y tocándola de aquella manera que la tenía al borde del delirio.

Dio unos pasos hasta chocar con la cama detrás de ella, y empezó a quitarse lentamente todo lo que traía puesto, antes de acostarse.

William tragó en seco, embebiéndose de su cuerpo por un instante, luego se deshizo de su chaqueta, camiseta y botas, quedando solamente en *jeans*. Antes de quitárselo, sacó de su billetera un preservativo, que uso cuando quedó gloriosamente desnudo frente a Jane, quien se preparó para recibirlo, admirando la belleza masculina.

Subió a la cama en una exhalación, posándosele encima, con aquella sensación que ya lo estaba dominando, dándole atención con su boca a uno de sus senos, masajeando el otro. Jane entrelazó sus piernas en su cadera, invitándolo a que entrara en ella.

William no se contuvo más, embistiéndola con una sola estocada, dejándola sin aire por su longitud que la colmaba por entero. Dándole rienda suelta a la sustancia que corría por sus venas, fue incrementando sus movimientos, provocándole jadeos de placer a la fémica que tenía entre sus brazos, besándola con crudeza, colmándose de sudor por el esfuerzo y disfrute de la fricción de sus cuerpos.

A Jane nunca la habían hecho sentir de aquel modo, por eso cuando sintió el remolino de un orgasmo arrebatador, creado en las profundidades de su cuerpo, se prometió que no se separaría de aquel adonis de cabello negro, tez clara y ojos azules, que le dio tanto placer como ningún otro.

Cuando William sucumbió a su propia explosión, en vez de quedarse laxo, pensó en las palabras de Christopher, pues tenía energía suficiente para seguir demostrándole a aquella sensual chica, de lo que era capaz en la cama, hasta que la aurora de un nuevo día hiciera presencia.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Después de aquella noche de sexo salvaje con Jane, William se volvió adicto a su cuerpo. Además, recordaba esa sensación recorrerlo por completo —al ingerir aquella droga—, que lo hacía sentir poderoso y desbordante de energía, motivo de que deseara experimentarla cada vez que tenía oportunidad.

Por otro lado, la casa de sus padres se había convertido en un campo de

batalla, por estar en una constante guerra con su progenitor, fastidiándole sus reclamos, pues alegaba que estaba dejando entredicho el buen nombre de la familia Carrington, originando que algunas de sus amistades dijeran que su hijo únicamente iba de fiesta en fiesta, sin pensar en su futuro.

Toda discusión entre ellos terminaba William dejándolo con la palabra en la boca, saliendo a gran velocidad en su motocicleta y llegando hasta el otro día, sin recordar algunas veces donde pasaba la noche. Entre el alcohol y la droga que ingería, no sabía en quién se estaba convirtiendo, sin querer aceptar que se estaba encaminando a un precipicio.

La que más sufría a raíz de todo lo que estaba sucediendo, entre los dos hombres que más amaba en su vida, era la madre de William, pero él se encontraba tan inmerso en aquel mundo que le dotaba de una falsa felicidad, que no hacía nada para evitarlo.

Meses después, finalizó la secundaria. El siguiente paso sería ir a la universidad, otro motivo más para discutir con su padre, debido a que él siempre había soñado que fuera a un lugar de renombre, teniendo la certeza de que por sus calificaciones, podría ir donde quisiera, aunque eso para William no significaba nada, al no tener ninguna meta a futuro. Además, no pretendía convertirse en un hombre semejante a quien lo procreó: un esclavo de su trabajo que ni siquiera podía sacar tiempo para compartir con su familia. Únicamente quería pasársela bien con sus amigos y con Jane.

Su vida estaba llegando a un punto sin retorno. Pasaba los días molesto, insatisfecho por la vida que le había tocado, con una ansiedad que se iba acrecentando poco a poco en su interior.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Sábado en la noche...

William se encontraba en su habitación, caminando de un lado para otro, pasándose las manos con desespero por su cabello, sintiendo como a pesar de estar en un espacio amplio, las paredes poco a poco se le venían encima, pensando que si no salía, se volvería loco.

Buscó su celular para llamar a Dick, uno de los amigos presentados por Christopher, quien terminó convirtiéndose en una escalera de escape a la realidad que lo abrumaba, cuando Chris se tuvo que ir del país por cuestiones familiares.

—Hola hermano, ¿qué haremos esta noche? Estoy aburrido de estas cuatro paredes. —Escuchó del otro lado de la línea una fuerte carcajada.

—*¿El principito está cansado de su castillo?* —preguntó en tono sarcástico.

—Sabes a lo que me refiero, Dick. Estoy cansado de todo; mi vida no tiene ningún sentido. ¿Dime si me acompañaras o saldré solo? —inquirió a punto de explotar y mandarlo todo a la mierda, mirando como la oscuridad de la noche se dejaba ver a través de la ventana de su enorme habitación.

—*De acuerdo. ¡Rayos, no se puede bromear contigo! Hay una fiesta en casa de un amigo, pero vive en el norte, en el barrio Seven Sister, distrito de Tottenham. ¿Te animas?*

—Claro que sí, nos encontramos donde siempre —contestó buscando las llaves de su motocicleta *Harley Davidson*, azotando la puerta detrás de él al salir.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Llegó a la fiesta en compañía de Dick, encontrándose con algunos de los chicos de siempre, y otros que desconocía. Enseguida se percató que los presentes se encontraban en otro mundo, provocado por las grandes cantidades de alcohol y drogas que circulaban por sus cuerpos.

Aunque a William no le importaba embarcarse en ese viaje con ellos, en tal caso, estaba ahí justo para eso.

—¡Miren a quien tenemos aquí, si es el gran William Carrington! Tengo material del fino y me siento generoso —informó uno de los conocidos de Dick, quien les vendía la droga que consumían, mirándolo fijamente a los ojos.

—Enzo, espero que tengas algo para mí. Esta noche quiero pasármela en grande —pronunció Dick, esbozando una pretenciosa sonrisa, siendo admirado por algunas chicas que suspiraban por su atractivo y esa aura de chico malo que poseía.

—¡Por supuesto hombre, tengo para todos! —exclamó abriendo sus brazos aquel hombre de aproximadamente 25 años, delgado y algo demacrado, debido a los estragos de la heroína en su cuerpo.

William aceptó lo que le ofreció; transcurridas unas horas, ya se encontraba inmerso en esa asquerosa bruma que lo hacía sentirse indestructible y lleno de júbilo, pero no era más que una mala imitación de la realidad, una pérdida de todos los sentidos, ocasionando que quien se convertía en adicto se transformara en un despojo humano, en una lacra de la sociedad.

—Dick, ¿qué tal si tú y William me acompañan a un lugar? Les aseguro que no se arrepentirán. Ya esta fiesta se ha tornado aburrida y allá la pasaremos

genial —invitó Enzo, terminando de un trago su cerveza.

—Por mí no hay problema. Salí con la intención de divertirme hasta el amanecer —aceptó William, dominado por la sensación de euforia que lo recorría por completo.

En compañía de otros más, que se animaron con la propuesta, salieron a la calle en busca de sus medios de transporte.

—Llego tu hembra, William. O es pura coincidencia o te está siguiendo —se burló Dick palmeándole la espalda, para ir por su motocicleta, observando como Jane hizo acto de presencia en compañía de sus inseparables amigas.

—Llegué justo a tiempo. ¿A dónde vamos, cariño? —indagó colgándose del cuello de William, quien ya había subido a su *Harley*, viéndolo con ojos brillantes y anhelantes de diversión, segura de que con él la conseguiría.

—Por ahí, pero no sé si tus amigas se animen a venir —mencionó viendo a las dos chicas cruzadas de brazos, recostadas de un automóvil.

—Por ellas no te preocupes, yo voy donde me lleves, siempre —enfaticó besándole el cuello, aspirando su delicioso aroma varonil. De la garganta de William salió una carcajada, ayudándola a subirse detrás de él.

Cuando arrancaron, luego de que Jane rodeara su cintura para no caerse, se despidió de sus amigas agitando una mano. Él simplemente les guiño un ojo, regalándoles una sonrisa que las derritió, envidiando la suerte de su amiga por tener a su lado a todo un dios griego.

Se dirigieron a una parte del barrio multi étnico *Seven Sister* —con una fuerte comunidad latino americana—, bastante peligroso.

El encuentro fue en un espacio bordeado de almacenes abandonados y edificios en mal estado, donde empezaron a llegar algunos chicos en grupos, que lucían peligrosos por sus miradas intimidantes y gestos.

William ubicó un espacio para estacionarse, llamando su atención de inmediato un hombre que aparentaba más de 30 años, alto, fornido, con tatuajes en su cuello y manos, de mandíbula cuadrada, vestido con chaqueta y pantalones de cuero negro, que lograría congelar la sangre de cualquiera con un simple gesto.

Imaginó, por la forma en que se pavoneaba por aquel lugar, que era el anfitrión de lo que fuera a celebrarse allí esa noche.

De un salto se subió al capo de una camioneta y tomó la palabra. Se llamaba Jeff, conociendo su nombre al escuchar a uno de los presentes cuando se lo estaba diciendo a Dick.

— ¡Holaaaaaa, ahora es que va a comenzar la diversión en este maldito lugar! —exclamó recorriendo con sus ojos a los presentes, extendiendo sus brazos.

Todos aplaudían y gritaban eufóricos, mientras William se quedó expectante cruzado de brazos, con la sensación de que no debería estar ahí.

—¿Qué tal si hacemos una búsqueda del tesoro? —preguntó Jeff de repente, dándose golpecitos con un dedo en su barbilla como si lo estuviera sopesando, con un brillo peculiar en sus ojos oscuros.

Todos se miraron sin saber qué pensar, pero inmediatamente aclaró que sería como un juego, dando ciertos detalles, prosiguiendo con su especie de discurso:

—Cada grupo elegirá a dos de sus miembros para que entren a robar a una de las tiendas que se les asignará, ubicadas aquí en el barrio *Seven Sister*. Quien tenga el valor de hacerlo y cargar con su "*botín*", ganará y podrá pedir lo que quiera: alcohol, drogas, mujeres, lo que deseen se les entregará. — Torció el gesto, esbozando una sonrisa perversa.

En realidad, lo que buscaba Jeff era sangre nueva para sus negocios. El dinero que robarían no le significaría gran cosa, su intención era ponerlos a prueba para ver de lo que serían capaces, con tal de conseguir lo que les ofrecía, así sabría cómo manejarlos a su antojo.

Detrás de él aparecieron varias mujeres muy ardientes y vestidas con lo mínimo posible.

—Will, entra en el juego, podríamos hacer un trio con alguna de esas chicas y divertirnos hasta el amanecer. Yo no tengo problemas con eso —comentó Jane besándole el lóbulo de la oreja, detrás de él, todavía sentada en la motocicleta, a pocos pasos de donde estaba Jeff.

La idea no le resultó desagradable, todo lo contrario. Además, no era él quien tomaba esa decisión, sino el maldito alcohol y droga que recorría su sangre.

De repente, Dick se acercó para decirle, apretándole un hombro:

— ¡Vamos hermano, será divertido! Ya sé a cuál de esas putas voy a elegir. ¿Te imaginas tener toda esa droga gratis y alcohol para emborracharnos hasta perder la conciencia? —manifestó eufórico, luego le guiñó un ojo a la pelirroja que estaba frente a él, sonriéndole ella de forma provocativa.

Jeff distribuyó la ubicación de las tiendas, para que entre cada grupo seleccionaran a los que realizarían tal hazaña.

—Si todos están de acuerdo, propongo a Dick y William —dijo Enzo, recibiendo la aceptación de quienes los acompañaban, que en ese momento los rodeaban.

Entre ellos no existía ningún líder, debido a que solamente se reunían como un grupo de amigos que únicamente querían divertirse y ser libres. Sin embargo, los que siempre destacaban en todo eran ellos dos y nunca les faltaba una chica que estuviera dispuesta a complacerlos en lo que le pidieran.

Dick, con sus 19 años, era un espécimen masculino bastante atractivo para el sexo opuesto, alto, con una masa muscular pronunciada, cabello rubio y ojos verdes. Aunado a su arrebatadora personalidad, siempre conseguía que sucumbieran ante él sin ningún esfuerzo.

William solamente quería pasarla bien al igual que él, razón de que fueran más unidos entre ellos, procurando divertirse en todo momento. Aunque sus padres pensaban que era una mala influencia, señalando que por compañías como esas, estaba echando su futuro por la borda. Pero no les prestaba atención, molestándole que hicieran evidente su desagrado cuando frecuentaba su casa.

—Antes de que se marchen, quiero entregarte esto —indicó Jeff extendiéndole un arma de fuego a William, quien se quedó observándola sin hacer ningún movimiento—. Vamos, chico, tómalala, deben usarla si quieren amedrentar a la persona encargada del lugar donde les tocó ir, de lo contrario no ganaran el juego y no disfrutarán de los beneficios. Luego me la devuelven cuando regresen —mencionó guiñándole un ojo.

Dick tuvo que darle un codazo a su amigo para que la tomara, pues se dio cuenta que no tenía intenciones de hacerlo, y Jeff lo estaba mirando de forma extraña. Cuando la tuvo en sus manos, sintió un estremecimiento que descartó de inmediato, colocándola en la parte de atrás de su *jeans*, cubriéndola con su chaqueta negra.

—Ey, William, no va a pasar nada malo, esto solamente es un juego, mejor piensa en la recompensa que obtendremos después y en la diversión que tendrán Jane y tú. Estamos aquí para disfrutar de la vida, ¿no es asííí?! — Dick emitiendo un fuerte aullido, consiguiendo un asentimiento de su parte, sin poder descartar por completo sus dudas.

William se encontraba en una lucha interna en ese momento:

Por un lado estaba la parte que quería divertirse, y así olvidar todos los problemas que tenía con su padre. Quería romper ese molde que él deseaba

imponerle para que fuera similar a él: Un hombre que solamente codiciaba obtener cada día más dinero, sin importarle el tiempo que le quitaban sus negocios para estar con su familia. Él lo necesitó mucho cuando era niño, pero nunca fue a las obras del colegio y nunca estuvo presente para enseñarle sobre diversas cosas, como debe hacer todo padre.

Es muy probable que la razón de que estuviera a sus 18 años, al borde de un abismo que poco a poco acababa con su existencia, fuera por no recibir la comprensión y atención del hombre que debió ser su modelo a seguir.

También estaba la otra parte de su ser que pedía a gritos que saliera corriendo de ahí, que se apartara de toda esa porquería que lo cubría cada día más y luchara con todos sus demonios, debido a que sí se lo proponía, podría salir adelante.

Que enfrentara a su padre de una maldita vez, que pensara en todo el sufrimiento que le estaba causando a su madre, que él podía ser un hombre de bien, ser admirado, ya que tenía la capacidad intelectual para conseguir por sus propios medios lo que anhelara.

Tristemente esa parte de William fue aplastada por toda la ira que tenía en ese instante, aceptando seguir adelante, hundiéndose cada vez más.

Jane le dio un apasionado beso de despedida, antes de que se fuera en su motocicleta con Dick, sentado detrás de él.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

No tardaron mucho tiempo en llegar al establecimiento, pero antes de entrar, se pusieron unos pasamontañas negros que también les entregaron, cubriendo sus rostros, luego al hacerlo, se percataron que a esa hora de la noche, solamente estaba ocupado por dos personas: un hombre de edad madura y una joven de origen latino, resultando ser una ventaja para ellos.

Dick recorrió el lugar observando cada detalle con ojos de lince, mientras William estaba un poco asustado, aun cuando no solía sentirse así jamás, visto que ya no tenía miedo a nada ni a nadie, además su apariencia le daba esa ventaja.

Medía un metro ochenta y cinco, le gustaba ejercitarse para mantener su cuerpo en forma, y en algunas ocasiones parecía un chico rudo por la manera en la que se comportaba, aun cuando tuviera una cara de ángel.

De repente, como si se tratará de una película y fuera uno más de los espectadores en la sala del cine, se percató como Dick apuntaba con un arma a las personas ubicadas del otro lado del mostrador, sacándolo bruscamente de

sus reflexiones.

— ¡Vamos, anciano, dame todo lo que tengas en la caja, rápido! —reclamó con furia, atemorizándolos.

De inmediato sacaron todo el efectivo de la caja y se lo entregaron a Dick en una bolsa, la cual agarró guardándola en su chaqueta.

William estaba absorto por todo lo que allí ocurría, tanto, que ni siquiera sacó el arma entregada por Jeff, preguntándose dónde Dick consiguió la que portaba.

Cuando se dirigían a la salida, aparecieron de la parte de atrás de la tienda dos tipos corpulentos, y al percatarse de la situación se les abalanzaron encima. Tuvo que enfrentarse con uno de ellos en una contienda donde los puñetazos no se hicieron esperar, entre tanto Dick forcejeaba con el arma debido a que el otro tipo intentaba quitársela.

En un descuido de su parte, el hombre con quien peleaba William tomó la delantera, golpeándolo fuertemente en la boca, llegando a probar el sabor de su propia sangre, lamentablemente no era un sabor extraño para él, dado que en varias ocasiones tuvo enfrentamientos.

Y justo en ese instante, donde se escuchaban gritos, el sonido de los estantes de la tienda cayendo al piso cada vez que se estrellaba uno de los cuerpos con ellos, aunado al dolor en sus nudillos por todas las veces que impactaba sus puños en el cuerpo del otro sujeto, un fuerte sonido dejó todo en silencio, originado por una explosión; era la primera vez que William escuchaba algo así... deseando que fuera la última.

Capítulo 2



En ese preciso momento, William no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, deseando con todas sus fuerzas tener la facultad de retroceder en el tiempo.

Ante él yacía aquel hombre en un baño de sangre, mientras Dick lo observaba sin soltar el arma, con ojos desorbitados.

—¡Reacciona, larguémonos de aquí antes de que llame a la policía! — exclamó desesperado, jalando a William de un brazo para luego emprender la huida, quedando el otro hombre sin poder moverse, a causa de los golpes recibidos.

Al no saber qué hacer, se dejó conducir por el instinto de supervivencia que todos los seres humanos poseemos, saliendo corriendo detrás de Dick, escuchando los gritos desesperados de la joven y el anciano.

Bajo el manto estelar que los recibió al salir del establecimiento, William tomó el guía de su motocicleta arrancando a toda prisa, cuando Dick se subió, ambos desconociendo si aquel hombre recibió un disparo mortal, arrojando los pasamontañas al emprender la huida, aprovechando que nadie los vería.

William no sabía cómo interpretar la actitud de su amigo. Al principio se le notaba un poco nervioso, pero al transcurrir los minutos, mientras recorrían en silencio las calles del norte de Londres, hasta regresar al lugar donde los esperaban, se quedó asombrado con su forma de reaccionar.

Cuando se bajó de la *Harley*, Jane fue corriendo a recibirlo, sorprendiéndola con el abrazo que le dio. No estaba enamorado de ella, en realidad nunca había sentido ese sentimiento por nadie. Simplemente no sabía cómo manejar todo lo ocurrido y ella, de cierto modo, era el salvavidas que lo mantenía a flote, al proporcionarle momentos de pasión, cuando se dejaban guiar en la cama por sus instintos más salvajes.

Al separarse, Jane lo vio con un atisbo de preocupación en su rostro.

—William, ¿qué sucedió? — indagó tocándole con cuidado el labio partido, con algo de sangre a su alrededor. Él le quitó la mano y negó con la cabeza, sin saber qué decirle, aunque imaginó que ella podía insistirle.

—No me preguntes nada, Jane —advirtió seriamente, ello lo obedeció con un simple asentimiento de cabeza, pues ante su actitud, no podía hacer otra cosa.

Mientras que Dick se dirigió como si nada hubiese pasado a donde conversaba Jeff con unos jóvenes.

—¡Hombre, lo hemos conseguido! Trajimos el botín que nos pediste. Nosotros cumplimos, ahora te corresponde a ti hacerlo —declaró de una manera tan carente de sentimientos, que a William se le retorció el estómago, debido a que en su cabeza no dejaba de reproducirse una y otra vez todo lo acontecido, causándole un sentimiento de culpa que no lo dejaba en paz, queriendo borrarlo todo de una jodida vez.

Jeff se volteó hacia él con una sonrisa de lado en su rostro, para responderle, entre tanto William le entregaba el arma, deseando jamás volver a tocar una por la devastadora experiencia vivida.

—No puedo decir que estoy sorprendido, ya se les veía a los dos que podían con esto. Les informo que son los primeros en llegar. Tipos como ustedes son los que necesito a mi lado —pronunció contemplándolos detenidamente, extendiendo su mano para apretar la de Dick—. Aunque me gustaría saber cómo les fue —indagó arqueando la ceja, mirando fijamente a William, notando que fue golpeado, pero por alguna razón no hizo referencia al hecho.

—Todo salió a pedir de boca, Jeff, manejamos la situación a nuestro favor, obteniendo lo que fuimos a buscar —respondió Dick viendo a su amigo de un modo intimidante. No le convenía que lo delatara y sería capaz de cualquier cosa para evitarlo.

William no dejaba de repetirse internamente que ese no era el chico con el que había pasado tanto tiempo, quien pensaba conocía y consideraba un amigo. Entonces supuso que a lo mejor sus padres tenían razón, al decir que después de haberlo conocido cambió su forma de ser y que eso lo estaba perjudicando, que su influencia podía afectar su futuro, asegurándole que nada bueno saldría de esa amistad.

«Dios, cuanta razón tenían», se dijo internamente, a pesar de que todavía le costaba aceptarlo, recordándose su situación familiar.

Dick no provenía de una familia convencional, donde las dos personas responsables de traerlo al mundo lo guiaran y protegieran.

Su padre estaba en la cárcel, todavía no le contaba los motivos de que

estuviera tras las rejas desde que él era un niño, y su madre se casó hace unos años con un hombre al que Dick odiaba, buscándola solamente para pedirle dinero, pues su padrastro tenía buena posición económica y necesitaba recursos para su colegiatura y el lugar donde vivía desde hace un tiempo, además de cubrir sus otros gastos, incluyendo sus vicios, a desconocimiento de ellos.

Salió de sus deliberaciones en el momento que su amigo entregaba el dinero a Jeff, luego de sostener una breve plática, culpándose por dejarse llevar, convirtiéndose en cómplice de robo y presunto asesinato.

—Excelente, debemos felicitar a estos dos chicos. ¡Vamos, que se escuchen esos aplausos! —exigió a los presentes que se congregaron alrededor de ellos—. Ahora cumpliré la siguiente parte del trato —anunció con picardía. Sin perder tiempo llamó a varias chicas, entre ellas quien atrajo la atención de Dick, también acudió un joven con un paquete en la mano, saliendo de uno de los almacenes abandonados.

Por un instante William desvió su vista, observando a poca distancia de donde estaban, como tres jóvenes subidos en la parte trasera de una camioneta con el radio a todo volumen, compartían cigarrillos de cocaína. Hasta el momento no había querido probar aquella droga. Con las pastillas de Metanfetaminas le era más que suficiente, por ser una droga estimulante que activa vigorosamente determinadas zonas del cerebro, guardando relación con la Anfetamina, pero sus efectos sobre el sistema nervioso central eran mayores, provocándole un gran nivel de euforia.

Sin embargo, aunque le gustaba disfrutar de aquella sensación, todavía no sentía los devastadores efectos por su uso prolongado, al tener únicamente algunos meses desde que inicio a consumirla, solamente cuando quería pasársela bien con sus amigos y Jane, escapándose de la realidad mientras la droga recorría su organismo.

—Will, estas muy pensativo —señaló Jane tocándole el mentón para que la enfocara, cuando atrajo su atención, mirándolo sonriente continuó—: Te dije que todo saldría bien y que la pasaríamos genial. Yo escogeré a la chica que nos hará compañía esta noche. Podemos tener nuestra propia fiesta privada, ya que con toda la droga que tendremos a nuestra disposición, nos divertiremos como nunca —argumentó eufórica, acunándole el rostro en sus manos, para luego besarlo.

Ya William había desechado de su organismo el efecto de la droga,

considerando que todo lo acaecido aceleró el proceso trayéndolo a la realidad.

—Contigo me es suficiente para pasármelo de maravilla, Jane. No necesitamos de nadie más —enfaticó ganándose una gran sonrisa de su parte y un beso apasionado.

Jeff le entregó a Dick una bolsa pequeña con varios tipos de drogas, antes de decirle:

—Pueden elegir las chicas que deseen, para disfrutar del resto de la noche. Mañana los quiero ver a primera hora en esta dirección, así que sugiero que no se sobrepasen con estas maravillas. —Jeff extendiendo una tarjeta que Dick agarró de inmediato—. Les haré una propuesta que les cambiará la vida. Espero que sean astutos y la acepten —indicó mirándolos fijamente, después se dio la vuelta para ir a conversar con un grupo de hombres que intimidaban con su presencia.

Sin decir nada, Dick fue en busca de su acompañante de la noche, entre tanto William no podía evitar que su subconsciente reprodujera las imágenes que había guardado en su cerebro, una y otra vez. Aunque no pudo percatarse de la ubicación del disparo, deseaba pensar que el hombre seguía con vida.

A pesar de involucrarse en peleas, jamás sería el causante de la muerte de ningún ser vivo, ya que eso lo marcaría por siempre, razón que repudiara el comportamiento de su amigo.

—William, ¿te pasa algo? —preguntó intrigada Jane, colocándole la palma en el pecho.

—No me pasa nada —mintió—. Mejor vámonos de aquí, siento que me ahogo en este lugar —confesó entre dientes, provocando que ella volviera a preocuparse, pero no siguió indagando al saber que no le diría nada, dejándose conducir por él hasta su motocicleta, ambos en silencio.

A cierta distancia de ellos vio a Dick, haciéndole una indicación para que los siguiera a su nuevo destino.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Tiempo después llegaron al apartamento que Jane compartía con una de sus amigas, quien no se encontraba en ese momento. Dick entró detrás de ellos con la chica pelirroja, cargando consigo una botella de *whisky* y la bolsa entregada por Jeff.

William tomó asiento en un sillón, con Jane sentada en su regazo, besándole

el cuello.

—Esto parece un funeral. ¡Vamos hombre, ánimo! Estamos aquí para disfrutar por un trabajo bien hecho. Mañana nos reuniremos con Jeff y veremos lo que tiene planeado para nosotros. ¡Amigo! Nuestra vida va a mejorar, ya no necesitaras el dinero de tus padres, ni yo la ayuda de mi madre y el bastardo de mi padrastro. Escuché que ese hombre está metido en varios negocios, que le dejan excelentes ganancias. Aunque también dicen que no son muy legales que digamos, pero ya a estas alturas no me importa nada, solamente ambiciono hacerme rico rápido para hacer lo que me plazca —explicó tocando descaradamente a la chica parado frente a ellos.

El hecho de mencionar la palabra funeral, originó que William se enfureciera. Además del modo de expresarse, demostrando una vez más que no sentía ningún remordimiento, por quizás haber arrebatado una vida.

Retiró súbitamente a Jane de su regazo, para lanzarse en dirección de Dick, tomándolo por el cuello fuertemente, pegándolo a una pared.

— ¡¿Cómo puedes ser tan malnacido?! —rugió con tanta cólera que su hermoso rostro se transformó, dejando salir todo el desprecio que empezaba a sentir por él, sorprendiéndole la potente carcajada que brotó de su garganta.

—¡¿Y tú quién te crees para juzgarme?! No eres más que un principito que tiene el mundo a sus pies, y no sabe qué hacer con todo aquello. ¡Te creía más hombre, William! Pero únicamente eres un niño asustado que le teme a todo, y también a los reclamos de su papi —escupió de golpe, viéndolo con odio y como si fuera el ser más insignificante sobre la faz de la tierra.

— No sabía que pensabas eso de mí. ¡Te creía mi amigo, maldita sea! — Dick lo sorprendió soltándose rápidamente, dándole un puñetazo en la nariz; al darse cuenta que empezaba a sangrar, la ira de William aumentó, devolviéndole el golpe e iniciando un enfrentamiento entre ambos, sin importarles los gritos de Jane y de la otra chica, ambas sobresaltadas por lo que acontecía a su alrededor.

Por segunda vez esa noche, William probaba el sabor de su propia sangre, pero de la mano de quien jamás imaginó, por considerarlo su amigo, y fue como si eso lo impulsara a golpearlo más fuerte, aventándolo contra el mobiliario del apartamento, al sentir que no le dio valor a su amistad, dándose cuenta que todo lo acontecido terminó por destruirla.

Sin embargo, Dick parecía que no iba a detenerse o darse por vencido, ya que caía al suelo y volvía a levantarse para seguir enfrentándolo,

reciprocándole los puñetazos con la misma intensidad.

— ¡¿Acaso están dementes? Ustedes son amigos, no pueden pelearse de esa forma. Por Dios, se van a matar! —vociferó Jane parándose en medio de los dos, extendiendo sus brazos a cada extremo, aprovechando que se habían separado unos pasos, William tambaleándose adolorido y Dick sosteniéndose de una pared con una mano, mientras respiraba forzosamente, sin dejar de observar a su oponente de forma intimidante.

—Me voy, pero quiero que tengas bien claro que esto no termina aquí, y no es una simple amenaza —espetó con toda la rabia que cargaba en ese instante, quitándose la sangre de la boca con un manotazo, viéndolo fijamente.

William se quedó mirándolo por unos segundos antes de responderle:

—Tenlo por seguro. Aunque espero no volver a verte jamás —declaró amenazante.

Dick, sintiendo que la furia no lo abandonaba, lo observó por un instante, para luego decirle:

—Para que no digas que me quedé con todo el botín —pronunció con ironía, sacando un paquete pequeño de la bolsa que estaba llena de pastillas, tirándola a sus pies, azotando la puerta al salir con su acompañante, ansiando que llegara el día en que hiciera pagar con sangre a William Carrington.

Luego de que Jane recogiera las drogas del piso, condujo a William a su habitación, donde buscó con que limpiarlo y sanar sus heridas, ayudándolo a quitarse la chaqueta y camiseta, descubriendo varios moretones en sus costados, viendo como su rostro empezaba a inflamarse en algunas partes.

—Jane, por favor, quiero olvidarme de todo—imploró aferrándola por las caderas e indicándole que se sentara a horcajadas sobre él, con la cabeza a punto de explotarle en mil pedazos. Ella dejó de curarlo, retirándose para colocar lo que tenía en sus manos en una mesita, acatando su solicitud.

Sin perder ni un segundo, William la besó en el cuello —del modo que la enloquecía—, mordisqueando su piel, necesitando con urgencia ocupar su mente en algo estimulante para dejar de pensar.

—Sé cómo podemos conseguirlo cariño, déjalo en mis manos. Sabes que me encanta complacerte en todo —susurró en su oído con voz seductora, antes de levantarse y salir de su habitación.

A los pocos minutos regresó con una botella de *vodka*, un par de vasos pequeños y el paquete que contenía las pastillas. Vertió el licor en uno de los vasos, entregandoselo para servirse el suyo, observando como él se tomó el

contenido de golpe.

—¿Has consumido Éxtasis, William? —inquirió con una entre sus dedos, dándose cuenta del tipo de droga que era, sonriendo con picardía.

—Siempre hay una primera vez. Vamos, no me hagas esperar, la necesito —respondió William con premura. Ella se la entregó, tomándosela él en un solo trago, sintiendo una vez más como el licor quemaba su garganta.

Al transcurrir unos minutos, entre tragos y caricias que se estaban tornando apasionadas, William empezó a sentir una especie de hormigueo recorrerle la piel y como los latidos de su corazón se volvían frenéticos, pero ni con todo eso dejaba de reproducirse en su mente todo el horror vivido.

Por eso estalló, dejando de besarla súbitamente.

—¡Jane, dame otra maldita pastilla, por favor, ya no quiero sentir, quiero borrarlo todo, aunque sea por una jodida vez! —suplicó desesperado, agarrándose la cabeza con ambas manos, dando vueltas por la habitación.

William desconocía que la droga consumida, contenía un alucinógeno con un efecto estimulante, provocando que todas las emociones, tanto negativas como positivas, fueran mucho más intensas. Así que en vez de hacerlo olvidar como tanto quería, parecía que estuviera presenciando de nuevo aquel suceso, viendo al hombre bañado en sangre apuntándolo con un dedo, culpándolo de su desgracia.

—William, no lo creo conveniente, es la primera vez que pruebas esta droga. Además, nunca has consumido más de una pastilla a la vez —advirtió Jane acercándosele poco a poco, hasta posar una mano en su pecho, que él retiró con cierta brusquedad.

Él no quería pensar en las consecuencias, únicamente deseaba entrar en un estado de inconsciencia total.

— ¡Dame la maldita pastilla, Jane, o te juro que me largo de aquí y no me volverás a ver en tu vida! —exclamó amenazante, reflejando una rabia incontrolable que la hizo retroceder unos pasos, temerosa.

—Cariño, nunca te había visto así, ¿qué te está ocurriendo? —indagó casi temblando, pero al ver como sus hombros subían y bajaban con los ojos enrojecidos, no le quedó de otra que aceptar—. De acuerdo, te la daré, no quiero que te vayas en el estado en que te encuentras, ni que te apartes de mi vida.

William se encontraba jadeando como si hubiese corrido miles de kilómetros, sudoroso y con la garganta seca.

Jane se dirigió a la mesita donde colocó las pastillas, para entregarle una, pero él se las arrebató sacando varias, luego agarró la botella de vodka para tragárselas de golpe... sin pensar en las consecuencias.

Capítulo 3



William cerró los ojos por un momento, sintiendo que se quemaba por dentro y a la vez como sus pies no tocaban el suelo, disfrutando de aquella sensación.

—William, dime qué te sucede, por favor —escudriñó Jane asustada, al notar como su semblante cambiaba y su cuerpo se estremecía.

Abrió los ojos de repente, tratando de enfocarla al notar su visión borrosa, pero se encontraba tan embriagado por aquella droga, que le restó importancia, dejándose llevar por un nivel de euforia como nunca antes.

—¡Quítate la ropa, Jane, ahora! —gritó desconociendo su propia voz, resoplando por la nariz, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que el aire entrara a sus pulmones.

—Cariño, no me gusta verte así. Sabes que te deseo y quiero complacerte en todo... pero te ves diferente a otras veces —mencionó poniéndose de rodillas en la cama, frente a él.

— ¡Solamente haz lo que te digo, de una jodida vez! —rugió sintiendo como si salieran todos sus demonios a devorarlo al mismo tiempo.

Al ver que se quedó pasmada ante sus palabras, la agarró por la muñeca poniéndola de pie de un fuerte tirón, y empezó a quitarle la ropa sin ninguna contemplación, odiándose internamente por tratarla así, pero la cólera que sentía lo dominaba por completo, quitándole su propia voluntad.

Jane empezó a llorar silenciosamente, sorprendiéndolo al nunca mostrarse vulnerable ante nadie.

William terminó de desvestirse y con manos temblorosas se puso el preservativo, para luego llevarla a la cama, besándola bruscamente cuando la tuvo bajo su cuerpo, provocando que gimiera al introducir dos dedos en su cálido interior, desplazando las lágrimas derramadas, por el placer que empezaba a disfrutar al lado del chico que amaba en silencio.

William se encontraba al límite de sus fuerzas, a pesar de eso, se acomodó entre sus piernas, introduciéndose en ella de una sola estocada, para luego

embestirla de una forma demencial, recibiendo por parte de Jane su total entrega, al enroscar sus piernas en sus caderas acompañándolo en aquella danza sensual, consiguiendo llegar al unísono a la cumbre de un placer demoledor, dejándolos casi sin respiración y sin poder moverse bañados en sudor.

Sin una sola reserva de energía en su cuerpo, William poco a poco se incorporó, quedándose sentado en la cama, con unas terribles ganas de vomitar y la cabeza dándole vueltas sin parar.

Jane advirtió que algo no estaba bien.

—Amor, ¿te sientes bien? —indagó sentándose a su lado, acunando su rostro entre sus manos, girándolo un poco para verlo fijamente. A pesar de estar tan cerca, su voz le llegó distante.

Inesperadamente, ante un grito de pavor de Jane, William cayó para atrás como un peso muerto, con los ojos bien abiertos, sin poder ver nada a través de ellos. Su cuerpo empezó a convulsionar, bañado en un sudor frío que lo recorría por completo. Sintió un dolor extremadamente fuerte en su corazón y latidos tan intensos como si fuera a salirse del pecho. Aunado a eso, los pulmones le ardían y volvió a sufrir ese fuego que lo quemaba por dentro.

—¡William, por Dios! —Esta vez, Jane gritaba con desesperación casi encima de él, sin saber qué hacer. Aunque él no podía entender ni una sola de sus palabras, imaginó que se acercaba paso a paso a su fin en este mundo, y que nadie podría evitarlo.

Antes de que la oscuridad lo atrapara por completo y perdiera el conocimiento, volvió a culparse por su forma de proceder, por juzgar a sus padres, por no conversar con ellos calmadamente confesándoles como se sentía y pedirles ayuda para salir del infierno que se había convertido su vida, aunque pensó que ya era demasiado tarde.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Al día siguiente...

Un sonido diferente fue sacando a William de su ensoñación, abriendo poco a poco los ojos, notando una fuerte claridad que les provocaba ardor, sin saber cuánto tiempo estuvo inconsciente, sintiéndose aturdido y todavía sin fuerzas.

Deseaba despertar por completo para dominar su cuerpo y obligarle a que se moviera, pese a ello, nada pasaba, volviendo a caer en la oscuridad que lo absorbía haciéndolo sentir impotente al no conseguir evitarlo.

Luego de un tiempo indefinido para él, volvió a recobrar el conocimiento, escuchando varias voces a su alrededor, logrando reconocer la de su madre entre ellas pero sin descifrar sus palabras, aunque su tono le indicó que sufría... una vez más por su culpa.

—Doctor Blair, ¿díganos cuándo despertará? Ha pasado mucho tiempo y no reacciona —preguntaba Adele, su madre.

En ese momento pudo entender sus palabras, sin dejar de parecerle extraño recibir las voces como si no se encontrara en el mismo lugar de quienes conversaban.

—Señora Carrington, estos casos son muy delicados, es un milagro que todavía se encuentre entre nosotros. A pesar de que no sabemos exactamente qué tipo de droga y cuánto ingirió, la sobredosis provocó un paro cardíaco, originando que entrara en coma por unas horas.

Las palabras del doctor lo impactaron, percatándose de un sollozo emitido por su madre, esforzándose por despertar por completo para hacerle saber que estaba consciente, aunque débil.

Pensó en su padre y en que no lo había escuchado hablar, asumiendo que era probable que no estuviera ahí, pues en su orden de prioridades él nunca figuró. Sin embargo, para su total asombro, escuchó su voz abatida a centímetros de su rostro:

—William, hijo mío, perdóname por no ser el padre que necesitabas, por no enseñarte a distinguir entre el bien y el mal, por no aconsejarte, por no ser a quien le confiaras lo que estabas atravesando y los problemas que se iban suscitando en tu vida. ¡Oh Dios cuanto lo siento! Desearía ser yo el que se encontrara ahí postrado en esa cama y no tú, si pudieras escucharme —finalizó cubriéndose el rostro.

El influyente hombre de negocios, Bernard Carrington, lloraba como jamás lo hizo en su vida, sin importarle mostrarse tan vulnerable ante los demás. Su esposa se acercó colocando una mano en su hombro, derramando lágrimas de dolor e impotencia, juzgándose al no ser consciente del camino que emprendía su único hijo y poder ayudarlo a tiempo.

Una vez más William intentó despertar para encarar a su padre, debatiéndose entre varios sentimientos: ira, miedo, tristeza... esperanza.

Puso todo su esfuerzo para abrir los ojos, tratando de salir del estado en el cual se encontraba, con la resolución de que no permitiría que su vida terminara ahí.

Poco a poco logró abrir los ojos, para ver a su padre. Intentó hablarle, pero no pudo, debido a que todavía se encontraba muy débil.

Al darse cuenta que había despertado, su madre caminó a largas zancadas, lanzándose sobre él, quien se sintió como un niño desvalido, necesitado de atención y protección.

—Mamá, perdóname —suplicó con voz rasposa, cuando al fin pudo hablar, mirando fijamente a su padre.

—Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para que me perdones y salgamos adelante, hijo mío —declaró Bernard con determinación, sin dejar de verlo a los ojos, mientras unas lágrimas resbalaban por su rostro, agradeciendo al cielo por traerlo de vuelta.

William únicamente pudo asentir levemente, sintiendo sus parpados pesados, y otra vez sin poder evitarlo, se sumergió en la inconsciencia. Sin embargo, pese a como se sentía en ese momento, notó que un gran peso lo abandonaba.

¿Sería posible que los rayos del sol desterraran la oscuridad en la que se había convertido su existencia?

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Al paso de los días su recuperación se hacía más notoria, incluso le darían de alta esa misma tarde. Ansiaba salir de ese lugar lo antes posible y aprovechar la nueva oportunidad de vivir que se presentaba ante él, pero esta vez tomando las decisiones correctas.

Mientras veía al techo de la habitación, se preguntó cómo había llegado al hospital y quién llamó a sus padres, quienes no se habían apartado de su lado en ningún momento, en ocasiones hasta tomaban turnos con tal de no dejarlo solo. Es como si de alguna forma pretendieran recuperar el tiempo perdido, salvo en esa ocasión, debido a que tuvieron que ir a firmar algunos papeles de su salida.

Instintivamente sus ojos se desviaron a la puerta de la habitación, donde pudo apreciar la entrada de Jane, que se veía totalmente diferente, empezando con su forma de vestir y terminando con la expresión de su rostro. Ya no traía puesto esos diminutos vestidos que hacían delirar a cualquier hombre —incluyéndolo—, tampoco tenía su hermoso cabello suelto y despeinado de forma sensual. Esta vez parecía una chica normal, con *jeans* gastados y jersey de puntos.

—Hola, William. En realidad no estaba muy segura de venir a verte, o de que tú quisieras verme, pero no aguantaba las ganas de saber cómo estabas — mencionó apretándose las manos con nerviosismo, mirándolo con un atisbo de culpa en sus ojos.

Él se quedó observándola fijamente unos instantes, antes de preguntarle:

—Tú llamaste a mis padres, ¿tengo razón? —Fue lo primero que pudo modular, ella dio un traspié para atrás y luego se acercó a su cama con cierto recelo.

—Me asusté mucho, cariño, pensé... que podrías morir. Nunca había estado en una situación semejante y no sabía cómo actuar. Busqué en tu celular, y después de comunicarme a emergencias, llamé a tu padre. No quería que murieras en mis brazos y doy gracias al cielo de que no fue así, no me lo hubiese perdonado jamás. Pero ahora todo puede ser diferente, si lo quieres, podemos volver a estar juntos como antes, te prometo que voy a cambiar, incluso mira como vengo vestida, no pienso ser la misma de antes, William — explicó apresuradamente con la voz entrecortada.

Percibió sinceridad en sus palabras, aunque no sabía qué pensar, ni que contestarle. Lo ocurrido fue a causa de las decisiones que había tomado, yéndose por el camino más fácil sin pensar en las consecuencias de sus actos.

Creyó que sus progenitores no lo querían, sobre todo su padre, al no prestarle la atención que tanto necesitaba. Sin embargo, ahora todo sería distinto, pues notó el arrepentimiento en sus ojos y el deseo de enmendar sus errores. Le debía por lo menos la oportunidad de hacerlo, pero también tenía que poner de su parte, cambiando su accionar y buscando ayuda profesional, de ser necesaria. Estaba dispuesto a todo para reivindicarse antes sus padres y consigo mismo.

Por ese motivo debía cortar de raíz con todo y todas las personas que habían intervenido en esa vida de desenfreno en la cual se sumergió, aunque fuera cruel de su parte, no podía dar vuelta atrás; Dios le dio una oportunidad y no la desaprovecharía.

—Jane, agradezco todo lo que hiciste por mí, tu preocupación y desear estar a mi lado... pero he tomado la decisión de enderezar mi vida. Tal vez no pueda quitar de mi ser todo el resentimiento que he venido cargando por tanto tiempo, en un abrir y cerrar de ojos. A pesar de eso, con esfuerzo y cierta ayuda, sé que puedo lograrlo. Por esa razón necesito salir de ese mundo que era tan enfermizo para mí, aunque con eso ya no pueda verte más. —Hizo una

pequeña pausa para que ella fuera asimilando sus palabras, entre tanto no perdía ninguna de sus reacciones.

—Pasamos buenos momentos juntos, pero nuestra relación era insana, pues se fundamentaba en provocarle placer a nuestros cuerpos, ahogarnos en alcohol e ingerir sustancias para sentirnos libres. Jamás consumí tanta droga como aquella noche, Jane, y date cuenta las consecuencias de mi insensatez. Lamentablemente tuve que tocar fondo para comprender que no hay que buscar un escape fácil para todo, queriendo vivir al límite y sin restricciones, haciendo caso omiso a la opinión de los demás. Ahora empiezo a entender que los problemas tienen que ser enfrentarlos con determinación y valentía.

Jane se quedó observándolo en silencio, de inmediato William notó cuan herida se sentía con sus palabras, y como la tristeza tomaba protagonismo en su rostro, lo cual le dolió, además de causarle un sentimiento de culpa por hablarle de ese modo. No obstante, si pretendía que su vida cambiara, era necesario que tomara muchas decisiones, como esa.

—William, aunque me duela, sé que tienes razón, estaba consciente que nuestra relación no era romántica, y que no me entregarías tu corazón. — Percibió como trataba de no llorar en su presencia, provocando que se sintiera peor—. Estoy segura de que eres una excelente persona, por eso deseo que puedas tener la vida que mereces. No te mentiré diciéndote que no me harás falta... pero sé que no puedo hacer otra cosa, que no sea desearte mucha suerte y que encuentres una buena mujer de la cual puedas enamorarte y formar una familia.

Después de decirle todo aquello, se acercó más para darle un beso en la mejilla, luego salió por la puerta, no sin antes decirle adiós con una mano, esbozando una pequeña sonrisa. Algo le decía a William, que esa sería la última vez que vería a Jane, una joven con una belleza salvaje e indomable, a quien le deseaba que pudiera enderezar su vida y que encontrara un hombre que la hiciera feliz.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William llegó a su casa en compañía de sus padres, sintiéndose positivo y con la entereza necesaria para resolver todos sus problemas. Tal vez no sería tan fácil, pero no se daría por vencido, al saber que también contaba con su apoyo.

Luego de que cenaran los tres, se dirigieron al despacho de Bernard, a

petición de él.

—William, tu madre y yo hemos conversado sobre un asunto. Te aseguro hijo, que estamos muy arrepentidos de la forma en que ha ocurrido todo, y al darnos cuenta de que casi te perdemos... —se detuvo, recibiendo un apretón de mano por parte de su esposa, sentada a su lado, ambos frente a su hijo, luego prosiguió—: Hemos tomado la decisión de radicarnos en Estados Unidos, esperamos que estés de acuerdo, eres lo más importante para nosotros; todo lo que haremos a partir de este instante es pensar en tu bienestar y porvenir. Aunque ya no seas un niño, todavía necesitas nuestro apoyo, hasta el momento en que te conviertas en el hombre que estamos seguros nos llenará de orgullo.

— ¿Qué pasara con tu empresa? Hay mucha gente que depende de ti — preguntó William sorprendido por la noticia, ya que irse a vivir a Estados Unidos significaría un gran cambio.

Bernard había entregado parte de su vida a su trabajo, convirtiéndolo en una prioridad, razón de que se asombrara que ahora quisiera abandonarlo todo por él.

—Seguirán trabajando como hasta ahora. Afortunadamente cuento con personas de mi entera confianza, que velaran para que todo siga funcionando correctamente y me informaran hasta el más mínimo detalle. Por otro lado, he encontrado oportunidades de negocios en ese país, las cuales pienso aprovechar debido a que no me exigirán tanto tiempo, lo que me permitirá compartir más con ustedes. Aunque la razón principal por la cual daremos ese gran cambio en nuestras vidas, es porque se ha presentado una oportunidad para ti.

—No entiendo, papá. ¿A qué te refieres? —Iba a explicarse pero Adele le pidió hacerlo.

—Hijo, tu padre siempre ha querido que fueras a una universidad de renombre, pues con ello podrías garantizar tu futuro por tus propios medios. No es que dejarás de contar con nosotros, estaremos a tu lado para lo que necesites. Por eso nos alegró descubrir que pese a todo por lo que has pasado, de lo que nos sentimos responsables, tus calificaciones han sido excelentes, razón de que te admitieran en Harvard —manifestó mirándolo con orgullo.

—Mamá, pero si yo nunca envié ninguna solicitud a esa universidad, es más, a ninguna en realidad. No entiendo cómo fue que ellos me admitieron sin recibir nada de mi parte.

Los observaba a los dos con el ceño fruncido, intentando buscarle una

explicación. Entonces su padre añadió:

—William, me tomé la libertad de enviar una solicitud con tus calificaciones a Harvard, aunque las cosas entre nosotros no marchaban bien, nunca perdí la esperanza de que te darías cuenta a tiempo de tu forma de proceder. Estoy consciente que fui el artífice de todo por no prestarte la atención que tanto necesitabas y buscar una solución a nuestros problemas. Por favor, únicamente te pido que nos des y sobre todo, que te des una oportunidad de tomar las riendas de tu vida y encaminar tus pasos por un buen camino. — Ambos le sonrieron y en sus rostros notó el anhelo de que fueran la familia que debieron ser desde el principio.

William no sabía si molestarse con su padre por tomar tal atribución sin consultarle, o agradecerle, debido a que su interés en su futuro era evidente. Sin embargo, de una cosa si estaba seguro, deseaba cambiar, y esta era la oportunidad perfecta para hacerlo, dejando todo atrás. Además, tenía que agradecerles a sus padres por anteponer sus necesidades a las suyas, abandonándolo todo, lo cual lo conmovió mucho.

—Papá, no te voy a negar que no me agradó que tomaras esa atribución por mí... pero quiero que las cosas cambien entre nosotros. En estos últimos días me he dado cuenta que ustedes son las personas más importantes en mi vida, y les juro que voy a luchar por ser motivo de orgullo para ambos. —Sin perder ni un segundo se levantó del asiento, al igual que ellos, para estrechar la mano de su padre, pero él lo atrajo, dándole un fuerte abrazo, al que se les unió su madre.

William era consciente que el camino podía ser arduo, aunque estaba dispuesto a recorrerlo.

Capítulo 4



Después de transcurrir tres meses, tiempo en que Bernard dispuso todo lo necesario, para que dieran aquel paso trascendental en la vida de la familia Carrington Bromson, incluyendo dejar a cargo de personas de su entera confianza, ciertas responsabilidades de su empresa y que también se ocuparan de darle el mantenimiento necesario cada cierto tiempo, a la casa que compartía con su familia y otra propiedad que poseía a las afueras de la ciudad, se dirigían rumbo al aeropuerto de Londres- *Heathrow*, en compañía también de su ama de llaves, quien prestaba sus servicios desde hace muchos años a la familia, y no tenía a nadie que la atara en su país de nacimiento.

Atrás iban quedando los icónicos lugares de un país que todavía era dominado por la monarquía, como el famoso *Big Ben*. De igual modo, los errores cometidos por un joven de 18 años, que perdió el rumbo.

William, desde aquella nefasta noche, no volvió a saber nada de Dick, ni de los demás chicos que solía frecuentar, manteniéndose firme en su postura de alejarse de las personas que formarían parte de su pasado, uno que sería muy difícil olvidar, más cuando habían noches en que era torturado por una fuerte ansiedad, deseando ingerir aunque sea un solo trago y luchando con las ganas de drogarse, lo que sus padres temieron, pues él les confesó que aun cuando no se había convertido en un adicto, duró algún tiempo consumiendo sustancias ilegales, razón de que entre los tres decidieran que lo mejor era pedir ayuda profesional.

Además, su subconsciente lo martirizaba sin piedad, al recordar como aquel hombre yacía en un baño de sangre y descubrir al día siguiente de que llegara a su casa, que había fallecido, pues era una de las tragedias que circulaban en los noticieros, donde describían que dos jóvenes habían perpetrado un asalto, algo que lamentablemente era frecuente en aquella zona, y que no pudo ser grabado, ya que convenientemente para ellos las cámaras de seguridad estaban averiadas. Además, los testigos informaron que llevaban puestos pasamontañas, que únicamente dejaban al descubiertos sus ojos y

Eligieron una propiedad que les dotaba de comodidad y el espacio suficiente para ellos y el personal que tendrían bajo su cargo, siendo del agrado de Adele, debido a que también poseía amplios jardines, donde podía poner en práctica sus conocimientos de paisajismo, dado que le encantaba encargarse personalmente de cultivar y cuidar las flores de su preferencia.

Cuando llegaron a su nuevo hogar todo estaba listo, pues la madre de William contactó a una decoradora de interiores, que con su aprobación, se encargó de hasta el más mínimo detalle para que vivieran plácidamente. También le ayudó a conseguir el personal que necesitarían, y que su ama de llaves se encargaría de supervisar, pues en esos menesteres tenía mano de hierro y la total confianza de los Carrington, por su magnífico desempeño. En cuanto a las oficinas que su padre ocuparía, únicamente esperaban que diera el visto bueno para que todo se pusiera en funcionamiento. Desde ahí podría monitorear su empresa en Londres y desarrollar los nuevos negocios que tenía en mente.

William era consciente que su padre aspiraba que eventualmente se hiciera cargo de sus negocios. No obstante, Bernard tenía claro que no era lo que él deseaba para su futuro, y ya no pensaba obligarlo a nada, pero si le ofrecería su ayuda financiera para todo cuanto necesitara.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Una semana después...

William arribó temprano al *campus* de Harvard, una de las universidades más prestigiosas del mundo y la institución de educación superior más antigua de Estados Unidos, fundada en 1636 por el clérigo John Harvard, su primer benefactor, ubicada en Cambridge, Massachusetts.

Se quedó observando por un momento sus magníficas edificaciones, a los estudiantes recorrer el *campus*, unos a pasos acelerados, otros hablando tranquilamente con el compañero que tenían a su lado y la vegetación que cubría el lugar, agradeciendo internamente a su padre por tomar la iniciativa por él.

Le preguntó a unos jóvenes la ubicación del Departamento de Admisiones, dirigiéndose allá después de recibir sus indicaciones. Cuando traspasó la entrada, ya tenía claro que deseaba estudiar Medicina.

Llevaba consigo toda la documentación requerida que su padre recopiló, luego de recibir los requisitos por parte de la universidad, entregándosela a una mujer de unos cincuenta años, vestida recatadamente, quien le dedicó una

pequeña sonrisa y preguntó algunas cosas.

Al transcurrir cerca de diez minutos, lo hizo pasar a la oficina del doctor Morgan, quien le haría una breve entrevista, según le informó su asistente.

—Bienvenido a Harvard, señor Carrington —lo saludó parándose de su escritorio, extendiendo una mano que de inmediato estrechó William—. Por favor, tome asiento.

—Muchas gracias, doctor Morgan —contestó viéndolo directamente a los ojos, acomodándose en el asiento frente a él.

El hombre de más de sesenta años, de complexión robusta, cabello canoso y ojos grises, le hizo algunas preguntas de rigor, luego le explicó que para aplicar a la Escuela de Medicina, debía estudiar un pre-grado en alguna ciencia aplicada, completar un año de Biología y dos años de Química con experiencia en laboratorios, un año de Física, un año de Cálculo y de Escritura expositiva.

Una vez completado el pre-grado, tendría que pasar el examen *Medical School Admission Test*, diseñado para medir el conocimiento del estudiante y sus actitudes en cuatro áreas críticas: escritura, evaluación verbal, ciencias biológicas y ciencias físicas. Después de eso, debería cursar estudios pre-clínicos y clínicos, que consisten en cursos relacionados en Biología, Anatomía, Química e investigación. Finalmente, hacer unos años de residencia en un hospital o instalación médica. Al finalizar, obtendría un MD, pero no podrá ejercer hasta que sea avalado por la Junta Médica del Estado donde quiera ejercer.

William prestó toda su atención al hombre frente a él, quien prosiguió:

—El Comité de Admisiones evaluó su historial académico, entre otras cosas, antes de aceptar su solicitud. Así que estoy seguro de que aun cuando el programa de estudio puede ser abrumador, con sus referencias podrá salir adelante. Además, estaré dispuesto a colaborarle en lo que necesite —indicó observándolo, para luego firmar unos papeles que su asistente estaba esperando.

—Muchas gracias, le prometo que pondré todo mi empeño para salir adelante, es lo que más deseo —respondió William con su marcado acento inglés, poniéndose de pie para despedirse, recibiendo la admiración en el rostro del doctor Morgan.

Cuando salió del edificio, se sintió muy conforme con la decisión que había tomado, jurándose que se dedicaría por completo a su carrera, para ayudar a

las personas que lo necesitaran.



4 años después...

Junio de 2009.-

William, a sus 22 años, ya había cursado el pre-grado de la carrera de Medicina en Harvard, pasando con una excelente calificación el examen que media los conocimientos adquiridos hasta ese momento, entrando a la etapa de estudios pre-clínicos.

Estaba totalmente adaptado al ritmo de vida que llevaba, disfrutándolo al máximo, sin importar las horas invertidas, ni las innumerables noches sin dormir, inmerso en sus libros, para mantener su alto promedio.

La relación con sus padres seguía fortaleciéndose, pues siempre buscaban pasar tiempo los tres juntos, incluso salir de viaje cuando los compromisos de Bernard y William así se los permitían, consiguiendo que Adele diera gracias cada día al ver a su familia unida y feliz, como debió ser desde siempre.

Fue difícil para ellos enterarse de lo sucedido hace años, donde murió un hombre a manos de Dick, al imaginar lo que pudo pasarle a su propio hijo, de no dejar aquel mundo de perdición.

Cuando inició la universidad, su padre investigó sobre un centro de atención a personas con diferentes tipos de problemas, acudiendo él a varias charlas grupales, donde cada quien compartía sus experiencias. Al principio no fue nada fácil para William exteriorizar lo que lo atormentaba, pero después de un tiempo, logró hacerlo, sintiéndose mejor consigo mismo.

Un día, a solas, le confesó a su terapeuta todo lo acontecido en el establecimiento en Londres y lo culpable que se sentía por la muerte de aquel hombre. Curtis, así se llamaba, le ayudó a darse cuenta que no era del todo responsable de lo ocurrido, que lamentablemente fueron un cúmulo de circunstancias, las que lo llevaron a estar inmerso en esa tragedia. Que en ocasiones, al no ver con claridad todo lo que nos rodea, cometemos errores con los que cargaremos siempre, pero que lo importante era que estaba arrepentido, y buscó enmendar su vida, alejándose de todo cuanto lo perjudicaba y haciendo las paces con sus padres.

Aunque le hubiese gustado trabajar para cubrir sus gastos, su carrera le exigía mucho tiempo, razón de que su padre le dijera que no se preocupara por nada, pues seguiría cubriendo sus gastos. William aceptó, hasta que pudiese

valerse por sí mismo.

En cuanto a su vida universitaria, tenía algunos amigos con los cuales compartía en sus tiempos libres, también conoció a varias chicas, aunque todavía no llegaba a su vida a la que le entregaría su corazón, preguntándose varias veces si algún día lo haría.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Un jueves en la tarde, se encontraba en la biblioteca en compañía de Jonathan, quien se había convertido en su mejor amigo, además de ser compañeros de carrera, y a quien sus padres ya querían como a un hijo. Tenía unos escasos centímetros de estatura menos que él, cabello corto en tono castaño y ojos verdes, un tanto fornido, debido a que le gustaba ejercitarse.

De repente, William levantó la vista del libro, entrelazando sus ojos con unos oscuros, a unas mesas de donde estaban sentados, que lo atraparon al instante. Aprovechando que se había puesto de pie, realizó un escaneo visual detallando los otros rasgos de la chica de menos de 20 años, quien tenía el cabello largo, negro, estatura normal, con una complexión física bien proporcionada y poseedora de una belleza delicada.

—Jonathan, ¿sabes quién es esa chica? —le preguntó a su amigo, señalándola con disimulo. Él lo miró arqueando una ceja, luego dirigió su vista hacia ella.

—Por supuesto, sabes que conozco a casi todo el mundo en el *campus*. Pocas personas tienen esa ventaja —alardeó esbozando media sonrisa, luego continuó—: Su nombre es Dayana, y está iniciando la carrera de leyes —informó asombrado, al verlo mostrar tanto interés por una fémica.

—Amigo, quiero que me la presentes. —William hasta ese momento, nunca había necesitado intermediarias para acercarse a una chica.

Jonathan dejó salir una fuerte carcajada, provocando que algunos estudiantes, sentados a su alrededor, los miraran solicitándoles guardar silencio con el gesto de un dedo sobre sus labios.

—Me deberás una, y pienso cobrármela en el momento adecuado —avisó guiñándole un ojo, luego se levantó de su asiento para dirigirse con pasos despreocupados, a donde estaba esa chica que tanto atrajo la atención de su amigo.

William vio desde su posición como la saludaba, y dirigía una palma en su dirección, consiguiendo que ella se alejara un mechón de cabello de su rostro, sonriente. Sin perder tiempo, eliminaron los pasos que los separaban,

deteniéndose los dos frente a él, levantándose de su asiento de inmediato.

—Hola, pensé al verte sola, que podíamos hacerte compañía —dijo extendiéndole una mano, que ella apretó de inmediato.

—Me parece buena idea. Conozco a Jonathan hace cierto tiempo, aunque sea un bromista incurable, sé que es un buen chico, imagino que tú también lo eres, aun cuando no me has dicho tu nombre —pronunció viéndolo fijamente, con gesto amable.

—William, encantado de conocerte —señaló sonriéndole.

—Los invito a comer algo por ahí, luego de que terminemos nuestras tareas, como los buenos chicos y chica, estudiosos que somos —sugirió Jonathan frotando sus manos, ocupando su lugar.

William, como todo un caballero, le separó la silla a Dayana para que se sentara al lado suyo, lo que ella agradeció con una sonrisa, colocando los libros que llevaba consigo sobre la mesa y su mochila.

Esa noche compartieron los tres unas horas entre risas y bromas, en uno de los lugares más frecuentados por los estudiantes de Harvard, intercambiando William su número celular con Dayana, al despedirse no muy tarde, pues al otro día tendrían clases.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

El rostro de Dayana no abandonó los pensamientos de William, por eso, a pocos días de verse por primera vez, le pidió que salieran, invitándola a un restaurante de comida exótica.

Tuvo que esperar a que finalizara sus clases, cerca de las ocho de la noche, por eso al verla caminar en su dirección —donde habían acordado encontrarse — le dio la bienvenida sonriente.

—Hola, Dayana —saludó besando su mejilla—. Espero que tus profesores hayan sido más piadosos que los míos, tengo infinidad de tareas —dijo tomando un pesado libro de tapa rustica, que ella cargaba.

—Hola, William, al parecer, se comunicaron telepáticamente para hacernos la vida imposible. Tenemos que hacer algo para que nos dejen respirar de vez en cuando —comentó guiñándole un ojo, entrando al automóvil, luego que él le abriera la puerta.

—Descuida, procuraré que pasemos un buen momento para olvidarnos de ellos. Por cierto, gracias por aceptar mi invitación —pronunció encendiendo el motor, girándose hacia ella, dejándola impactada al mostrarle una hermosa

sonrisa.

Cuando le contó a sus amigas que saldría con el mejor amigo de Jonathan, que en efecto, era muy conocido en el *campus* por su carisma innato y fiestero, se asombró por la emoción que mostraron y las miradas picaras que le dedicaron. Además, le dijeron que era afortunada, pues lo habían visto en varias ocasiones, encontrándolo en extremo atractivo, todo un dios del olimpo, según sus propias palabras, que ella no podía refutar, debido a la reacción que tuvo cuando lo conoció, anhelando verlo nuevamente, por eso no dudo en aceptar su invitación.

Durante el trayecto hacia el restaurante, se la pasaron platicando animadamente sobre diversos temas. Al llegar, William salió primero para abrirle la puerta, extendiendo una mano que Dayana aceptó encantada, entrando al establecimiento, donde un amable mesero los recibió conduciéndolos a su mesa, entregándoles el menú y poniéndose a sus órdenes.

—¿Todo bien? —indagó William frente a ella, al verla leer el menú arrugando la frente.

De repente levantó la vista para responderle:

—Sí, es solo que... ¡Dios! No quiero sonar descortés, pero no me resultan nada apetitosos estos platos, y eso, que solo he visto de ellos los nombres aquí escritos —confesó ruborizada, provocando que él le sonriera, extendiendo una mano sobre la mesa para apretar la suya sin dejar de mirarla.

—Jamás pensaría algo así, Dayana. También seré sincero contigo, quise traerte aquí para impresionarte en nuestra primera cita, y sigas aceptando salir conmigo —dijo mirándola intensamente.

—Gracias, pero no tienes que impresionarme para conseguirlo —contestó con un atisbo de picardía, luego añadió—: A tu lado me siento muy bien, y quiero que siga siendo así.

William se quedó sin palabras por un momento, maravillado por su forma de ser, por su honestidad para decir lo que pensaba.

—Entonces, vámonos de aquí a un lugar en el que ambos podamos comer a gusto —sugirió guiñándole un ojo, poniéndose de pie con su palma derecha hacia arriba.

Dayana no se lo pensó dos veces, aceptando su mano para seguirle los pasos fuera del restaurante, cruzándose con el mesero que los atendió, disculpándose ambos por su repentina salida sin llegar a ordenar.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—¿Mejor? —preguntó William mirándola devorar un gran pedazo de pizza, especialidad de *Pinochios's Pizza & Subs*, ubicado en el mismo Cambridge.

—Mucho mejor. Como podrás haberte dado cuenta, soy la típica americana que disfruta comiendo comida “chatarra”, como suelen decirle, pues no temo conseguir unas libras de más. Esta figura viene de familia —pronunció con una sonrisa traviesa, volviendo a la tarea de engullir su pizza, cerrando los ojos con deleite. William no pudo hacer otra cosa que explotar en carcajadas.

—Me parece grandioso que seas así, y que no te dejes llevar del estereotipo femenino. Además... —Se detuvo acercándose a ella, sobre la mesa, como si le fuera a contar un secreto que los demás comensales del lugar no pudieran escuchar—. Te aseguro que tienes el cuerpo perfecto por el que cualquier hombre enloquecería.

Dayana casi se atraganta al escuchar el tono ronco en que habló, viéndolo recostarse nuevamente en su asiento, frente a ella, tomando su refresco como si nada, observándola de una forma que casi le cortó la respiración.

Luego de quedarse en silencio por un instante, sin perder el contacto visual, continuaron conversando plácidamente, tratando de conocerse un poco más, deseando que la noche no acabara.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Llegamos —anunció William parqueando su vehículo frente al edificio del apartamento de Dayana, no muy lejos de la universidad, resultando su ubicación ideal para ambas.

—Gracias por hacérmela pasar tan bien —expresó antes de desmontarse, girándose para verlo.

William se acercó para apartarle un mechón de cabello que le cubría los ojos, enfocado en sus labios, deseando poder besarlos.

—El agradecido soy yo, eso te lo aseguro —manifestó rompiendo el contacto, para repetir la rutina impuesta esa noche como todo un galante caballero.

Ya en plena acera, bajo un velo nocturno y una luna en todo su esplendor, Dayana se quedó con la vista clavada en aquel majestuoso manto estelar, momento que William aprovechó para acercársele.

—¿Te he dicho que eres muy hermosa? —preguntó rosando su oído—. Y ya que ambos somos muy sinceros, te confesare que no quiero que me consideres un atrevido... por ansiar darte un beso en nuestra primera cita. —William acarició su mejilla con una mano, agachando la cabeza para verla mejor, al ser

más alto.

—Ni yo que pienses que lo soy por querer que lo hagas —pronunció acortando la distancia que los separaba, sintiendo el tacto suave de los labios masculinos sobre los suyos.

William se perdió en ese beso, que al principio fue lento, profundizándolo poco a poco cuando en un jadeo Dayana abrió la boca, rodeando su cuello con sus brazos, y él la cintura con uno de los suyos.

En aquel momento no les importó quienes los estuvieran observando, ni que el mundo dejara de girar sobre su órbita, debido a que entre ellos iba abriéndose paso un nuevo sentimiento.

Capítulo 5



William y Dayana ya no podían estar mucho tiempo separados, incrementando de ese modo lo que en sus corazones empezaba a germinar con fuerza.

En las ocasiones que no podían verse, solían durar hasta una hora hablando por el celular, mientras se ponían al día con sus pendientes. Dayana tenía un increíble sentido del humor, razón de que Jonathan se llevara tan bien con ella, pues ambos le sacaban sonoras carcajadas a William con sus ocurrencias, cuando compartían tiempo juntos.

Casi dos meses después de hacerse novios, oficialmente, William se encontraba a solas con Dayana en su apartamento, ya que su amiga había tenido que ir a visitar a sus padres por una emergencia familiar, sorprendiéndola al decirle que le demostraría los dotes de cocinero que había adquirido gracias a su madre.

Dayana lo ayudó a preparar la cena, mientras platicaban de trivialidades, besándose a cada rato y riendo a carcajadas cuando William casi le prende fuego a la cocina, en vez de molestarse.

Cuando la mesa estaba dispuesta para degustar lo que habían preparado, William le separó la silla de la mesa para que tomara asiento, besando la cima de su cabeza, luego al sentarse frente a ella, habló como si fuera todo un chef:

—Esta noche tendrá el placer de probar un exquisito salmón en salsa marinada, acompañado de unas papas salteadas, pan francés, un postre de fresas con chocolate, cortesía de mi madre y vino blanco —enunció mirándola con adoración.

—Estoy segura de que te iría excelente como chef profesional, todo luce exquisito y sumamente apetecible. Gracias por siempre hacerme sentir especial —dijo mirándolo con suma intensidad, ambos dándole nombre a lo que sentían aunque todavía no lo decían en voz alta.

Al culminar la cena, recogieron la mesa, colocando los platos en el lavavajillas, luego tomaron asiento en un amplio mueble en la sala, colocando

las copas de vino en una mesita frente a ellos. William cogió el control del equipo de sonido, sintonizando un balada romántica para amenizar el ambiente, iluminado con la tenue luz de lámparas ubicadas estratégicamente, que complementaba una decoración minimalista en todo el lugar.

Atrajo a Dayana hasta sentarla en sus piernas, quitándole la copa que había tomado entre sus manos, retornándola a su lugar, besando con sutileza su cuello, sintiendo al instante como su cuerpo se tensaba, observándola de inmediato para decirle:

—No quiero que pienses que te estoy forzando a algo que no deseas. Todo se hará a tu tiempo, cuando estés preparada —le dijo acariciando su mejilla con una mano, asumiendo que su reacción se debía a que temiera dar el siguiente paso en su relación. Aunque la deseaba mucho, nunca haría nada en contra de su voluntad.

—Lo sé, William, pues me lo has demostrado desde que te conocí. Es solo que... —Agachó la cabeza, cubriendo su rostro con su sedoso cabello negro, pero él puso un dedo en su barbilla, levantándola para que volviera a enfocarlo.

—Por favor, no te pongas así, no me agrada verte triste. Si tienes algo que decirme, hazlo, nunca te juzgaría por nada —pronunció con suma ternura, dándole la confianza necesaria para que ella dejara salir lo que la perturbaba.

—Antes de finalizar la secundaria, en Boston, donde nací y viví con mis padres y mi hermano mayor, conocí a un chico del cual me enamoré perdidamente, entregándole lo más valiosa que una chica posee, además de mi corazón... el cual no le importó lo más mínimo destrozar, traicionándome a mis espaldas con todas las chicas que caían rendidas ante él, por su popularidad y atractivo físico. Muchas veces me culpé por ser tan estúpida, y no darme cuenta a tiempo de algunas señales que se iban presentando en el tiempo que estuvimos juntos, pero luego pensé que mi falta de experiencia me cegó, debido a que fue mi primer novio.

William en ese momento recordó que en el pasado también fue causante del sufrimiento de algunas chicas, que cedían ante él, deseando que se llegara a enamorar de ellas, algo que no estaba en sus planes en ese momento. Sin embargo, nunca estuvo con varias chicas a la vez, ni les arrebató la virginidad a ninguna de ellas, para luego traicionarlas tan vilmente, como el desgraciado que se había cruzado en la vida de Dayana.

—No tienes nada que reprocharte, eres un ser muy especial que no se

merecía ser tratada de ese modo. Ese chico fue un completo imbécil por no valorarte como merecías.

Las palabras de William hicieron que su corazón palpitara de alegría, dándole un tierno beso, retirándose para continuar:

—Te confieso que lo ocurrido, en cierto modo hizo que me sintiera insegura y sin deseos de volver a tener otra relación, hasta que... te conocí —reveló entrelazando sus brazos detrás de su cuello—. Te amo, William.

Él se quedó por un instante viéndola atónito y sorprendido gratamente por la respuesta que saldría de sus labios:

—Yo también te amo, Dayana. ¡Dios! Nunca pensé que diría estas palabras, pero solamente alguien como tú podría conseguir que me enamorara por primera vez —le confesó antes de besarla con arrebató, con amor.

Al separarse por falta de aire, ella habló sobre sus labios:

—Estoy lista, amor. —Esas simples palabras causaron que el corazón de William explotara, y no solo por el hecho de cumplir su deseo de tenerla piel con piel, sino por lo que significaba para Dayana olvidar su pasado, dándose una nueva oportunidad de amar y ser amada.

Sin mediar palabras, entrelazó sus brazos debajo de sus rodillas, volviendo a besarla, poniéndose de pie para llevarla cargada a donde presumía estaba su habitación, entrando en ella cuando se lo confirmó.

Dirigió sus pasos hasta su cama, acostándola despacio, ubicándose sobre ella sin presionar todo su peso, repartiendo sutiles besos en su rostro y cuello. Al pasar los segundos los besos compartidos fueron subiendo de tono, aumentando de ese modo la pasión que sentían.

William se separó viéndola con deseo, tanto que logró trasmitírselo, por lo que Dayana con la vista nublada, se mordió el labio inferior mirando como él se quitaba la camisa que traía puesta, dejando en evidencia su fuerte torso, definidos abdominales y musculosos brazos. Tenía el cabello algo revuelto, pareciendo en ese momento un dios pagano, que caminaba por la tierra haciendo temblar a todas las féminas a su alrededor.

Dayana no pudo resistirse un momento más, por eso se incorporó en la cama para quitarse la blusa. A pesar de no tener mucha experiencia en las artes amatorias, el deseo que crecía rápidamente en su interior le instaba a acortar la distancia y dejarse fundir entre sus fuertes brazos.

—Eres muy hermosa —susurró William en su oído, luego acaricio con la nariz todo su cuello, impregnando sus pulmones de su olor afrutado—. Te

deseo, mucho —confesó en voz ronca, poniéndose de pie, y tomándola de la mano para que hiciera lo mismo. Entre caricias, se deshicieron de las prendas que impedían mostrarse mutuamente al natural.

Esa noche, William se dedicó en cuerpo y alma a Dayana, haciéndole el amor como jamás ella imaginó que sería ese contacto entre dos seres, provocando que de su garganta salieran gemidos de puro placer, retorciéndose bajo su enorme cuerpo, que a pesar de cubrirla por completo, encajaba a la perfección con el suyo, estallando como una supernova en un orgasmo que le quitó hasta el último aliento, pero que la dejó sumamente feliz.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Después de aquella noche maravillosa entre William y Dayana, el amor que sentían fue creciendo a pasos agigantados, percatándose todas las personas a su alrededor, entre ellas, Jonathan, quien se encontraba muy feliz de que su gran amigo estuviera tan enamorado, de alguien que se había convertido en una amiga muy especial para él.

Un domingo en la mañana fue el día elegido para que Dayana conociera a los padres de William, sintiéndose algo nerviosa por esa primera impresión, esperando caerles bien, al saber cuanto él los quería, por la forma en que se refería de ellos.

Adele ansiaba conocerla, pues desde hace un tiempo notaba a su hijo diferente, feliz como nunca lo había visto, y eso solamente se debía a que al fin había encontrado a la chica a quien entregarle su corazón, como le reveló en una ocasión, acordando con ella que se la presentaría.

En todo el trayecto hasta la casa de los padres de William, que ya no compartía con ellos, pues se había mudado a un apartamento desde hace algún tiempo, conversaron animadamente como solían hacer.

Tras pasaron una gran reja negra, que se abrió con un control que él activó desde su vehículo, recorriendo un corto camino que luego le dio paso a una hermosa casa rodeada de árboles y flores, de dos plantas, estacionándose frente a ella, luego, tomados de manos, se dirigieron hasta una enorme puerta blanca, que una de las personas del servicio abrió tan pronto se percató de su llegada.

Dayana se quedó admirada de lo fastuoso del lugar, que denotaba buen gusto y la calidez de un hogar. De inmediato se dio cuenta que venían a su encuentro, una pareja con sus brazos entrelazados, sonrientes.

William procedió a hacer las presentaciones de lugar:

—Papá, mamá, les presento a Dayana Morrison, mi novia. —Dirigiéndose hacia ella continuó—: Adele y Bernard Carrington.

—Encantada de conocerte, Dayana —la saludó Adele dándole un beso en la mejilla y un abrazo.

—Coincido con mi esposa. Nuestro hijo nos ha hablado mucho de ti, incluso estoy pensando contratar tus servicios cuando te gradúes de leyes, para que me ayudes con algunos asuntos de la empresa —indicó Bernard sonriente, luego de saludarla como correspondía.

—Muchas gracias por la bienvenida. En cuanto a su solicitud, para mí será un gran honor, señor Bernard —manifestó devolviéndole la sonrisa, detallando el parecido que tenía su novio con sus padres, quien rodeaba su cintura con una mano, pegándola a su costado, sintiéndose feliz de que al fin la conocieran.

Los nervios que había sentido antes de conocerlos, según conversaba con ellos fue desapareciendo, en vista que la hicieron sentir de inmediato en confianza, pasando unas horas extraordinarias en su compañía y la de William.

Adele y Bernard se percataron que el noviazgo entre su hijo y Dayana no sería pasajero, que su amor sobrepasaría el tiempo y todo lo que la vida les deparara. También se dieron cuenta que era una joven con sentimientos nobles, con una forma de comportarse respetuosa y cariñosa a la vez.

Definitivamente la vida le estaba sonriendo a su hijo, sintiéndose ambos felices y agradecidos por eso.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

4 años después...

Verano del 2013.-

El tiempo siguió avanzando sin detenerse, y al fin llegó el día que tanto esperaba William, recibiendo a sus 26 años, el título de Doctor en Medicina de la Universidad de Harvard.

Llegar a este punto de su vida colmaba de orgullo a sus padres y a él mismo, debido a que cumplió lo que se propuso al dejar atrás todo su pasado. Sin embargo, era solamente un peldaño de los que pensaba subir, puesto que seguiría dando más de sí mismo, sin desfallecer en su intento de cada día ser mejor persona, aun cuando sabía que no era perfecto.

De igual modo, el tiempo transcurrido había sido favorecedor para la empresa de su padre, creciendo considerablemente en los últimos años,

extendiendo su rama de negocios a diferentes sectores, pasando desde importación a exportación de productos, hasta bienes raíces.

A sabiendas de que su padre no lo presionaría para que se hiciera cargo de sus negocios, quiso colaborarle en cuanto pudiera, haciendo malabares con su carrera para asistir a diplomados y seminarios que le darían ciertos conocimientos en el área de negocios, que pensaba poner en práctica, algo que su padre le agradeció profundamente.

Bernard desde el principio le mostró su apoyo, incluso, habló con un amigo que tenía contactos con varios directores de los mejores centros médicos privados del país, en busca de que le ofrecieran una plaza para hacer su residencia, que podría durar 3 años.

William le agradeció cuando le informó al respecto, pero le dijo que deseaba ayudar a las personas que en realidad lo necesitaran, aquellas que por su condición económica no podían tener fácil acceso a una atención médica de esa índole. Eso lo orilló a investigar por sus propios medios algunos hospitales de la ciudad de Boston, en busca de una plaza disponible para hacer su residencia allí, y después —si todo marchaba como esperaba—, poder ocupar una vacante en el cuerpo médico.

Luego de varias semanas de enviar su solicitud, completando todos los requisitos citados, recibió una carta del *Massachusetts General Hospital*, el hospital universitario de la Escuela Médica de Harvard y centro de investigación biomédica, fundado en 1811, gestionado por *Partners HealthCare*, una red de médicos y hospitales sin fines de lucro con sede en Boston, que incluye a *Brigham and Women's Hospital*, notificándole que tenían una plaza disponible para él, preguntándole cuándo podía empezar. Sin perder tiempo les informó a sus padres, al igual que a Dayana y Jonathan, quienes se alegraron de tan maravillosa noticia.

Ahora estaba a punto de que su nombre fuera mencionado, para subir las escalinatas en dirección al podio, donde el decano de su facultad le entregaría su título universitario, dejando a tras un pasado que con la ayuda de sus seres queridos y terapeuta, se había propuesto superar.

Dios le había regalado la vida por segunda vez, por eso no podía defraudarlo, entendiendo que las vicisitudes, si se enfrenta con gallardía, nos hacen más fuertes como personas.

La cuestión no es culparnos por caer, sino evitar cometer el mismo error, esquivando esa piedra en el camino que nos hace tropezar.

—William Carrington, graduado con los más altos honores de la Escuela de Medicina —se escuchó a través del micrófono en toda el área donde estaban sentados, los graduandos, familiares, amistades, decanos, profesores y autoridades de Harvard.

Las palabras del decano, doctor Benjamin Chapel, le confirieron una gran felicidad. Acto seguido, se levantó de su asiento, pasando por el lado de Jonathan quien ya había recibido su título, que se paró para darle un abrazo fraternal.

Al subir las escalinatas, ataviado de la toga y birrete con los colores distintivos de su escuela, estrechó la mano extendida de su colega —a partir de ese momento—, quien le entregó su título, ambos sonrientes. William desvió su vista a donde se encontraban sentados esa tarde, sus padres en compañía de su amada novia, Dayana, quien a sus 23 años ya estaba graduada en Leyes, percatándose del orgullo y alegría que invadían sus rostros.

Ese día se graduaron muchos jóvenes que al igual que él, estaban llenos de expectativas y deseos de emprender un nuevo camino, demostrando a cada paso todo lo aprendido. Quizás no sería tan fácil recorrerlo, pero William no permitiría que nada le impidiera llegar hasta la meta. Estaba determinado a enfrentar con valentía cualquier obstáculo que se pudiese presentar, sin buscar ninguna puerta de escape, pues asimiló que lo que fácil llega, fácil se va, dejándonos un vacío insoportable en nuestras existencias. De igual modo, aprendió que las cosas no te caen del cielo, que debemos luchar y poner todo nuestro esfuerzo para alcanzarlas.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meses después...

Los días se fueron convirtiendo en meses, tiempo en que William cumplía a cabalidad su rol de residente en el *Massachusetts General Hospital*.

Su aspiración en aquel hospital, era ocupar una plaza en el área de cirugía, deseando también obtener más conocimientos en su rama, añadiendo en su *curriculum* otra especialidad, todo en procura de poder ayudar a mayor cantidad de personas que así lo necesitaran.

Se podría decir que todo en su vida estaba marchando perfectamente, llegando algunas veces a pensar que no era merecedor de tanta felicidad, aun cuando se esforzaba cada día por conseguir destacar, pero sin opacar a nadie,

siendo consciente de que todavía le faltaba mucho camino por recorrer.

En el plano personal, estaba decidido a seguir dando pasos certeros al lado de la mujer que amaba, pidiéndole que su mudara con él, y así pasar más tiempo juntos, ya que algunas veces entre las obligaciones de ambos, no podían verse con la frecuencia que deseaban.

Una semana después, Dayana se mudó con él, formalizando todavía más su relación. Sus padres al principio estaban un tanto recelosos con la idea, al considerar que debían hacerlo cuando estuvieran casados, pero llevaban años conociendo a William, tomándole un cariño especial al ver como amaba a su hija, razón de que no pusieran obstáculos. Además, era capaz de tomar sus propias decisiones. Su novio también sostenía una buena relación con su hermano, quien solía viajar mucho por cuestiones de trabajo, pero cuando estaba en la ciudad, sacaba tiempo para que compartieran juntos.

Dayana mantenía su agenda muy ocupada, debido a que compaginaba su día trabajando en la firma de abogados que tenía su padre junto a dos socios —el cual era reconocido en la ciudad—, y prestando sus servicios de forma gratuita en un centro de asistencia, donde atendía varios casos de personas que no podían pagar por servicios legales.

Una de las ventajas de vivir bajo el mismo techo, era que cuando disponían de tiempo libre, podían simplemente quedarse acostados viendo alguna película, o dándole rienda suelta a la pasión que los embargaba, amándose hasta quedar totalmente saciados.

Dayana había impregnado su esencia en cada rincón del apartamento, que tenía una vista increíble de la ciudad, y donde solían recibir sus amistades y familiares, que se llevaban de maravillas entre sí.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Me encanta este lugar. Gracias por traerme, amor —dijo Dayana, caminando con sus manos entrelazadas, ese sábado por la tarde, por el Boston *Common*, uno de los parques más antiguos del país.

William sin dejar de caminar, llevó su mano hasta sus labios, besando sus nudillos.

—No tienes que agradecer nada, también me agrada mucho venir aquí, y más si es en tu compañía, amor —comentó conduciéndola hasta la laguna, deteniéndose ambos debajo de un gran árbol.

Dayana percibió que William estaba algo nervioso, pues sin soltarla, se

paró frente a ella, abriendo la boca y luego cerrándola, desviando su mirada, como si estuviera buscando fuerzas para decirle lo que se atragantaba en su garganta.

—William, ¿te pasa algo? Nunca te había visto tan nervioso —manifestó observándolo con el ceño fruncido, intrigada.

William había conversado con los padres de Dayana para pedirle el consentimiento ante lo que tanto deseaba hacer, dándole ambos de inmediato su bendición, pues eran muy conscientes de que él la amaba profundamente, y que jamás le haría daño, más bien, la seguiría haciendo muy feliz.

—Dayana... vaya, no sé por dónde empezar —pronunció soltando una sonrisita nerviosa, viéndola fijamente—. Sabes que desde la primera vez que te vi me cautivaste, y que te amo con locura. Sé que estamos empezando a ejercer nuestras respectivas carreras, y que tenemos muchos planes por delante. Sin embargo, lo que más me gustaría en el mundo es emprender un camino juntos, apoyarnos mutuamente, convertirnos en uno solo ser. Ya te dije que te amo, ¿verdad? —indagó emocionado, con una inmensa sonrisa—. Por eso deseo que me hagas el hombre más feliz del mundo... aceptándome como tu esposo —finalizó, colocando las manos de ella en su pecho, quien sintió como latía desbocado su corazón.

Dayana se quedó mirándolo fijamente por un instante, que para él resultó eterno, sin poder modular una sola palabra. Entonces, por su rostro empezaron a caer unas tímidas lágrimas, que lo conmovieron profundamente.

—Por supuesto que... sí, sí, sí, ¡y mil veces sí! Sabes lo mucho que te amo, yo sería la afortunada de tenerte como esposo. —De inmediato se puso de puntillas para besarlo. William soltó sus manos sosteniéndola por la cintura, elevándola del suelo sin dejar de besarla, ella a su vez se agarró de sus hombros.

— ¿Puedo tomar eso como un sí? —bromeó con ella, rosando sus labios, mientras la volvía a poner en el césped bajo sus pies.

Sin perder ni un segundo, sacó de su chaqueta una cajita en la que se encontraba el anillo que sellaría su compromiso. Al ver su expresión al colocarlo en su dedo, se sintió feliz.

Dayana volvió a derramar más lágrimas, que William limpió con sus besos, sentándose ambos debajo del árbol, ella recostada entre sus piernas, mientras él la rodeaba con sus brazos.

Sintiéndose ambos inmensamente feliz.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Cuando Adele se enteró de la maravillosa noticia, convenció a William y Dayana para que viajaran el próximo fin de semana a los Hampton — aprovechando que su hijo lo tendría libre—, y hacer el anuncio oficial entre los miembros más cercanos de la familia y amistades. Aunque Jonathan no podía estar presente, pues su trabajo como cirujano plástico en una prestigiosa clínica de los Ángeles, California, se lo impidió, les deseo lo mejor a los dos.

Allí Bernard había adquirido una propiedad, siendo el negocio inmobiliario uno de sus fuertes, pues decía que tener propiedades era una excelente inversión, debido a que si se mantenían adecuadamente, es vez de devaluarse, su valor en el mercado aumentaría.

—¿Eres feliz? —le preguntó William al oído a Dayana, mientras eran mecidos por la marea nocturna, dentro de la playa, iluminados solamente por el astro nocturno que destellaba en todo su esplendor aquella noche. Al otro día regresarían a Boston, para entre ella, su madre y suegra, empezar a ocuparse de todos los preparativos de la boda que sería celebrada en unos meses.

Entrelazó sus piernas en su estrecha cintura, retirándole el cabello mojado del rostro con una mano, acercándose a sus labios para responderle:

—A tu lado, siempre lo seré, mi amor.

William sentía que su corazón no resistiría tanta felicidad, por eso sin demora, la besó con pasión, con amor y devoción, luego regresaron a la casa, donde sus cuerpos se volvían a entregar como si no existiera un mañana.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Dos meses después...

Diciembre 2013.-

Los preparativos de la boda iban a todo prisa, ya que faltaba solamente un mes para llevarse a cabo. Mientras tanto, William seguía con su ajetreada vida en el hospital e incluso le había tocado viajar a otros estados para asistir a diversos seminarios en su área. Por su parte, Dayana tenía entre sus manos un caso muy importante, que litigaría frente a un tribunal, al que se estaba entregando por completo, para que su cliente recibiera la justicia que merecía, pues sabía que era inocente de la demanda que se le imputaba.

Aquel sábado por la noche —a principios de diciembre—, asistirían a una

cena ofrecida en honor al director del hospital, donde estaba haciendo su residencia William, que se encontraba recostado en el marco de la puerta de la habitación que compartía con su amada Dayana, observando como se arreglaba, esmerándose para estar lo mejor posible, ya que era muy femenina, y cuando se les presentaba alguna invitación similar, le gustaba irse de compras por el vestido perfecto y los demás accesorios que conformarían su atuendo.

También se ocupa de ayudarlo a elegir lo que se pondría de acuerdo a la ocasión. A veces bromeaba con William, diciéndole que era afortunada por compartir su vida con un hombre tan atractivo, aunque sabía que él no era de los que presumía su físico.

—Amor, se nos está haciendo tarde. La cena inicia a las nueve de la noche, y falta menos de una hora para eso. Sabes que no me gusta llegar tarde —le dijo acortando la distancia, besándole el cuello, detrás de ella.

—Lo sé, amor. Dame un par de minutos, te prometo que llegaremos a tiempo, a esta hora no hay mucho tráfico —expresó dándose la vuelta para enroscar sus manos alrededor de su cuello, rosando sus labios.

—Es cierto, pero ha empezado a nevar, y sabes como suelen ponerse las calles —aclaró William.

—Llegaremos a tiempo —insistió Dayana, dándole un beso rápido, separándose de él.

Cuando terminó de arreglarse tomó su cartera de mano y abrigo, que le llegaba a las rodillas, igual que la elegante gabardina oscura que tenía puesta William, luego se dirigieron a la sala. Antes de salir del apartamento, él la atrajo por la cintura para besarla apasionadamente. Era como si la tuviera entre sus brazos después de eones sin verla, causándole una sensación extraña y dolorosa a la vez.

—¿Qué tal si nos quedamos aquí? El lunes puedo disculparme con el doctor Miller —musitó pegado a su boca.

—Nada de eso amor, iremos. ¿Después de todo el tiempo que tomé para arreglarme, pretendes que no muestre mi obra maestra? —bromeó separándose con una media sonrisa—. A menos que no te sientas bien, si es así dímelo, sabes que no me importaría dejar de asistir, únicamente lo hago por ti —indicó escudriñando su rostro.

—No es nada por lo cual tengas que preocuparte, solamente estoy un poco cansado. —Intentó tranquilizarla al darse cuenta que empezaba a preocuparse,

acariciándole una mejilla con sus nudillos.

Dayana aceptó sus palabras, y finalmente salieron del apartamento tomados de las manos.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Llegaron a unos de los hoteles más lujosos de la ciudad, donde celebrarían la cena organizada por las autoridades del *Massachusetts General Hospital*, en reconocimiento a todos los años de servicio del doctor Miller, quien había solicitado su retiro para dedicar los últimos años de su vida a su familia, y varias investigaciones que tenía planeadas, no sin antes hacerles saber a todo el personal médico que siempre estaría dispuesto a colaborarles, en todo cuanto le fuera posible.

William saludó a todos sus conocidos ahí presentes, con Dayana colgada de su brazo, quien lucía radiante esa noche y muy sonriente, luego de dejar sus respectivos abrigo, con una persona en la entrada encargada de recibirlos.

Al trascurrir una hora, rodeados de todos los invitados elegantemente vestidos, hablando entre ellos animadamente, y el salón decorado para la ocasión, con una orquesta en un extremo tocando música jazz, a William todavía no lo abandonada aquella desagradable sensación, razón de que se tomara algunas copas de más —buscando relajarse un poco para no preocupar a Dayana—, tampoco pudo probar nada de lo ofrecido por los meseros, que estaban repartidos por todo el salón, brindando un excelente servicio a los invitados.

Su futura esposa compartía alegremente con sus compañeras de trabajo, mientras él no dejaba de observarla, apreciando cada detalle de su presencia a pocos pasos de él, donde la habían acaparado. Su cabello caía en hondas sobre sus hombros, ataviada con un vestido largo escote barco color vino, ajustado a su esbelto cuerpo, viéndose sumamente hermosa.

De repente, entrelazaron sus miradas, y en los de ella William pudo percibir todo el amor que sentía por él, correspondido con la misma intensidad. Luego se giró un poco, percatándose de quien se le acercaba con el mismo andar despreocupado de siempre.

—William, amigo, ¿cómo estás? —Jonathan lo saludó dándole un abrazo, palmeando su espalda

Aunque su amistad seguía intacta, por sus responsabilidades y el hecho de que vivían en estados diferentes, no se veían con la misma frecuencia que

antes. Pero no le sorprendió verlo ahí esa noche, ya que su padre era muy amigo del doctor Miller, y como no podía asistir por compromisos previos, le pidió a su hijo que lo hiciera en su lugar, lo cual le informó a William por teléfono, un par de días antes.

—Amigo, que gusto me da verte, desde hace unos meses que no venías a visitarnos. Cuéntame cómo te va, y si ya te has decidido a sentar cabeza con una buena mujer, sé que candidatas no te faltan, galán —comentó William esbozando una sonrisa divertida, imaginando su respuesta.

—Eres consciente de que aún no ha llegado el momento, pero no te niego que le he echado el ojo a una que otra dama por ahí. Tengo muchas pacientes, qué te puedo decir, después que hago un buen trabajo me invitan a una copa, y ya sabes que no les puedo decir que no —alegó con picardía, encogiendo los hombros—. Aunque te prometo que estaré para el día de la boda, es más, ya tengo pensado como será tu despedida de soltero. —Palmeó su espalda, pintando en su rostro una sonrisa traviesa.

—No quiero ni saber amigo mío, y más vale que no le cuentes nada a Dayana, a menos que quieras que te corte la cabeza. —Ambos rieron, disfrutando de compartir un tiempo como los grandes amigos que eran, o más bien, hermanos, aunque no los unieran lazos sanguíneos.

—¿Por qué tendría que cortarle la cabeza? No me digas que sigues en tus andanzas, Jonathan —Dayana hizo acto de presencia, fingiendo seriedad por un instante, hasta que demostró su felicidad, abrazando a su amigo—. Que alegría verte. Tenemos mucho que hablar. Más vale que no estés incendiando todo los Ángeles con tus travesuras —dijo separándose unos pasos, arqueando una ceja.

—Por supuesto que no, saben que soy todo un angelito —se defendió, dibujando una aureola imaginaria sobre su cabeza con un dedo, haciéndolos reír de nuevo.

Continuaron platicando un rato más, rememorando sus años universitarios, la interminable lista de novias que tuvo Jonathan, volviendo a bromear diciéndole que era todo un don Juan, aun cuando eran conscientes que mientras mantenía una relación, era el novio perfecto, nunca estando con dos chicas a la vez. De igual modo, mencionaron los lugares que frecuentaban, y todos esos gratos momentos compartidos juntos que nunca olvidarían, llegando a ser nombrados por sus conocidos como los tres Mosqueteros, al ser inseparables.

Una hora más tarde se despidieron de Jonathan, que había llegado

directamente del aeropuerto, con el chófer de la familia, luego de que los tres conversaran unos minutos con el agasajado de la noche, el doctor Miller, agradecido de que asistieran.

Las copas ingeridas por William le habían sentado mal, al grado de sentirse mareado e incapacitado para manejar, y menos en aquel clima, donde la nieve se manifestaba en el exterior. Incluso la calefacción del salón tuvieron que subirla para climatizar el ambiente.

Sentados en una mesa, de las tantas repartidas por todo el lugar, Dayana conversaba con una mujer de algunos cuarenta años, quien conoció esa noche, cuando William llamó su atención, disculpándose para escucharlo.

—Amor, si no te importa, quisiera que nos marchemos. Además, considero que lo mejor es tomar un taxi, mañana vendré a recoger el auto —señaló William, tomando su mano sobre la mesa, sentado al lado de ella.

—De acuerdo, pero, ¿te pasa algo? —indagó preocupada.

—Solamente estoy un poco mareado, nada del otro mundo. Sabes que no acostumbro tomar mucho. Únicamente necesito dormir, y mañana amaneceré como nuevo.

—Entonces, no es necesario llamar un taxi. Manejo yo, es tiempo que te sirva de chófer, como lo haces tú cada vez que tienes tiempo —indicó sonriente.

—No me molesta en nada hacerlo, hasta que aceptes que te compre un auto, sabes que puedo permitírmelo sin ningún problema.

Y así era, no porque utilizara el dinero de su padre, quien había acumulado una gran fortuna, sino porque su progenitor lo incluyó en algunas inversiones que le generaban un buen dinero, ganando más de lo que empezaba a recibir del hospital. Se puede decir que el futuro de William y su propia familia estaría garantizado.

—Te lo agradezco, amor, y también sabes que puedo comprarlo por mis propios medios, es solo que me resulta más cómodo manejarme de ese modo, por el momento. Así que, no me hagas rogártelo frente a todos —señalo haciendo un pequeño mohín, consiguiendo que William aceptara, consciente de que ella tenía total dominio frente al volante.

Se despidieron de las dos parejas con quienes compartían la mesa y del doctor Miller, que se encontraba platicando con unas amistades, luego se dirigieron al parqueo subterráneo del hotel, para buscar el BMW serie 3 último modelo, dudando él por un momento entregarle la llave, cuando

estuvieron frente al vehículo.

—Vamos, doctor Carrington, le prometo que no le haré ni una sola marca a su amado bebé —bromeó Dayana, extendiendo la palma de su mano hacia arriba frente a él, ambos ataviados con sus abrigos para cubrirse del frío, mientras que en la otra llevaba su bolso de mano.

Él, en toda su estatura ladeo la cabeza, agachándola un poco para enfocar sus ojos en ella, sacando despacio la llave del bolsillo de su pantalón, viéndose arrebatador como siempre.

—Amor, bien sabes que tú eres lo más importante en mi vida. Lo que sucede es que no me siento bien sabiendo que conducirás a estas horas de la noche, nevando, podría ser peligroso —señaló preocupado, acercándose a ella, rodeándola con sus fuertes brazos.

—William, no pasará nada. Además te tendré a ti de copiloto —alegó acariciando su varonil y hermoso rostro.

—Tú ganas. —Él no pudo hacer otra cosa que ceder, pegando su frente a la de ella por un momento, antes de colocar la llave en su mano, cerrándola con las suyas en un puño.

William le abrió la puerta a Dayana para que entrara, y enseguida rodeó el BMW para tomar el asiento del acompañante. Cuando ella encendió el motor, emocionada por salir victoriosa, el automóvil cobró vida, conduciéndolo hasta la salida del estacionamiento para emprender el camino hasta su apartamento, aunque en un tramo de la vía tuvieron que desviarse de su ruta, debido a que estaban realizando reparaciones en unas tuberías subterráneas.

Dayana, buscando que William se relajara, puso una emisora de música clásica, consiguiendo que él cerrara los ojos por un momento, pero una intensa luz hizo que los abriera súbitamente; al girarse, se dio cuenta que su amada estaba distraída viendo algo en el celular, mientras conducía con la otra mano, llevando el vehículo a una velocidad razonable, evitando deslizarse por la vía que estaba cubierta de nieve.

Todo pasó tan rápido, que William se quedó pasmado, al ver como aquel camión se dirigía a toda velocidad, en el mismo carril en que iban ellos, pues aparentemente había perdido el control.

—¡Dayana, cuidado! —gritó él saliendo de su aturdimiento, tratando de tomar el guía para hacer una maniobra, y evitar chocarlo de frente, pero la humedad de las vías se lo impedían.

—¡Dios mío! —exclamó Dayana asustada, sin saber qué hacer, apretando

el guía con todas sus fuerzas.

De repente... en una milésima de segundos, William sintió un fuerte impacto, provocando que el cinturón de seguridad que traía puesto lo presionara contra el asiento, y que los cristales estallaran frente a él.

Hasta ese momento no se había percatado que Dayana no llevaba puesto el cinturón de seguridad, como tantas otras veces donde él le reclamara que lo hiciera, debido a que su malestar le hizo cerrar los ojos tan pronto se montó en el vehículo, haciéndolo olvidar ese determinante detalle. Que no tenía nada que la atara a mantenerse en el asiento, y que sus brazos no eran lo suficientemente fuertes para mantenerla a su lado, cuando aquel camión los chocó del lado del conductor.

Faltaba aproximadamente un mes para que formalizaran su relación ante los ojos de Dios y de los hombres, teniendo por delante un hermoso futuro juntos. Incluso William en sueños vio el rostro de los hijos que ansiaba tener junto a la mujer que amaba, alegrándose que en sus fantasías eran más parecidos a ella que a él.

Pero al parecer, todavía no había pagado sus errores del pasado, y esa felicidad le estaba negada.

Antes de perder el conocimiento, pudo ver como Dayana se apartaba de su lado, saliendo disparada por la parte delantera del BMW, sintiendo un dolor en su corazón como nunca antes, pues algo en su interior le dijo que sería para siempre, odiándose por no poder agarrarla y mantenerla con él... eternamente.

Capítulo 6



La existencia de William había terminado de cobrar sentido al conocerla. Sentirse enamorado por primera vez era extraordinario, reflejándose el amor que sentía por Dayana en todo lo que hacían juntos.

El ajetreo en el hospital no disminuía sus fuerzas, todo lo contrario, esas largas horas y noches interminables atendiendo tantos casos, lo colmaban de satisfacción, al hacerlo todo por vocación. Cuando una cirugía en la que intervenía salía como esperaba, dándoles la buena noticia a los familiares del paciente, ver la felicidad reflejada en sus rostros lo impulsaban a seguir adelante.

Si al principio tomó la decisión por sí mismo, además de enorgullecer a sus padres con su desempeño, también existía ese ser extraordinario que estaba a su lado apoyándolo —desde que lo conoció—, y desde que vivían juntos, esperándolo despierta, sin importar la hora que llegara al apartamento que habían convertido en su hogar.

Dayana en ocasiones hacía malabares en su trabajo cuando William tenía algún día libre, para pasarlo juntos, y visitar los lugares que les encantaban o quedarse en la cama, demostrándose todo el amor y pasión que sentían.

Ella se convirtió en una parte indispensable de su ser, alojándose en lo más profundo de su corazón.

William incluso tenía planeado el lugar donde pasarían su luna de miel, luego de pedir una semana en el hospital para esa fecha. Sería una sorpresa para ella, teniendo la certeza de que le encantaría.

«Dayana, mi amor... no me dejes... quédate conmigo»

«¡¿Dios por qué me haces esto?!»

Gritaba fuertemente en su interior, sintiéndose nuevamente —después de tantos años—, en una oscuridad tremenda, percibiendo en todo su ser aquella sensación que no le permitía respirar, y como su corazón era desgarrado sin piedad, deseando morir en caso de que no pudiera tenerla a su lado, para acompañarla, si la muerte hubiese sido su injusto y cruel destino.

Cuando al fin pudo abrir los ojos, pestañeando varias veces para que se acostumbraran a la luz tan fuerte que iluminaba todo el lugar, sin saber cuánto tiempo estuvo inconsciente, lo único que pudo hacer fue vociferar su nombre tan fuerte, que notaba como si su garganta fuera atravesada por filosos cuchillos.

— ¡Dayana, Dayana, Dayana! —No dejaba de gritar su nombre, moviendo su cuerpo incontrolablemente, por lo que las personas que estaban a su lado tuvieron que sujetarlo para que no se lastimara, sin importarle el dolor por la presión que estaban ejerciendo para controlarlo.

—Hijo mío, tienes que calmarte, te harás daño —imploró su madre con la voz entrecortada, llorando al verlo así, luego de perder el conocimiento por horas, recobrándolo a mitad de la mañana, al otro día del accidente.

—Amigo, tienes que calmarte —pidió Jonathan con la vista nublada.

Con la poca visibilidad que le permitían las lágrimas que bañaban su rostro, William se percató que él y su padre, eran quienes lo estaban agarrando.

—¡Tú no entiendes nada, ninguno de ustedes lo hace. ¿Dónde está Dayana? Quiero verla, maldita sea, suéltlenme, debo ir con ella! —Estaba tan fuera de sí, que no quería aceptar lo que le gritaba su corazón, sin dejar de moverse para soltarse del agarre, y levantarse de la cama.

Una de las enfermeras que conocía, rápidamente le inyectó un calmante, que poco a poco fue haciendo efecto.

Sin dejar de llorar, observó a su afligido padre directamente a los ojos, para hacerle la pregunta, cuya respuesta intuía, y cambiaría su vida para siempre.

—Padre, dime la verdad. ¿Dónde está Dayana? —Bernard le había prometido que siempre sería honesto con él, pasara lo que pasara, notando en el instante que pronunció la última palabra, como el semblante de su padre cambiaba, agachando la cabeza por unos segundos, hasta levantarla nuevamente para contestarle.

—William, hijo mío... no sé cómo decirte esto. —Pasó sus manos por su rostro, con desesperación.

—Padre, por favor, por lo que más quieras —suplicó en un hilo de voz, tratando de mantenerle la mirada, apretando fuertemente la mandíbula.

—El impacto fue muy fuerte. Cuando llegó aquí hicieron hasta lo imposible, pero... lamentablemente no pudieron salvarla —confesó derrotado,

abrazando en ese momento a su esposa que lloraba desconsoladamente.

William por un momento sintió como su alma abandonaba su cuerpo. No quería dar crédito a lo que escuchó, deseando con todo su corazón que estuviera viviendo una pesadilla, y despertarse al lado de la mujer que amaba, como esperaba hasta expulsar su último aliento.

Entonces, tuvo el presentimiento de que su padre quería contarle algo más, debido a que abría y cerraba la boca como si estuviera en una lucha interna, entre decirle o no. Además, su madre se acercó, apretándole fuertemente la mano que tenía libre del suero, secándose el rostro con la otra y Jonathan le dio la espalda, agachando la cabeza.

—Hay algo más, aunque no sé si sea el momento adecuado para que lo sepas. Lo que si te juro, William, es que me duele mucho que estés pasando por todo esto, nosotros también estamos sufriendo, queríamos a Dayana como a una hija. —Observó como a su padre se le estaban llenando los ojos de lágrimas, y su madre empezó a llorar de nuevo. Jonathan nuevamente le dio el frente, con los ojos cristalizados por las lágrimas contenidas.

—Dilo ya, por favor. Te aseguro que nada puede hacerme más daño, que perder al amor de mi vida —confesó entre lágrimas, sintiéndose débil e impotente.

—Dayana... ella... tenía tres semanas de embarazo —reveló en un susurro, casi tan inaudible, que no parecía que hubiese hablado.

Para William fue como si el mundo se hubiese paralizado, todo era tan irreal y doloroso. Nadie debería pasar por un momento tan atroz, y justo en ese instante... sintió unas fuertes ganas de morir.

Su interior combatió el efecto del calmante inyectado, agitando su cuerpo fuertemente, sin poder contener el desgarrador grito que salió de su garganta, llorando como nunca lo había hecho en toda su vida, teniendo la certeza de que su corazón, que se desintegró en ese momento en millones de partículas, jamás nadie lo volvería a unir, logrando que latiera nuevamente.

— ¡No, no, no, no! —repitió a viva voz, una y mil veces, mientras su cuerpo se convulsionaba ferozmente, en la cama donde estaba postrado, sin importar que lo volvieran a agarrar fuertemente o el dolor que sentía en todo su cuerpo, que no se comparaba al de su alma.

Algunos enfermeros entraron a toda prisa, sacando la enfermera a Adela de la habitación, al borde del desmayo, por ver a su único hijo sufrir de ese modo.

En ese instante lo único que anhelaba William con todo su ser, era irse con Dayana, y no separarse jamás de ella.

Súbitamente un nuevo sentimiento lo consumió: la culpa.

Se culpaba por no haberle hecho caso a su sexto sentido y quedarse en el apartamento, también por tomar aquellas copas de más que le imposibilitaron manejar. Quería ser él quien ocupara su lugar, y no ella, un ser maravilloso, lleno de luz, que merecía vivir siempre feliz.

Una felicidad que les fue arrebatada sin compasión.

Capítulo 7



William no dejada de pensar qué haría con todo lo que estaba sintiendo, deseando quedarse dormido por siempre, para no abrir los ojos ante la cruel realidad que le deparaba el destino, llegando a la conclusión de que no merecía ser feliz.

Cuando al fin el medicamento lo calmó por completo, con su vista clavada en una ventana, viendo como la nieve caía con lentitud, cubriendo todo a su paso, le preguntó a Dios la razón de que no se apiadara de él, pese a todo lo que hizo para reivindicarse, quitándole a la única mujer que amaba y a ese ser lleno de luz que crecía en su interior, fruto del inmenso sentimiento que compartían, negándole la oportunidad de ser el mejor padre del mundo, en todos los aspectos, ya que se hubiese esforzado porque así fuera.

También se preguntó si Dayana estaría enterada de la existencia del bebé, aunque, si hubiese sido así, estaba seguro de que se lo hubiese informado con una gran sonrisa, sintiéndose feliz como nunca, pues en ocasiones conversaban del momento en que tendrían hijos, llenándose ambos de mucha emoción. Asumiendo que probablemente no se hubiese dado cuenta, por el poco tiempo de gestación que tenía.

William, a pesar de todo el sufrimiento que estaba sintiendo en carne propia, sabía que debía sacar fuerzas de donde no las tuviera. Tenía que levantarse de esa cama, para afrontar con valentía todo lo que se le venía encima, aun cuando se mintiera a sí mismo, estando consciente que nunca podría olvidar y superar lo que estaba lacerando su corazón.

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos, que hasta el momento en que desvió la mirada, no se percató que Jonathan estaba sentado junto a su cama, con sus codos en sus rodillas y la cabeza agachada entre sus manos.

Su amigo se quedó acompañándolo, cuando Bernard salió en busca de su esposa para calmarla, al ver que su hijo se sumía en un profundo silencio, sin mirar a nadie en la habitación.

William sabía que para él también era difícil atravesar todo ese horror, por

el enorme cariño que le tenía a Dayana. ¡Dios! Tan solo con nombrarla en su mente, sentía como si vertieran ácido en una herida que temía, nunca sanaría.

—Amigo, no sabes cuanto lo lamento —manifestó afectado, al levantar la cabeza y darse cuenta de que lo estaba mirando.

—Quiero verla, deseo despedirme de ella —imploró con voz ronca, compungido por todo el dolor que lo embargaba.

—Lo sé, y prometo que te llevare tan pronto te den de alta. ¡Dios! Todavía no puedo creer que todo sea real —exteriorizó Jonathan abatido. Desde que se enteró del accidente, a través de Bernard, no había querido marcharse del hospital—. Ella era mi amiga y tú eres como un hermano para mí. Pedí unos días en el trabajo, no pienso dejar que cargues con todo tu solo —informó apartando una lágrima de su rostro.

—Gracias por siempre apoyarme, amigo —contestó William, volviendo a perder su vista en la ventana.

Al transcurrir un rato, intentó sentarse en la cama, siendo consciente en ese instante, que tenía un vendaje cubriéndole los costados, por el interior de la bata de hospitalización que traía puesta. Con sus palmas tanteo el área, comprobando, de acuerdo a su experiencia, que sus dolencias no eran de cuidado. También tocó su rostro, notando algunas laceraciones, además de moretones en sus brazos. De no haber tenido puesto el cinturón de seguridad, pudo haber corrido con el mismo destino de Dayana.

Sin embargo, el dolor que sentía en su cuerpo no se equiparaba con el de su corazón, que era mil veces peor.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William salió al otro día del hospital, debido a que sus colegas consideraron tenerlo unas horas más en observación, algo que no pudo objetar al conocer el procedimiento.

Todo el cuerpo médico, que tenía tiempo conociéndolo, lamentaron verlo en el letargo en que se encontraba, manifestándole cuanto sentían lo ocurrido, pues muchos de ellos conocían a Dayana, y los más cercanos a William le habían tomado cariño.

El nuevo director del hospital también fue a visitarlo, dándole sus condolencias, y aconsejándole que se tomara unos días, hasta que se sintiera en disposición de volver a cumplir sus responsabilidades, enterado de que era uno de los médicos más entregados, de los que prestaban sus servicios en el

hospital.

Él agradeció su gesto, tomándole la palabra.

Cuando su de alta estaba lista, no quiso ir a cambiarse a su apartamento, en realidad, no sabía si podría regresar ahí sabiendo que ella no lo acompañaría nunca más. En aquellas paredes únicamente se respiraba su aroma, y no estaba listo para aceptar su ausencia.

Su madre lo entendió, razón de que le llevara todo lo necesario, para que fuera a despedirse de la mujer con la que su hijo pensó, pasaría el resto de su vida.

Tuvieron que ir directamente al cementerio, pues el velatorio fue realizado la noche anterior, cuando todavía estaba ingresado, y ese día le darían cristiana sepultura.

William iba en el vehículo, sentado entre sus padres, agradeciendo que su madre le sostuviera una mano, procurando darle fuerzas, mientras él veía al frente, perdido en sus recuerdos.

El chófer de sus padres se estacionó detrás de una hilera de vehículos, cuyos ocupantes ataviados de negro y abrigados para soportar la ventisca de nieve, que tenía los alrededores cubierto de blanco, se dirigían a donde reposaría para siempre los restos mortales de Dayana.

Cuando William se presentó frente a los padres de ella, quien sería su suegra se arrojó a sus brazos, llorando desesperadamente, mientras eran observados por todos y Jonathan, que llegó en ese momento.

—¡Oh, Dios mío, no soporto que me hayan arrebatado a mi niña! —gritó Danira, aferrándose a su abrigo, sintiendo como sus fuerzas la abandonaban, de lo que se percató su hijo mayor, quien acudió enseguida, rodeándola entre sus brazos, mientras el padre de Dayana lloraba con la cabeza pegado a su pecho, sentado a unos pasos de ellos, junto a los demás familiares y amigos que habían ido a darle el último adiós.

Con lágrimas silenciosas surcando su rostro, William se sentó en un espacio que le reservaron al él y sus padres, sin dejar de mirar el féretro blanco repleto de rosas del mismo color, mientras que el sacerdote resaltaba las virtudes de Dayana, expresando palabras de consuelo para sus seres queridos, pidiendo que la recordaban como el ser bondadoso que fue en vida, de pie frente a ellos.

Él también quería recordarla como el ser más puro que supo ganarse su amor, entregándole su corazón sin ninguna reserva.

Cuando el sacerdote finalizó, los lamentos inundaron todo el lugar, al llegar el momento en que el féretro quedaría sepultado, momento en que William se puso de pie, observando atónito como la maquinaria para bajar el féretro, iniciaba el descenso.

Literalmente se vino abajo, cayendo de rodillas, al tener la certeza de que si no hubiese partido de este mundo tan prematuramente, también hubiese sido recordada como una excelente madre.

Detrás de él la madre de Dayana lloraba compulsivamente, al grado de que su esposo tuviera que agarrarla por la cintura, para que no cayera al suelo. Bernard y Adele también manifestaron su dolor.

Jonathan se puso a su lado, antes de que diera un grito silencioso, contrayendo el rostro hasta emitir el sonido, a punto de desgarrarse la garganta.

— ¡Dayana, mi amor, vuelve a mí, no me dejes, o llévame contigo, no puedo vivir así, no quiero vivir así! ¡¿Dios, por qué me castigas de esta manera?! —exclamó poniendo sus palmas en el suelo, apretando las capas de nieve mezclada con tierra entre sus puños, que eran mojados por sus lágrimas, sin importarle que lo vieran en ese estado.

Ya nada tenía importancia para él...

—Apóyate en mí, amigo —le dijo Jonathan, agachándose al lado suyo, dándole un abrazo fraternal, el cual William agradeció, llorando como un niño en su hombro, sin dejar de hacerlo hasta que el féretro estuvo sellado bajo tierra, y los presentes empezaban a marcharse.

—Hijo, te esperamos en el auto —indicó su padre, rodeando los hombros de Adele con un brazo, ambos viéndolo con sumo dolor.

Al separarse de su amigo, secando sus lágrimas, respondió:

—Pueden marcharse, ya veré como regreso. Quiero quedarme un tiempo más con... —Se quedó en silencio por un instante, tomando una gran bocanada de aire helado, para llenar sus pulmones que se habían quedado sin oxígeno, luego continuó—: Estoy seguro de que Dayana se sentirá muy triste cuando la dejemos sola —concluyó en un hilo de voz.

Adele se tapó la boca negando con la cabeza, volviendo a llorar. Temía que su amado hijo no saliera del abismo oscuro en que estaba cayendo, sin ellos poder hacer nada para evitarlo.

Jonathan se puso de pie, extendiéndole una mano a su amigo para que también lo hiciera, la cual rechazó, prefiriendo quedarse ahí de rodillas, sin

importarle que la nieve calara en sus huesos.

—Adele, Bernard, no se preocupen, yo me quedaré, y lo llevaré a su apartamento cuando así me lo pida —indicó Jonathan, observando a los padres de su amigo, y como los de Dayana se montaban a lo lejos en el vehículo de su hijo mayor, quien se había mantenido llorando en silencio, por perder a su adorada confidente y cómplice de travesuras en la niñez, quedando únicamente ellos.

—Siempre has demostrado que eres más que un amigo para nuestro hijo, un hermano. Gracias —dijo Adele, acercándose para abrazarlo.

—No tienes nada que agradecer, William es mi hermano y ustedes son mi otra familia. Te prometo que lo cuidaré, cualquier cosa, se las comunicaré.

Adele se acercó a su hijo, acariciándole la cabeza.

—Recuerda lo mucho que te amamos, y que cuentas con nosotros, hijo mío. Deseamos que pese a todo el dolor que sientes, puedas salir adelante. — William reaccionó abrazándola por la cintura, hundiendo la cabeza en su estómago, mientras su padre apretaba su hombro, lamentando ver a su hijo destrozado. Si pudiera, entregaría toda su fortuna para volver a verlo feliz, y que esta vez fuera para siempre.

Sus padres finalmente se marcharon, alejándose Jonathan unos cuantos pasos, para darle privacidad.

Continuaba de rodillas —sin importarle que su cuerpo estuviera entumecido—, frente a la tumba de Dayana, donde recordó lo feliz que estaba con los preparativos de la boda, la ilusión que sentía cada vez que iba a verificar los avances del vestido de novia que le estaban confeccionando, deseando que fuera perfecto, en vista que el día que lo llevara puesto, sería uno de los más importantes de su vida.

Tantos planes trazados entre ambos, tantos sueños que deseaban materializar juntos, pero que se habían roto con su inesperada partida.

En aquel lugar del descanso eterno, cuando los escasos rayos del sol que trataban de cruzar el cielo, se despedían, William perdió la esperanza de que algún día volvería a ser feliz en su vida.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William no deseaba regresar nunca más a aquel lugar, pero ansiaba volver a sentir su olor. Abrir la puerta del apartamento, después de que convenciera a su amigo Jonathan de que lo dejara subir solo, prometiéndole que cualquier

cosa lo llamaría, fue muy doloroso para él.

Con paso lento se dirigió a la habitación que compartía con Dayana, tocando todas sus pertenencias, llevándose a la nariz su perfume favorito. Miró a la puerta del baño, imaginándola en la ducha, luego saliendo con una toalla cubriendo su cuerpo y con otra más pequeña secando su cabello, sonriéndole de esa forma tan especial que hacía vibrar su corazón.

En aquel momento el sentimiento de culpa regresó con una fuerza incontrolable, llenándolo de una profunda ira como no había sentido jamás, causando que empezara a tirar todo lo que tenía a su alcance, tomando una butaca que ella solía usar cuando se maquillaba, sentada frente a un espejo de su cómoda, haciéndolo añicos de inmediato al arrojársela.

En vez de disminuir, su furia aumentaba, arrancando las cortinas del gran ventanal de la habitación, mientras gritaba hasta quedarse sin voz.

Ya nada volvería a ser como antes, ella no estaba, no regresaría nunca, y aquel lugar se encontraba como si nada hubiese pasado, no era justo, por eso quería destrozar todo a su paso, para que fuera un reflejo de como se sentía por dentro.

Casi corriendo se fue rumbo a la cocina, para continuar causando aquel caos, retumbando en todo el lugar el sonido de cristales y platos rompiéndose.

Una necesidad apremiante de olvidarlo todo lo hizo buscar lo que lo ayudaba en el pasado, abriendo y cerrando con fuerza las gavetas de toda la cocina, aun cuando prometió que no volvería a caer, que no estropearía su vida, pero ya estaba desecha, el destino así lo quiso sin el mover un solo dedo.

Su mente se había nublado por completo, convenciéndose de que no tenía a nadie por quien luchar, y que por más que tratara de salir adelante, ella no regresaría a su lado.

La búsqueda no rindió ningún fruto, al no encontrar ni una sola gota de alcohol, pero se moría por probarlo, pensando que era su única escapatoria para dejar de recordar en su cabeza el accidente y lo de su bebe.

—¡Demonios! —exclamó con frustración estrujándose el rostro, de repente recordó que no muy lejos había una tienda, en la que entre otras cosas, vendía una gran variedad de licores. Sin pensarlo dos veces se puso el abrigo, y tomó sus llaves, saliendo disparado del apartamento.

Cuando William traspasó la puerta del local, vinieron a su mente aquellos funestos recuerdos de una tragedia perpetuada en un lugar semejante, hace

tantos años, imaginando que los seres queridos de aquel hombre sufrieron por su muerte, como lo estaba haciendo él, convenciéndose que estaba pagando su proceder.

Le pasó por la mente dirigirse a otro lugar, pero justo en aquel apartamento era donde debería estar, para afrontar su dolor entre todas las cosas que se la recordaban.

Tenía casi una hora de haber regresado, cargando consigo varias botellas de *whisky*, que empezó a consumir de inmediato. El teléfono del apartamento no dejaba de sonar, pero William no le prestaba atención, tomándose un trago tras otro, sentado a los pies de la cama —con sus largas piernas extendidas—, y la ropa de Dayana esparcida a su alrededor. Lo único vital para él en ese momento era beber hasta perder la consciencia, y si tenía suerte, no volver a despertar. Logrando horas después, quedarse dormido ahí mismo.

Desconocía cuanto tiempo trascurrió hasta que escuchó como lo llamaban, de forma desesperada. Fue abriendo los ojos lentamente, hasta que vio a Jonathan caminar apresuradamente hacia él.

—¡Maldición, William! ¿Qué ha pasado? Llamé a tus padres y no sabían nada de ti, no te imaginas lo preocupados que están, intenté calmarlos diciéndole que yo te buscaría, y lo hice amigo, por todas partes. También te llamé aquí. Han pasado casi 24 horas en los cuales nadie sabía nada de ti. Pensé que al traerte, te habías marchado a otra parte, por todos los recuerdos que te traerían, pero como ya no me quedaban opciones, vine, y mira con lo que me encuentro.

Jonathan hizo una pausa, luego prosiguió, sin dejar de lado su preocupación, evidenciada en su rostro:

—No sabes el susto que me pegué cuando después de tocar varias veces, comprobé al manipular la cerradura, que no tenía ninguno seguro, dándome cuenta de todos los destrozos encontradas a mi paso.

William lamentó haber preocupado tanto a las personas que lo querían, como su amigo, que en esos momentos se agarraba la nuca con una mano, viendo asombrado las condiciones de la habitación, pero él sabía que su interior estaba mucho peor, por eso ni siquiera se percató de cerrar bien la puerta cuando llegó.

—Sé que estás pasando un momento muy difícil, que la amabas profundamente, y que ninguno de los dos merecían esto. Pero debes poner todo de ti para salir adelante, amigo. Sabes que conmigo siempre puedes contar,

que seré tu soporte cuando sientas que no puedes mantenerte en pie — pronunció Jonathan afligido, poniéndose en cuclillas frente a él, colocando una mano en su hombro.

William al principio no entendía bien sus palabras, la cantidad de alcohol ingerido hizo estragos en su sistema, sumergiéndolo en un letargo. Luego pudo ir asimilando que todo cuanto le decía, era lo más sensato, aconsejándolo como el gran amigo y hermano que era para él.

No sería fácil salir adelante, sobrevivir al gran dolor que sentía, pero trataría de hacerlo.

Con voz ronca y los ojos rojos de tanto llorar, le respondió:

—Gracias, amigo. Por favor... ayúdame a levantarme. Necesito darme un baño —pidió, ya que sabía no tendría fuerzas para hacerlo solo.

Jonathan no perdió tiempo e incorporándose lo ayudó, conduciéndolo hasta el baño, deteniéndose William abruptamente, al recordar las veces que se bañaron mutuamente entre caricias y besos. Sería una misión titánica para él, curar la herida de muerte que le produjo su partida.

—¿Puedes sostenerte por ti solo? No tengo ningún problema en ayudarte, pero conociéndote, sé que necesitas tu espacio —comentó Jonathan detrás de él, mientras se veía en el espejo del baño, apoyándose en el lavamanos, desconociendo al hombre que le mostraba su reflejo, muy diferente al feliz de hace pocos días, quien tenía en sus manos un futuro maravilloso, junto a la mujer que amaba.

—Tranquilo, puedo solo —contestó escuetamente, mirándolo sobre el hombro.

—Te aseguro que... a ella le dolería verte en ese estado —dijo Jonathan antes de salir, cerrando la puerta detrás de él, dejándolo pensando por su comentario.

Luego se retiró el cabello del rostro, y con movimientos lentos fue deshaciéndose de su ropa y zapatos. También se quitó el vendaje que cubría su torso, percatándose de unos pequeños moretones, por lo que hizo algunos movimientos de brazos para aliviar el dolor que empezaba a sentir en sus articulaciones, un dolor que había ignorado por completo.

Entró a la ducha, sin esperar que el agua se calentara, sintiéndola helada al entrar en contacto con su cuerpo, colocando sus manos en los azulejos y agachando la cabeza, mientras reflexionaba en que su vida no volviera a ser la de antes, aunque las palabras de su amigo iban calando en él, reconociendo

que estaba en lo cierto, que si Dayana lo viera desde donde está... sentiría un profundo dolor.

Decidió que mantendría su recuerdo vivo, y que esos momentos especiales que compartieron juntos, le darían fuerza para salir del abismo en que estaba cayendo. Incluso estaba dispuesto a visitar nuevamente a su terapeuta, en caso de ser necesario.

Salió del baño luego de secarse el cuerpo y cabello con una toalla, dirigiéndose a su closet, buscando ropa deportiva que ponerse, mientras seguía cavilando en lo que haría, tomando la decisión de que seguiría concentrándose en su trabajo, que no incumpliría la promesa que se hizo de ayudar a quienes necesitaran sus servicios. Además, continuaría especializándose.

También tenía que pensar en sus padres, en todo lo que estaban sufriendo por lo sucedido, pues querían mucho a Dayana, sumado al dolor que sentían al ver a su único hijo atravesar nuevamente por una situación difícil.

Sentándose en la cama para ponerse los tenis, recorrió con sus ojos toda la habitación, determinando que no podía seguir viviendo en ese apartamento, y no porque no quisiera atesorar sus recuerdos, debido a que siempre la llevaría consigo donde vaya, pero si deseaba salir adelante, quedándose ahí sería más complicado. De modo que pasaría unos días en la casa de sus padres, hasta que encontrara otro apartamento donde instalarse.

Dejó la habitación para ir en busca de su amigo, a quien encontró en la sala con las manos dentro de los bolsillos de su *jeans*, viendo a través de la ventana como el sol entregaba sus últimos reflejos antes de dar paso a la noche, después de recoger los cristales y platos rotos de la cocina, colocándolos en una funda de basura negra, que luego sacaría.

Al sentirlo detrás de él, Jonathan se giró para hablarle, apretando su hombro:

—William, eres como un hermano para mí, y lo sabes, por eso no quiero volver a verte recaer de este modo, aun cuando te entiendo.

—Jonathan, también te considero mi hermano. Agradezco infinitamente tus palabras, que me han hecho reflexionar, por eso haré hasta lo imposible por salir adelante. Se lo debo a ustedes y a Dayana, pues tengo la certeza de que siempre estará a mi lado, desde donde se encuentre —mencionó William, viéndolo fijamente a los ojos, luego se dieron un abrazo fraternal. Al separarse, su amigo fue a la cocina, regresando al poco tiempo con una taza de

café en las manos.

—Tomate esto, está bien cargado, te hará bien. Entonces, ¿por dónde quieres que empecemos? —indagó ambos sentándose frente a frente en los muebles de la sala.

—Hoy mismo hablaré con mis padres para mudarme con ellos, mientras encuentre otro apartamento. No puedo seguir permaneciendo en un lugar que me trae tantos recuerdos. Sería muy doloroso quedarme esperando que entre por la puerta, o llegar a la cocina y esperar que ella me recibiera con una gran sonrisa, ofreciéndome el desayuno. Eso, aunque me mate por dentro, jamás sucederá —expresó desviando la mirada, con los ojos humedecidos.

—Es lo mejor, dadas las circunstancias. ¿Qué piensas hacer con las pertenencias de... —Dudó un momento en pronunciar su nombre, pensando en lo que significaría para William deshacerse de todas sus posesiones, luego terminó—: Ya sabes a lo que me refiero.

—Pienso quedarme con algunas de sus pertenencias y las otras entregárselas a su familia. Sabes que nunca podré olvidarla, no sé si vuelva a presentarse en mi vida alguien tan increíble que pueda lograr que mi corazón vuelva a latir, con tal intensidad como lo hacía cuando la tenía cerca —confesó agachando la cabeza, cubriendo su rostro con sus manos. Jonathan sufría al verlo así, esperando que pasado el tiempo, volviera a ser feliz.

Antes de irse, lo ayudó a terminar de recoger todo el desastre que había ocasionado en la habitación, teniendo que deshacerse de algunas cosas que quedaron inservibles, lo rescatable, William pensaba donarlo, junto a todo el mobiliario del apartamento.

Cuando se encontraba solo, William se dedicó a la difícil tarea de empacar las pertenencias de Dayana, que le entregaría a su familia, llevándose a la nariz el camisón que ella usó la última noche que pasaron juntos, ansiando sentir su aroma inundando sus fosas nasales.

De repente, su imagen llegó a su mente tan clara como si la tuviera frente a él, viéndola sonreír de esa forma que lo derretía, y esos ojos oscuros que le revelaban cada vez que sus miradas se entrelazaban... cuanto lo amaba.

Los años que pasaron juntos fueron inmensamente felices.

No pudo resistir un minuto más, sintiendo una fuerte opresión en su corazón que hizo que cayera de rodillas, sollozando sin parar, dejando salir sus lágrimas sin poder impedirlo.

Quien diga que un hombre, por el hecho de reflejar sus sentimientos a

través del llanto, es débil, se equivoca, hay momentos que te destrozan sin compasión.

Después de calmarse un poco, llamó a sus padres para tranquilizarlos, dándoles a conocer su decisión, que entendieron de inmediato, diciéndole que esa siempre sería su casa, y que lo esperarían con los brazos abiertos. Luego se acostó mirando al techo, hasta quedarse dormido entre un sinfín de maravillosos recuerdos.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Días después...

—Hola, William, pasa, por favor —indicó el padre de Dayana, luego de estrechar su mano, recibéndolo en su casa.

—Gracias, Jacob —dijo cargando consigo una pequeña maleta, sentándose en un mueble de la sala, poniéndose de pie en cuanto se presentó Danira, quien le dio un fuerte abrazo, separándose con el rostro bañado en lágrimas.

—Según conversamos por teléfono, he venido a traer algunas pertenencias de... —William trató de pasar el nudo en su garganta que le impedía nombrarla.

Estar en esa casa que la vio crecer, visualizando las fotos que tenían en una gran repisa, mostrando diferentes etapas de su vida, siempre sonriente, provocó que su corazón sintiera unas fuertes punzadas, forzándose a continuar, mientras Danira secaba sus lágrimas con un pañuelo, ambos sentados frente a él.

—Perdón, como les decía, traje conmigo algunas de las pertenencias de Dayana, otras las he conservado para mí, espero que no les moleste.

—William, sabes que te hemos tomado mucho cariño, siempre te veremos como un hijo, por lo que puedes contar con nosotros para lo que necesites. Y no te preocupes, sabemos el gran amor que le profesabas a nuestra hija, por eso comprendemos que desees quedarte con algunas de sus cosas —expresó el padre de Dayana, recibiendo el asentimiento de su esposa.

—Así es, hijo, y aunque... —Danira hizo una pausa por unos segundos, luego con voz entrecortada y nuevas lágrimas prosiguió—: Nuestra amada hija ya no esté con nosotros, está siempre será tu casa.

—Muchas gracias, en ustedes siempre vi otra familia, y eso no cambiará —afirmó William poniéndose de pie para despedirse, entre lágrimas y palabras de consuelo, compartiendo los tres la misma pérdida irreparable que había

ensombrecido sus vidas.

El destino nuevamente sacudió todos los cimientos de la existencia de William, y aunque las circunstancias eran diferentes, no podía perder la esperanza de que volvería a resurgir de sus cenizas.

Capítulo 8



2 años después...
Marzo de 2015.-

Ese domingo en la mañana, William caminaba serpenteando las tumbas que tenía a su paso, hasta detenerse en la que un ángel de mármol blanco, con las alas extendidas y sus brazos elevados al cielo, custodiaba el lugar que se había convertido en la última morada de Dayana. Siempre que podía la visitaba, sin importar la hora o lo cansado que estaba. Ir allí, de algún modo lo hacía sentirse más cerca de ella.

Se arrodilló para poner sus rosas favoritas, encima de la placa que identificaba la tumba.

—Hola, Dayana. A pesar de los años que han pasado, desde que tú y mi bebe se fueron de mi lado, sabes que te sigo extrañando como el primer día. Sin embargo, no faltaré a la promesa que te hice, de salir adelante, mientras sigas mandándome las fuerzas necesarias —aseguró con la vista nublada, quedándose un tiempo en completo silencio, antes de marcharse.

Al principio fue muy difícil para William tomar las riendas de su vida, por eso visitó varias veces a su terapeuta, para que le ayudara a manejar su pérdida. De igual modo, vivir con sus padres durante dos meses le favoreció, ya que estuvieron ahí para él aquellos días cuando se encerraba en sí mismo, sin querer hablar con nadie o probar alimento. Su madre fue muy comprensiva al respecto, incluso en ocasiones le sacaba una tímida sonrisa, cuando intentaba darle de comer como si fuera un niño pequeño.

En cuanto a su amigo Jonathan, jamás tendría la forma de pagarle todo su apoyo, que incluso regreso de Los Ángeles para estar más cerca de él, por lo que se alegraba que consiguiera poner su consultorio, en uno de los centros especializados en su área más reconocidos de Boston, y si todo marchaba como esperaba, en sociedad con unos amigos tendría pronto su propia clínica.

Cuando se sintió listo, regresó al hospital para terminar su residencia,

siendo avalado para ejercer su carrera por la Junta Médica del Estado, recibiendo una plaza en el área de cirugía, como tanto deseaba, desde que pisó el Hospital General de Massachusetts.

Los meses fueron convirtiéndose en años, mientras William trabajaba sin descanso, preocupando a sus padres, quienes temían que pudiera enfermar, algo que él desestimó, diciéndoles que nada le pasaría.

Prefería mantener su mente ocupada, evitando rememorar aquellos recuerdos que seguían lacerando su corazón.

Su día a día consistía en atender una cantidad considerable de pacientes en el consultorio que tenía en el hospital, supervisar el área de emergencias y prestar sus servicios gratuitos en un centro comunitario, donde acudían personas que por un motivo u otro, no disponían de seguro médico.

Seguía asistiendo a seminarios, incluso se volvió a matricular en la universidad de Harvard, donde finalizó con honores la especialidad de cardiología, recibiendo el reconocimiento de los directivos del hospital, por su gran desempeño.

Mientras su carrera iba en ascenso, su vida social era prácticamente inexistente, asistiendo casi por obligación a los eventos del hospital y galas benéficas que ofrecía la fundación que su madre presidía, junto a otras personas, ayudaban con las donaciones recibidas a varios centros de desintoxicación de drogas para jóvenes.

Algunas veces, Jonathan prácticamente lo obligaba a salir con él, buscando distraerlo, argumentando que su vida no podía consistir solamente en trabajar y estudiar.

Sin embargo, William prefería pasar su tiempo libre en el apartamento que había adquirido, siguiendo la rutina en la que se había convertido su existencia.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William se encontraba en su habitación, cuando escuchó el timbre de su apartamento sonar, dejando el libro de medicina que estaba leyendo sobre la cama, levantándose para ir a ver quién era.

—Hoy no aceptaré una negativa de tu parte —dijo Jonathan traspasando la puerta, cuando le abrió.

—Buenas noches para ti también —saludó cerrándola, cruzándose de brazos frente a él.

—Hace poco recibí una invitación de un cliente que reabrirá un local, así que te doy diez minutos para cambiarte de ropa —indicó mirando la hora en el celular, percatándose que únicamente llevaba un pantalón largo de dormir, con los pies descalzos.

—Como ves, ya no pensaba salir a ninguna parte —mencionó William, señalándose a sí mismo.

—¿Qué parte de no aceptare una negativa no entendiste? —indagó Jonathan entrecerrando los ojos. Deseaba sacar a su amigo de aquella burbuja, que no lo dejaba sociabilizar al margen de sus obligaciones.

William pensaba seguir replicando, descartándolo enseguida al darse cuenta que él tenía razón. Además, nada perdía con acompañarlo esa noche, por eso accedió, dirigiéndose a su habitación a cambiarse, luego de palmearle la espalda.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William y Jonathan se adentraron al local, siendo recibidos por los acordes de música jazz que tocaba una orquesta en vivo, ubicada en un extremo. El ambiente era ideal para quienes desearan pasar un momento agradable, escuchando buena música.

Se acomodaron en una mesa de las tantas dispuestas estratégicamente, que se encontraba disponible, en vista que estaba casi lleno en su totalidad.

—William, ¿ya te fijaste cómo esas hermosuras nos observan? Sobre todo la pelirroja, está prácticamente desvestiéndote con la mirada. Pienso que no deberías desaprovechar el momento, si sabes a lo que me refiero —mencionó Jonathan, esbozando una pícaro sonrisa.

—No te voy a negar que tiene sus atributos, pero sabes que yo no me siento listo para eso —rebató William, luego de mirarla.

—No quiero que te ofendas por lo que te voy a decir, pero ya ha pasado mucho tiempo, tienes que darte una oportunidad para vivir otra vez. Me duele verte así, amigo, y no te estoy pidiendo que la olvides por completo, simplemente, que busques algo que te haga sonreír otra vez.

William se quedó reflexionando por un momento, comprendiendo que tarde o temprano llegaría el momento de rehacer su vida.

—Sé que tienes razón, pero dame más tiempo, de verdad que lo necesito, aún no estoy preparado. Tal vez algún día pueda hacer que mi corazón vuelva a la vida y lata por alguien más, aunque únicamente Dios sabe cuándo será.

Por el momento no podría estar con una mujer sin desearlo realmente, eso sería injusto para ambas partes —explicó con sinceridad, viendo como el hombre que tocaba el saxofón lo hacía con los ojos cerrados, con suma concentración.

—Entonces, tratemos de pasar un buen momento, y dejemos que el tiempo hable por si solo —contestó Jonathan elevando su copa, simulando un brindis.

William agradeció y corroboró lo expresado por su amigo, con la intención de seguir sobreviviendo como había intentado desde hace dos años, pensando que tal vez el destino en su momento, volvería a mostrarle su lado amable, dándole la oportunidad de ser feliz.

SEGUNDA PARTE



Capítulo 9



**Boston, Massachusetts,
Estados Unidos.
Verano de 2009.-
6 años antes...**

A Meredith de niña le encantaba soñar despierta, deseando que su vida fuera semejante a un cuento de hadas, donde un apuesto príncipe azul vendría a su rescate, montado en un caballo blanco para llevarla al lugar más hermoso de la faz de la tierra, y hacerla inmensamente feliz.

Sin embargo, al transcurrir los años, fue despertando de aquella fantasía, pues su realidad era muy diferente a un cuento donde un valeroso príncipe rescataba a la damisela en apuros, ofreciéndole su amor eterno y viviendo felices por siempre.

Su madre era la causante, la típica dama de sociedad quien siempre estaba inmersa en sus frivolidades, creyéndose la mujer perfecta, al recibir la admiración de los demás por su belleza, que no mitigaba los años y la elegancia que destilaba, sin dedicarle el tiempo suficiente a la crianza y cuidado de sus tres hijos, ya que Meredith tenía dos hermanos menores que ella —Corbin y Adrien—, con una diferencia de cinco y ocho años de edad, respectivamente, quienes compartían con su madre el mismo tono de cabello castaño y ojos verdes, mientras ella heredó el cabello rubio y ojos azules de su padre.

Grace era tan exigente con su hija, que no la dejaba decidir sobre lo más minino, criticando desde su forma de vestir y arreglarse cuando entró en la adolescencia, que amistades tener, donde ir, la forma de comportarse en los eventos sociales a los que la obliga asistir, frente a sus insulsas amistades, hasta la manera cordial que demostraba al tratar al personal de su casa, pues eran poseedores de una condición económica privilegiada, viviendo en una fastuosa mansión con varios empleados a su disposición.

Su actitud solamente conseguía que Meredith se sintiera asfixiada, disminuyendo considerablemente su autoestima, odiando que su futuro estuviera preconcebido en la mente de su madre, quien pretendía dominarla a su antojo como si fuera su marioneta.

Deseaba ser libre, poder tomar sus propias decisiones, llegar a conocer ese amor profundo y fuerte que solía leer en los libros que tanto le encantaban. Lamentablemente, no tuvo la dicha de tener una madre amorosa, que la apoyara y aconsejara valorando su opinión.

Aunque no todo estaba perdido, debido a que podía contar con su padre, un ser maravilloso que le demostraba su amor sin reservas. Cuando salía del país a un viaje de negocios, se entristecía, pero sin importar su apretada agenda, Joseph siempre se mantenía en contacto con su hija, diciéndole a cada momento lo importante que ella y sus hermanos eran para él.

Meredith, a sus 17 años, tenía una vida social inexistente, al no tener una lista de amigos que la invitaran a fiestas, o salir a cualquier lugar de entretenimiento. El contacto con chicos de su edad únicamente lo tenía en el *high school*, siendo una de las mejores estudiantes de su curso, a raíz de la dedicación que le prestaba a sus estudios, colmando de orgullo a su padre y planeando con él su futuro a nivel profesional, debido a que deseaba —al finalizar la secundaria dentro de unos meses— estudiar Negocios Internacionales en Harvard, el *alma mater* de su padre.

Joseph Parker nunca le imponía las cosas a sus hijos, siempre sacaba tiempo para compartir con ellos, escucharlos, aconsejarlos y apoyarlos en lo que deseaban, y que no iba en detrimento de ellos, que no los afectaba. Por eso, cuando su hija le dijo que deseaba trabajar en su empresa cuando terminara la universidad, se sintió muy feliz, incluso le ofreció viajar a donde quisiera si aspiraba hacer alguna especialización, como había hecho él, pues sus padres pudieron darle junto a su hermana Lorraine, todo lo necesario para hacerse de un futuro prometedor.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Joseph se encontraba de viaje, y como pasaba siempre en su ausencia, la estadía de Meredith en su casa se tornaba insoportable, debido a su madre, por eso había salido desde muy temprano ese sábado a la casa de su tía Lorraine, regresando con el chófer de la familia a esa hora de la tarde, mientras sus hermanos estaban en su clase de pintura, acompañados por su niñera.

Pensaba que tendría la casa para ella, asumiendo que su madre estaría desde el medio en el club hasta la noche, acompañada de sus frívolas amigas, a quienes únicamente les importaba todo el dinero que pudieran sacarles a sus esposos, para gastarlo en banalidades.

Decidió pasar el resto de la tarde en la piscina, disfrutando del radiante sol que iluminaba todo a su paso, pero antes tendría que cambiarse de ropa.

Al subir las escaleras, le pareció extraño escuchar voces provenientes de la habitación de sus padres, pues la rutina de Grace los sábados era siempre la misma, o sea, que a esa hora no era probable que se encontrara ahí.

Paso a paso fue acercándose a la habitación, de donde en ese momento se escuchaban risas, notando que la puerta no estaba del todo cerrada, así que podía fácilmente dar un vistazo en su interior para salir de dudas.

Meredith sintió que su corazón dejaba de latir, quedándose sin poder mover uno solo de sus músculos, mientras veía como la *socialite* de Boston, Grace Crawford de Parker, le era infiel a quien juró amar y respetar frente al altar, con el hombre que la vio crecer.

No podía apartar la vista del esposo de su tía Loraine, Gael, a quien aprendió a llamar tío desde que empezó a hablar, y que en ese momento estaba desnudo sobre la cama de su padre, sin importarle lo más mínimo el parentesco que los unía ni su amistad, pues de lo contrario, no estaría en ese momento acariciando a su esposa, después de haberse entregado íntimamente, algo evidente, ya que Grace estaba sobre él... desnuda.

Meredith adoraba a su padre, por ese motivo le era tan difícil aceptar que lo estuvieran traicionando, imaginando la devastación que sentiría al enterarse, al igual que su tía.

En ese momento llegó a aborrecer a su madre como nunca imaginó, a pesar de que sabía, le debía obediencia y respeto, algo que las personas deben ganarse, pero Grace lo había perdido, después de mandar todo al infierno, acostándose con el esposo de su cuñada.

Aquella mujer no tenía ningún escrúpulo, al no pensar que podía ser descubierta, aunque Meredith sabía que todos los empleados le temían, por lo que jamás la delatarían de haberse dado cuenta de sus andanzas. En ese instante se preguntó si había sido la primera vez que cedían ante la lujuria o si venía dándose desde hace tiempo.

Continuó observándolos —a cierta distancia de ellos, ya que la habitación era inmensa—, sin poder dar un paso atrás para salir corriendo, como le pedía

a gritos su cerebro, o tal vez era mejor así, para que se dieran cuenta de que no podrían mantener su secreto por más tiempo, y dejaran de besarse, iniciando nuevamente ese acto carnal, que le asqueaba al punto de provocarle ganas de vomitar.

—¡Madre! —gritó con toda la rabia que sentía en ese instante, mientras las lágrimas de impotencia se deslizaban por su rostro.

—Meredith, ¿qué haces aquí? —inquirió sorprendida, al voltearse y verla, bajándose del cuerpo de su amante, cubriendo con una sábana su desnudez, misma acción que tomó Gael, mirándola fijamente sin poder articular palabra alguna.

—Dímelo tú, y no me vengas con la estúpida excusa “de que no es lo que parece”, no soy tan estúpida como piensas —escupió entre dientes, apretando sus puños a sus costados, entrelazando su mirada azul con la verde, luego vociferó—: ¡Me das asco, ustedes son los seres más repugnantes que he conocido en mi vida. Te odio, los odio a los dos!

Meredith salió corriendo de la habitación, ya que no podía soportar estar un segundo más ahí. Sin embargo, Grace no permitiría que se fuera sin hablarle, por eso se bajó de la cama, poniéndose rápidamente una bata de seda negra, para ir tras ella.

—¡Meredith, detente, no des un paso más! —exclamó amenazante, como si fuera su hija la que hubiese cometido la falta.

Desobedeciéndola Meredith, quien bajó las escaleras sin mirar atrás, con el único objetivo en mente de seguir corriendo, para apartarse lo más lejos que le fuera posible de ellos, pero cuando descendió el último escalón, la alcanzó agarrándola fuertemente del brazo, obligándola a darle el frente.

— ¡Suéltame! ¿No entiendes que me repugnas? Eres una... —Grace no la dejó terminar, propinándole una fuerte bofetada que le volteó el rostro, provocando que su hija se pusiera una mano en la zona afectada, sintiéndola caliente al tacto.

— ¡Meredith, no te atrevas a faltarme el respeto de ese modo, no tienes ningún derecho! —proclamó roja de ira, frente a ella.

— ¡¿Y tú si tienes el derecho de traicionar a mi padre? Quien te ama y siempre te ha sido fiel, que vive para cumplir todos tus caprichos. Eres una hipócrita, Grace! —Meredith ya no podía contenerse, tenía que dejar salir todo lo que sentía en ese momento.

De un manotazo se quitó las lágrimas que surcaban su rostro, viéndola con

la barbilla en alto.

—¡Tú no eres nadie para juzgarme, lo que haga con mi vida es asunto mío y ni te atrevas a decirle nada de lo que has visto a tu padre, o lo lamentaras el resto de tu vida! —Había tanto odio en sus palabras, que por un momento su hija se estremeció. A pesar de eso, debía enfrentarla, percibiendo como dentro de ella algo cambiaba. No continuaría siendo esa niña tonta que se dejaba humillar.

¡No más!

—Si piensas que me dejaré amedrentar por ti, estas muy equivocada, nunca más permitiré que decidas por mi o que trates de manejar mi vida como se te antoje. Ya no te debo ningún respeto ni consideración, eso hay que ganárselo, y si en algún momento en mi vida pensé que lo merecías por ser mi madre, lo que acabo de ver me desliga de esa obligación —declaró con total determinación, observándola fijamente.

Tenía la necesidad de sacar todo lo que la estaba corroyendo por dentro, por eso prosiguió:

—Dime madre, ¿con cuántos hombres te has revolcado antes de que te descubriera? ¡Responde! Aunque sea por una maldita vez en tu vida, se sincera y honesta conmigo —exigió sin contemplación.

Grace intentó pegarle nuevamente, pero ella lo impidió, agarrando en el aire su muñeca.

—¡No permitiré que vuelvas a pegarme! —amenazó en un tono de voz que desconocía, recordando todas las veces que lo hizo, cuando las cosas no se hacían a su manera.

Al transcurrir algunos segundos la soltó, viéndola con desprecio, antes de darle para salir rápidamente de la casa, dejándola desconcertada por su reacción, temiendo que su hija le contara a Joseph lo sucedido, replanteándose en su mente lo que haría para evitarlo.

Meredith necesitaba pensar, despejar su mente, sin saber cómo le hablaría a su padre de su lamentable descubrimiento, ya que no deseaba ser la causante del dolor que sentiría al enterarse de la verdad, a sabiendas de que no merecía seguir viviendo un engaño.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando abrazando su cuerpo fuertemente, totalmente perdida en sus pensamientos, solamente era consciente de que estaba devastada y no podía contener las lágrimas que se deslizaban

por su hermoso rostro, que ocultaba cuando algún transeúnte le pasaba por el lado, evitando dar explicaciones de su estado.

Deseaba tener a alguien con quien compartir todo lo que le sucedía, una amiga que le prestara su hombro para desahogarse y que a su vez la aconsejara, pero hasta eso Grace le había quitado, al no permitirle que tuviera la vida de cualquier chica de su edad, envidiando hasta cierto punto a sus compañeras de estudios, que no tenían las mismas prohibiciones que ella, impuestas por su madre, que podían salir a divertirse y enamorarse libremente.

Aunque a partir de ese momento, haría todo lo que estuviera en sus manos para romper las cadenas impuestas por Grace, no seguiría dándole la potestad de manejar su vida a su antojo, y ella quedarse como una simple espectadora, menos ahora.

Sin darse cuenta sus pasos la condujeron a un parque, donde algunos niños correteaban jugando, bajo la atenta supervisión de sus padres.

Sentándose debajo de un árbol, apartada de los demás, acercó sus rodillas hasta su pecho rodeándola con sus brazos, colocando su barbilla sobre una de ellas, viendo como los últimos rayos del sol iluminaban todo a su alrededor, sin saber qué hacer, ya que si volvía a su casa tendría que enfrentarla, tampoco podía ir a donde su tía Loraine, imaginando que ahí estaría su esposo, y no estaba segura si lograría mirarlo a la cara sin evidenciar el desprecio que le tenía.

Hay momentos en la vida, donde sientes que estas atravesando un pasillo oscuro, notando como las paredes se te vienen encima, y por más que intentes correr o pedir ayuda, nadie viene a tu rescate.

Justo eso le pasaba a Meredith, anhelando poder vislumbrar una salida, poder cambiar las cosas.

Tiempo después anocheció por completo, quedándose sola en el parque, poniéndose de pie limpiando la parte trasera de sus *jeans* con sus manos, aceptando que no tenía otro remedio que dirigir sus pasos hasta la casa que la vio nacer y crecer, concientizándose, dado que debía afrontar todo con madurez, aun cuando estuviera destruida por dentro.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Llegó a su casa sintiéndose agotada, por la larga pero necesaria caminata, dándose cuenta que sus hermanos ya estaban ahí, pues le llegaron sus voces desde el salón de televisión y juegos.

Cuando la vieron a travesar la puerta, fueron corriendo hasta ella,

demostrándose el amor que sentían con un gran abrazo, pensando Meredith en ese instante en lo que se avecinaba, y que ellos por su edad, no sabrían cómo asimilarlo, ya que también amaban mucho a su padre.

—¿Cómo están mis, pequeños traviesos? Supongo que la pasaron genial en su clase. Ansió ver las magníficas obras de artes que pintaron. —Adrián, de nueve años, fue el primero en contestar.

—¡La pasamos súper bien! La profesora nos felicitó por nuestro desempeño, aunque aquí entre nos —se detuvo, agarrándola por el cuello para que bajara la cabeza, como si le fuera a contar un secretó—, yo soy mejor que Corbin, aunque me lleve tres años, mis pinturas son más creativas y mejor trabajadas que las suyas —finalizó con orgullo.

—¡Te escuché, Adrien! Meth, no le creas ni una sola palabra, él sabe bien quién es el mejor de los dos —indicó Corbin molesto, cruzándose de brazos frente a ellos.

A pesar de tener sus diferencias, no podían estar separados, y se querían mucho.

—Saben que para mí ambos son excelentes en todo lo que hacen, y que no me gusta que se peleen, ¿de acuerdo? —pronunció apuntándolos con un dedo—. ¿Qué tal si mañana les preparo las tradicionales galletas con chiscas de chocolates que tanto les gusta? —preguntó sonriente, aunque por dentro no tuviera ganas de hacerlo, frente a ellos debía mostrar entereza. Además, disfruta mucho cada vez que pasaban tiempo juntos.

—¡Sí! —exclamaron al unísono los dos, emocionados.

—Mamá nunca quiere hacerlas cuando se las pedimos, siempre dice que está ocupada, y que para eso está la cocinera —comentó cabizbajo Adrien.

Meredith lo sabía, pues un día lo escuchó mientras se lo pedía, por eso le preguntó a Magdalena, el ama de llaves, una mujer entrada en los cincuenta años, mexicana, que los quería como si fueran sus hijos, pues los había visto nacer, que le enseñara a prepararlas.

—Descuida pequeño, yo se las prepararé cuando así lo deseen. —Lo despeinó un poco provocando que sonriera, era tan fácil conseguirlo.

—Yo me apunto como ayudante —dijo Corbin elevando una mano, sonriente.

—Entonces, no se diga más. —Meredith chocó la mano con él—. Ahora, vamos a que le sirvan la cena, luego quiero que se laven los dientes, pueden ver un poco de televisión y luego a la cama, ¿entendido? —inquirió su

hermana mayor arqueando una ceja, viéndolos.

—¡Entendido! —Volvieron a responder al mismo tiempo, saliendo disparados hasta la cocina, donde seguro los estaría esperando Magdalena, quien a esa hora ya habría regresado de unas diligencias, que la hicieron salir desde temprano.

Meredith cuando se dirigía a las escaleras, aprovechó que se cruzó con una de las empleadas, quien en ese momento llevaba consigo unas toallas limpias, para preguntarle por Grace, respirando un poco más tranquila al saber que no se encontraba, y que tal vez esa noche no la vería, si se mantenía encerrada en su habitación.

La joven también le informó que su bolso, el que había dejado sin recordar dónde, conteniendo entre otras cosas su celular, estaba en su habitación, lo cual comprobó ya adentro de la misma, decorada en tonos violetas, con todo el mobiliario necesario para una chica de su edad y un librero en un extremo, conteniendo una gran cantidad de libros que había devorado y otros más que estaban en su lista de pendientes.

Con movimientos mecánicos, se fue quitando la ropa para ir abañarse, luego se puso la pijama, recostándose de lado en su cama, abrazando una almohada, volviendo a reproducirse en su mente todo lo vivido esa tarde. Cerró los ojos fuertemente, deseando poder dormir y que al despertar todo hubiese sido una pesadilla.

Un toque en la puerta hizo que los abriera de golpe, descartando de inmediato que fuera su madre, debido a que siempre entraba sin pedir permiso, viéndola despectivamente.

Luego de darle el paso a quien fuera que estuviera esperando, escuchó su voz saludándola con cariño.

—Hola, mi niña, ¿no vas a cenar? —le preguntó Magdalena sentándose en la cama, pues más que una empleada, se había comportado con ella como si fuera una madre.

De inmediato Meredith se acercó a ella, sentándose a su lado, recostando la cabeza en su hombro, mirando sus manos entrelazadas en su regazo.

—La verdad, es que me duele un poco la cabeza, y no tengo apetito —se excusó con la mujer que tantos los quería, y que sufría al darse cuenta del modo tan indiferente que trataba Grace a sus hijos.

—¿Ya tomaste algo? —cuestionó Magdalena haciendo que se incorporaba, viéndola con preocupación.

—No te preocupes, mi querida Magda, estoy segura de que se me pasará, solamente necesito descansar —respondió dedicándole una media sonrisa, que no llegó a sus ojos.

—Eso espero, sabes que estoy aquí para lo que necesites, y para escuchar lo que desees contarme —comentó dándose cuenta de su semblante decaído y ojos llorosos—. Por cierto, cuando llegué me di cuenta que no estabas.

Meredith miró al piso, pues aunque la quería mucho, y le tenía confianza, no podía contarle nada hasta no decidirse qué hacer con lo que sabía.

—Salí a caminar un rato, sabes que la zona en que vivimos es tranquila, así que en ningún momento estuve en peligro —mencionó levantando la vista, ocultando la verdadera razón, deseando que no siguiera preguntándole.

Por algún motivo Magdalena no le creyó, pero no quería seguir instigándola, ya le hablaría cuando lo considerara, suficiente tenía con las presiones de su madre.

—Bueno, te dejaré descansar, mi niña. Eso sí, mañana te prepararé un gran desayuno que compense la cena que no comiste, ¿de acuerdo? —inquirió arqueando una ceja, mirándola.

—Sí, de acuerdo, Magda —contestó abrazando su robusto cuerpo, cuando ambas se pusieron de pie, para despedirse.

Al quedarse sola, Meredith se acostó en la cama en posición fetal, dejando salir lágrimas de impotencia y desolación mientras recordaba un día —hace un año—, en que sus compañeros de estudio la invitaron a una fiesta y lo entusiasmada que estaba.

«Se encontraba en su habitación eligiendo qué vestido ponerse, contando con el permiso de su padre, quien todavía a esa hora de la noche, no había llegado de la empresa, resolviendo algunos problemas. Joseph, como siempre preocupado por la seguridad de sus hijos y demostrándoles que estaría ahí para ellos, acordó pasarla a buscar cuando decidiera irse de la fiesta, hablando previamente con el chófer de la casa para que la llevara.

A sus 16 años, sería la primera vez que tendría una salida de esa índole, algo atípico en la vida de algunas chicas de su edad, quienes tenían más libertad. De repente la burbuja de felicidad que la rodeaba, explotó cuando ella entró en su habitación, con sus dotes de reina sin corona, mirándola como siempre lo hacía cuando no estaban en presencia de Joseph: con altivez y desprecio, como si fuera un insecto a quien debía pisotear.

—¿Y tú para donde crees que vas? Hoy tiene su presentación en sociedad

la hija de una de mis amigas, y nos invitó, no pretenderás que aparezca sola. Además, te conviene ir a esa clase de eventos, a ver si de una vez por todas te comportas a la altura, viendo cómo se visten y actúa una joven de tu edad en sociedad, no como lo haces, poniéndome en ridículo a cada momento — manifestó destilando todo su veneno, hiriéndola profundamente, preguntándose cuándo se acostumaría de una vez por todas, pues era parte de su diario vivir.

—Lo siento mamá, pero ya me invitaron a una fiesta y no puedo faltar, incluso mi papá me dio permiso —respondió Meredith apretando un vestido en su pecho, viéndola con decisión.

Ansiaba mucho ir, para también cambiar la percepción que tenían sus compañeros de ella, quienes la juzgaban por nunca aceptar sus invitaciones. Estaba casi segura de que si no acudía, no la volverían a invitar. Su madre le había quitado tantas cosas, incluso la posibilidad de corresponderle al chico que le gustaba, y que después de tanto insistirle, recibiendo sus rechazos, se hizo novio de otra chica, perdiendo Meredith la posibilidad de conocer aquel hermoso sentimiento, por temor a que Grace le hiciera la vida todavía más imposible, debido a que le había advertido que no quería novios hasta que terminara la secundaria, como si en realidad, su desempeño académico le importara, algo que no era ni remotamente cierto.

— ¿Es que acaso no me estas escuchando? Iras conmigo, y no voy a discutirlo más, me obedeces y punto! —advirtió furiosa, dando un paso hacia ella, haciéndola temblar.

—Por favor, no me puedes prohibir esto, de verdad que deseo ir, nunca me dejas salir, siempre estoy aquí en casa, estudiando. Tampoco permites que vengan a visitarme. ¡Soy una adolescente! Se supone que todas esas cosas son normales para alguien de mi edad —se defendió llena de impotencia, recibiendo de su madre como respuesta, una fuerte bofetada que la tumbó al piso, elevando la cabeza desde ahí, para observarla con su palma en la mejilla agredida, dándose cuenta como iba nublándosele la vista.

Meredith se odió por ser tan débil, por no contarle de una vez por todas a su padre la forma en que la trataba su propia madre, pero se volvió a repetir que tenía que resistir para no provocarle un disgusto, que traería como resultado una fuerte discusión entre ellos, que de nada valdría, por tener la seguridad de que Grace no la dejaría en paz, y que en su ausencia, le haría

la vida todavía más imposible.

—Muy bien, Meredith, entonces, si no vienes conmigo... tampoco iras a tu dichosa fiesta, me vas a obedecer por las buenas o por las malas. Y ni se te ocurra decirle nada a tu padre cuando lo veas, ni desmentirme cuando te pregunte si es cierto que decidiste a última hora no ir, porque te dolía la cabeza. También le diré que te di una pastilla y que luego te quedaste dormida casi enseguida —explicó con tanta frialdad, dirigiéndose a la cama donde estaban sus otros vestidos, tirándolos en el piso y pisoteándolos, luego salió cerrando la puerta fuertemente detrás de ella, dejando a su hija llorando desconsoladamente, todavía en el piso, viendo como ella una vez más... arruinaba sus ganas de vivir».

Meredith dejó atrás aquel recuerdo, preguntándose nuevamente la razón de que su madre la tratase como si no la hubiese tenido en su vientre nueve meses, ya que esa fue una de las tantas veces en que había roto sus alas, prohibiéndole la capacidad de poder volar.

Desgraciadamente, se sumaba otro capítulo a su triste historia, jurándose que esta vez sería más fuerte, y que cuando su padre regresara de viaje... le contaría todo.

Capítulo 10



El sonido de su celular la hizo incorporarse en la cama —donde llevaba unas horas acostada sin poder conciliar el sueño—, levantándose apartando sus lágrimas para ir en su busca, sintiendo una opresión en el pecho al darse cuenta quien la llamaba.

Por un instante pensó no contestar, temiendo que se diera cuenta de su estado de ánimo, pero recordó la promesa que se hizo a sí misma. Además, lo que le contaría no podía ser vía telefónica.

Antes de responder, tomó una gran bocanada de aire, colocando su mano en su corazón en un intento de controlarlo.

—Hola, papá.

—*Hola, hija. No sabes la falta que me haces, al igual que tus hermanos, ¿cómo se están comportando esos traviesos?* —Intentó contestar, pero las palabras no salían de su boca—. *Meredith, ¿estás ahí? ¿Por qué no me respondes, te pasa algo?* —Joseph se inquietó por su silencio, culpándose ella por no mantener su entereza, lo cual debía remediar de inmediato.

—Papá, discúlpame. Sí, todo está bien. Tú también me haces mucha falta, solo que me pareció algo extraño recibir tu llamada a esta hora, no sueles comunicarte tan tarde. —En parte así era, pues pasaban de las once de la noche.

—*Discúlpame tú a mí hija, pero tuve varias reuniones que me tomaron más tiempo del que suponía, y no quería que te durmieras sin que habláramos.*

Meredith tomó asiento frente a su escritorio, preguntándose cómo le podría decir todo sin causarle dolor.

—Espero que tu viaje no se prolongue tanto como otras veces. —No podía decirle que deseaba que tomara su jet privado en ese preciso momento, acortando la distancia que los separaba, para recibir uno de sus fuertes abrazos que tanto necesitaba. Al evocarlo, le fue imposible evitar que sus ojos se humedecieran, pero no podía flaquear mientras conversaban o se daría

cuenta, por eso los apretó con fuerza.

—*Será más pronto de lo que te imaginas, hija. También por eso te llamaba, sabes que a ti no puedo ocultar nada, pero tendré que aplazar el viaje, últimamente me estoy sintiendo muy agotado, aunque descuida, no es nada de lo que tengamos que preocuparnos, es solo que llamé a mi amigo Richard para informarle, y me recomendó que regresara cuanto antes, para realizarme unos exámenes de rutina.*

Meredith sintió en su interior que algo no estaba bien. El hecho de que su padre llamara al doctor Emerson, activaba sus alarmas, imaginando que no le estaba contando toda la verdad.

— ¿Estás seguro de que únicamente es eso? No quisiera que enfermaras.

—*Te aseguro que no es nada grave. Cuando tenga los resultados de los exámenes, podrás comprobarlo por ti misma. Además, ya te dije que ustedes me hacen mucha falta, al igual que tu madre. Grace siempre me reclama, diciéndome que por estar inmerso en mis negocios, no le dedico el tiempo suficiente, y eso me hace sentir mal, sabes que la amo con todo mi corazón.*

Después de escucharlo, su desprecio por su madre aumentó, no podía tolerar que fuera tan descarada reclamándole de ese modo, cuando ya había pruebas suficientes para demostrar que no lo amaba, al encontrarla revolcándose con su amante. Por otro lado, cuando él se encontraba en la casa, no le dedicaba todo su tiempo, inventando casi siempre una excusa para salir — imaginando Meredith ahora que sabía la verdad—, que quizás era para encontrarse con Gael.

—Entonces, ¿cuándo regresas? —indagó expectante de su respuesta, enroscando con un dedo un mechón de su rubio cabello, acción que realizaba cuando estaba nerviosa.

—*El próximo lunes antes del mediodía, pero tengo que irme del aeropuerto directamente para la empresa. Mañana tenemos una comida con los ejecutivos de la empresa con la que haremos el acuerdo comercial aquí en México.* —Joseph solía viajar con un equipo conformado por varias personas, y en esta ocasión hasta un traductor los acompañaba—. *Ahora, a descansar, pronto les podré dar un fuerte abrazo, ustedes son los seres más importantes en mi vida y los amo inmensamente.*

—Yo también te amo, papá, no te imaginas cuanto. Cuídate y descansa. — Al terminar la llamada, ya no podía seguir conteniendo sus lágrimas, dándoles permiso para salir libremente, arrojándose a la cama soltando el celular,

acallando sus sollozos con una almohada, sintiéndose contra la espada y la pared, pues su salud podría estar en juego.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Ya en la madrugada, desistió de su intento de dormirse —luego que dejara de llorar—, saliendo de su habitación para dirigirse a las de sus hermanos, entrando con sigilo para verificar como estaban, procurando no despertarlos, al darles un beso en la mejilla. En ocasiones, cuando el sueño la evadía, después de tener un día pésimo a causa de su madre, solía ir a verlos, ya que su padre cuando nacieron, le dijo que debía cuidarlos en todo momento, dándole todo su amor.

Regresó a su habitación, donde tomó uno de los libros de romance de época que tenía pendiente de leer, perdiéndose en la historia, pues la atrapó desde el segundo párrafo. Casi al amanecer se quedó dormida.

Al día siguiente, domingo, Magdalena la despertó colocando una bandeja que contenía un desayuno como para dos personas, con todo lo que sabía le gustaba, quedándose sentada en una silla, conversando con ella hasta que se lo devoró todo, ya que estaba famélica.

Meredith pasó prácticamente todo el día encerrada en su habitación, evitando encontrarse con su madre, quien por un momento pensó ir a amenazarla, ya que sabía por su esposo, que regresaría al otro día, y no podía permitir que su hija la delatara, aunque estaba segura de que no lo haría, pues le temía, y si en dado caso se le ocurría abrir la boca, se arrepentiría toda su vida, de su cuenta corría.

Más tarde, al ver que no bajó a almorzar, Corbin y Adrien irrumpieron en su habitación, llevándole unos sándwiches que ellos mismos prepararon, con un frozen de fresa, que sabían era su favorito. Ahí se quedaron con ella hablando y viendo dos películas hasta que entró la noche y tuvieron que irse a bañar, luego cenar, al otro día tenían colegio y no podían acostarse tarde.

El agotamiento mental y físico provocaron que Meredith se quedara dormida sin darse cuenta, tan pronto sus hermanos la dejaron sola. Cuando Magdalena volvió a su habitación para comprobar que estuviera bien, acercándose a ella para arroparla, pues estaba hecha un ovillo en la cama, lamentó que su amada niña no tuviera la vida que merecía, y que esa luz que irradiaba se estuviera apagando lentamente, intuyendo que algo grave le ocultaba.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith se despertó por la alarma de su celular, extendiendo su mano a la derecha para agarrarlo y desactivarla, luego se levantó dirigiéndose al baño con pasos lentos.

Aunque no deseaba ir a clases, ese día tenía dos exámenes y entrega de un trabajo de literatura. Por lo menos en días previos había estudiado lo suficiente para estar preparada, también el trabajo estaba listo. A pesar de sentirse sin vida, temiendo a lo que pasaría, debía mantener sus notas.

Después de bañarse se vistió con una blusa sencilla de magas cortas, *jeans* ajustados y tenis Adidas blancos, un *look* que su madre siempre criticaba, pero que a ella le confería comodidad. Además, no era como esas chicas populares que pensaban que el *high school*, era una pasarela donde exhibir sus atuendos de diseñador.

Luego de preparar su mochila, llamó un taxi para que la llevara, pues no quería esperar a que el chófer lo hiciera, junto a sus hermanos, luego de desayunar. Quiso evitar encontrarse con su madre, quien estaría como siempre, sentada en la mesa elegantemente vestida, sintiéndose superior a todos, mostrando una dignidad que no poseía.

Antes de dirigirse a las escaleras, se encontró en el pasillo de las habitaciones con sus hermanos.

—Meth, ¿no vas a desayunar? —preguntó Corbin frente a ella.

—Mis queridos traviesos, no puedo, tengo que llegar antes para reunirme con unos compañeros de clases y ultimar algunos detalles de un trabajo que debemos entregar —mintió, no podía hacer otra cosa.

—Recuerda que el chófer es quien nos lleva a los tres. No puedes irte caminando —indicó Corbin, preocupado. Y así era, los llevaba a ellos primero a su colegio y luego a la secundaria donde estudiaba su hermana.

—Descuida, ya hice mis propios arreglos. Ahora, vamos, no pierdan tiempo y vayan a desayunar. Si acaso preguntan por mí, ya saben que decir —mencionó dándoles un beso a cada uno en la mejilla.

Cuando bajaron las escaleras, ellos se dirigieron al área del comedor y ella a la puerta, pero antes de abrirla, le agarraron con fuerza el brazo derecho, haciéndola girarse.

—Permití que te mantuvieras encerrada todo el día de ayer en tu habitación, pero ni creas que te tengo miedo. Más vale que mantengas la boca cerrada, o no me hago responsable de mis actos —amenazó Grace entre dientes, pegada a su rostro.

Meredith se deshizo de su agarre con fuerza, mirándola con desaprobación.

—A mí no me amenazas, *mamá* —pronunció con desdén, ocultando lo que realmente sentía en su interior.

Sin dejar que su madre replicara, salió finalmente de la casa, montándose enseguida en el taxi que ya la esperaba afuera. Luego de darle la dirección de su secundaria, se quedó observando el exterior a través de la ventana del asiento trasero, apartando unas tímidas lágrimas que empañaban su vista.

Al llegar —antes de sonar el timbre—, Meredith se dirigió al aula donde recibiría su primera clase, sentándose en la butaca para sacar de su mochila una gomita que usó para hacerse una cola alta y el libro de matemáticas, buscando distraerse repasando lo que estudió para el examen. Cuando transcurrieron algunos minutos, fueron llegando sus compañeros, algunos la saludaron, otros ni siquiera se enfocaron en ella, ya que al no ir a la fiesta de hace un año, nunca más la volvieron a invitar a ningún lugar, ni buscaban acercársele.

Sentadas detrás de ella, se encontraban dos chicas con quienes coincidía en algunas materias, iniciando juntas la secundaria, aunque no se trataban más de lo necesario, cuando les tocaba trabajar juntas en algún proyecto asignado. Eran primas, muy simpáticas e inteligentes.

Breny era una joven de pelo negro ondulado, ojos del mismo color, algo pequeños, tez de piel india clara, compleción física y estatura normal. Carolina compartía con ella algunos de sus rasgos físicos, salvo los ojos, que eran color café y el cabello rizado.

—Meredith, ¿quería saber si tienes los apuntes que dejó la profesora Jocelyn? —preguntó Breny.

—Claro que sí, ya te los doy.

—Breny y yo nos preguntábamos si te gustaría ir con nosotras al cine esta noche —indagó Carolina dejando su asiento para ocupar un asiento a su derecho, cuyo ocupante todavía no había llegado.

—Bueno, en realidad no creo que pueda, tengo varias tareas pendientes, pero podría ser otro día, si les parece. —Volvió a mentir esa mañana, al no poderles decir que tal vez su vida cambiaría para siempre ese día.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Al transcurrir las horas, Meredith volvió a encontrarse con Breny y Carolina en la cafetería, donde hablaron un poco más de lo acostumbrado, descubriendo ella que tenían muchas cosas en común, como el amor por la

lectura, platicando de los libros que las tres habían leído, coincidiendo en algunos. Además, quedaron de coordinar un día de la semana que recién iniciaba para salir.

Cuando finalizó la última clase, Joseph se comunicó con su hija para decirle que la esperaba en la casa, a donde se dirigía ella con el corazón en la mano, sin saber cómo enfrentarse a lo que vendría.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

El chófer —quien la esperó a la salida del *high school*— se estacionó luego de rodear una fuente, ubicada frente a la casa de la familia Parker Grawford. Antes de bajarse de la jeepeta *Porsche Cayenne*, Meredith se armó de todo el valor que pudo reunir, encaminándose hacia adentro, dirigiendo sus pasos al amplio despacho donde intuía se encontraba su padre, equipado con todo lo necesario para manejar su empresa desde ahí, en caso de ser necesario.

Cuando abrió la puerta, vio a su padre reclinado en su asiento, mientras leía con detenimiento un documento, del otro lado de su escritorio estilo clásico. Al darse cuenta de su presencia, Joseph dejó el papel encima del mismo, levantándose para acortar la distancia que los separaba, abrazándola.

—Que bueno verte, hija —dijo besando la cima de su cabeza.

Meredith se sentía segura entre sus brazos, de no ser por él, su vida sería totalmente gris, sin color, sin esperanza.

—Papá, que alegría tenerte de vuelta, aunque fueron solo unos pocos días, a mí se me hicieron meses.

—Hija, sabes que no me gusta estar lejos mucho tiempo. Sin embargo, hay negocios que debo atender personalmente. Pero te traje un regalo para compensar mi ausencia —expresó retirándose un poco para verla fijamente.

—El mayor regalo es el amor que me demuestras a cada instante, no necesito más —aseguro ella, antes de percibir la tensión de su cuerpo al escucharla.

—Joseph, siempre te he dicho que la consientes demasiado, la estas criando como una niñita engreída, y eso no es correcto —comentó despectivamente, yendo en su dirección.

—Grace, mi amor, sabes que no es así, Meredith es una hija ejemplar, nunca nos ha dado motivos de preocupación —mencionó con orgullo, besando su frente.

Grace no lo refutó, mientras tomaba asiento en un mueble para hojear una

revista de modas que trajo consigo, levantando la vista de repente, al sentir que su hija tenía toda la atención puesta en ella. Pero no se amedrentó, dedicándole una mirada de advertencia, provocando que Meredith no deseara esperar un segundo más, para quitarle la máscara que sustentaba delante de los demás.

Separándose de su padre, para quedar frente a ambos, empezó a hablar:

—Papá, tengo algo muy importante que decirte, me alegra que mi madre esté presente, debido a que nos concierne a los tres —dijo sin reconocer la fortaleza y determinación en su propia voz, causando que su madre se pusiera de pie súbitamente.

—Meredith, piensa muy bien en tus palabras —advirtió Grace, dando un paso hacia ella.

—Grace, ¿qué está pasando? ¿Por qué le hablas así a nuestra hija? —preguntó confundido, arrugando la frente.

—Tienes que saber la verdad, papá, no pueden seguir engañándote —pronunció rápidamente.

— ¡Meredith, cállate, no digas una palabra más, o te arrepentirás! —gritó Grace desesperada, yéndosele encima, quitándose ella de su camino.

— ¡No, no, no más, ya estoy cansada de que siempre quieras que yo haga tu voluntad. Me canse, escúchame bien madre, me canse de que no me valores, de que me sigas prohibiendo tantas cosas, de que no me dejes disfrutar de nada. Pero sobre todo, de que le hagas esto a la persona que más amo en el mundo, a quien te lo ha dado todo! —explicó a gritos, fuera de sí.

—No entiendo nada, explíquenme de una vez qué sucede —exigió Joseph preocupado, pues nunca vio a su hija comportarse de ese modo, aflojando su corbata al sentir como si le cortara la respiración.

—Papá, yo no, yo... —Meredith flaqueó por un instante, dejando salir sus lágrimas, pero antes de continuar, su madre la silenció dándole una fuerte bofetada que le dobló el rostro, sin que la esperara, acción que iba a repetir, pero Joseph la detuvo agarrando con fuerza su muñeca.

— ¡Grace ¿te has vuelto loca? ¿Cómo te atreves a pegarle a nuestra hija?! —inquirió entre alarmado y enfadado.

Los gritos alertaron a Magdalena, que estaba en un salón aledaño, entrando al despacho para investigar lo que sucedía. No era una persona que se inmescuía en la vida de los demás, pero no podía dejar de pensar que a su niña le pasaba algo.

—Joseph, no le vayas a creer ni una sola palabra. Meredith está molesta conmigo, me culpa sin razón diciendo que le prohíbo todo, que no la he dejado compartir con sus amistades, pero bien sabes que amo a mis hijos, y siempre he velado por su bienestar y seguridad, que nunca los he obligado a hacer lo que no desean —se disculpó frente a su esposo, con rostro afligido para darle validez a sus palabras, procurando convencerlo.

—¡Únicamente sabes fingir que eres una buena madre, y eso es una más de tus mentiras! —proclamó Meredith a todo pulmón, viendo como su rostro se contrajo de la rabia.

Todo se había salido de proporción, Joseph se devanaba los sesos tratando de intuir lo que sucedía sin poder conseguirlo, sintiendo de repente una fuerte punzada en su corazón, colocándose una mano encima, mientras un sudor frío empezaba a recorrer todo su cuerpo.

Meredith notó de inmediato como el rostro de su padre se ponía pálido, y sin poder evitarlo... se precipitó al piso.

— ¡Papá, nooo!

Capítulo 11



Una vez más, sus fieles compañeras hacían acto de presencia, sin poder culparse por ceder ante ellas.

—¡Papá, despierta, no me dejes sola, no podría vivir sin ti. Dios, no me puedes hacer esto! —gritaba desesperada, con el rostro bañado en lágrimas, arrodillada en el piso donde él yacía inconsciente, moviendo sus hombros, intentando que reaccionara, sin conseguirlo.

— ¡Joseph, querido! —exclamó Grace, imitando su posición al lado de ella, haciendo que la mirada por un instante, preguntándose si seguía interpretando su papel de esposa preocupada, o si en vez de actuar, sus sentimientos eran genuinos, dado que su rostro lucía descompuesto, asomando algunas lágrimas por aquellos ojos verdes que siempre le habían mostrado frialdad y desprecio.

—Magdalena, llama al doctor Emerson y a una ambulancia, ¡rápido por favor! —imploró Meredith entre sollozos, a la mujer que en ese momento apartaba unas lágrimas de su rostro, le partía el alma verla así, y a Joseph, a quien apreciaba por el trato amable que desde un principio le dio.

Magdalena de inmediato agarró el teléfono del escritorio, para hacer las respectivas llamadas. Sabía de memoria el número del doctor, luego de avisarle lo sucedido, marcó al 911, explicándole la situación y dando la dirección de la casa. Después salió, regresando con los dos chóferes, que con cuidado acomodaran a Joseph en el mueble más grande del despacho.

También llegaron corriendo Corbin y Adrien, que al ver a su padre en ese estado, rompieron a llorar sin consuelo, poniéndose al lado de su hermana, quien acariciaba su pálido rostro sin que sus lágrimas cesaran.

Cada minuto que pasaba, Joseph se ponía más pálido y la temperatura de su cuerpo disminuía, provocando en Meredith, un temor nunca antes experimentado.

Pidió con todas sus fuerzas a Dios, que interviniera a favor de su padre, deseando creer que él siempre tenía un propósito para permitir que sucedieran

las cosas, por lo que no podía juzgarlo, únicamente tener fe en que la escucharía.

—Magdalena, ¿pediste una ambulancia? —indagó Grace nerviosa, mientras daba vueltas de un lado a otro, martirizada por su consciencia, por no haber valorado que su esposo desde que la conoció, le entregó su corazón.

—Sí, señora Grace, pero volveré a llamar —respondió rápidamente la mujer, sin apartar su preocupación.

—Meth, papá se pondrá bien, ¿verdad? —Las palabras de Corbin atravesaron su corazón, ya que no podía asegurarle algo que no estaba en sus manos, lamentablemente. Sin embargo, debía mantener la fe.

—Pidamos a Dios para que ayude a nuestro padre, estoy segura de que nos escuchará —respondió girándose para mirarlo, sentado al lado de Adrien, a quien la niñera consolaba.

En ese instante entraron a toda prisa dos paramédicos, trayendo consigo una camilla y el equipo necesario para esos casos, delante de una empleada del servicio quien los hizo pasar.

—Por favor, necesitamos que nos de espacio para trasladar al señor — indicó uno de ellos, mirando de forma comprensiva a Meredith, estando más que familiarizado con aquella situación. Ella de inmediato se puso de pie, sin importarle los calambres que sintió en sus piernas por estar tanto tiempo arrodillada en el piso, al no querer separarse de su padre mientras estuviera inconsciente, y vinieran a socorrerlo.

El chófer de Joseph, que se mantuvo en una esquina, por si lo necesitaban, les colaboró cuando lo acostaron con cuidado en la camilla, actuando según el procedimiento, dirigiéndose afuera seguidos por la familia y empleados preocupados.

Ya en el exterior, lo subieron en la ambulancia, poniéndole oxígeno, y comprobando su ritmo cardíaco mediante un monitor que tenía a su lado. En ese momento llegó su amigo, el doctor Emerson, quien se saltó las formalidades del saludo, debido a las circunstancias.

—Siento mucho que estén pasando por esta situación. Acordé con Joseph que iría mañana temprano a mi consultorio, para hacerle unos cuantos exámenes. Hubiese preferido que fuera hoy mismo, pero insistió en estar aquí cuando Meredith llegara de clases —le decía a Grace con preocupación, recriminándose por no haberle replicado con vehemencia, provocando que ella le dedicara una de esas miradas de las que su hija estaba acostumbrada, y

que en ese momento no hizo ningún efecto en ella, pues lo primordial era su padre.

—Richard, ya sabes cómo es él, lo testarudo que se pone en ocasiones. Quiera Dios que todo salga bien. —El doctor Emerson intentaba consolarla, al darse cuenta como varias lágrimas bajaban por su rostro, aunque su hija no le creía que estuviera tan afectada.

Meredith estaba en lo cierto, a Grace no le importaba lo más mínimo la salud de su esposo, es más, mientras escenificaba una de sus mejores actuaciones, haciéndose pasar por la esposa afligida y preocupada al borde de las lágrimas, pensaba con ilusión que si él moría, se quedaría con toda su fortuna, y lo primero que haría sería enviar a su hija a estudiar fuera del país, para quitarla de su vista, al molestarle su sola presencia.

Con Adrien y Corbin no tendría ningún problema, pues como siempre, seguirían siendo atendidos por el personal de la casa, dejándole espacio suficiente para hacer lo que se le antojara, disfrutando su amorío con el esposo de la insípida de su cuñada.

Uno de los paramédicos le notificó al doctor Emerson que estaban listos para partir, dándole él algunas indicaciones que debían tomar en cuenta, al llegar la clínica de su propiedad, donde avisó de camino y los esperaban.

Richard Emerson, era un excelente y reconocido médico, lo que les daba la seguridad de que Joseph estaría en buenas manos, aparte de la amistad que los unía desde muy jóvenes, siendo contemporáneos, dado que ambos tenían más de cincuenta años.

—Quiero ir con mi padre, no me puedo separar de él en estos momentos —exigió Meredith sin derecho a replica, parándose frente a ellos.

—Te equivocas, quien lo acompañará seré yo, pienso que ya has hecho suficiente por hoy —contradijo Grace en tono hiriente, culpándola de su estado.

—Por favor, te lo suplico, no me niegues esto, por favor —rogó siendo consciente de que se humillaba una vez más ante ella.

—Grace, la ambulancia debe irse, es crucial que no perdamos más tiempo —expresó con premura el doctor Emerson, viendo como Meredith se esforzaba por no llorar, lamentándolo, pues la conocía desde siempre, tomándole cariño por su forma de ser tan parecida a su amigo, quien temía estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte.

—De acuerdo. Los seguiré con mi chófer —cedió al fin, luego se dirigió a

Magdalena—: Ocúpese de todo. Alice, lleve a los niños adentro y trate de calmarlos —ordenó viendo que no dejaban de llorar, pero sin acercársele en ningún momento para consolarlos.

Sin perder tiempo, Meredith se subió a la ambulancia que partió a toda velocidad, sonando las bocinas. Sus hermanos también querían ir detrás de ellos, pero su niñera se encargó de convencerlos, diciendo que su padre se pondría bien, regresando al interior con sus cabezas mirando al piso, abatidos.

En todo el trayecto, Meredith no desvió su vista nublada del rostro de su padre, sin soltarle una mano entrelazada con la suya, observando la mascarilla de oxígeno que llevaba puesta, cables conectados a su pecho y el sonido proveniente del aparato que monitoreaba su corazón, sin dejar de implorar que saliera de ese lugar oscuro que lo tenía atrapado, sabiéndolo un hombre fuerte, capaz de librar cualquier batalla, como la que estaba atravesando.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Transcurrió aproximadamente una hora desde que Joseph fuera trasladado de emergencias a cuidados intensivos, donde solamente le permitían la entrada al personal médico. Grace ya se encontraba ahí y Loraine estaba de camino, esperando su sobrina que no acudiera en compañía de su esposo, en vista que no podría soportar la presencia de él y su madre, donde su padre estaba peleando por su vida.

Sin embargo, en ocasiones la vida es muy injusta, dándose cuenta ella en el momento que levantó la vista, sentada al lado de Grace, ambas evitando mirarse, a raíz del sonido de los pasos apresurados de su tía.

—Grace, ¿cuéntame qué pasó? ¡Por Dios! Si Joseph es un hombre muy sano. No puedo entender la razón de que esté ingresado de gravedad —dijo Loraine.

—Estoy tan sorprendida como tú, querida. Solamente nos resta esperar el diagnóstico de Richard, y pedir al cielo que todo salga bien.

Gael se mantuvo en silencio, abrazando a su esposa para consolarla, mientras veía disimuladamente a la mujer que lo excitaba como nadie, por la fiereza que demostraba Grace en la cama.

Meredith se percató del intercambio de miradas, sintiendo en ese momento que el odio desplazaba la tristeza en su interior.

Justo en ese instante, salió por la puerta de cuidados intensivos, frente a ellos, el doctor Emerson, que luego de saludar a los recién llegados, pronunció:

—Les informo que Joseph sufrió un preinfarto. —Al escucharlo, todos expresaron su preocupación, entonces él continuó, viéndolos con sus ojos oscuros—: Pero gracias a Dios está fuera de peligro, aunque seguirá en cuidados intensivos sin poder recibir visitas, mientras le realizamos más exámenes y monitoreamos su evolución. Podrán verlo, uno a la vez, cuando sea trasladado a una habitación normal. Deben tener presente, que no puede alterarse, ni recibir emociones fuertes, lo que sería perjudicial en su estado. Espero que entiendan que toda medida es necesaria para su recuperación, y las que vendrán, pues tendrá que cambiar algunos de sus hábitos para mantener su salud estable.

Todos asintieron, sintiendo Meredith como volvía a respirar pausadamente, al tener la esperanza de que su padre se recuperaría. Ella lo cuidaría y estaría al pendiente de todo lo concerniente a su salud, lo primordial era verlo sonreír como siempre, manteniéndolo a su lado.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith llamó a sus hermanos para tranquilizarlos, diciéndoles que su padre estaba fuera de peligro, quedándose a solas con su madre, mientras su tía y Gael se encontraban en la cafetería de la clínica.

—Ves lo que provocaste niñita estúpida. Estuviste a punto de ser la causante de la muerte de tu padre, por ser tan imprudente y querer contarle algo que, escúchame bien, Meredith, jamás podrá saber —advirtió Grace apuntándola con un dedo, parada muy cerca de ella, quien se encontraba con la espalda pegada a la pared.

—Debes de tener bien claro que si guardo silencio, será por su estado de salud, porque a diferencia de ti, lo quiero mucho, y no porque sienta culpa, pues únicamente pretendía que no lo siguieran engañando. Pero no seguiré permitiendo que manipules mi vida a tu antojo. Hoy murió esa niñita estúpida a la cual siempre humillas, desprecias y maltratas sin tocarte el corazón. ¡No más! —proclamó con fiera determinación.

—Eres una... —Grace levantó su mano para pegarle, impidiéndoselo en el acto.

—Jamás en tu vida vuelvas a intentar ponerme un solo dedo encima, no te lo permitiré —afirmó entre dientes, soltándole la mano, dándose cuenta al verla retirarse unos pasos, desconcertada con su actitud, que causó el efecto deseado.

En ocasiones, tienen que pasar momentos cruciales en tu vida, para que te

des cuenta que habían situaciones en tu existencia que podías manejar de otra manera, cambiando tu proceder.

Aunque Meredith no dejaría de amar a su padre y hermanos, trataría de mantenerse siempre fuerte y darse la oportunidad de compartir con jóvenes de su edad, deseando disfrutar de la libertad que le había negado su madre.

Mientras se apartaba del lado de Grace, caminando por el pasillo aferrando sus brazos a su cuerpo, caviló en que sería difícil pasar página, borrar de su mente lo que descubrió aquella tarde en la habitación de sus padres y lo sucedido después, pero no perdería la esperanza de que podría lograrlo.

Capítulo 12



Había transcurrido una semana desde que Joseph sufrió el preinfarto, dando como resultado los exámenes practicados, que sus arterias coronarias estaban obstruidas, y para que el corazón funcione correctamente, la sangre debe circular libremente por ellas.

El día que finalmente su hija pudo verlo, luego de ser trasladado de cuidados intensivos a otra habitación, fue tranquilizador para ella, al comprobar con sus propios ojos su mejoría.

Al entrar a la habitación, se dirigió a su padre con lágrimas en los ojos, sin poder contenerse al verlo desvalido, postrado en aquella cama con varios aparatos rodeándolo. Su padre era un hombre con una vitalidad increíble, de las que algunos jóvenes de la edad de ella carecían, razón de que la impactara tanto.

En ese momento estaba aún dormido, pero según fue acercándose, empezó a abrir los ojos, sin poder modular palabra, pero extendiendo una mano que su hija tomó enseguida, invitándola a recostarse en su pecho, luego, como pudo, Joseph la abrazó, sintiéndose débil con el simple movimiento, pero tenía la imperiosa necesidad de hacerlo, al regresar a la vida, agradeciendo la nueva oportunidad que tenía para estar al lado de sus seres queridos.



Joseph se recuperó antes de lo previsto por su amigo Richard, dándole el alta ese día, en que regresaban a su hogar.

—¿Papá, cómo te sientes? —preguntó Meredith con sus manos entrelazadas, ambos sentados en la parte trasera del vehículo conducido por el chófer, antes de desmontarse frente a su casa.

—Mucho mejor, hija, no te preocupes por mí, sabes que soy como un roble, tendrás padre para rato —respondió forzando una media sonrisa, diciéndole una verdad a medias para no preocuparla, debido a que en su interior, sintió que algo cambió. Además, su amigo le hizo algunas recomendaciones que cambiarían su rutina diaria, indicándole también un tratamiento que debía

tomar por tiempo indefinido.

—Meredith, tenemos un tema pendiente —añadió observándola fijamente.

Desde que recuperó la conciencia, Joseph no dejó de rememorar lo ocurrido antes de que la perdiera, por eso debía enterarse de una vez por todas, la causa de que su esposa e hija discutieran de ese modo.

—Papá, yo... —No sabía qué responderle, dándose cuenta de inmediato a lo que se refería. Afortunadamente para ella, el chófer la libró de semejante aprieto, abriéndole la puerta a su padre, ayudándolo a salir, lo cual agradeció él, antes de mirarla por encima de su hombro con preocupación.

Adentro de la casa los esperaban Grace, Loraine y Gael, una presencia inoportuna que Meredith desconocía cuánto tiempo podría soportar, siendo algo inevitable coincidir con él, al ser desgraciadamente, parte de la familia.

—¡Papá, papá! —gritaron Corbin y Adrien al unísono, cuando entraron en la estancia de la casa, corriendo hasta arrojararse a los brazos de su padre, quien los recibió alegre como siempre, besando sus cabezas, demostrándoles una vez más todo su amor.

—Joseph, amor, bienvenido a casa. Me siento muy feliz por tenerte de regreso, junto a mí —dijo Grace abrazándolo y besando sus labios por unos segundos, luego al retirarse finalizó—: Pondré todo de mi parte para que te recuperes por completo.

—Gracias, mi amor. También me siento feliz por esta nueva oportunidad de vivir junto a ustedes, que sabes, son mi todo. Discúlpenme por hacerlos pasar este gran susto, de haber sabido que algo no iba bien con mi corazón, hubiese tomado todas las medidas para evitar lo sucedido —comentó Joseph apenado, antes de saludar también a su hermana y cuñado, quien le dio un fuerte abrazo.

Aquel hombre no podía ser más hipócrita, actuando como si nada hubiese pasado frente a ellos.

—Papá, no tienes que culparte de nada, lamentablemente no estamos libres de enfermarnos en el momento menos esperado —señaló Meredith, pegándose a su costado, rodeando con sus brazos su cintura.

—No te preocupes hermano, entre todos lograremos que te sigas recuperando, y que no tengas ninguna recaída, ya verás. Pero tienes que portarte como niño bueno y llevar al pie de la letra todas las indicaciones de Richard, ¿de acuerdo? Ahora es mejor que nos sentemos, no considero prudente que te mantengas parado tanto tiempo —indicó Loraine al lado de su esposo, encaminándose todos a uno de los salones donde tomarían asiento.

Joseph y su hermana menor se llevaban de maravilla, al ser los únicos hijos del fallecido matrimonio Parker-Smith. Él siempre la protegió y cuidó con devoción. Incluso, cuando ella conoció a Gael, se portó muy sobreprotector, sin querer que se le acercara, debido a que en la universidad se corría la voz de que iba de una relación a otra, como si se cambiara de ropa interior.

Gael tuvo que jurarle a Joseph que amaba y respetaba a su hermana, que por ella se convertiría en un hombre nuevo. Él no tuvo otra opción que darle un voto de confianza, permitiendo que cortejara a Loraine, hasta que pasado unos años de relación, tomaron la decisión de casarse y formar una familia, casi al mismo tiempo en que Joseph también lo hizo con Grace.

A partir de ahí, las dos parejas forjaron una estrecha relación, compartiendo juntos cada vez que sus compromisos se los permitían.

Loraine y Gael solo tuvieron una hija, Julianna, un año mayor que Meredith. Crecieron juntas como si fueran hermanas, convirtiéndose en confidentes y aliadas de travesuras, aunque la relación se transformó cuando ella se fue a vivir a Italia, con la hermana de su padre, hace dos años. A su prima le sorprendió que tomara esa decisión, alegando Julianna que era la oportunidad perfecta para conocer otros lugares, ampliar sus horizontes. Meredith la entendió, pues desde pequeña siempre fue muy extrovertida, además de inteligente.

Grace y Gael traicionaron con su romance a dos seres que pusieron toda su confianza en ellos, entregándoles su corazón y formando una hermosa familia. Ese era el motivo de que a Meredith le doliera tanto lo descubierto, ya que en su interior sabía, que tarde o temprano todo saldría a la luz, causando no solo su sufrimiento.

—Señor, me alegra verlo de regreso —manifestó Magdalena frente a Joseph, después que él se parara de su asiento para saludarla—. ¿Desea que le preparen algo de comer? Asumo que está cansado de la comida que le servían, sé que muchas veces no resulta agradable al paladar —indicó cuando él volvió a tomar asiento, en medio de Corbin y Adrien quienes no querían separarse de su lado.

—Descuida, Magdalena, por ahora no será necesario, y sí, tienes toda la razón, esa comida es malísima —comentó Joseph haciendo cara de asco, provocando que sus hijos rieran, al verlo bromear como hacía en ocasiones.

Mientras estuvo interno, Meredith iba a diario a visitarlo, luego de salir de sus clases, incluso llegó a amanecer con él en varias ocasiones, como ese día.

A Grace no le quedó otra opción, que turnarse con su hija, para evitar comentarios, detestando no poder dormir cómodamente cuando amanecía al lado de su esposo.

—Joseph, lo importante es que ya estas con tu familia, pese a todo lo vivido —mencionó Gael, sentando frente a él, con un brazo extendido sobre el hombro de Loraine.

Gael sintió tranquilidad al enterarse por Grace, que Meredith no le contaría nada a su padre, temiendo por su salud, lo que les resultaba beneficioso a ambos.

Cuando Loraine y Gael se marcharon, Joseph subió en compañía de su esposa e hija a su habitación. Luego de que lo ayudaran a recostarse en la cama —con su espalda pegada al espaldar—, preguntó:

—Meredith, ¿cuál fue el motivo de que discutieras con tu madre antes que perdiera el conocimiento? —Joseph desvió la vista a su esposa, cuestionándola también. Ambas estaban paradas al pie de la cama, frente a él.

—Grace ¿por qué le pegaste a nuestra hija? Quiero una explicación ahora mismo —solicitó sin rodeos.

Ambas se miraron sin saber qué contestar. Sin embargo, ya Meredith conocía los dotes de actriz de su madre, imaginando que contestaría algo que no la dejara en evidencia frente a su esposo.

—Joseph, querido, ya te expliqué la razón de su actitud, ¿recuerdas? No hay nada más —se defendió Grace, sentándose en la cama a su lado.

—Grace, discúlpame, pero siento que hay algo más, conozco muy bien a mi hija. —Ella no le respondió, viéndolo en silencio, mientras pensaba en un modo de convencerlo, para que no siguiera insistiendo.

Meredith odió tener que darle la razón a su madre, pero se recordó que la salud de su padre debía ser lo primero, aunque el subconsciente le decía que estaba cometiendo un error, por no revelar todo de una vez.

—Es... verdad, papá —Trató de pasar el nudo en la garganta que le impedía decir aquella mentira, entonces, continuó—: Perdóname por comportarme de esa manera, únicamente quería que le exigieras a mamá que me diera más libertad, para disfrutar con mis compañeros de clases como las chicas de mi edad —finalizó gritando de la impotencia en su interior, al ver el rostro sonriente de Grace, mientras su padre tenía toda la atención puesta en ella.

—Ves como tenía razón, Joseph —refirió viéndolo nuevamente, con un

atisbo de sonrisa, recibiendo una caricia en su rostro por parte de su esposo.

—Meredith, entiendo que desees tener ciertas libertades como toda joven de tu edad, pero también debes entender que como padres, procuremos tu seguridad y bienestar. Para mí lo más importante, aparte de lo citado, es la felicidad de mis hijos y armonía de nuestro hogar. Así que, si quieres salir con tus compañeros de clases puedes hacerlo, siempre y cuando me digas dónde estarás. Confió en que tendrás la madurez suficiente para distinguir entre el bien y el mal. Además de la certeza de que en nosotros puedes confiar — explicó calmadamente, entrelazando sus miradas.

—Gracias, papá. —Meredith se acercó del otro lado de la cama, sentándose para abrazarlo, correspondiéndole él.

A pesar de todo, al final obtendría lo que tanto deseaba, que hubiese cambiado gustosa si pudiera evitar lo sucedido, pero una parte de ella la convenció de que por lo menos le estaba ganando una batalla a su madre, quien tuvo que ocultar su molestia frente a Joseph, fingiendo una sonrisa.

Grace, ante las palabras de su esposo, se dio cuenta que tenía que soltar las cadenas que encarcelaban a su hija, tragándose todo la furia que la carcomía por dentro.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meses después...

El tiempo siguió su paso, obrando a favor de la recuperación de Joseph, encargándose su hija de todo lo referente al horario de sus medicamentos, citas médicas y que disminuyera su ritmo de trabajo. Tal como le dijo su padre, Meredith estaba actuando con mucha madurez y determinación, llegando a convencerlo en que delegara algunas de sus funciones de la empresa al personal de su entera confianza, razón de que no estuviera viajando como antes del preinfarto. Incluso en ocasiones, trabaja desde su casa, recibiendo a parte de su equipo cuando era inminente que se reunieran.

Adrien y Corbin estaban felices de poder pasar más tiempo con su padre, quien veía películas con ellos y participaba en muchos de sus juegos de mesa favoritos, además de ayudarlos con sus tareas. Antes siempre procuraba dedicarles tiempo, pero ahora su agenda la mantenía más desocupada.

En cuanto a Meredith, ya estaba llegando la fecha de su graduación de *high school*, colmándola de emoción, por superar una etapa de su vida y expectante por darle la bienvenida a otra. De igual modo, su vida social dio un gran

cambio, debido a que como le dijo su padre, tenía la libertad de compartir con sus compañeros de estudios fuera del aula, yendo a fiestas en casa de algunos de ellos y otros lugares de entretenimiento para jóvenes de su edad.

La amistad con Breny y Carolina cada día se hacía más fuerte, divirtiéndose constantemente con sus ocurrencias. Además, era tal el nivel de confianza que habían forjado las tres, que Meredith un día les contó como era su relación con su madre, revelándole el secreto que ocultaba a su padre, causando su asombro inmediato.

Ahora entendían el comportamiento de Meredith, pues llegaron a pensar por un momento, que era una niña rica que se pensaba superior a los demás, por eso no socializaba con ellos. Pero estaban muy lejos de la verdad, lamentando que tuviera que vivir todo aquello, y despreciando a Grace por no ser la madre que merecía su amiga.

Grace en apariencias había aceptado lo propuesto por Joseph, en cuanto a darle más libertad a su hija, pero cuando él no estaba presente, buscaba la forma de fastidiarle la existencia.

Algunas veces cuando la visitaban sus amigas, procuraba la forma de incomodarla, por suerte, Carolina y Breny no se dejaban amedrentar, restándole importancia a sus comentarios, al conocer su forma de ser, que detestaban, siempre queriendo hacerse notar, retando a su hija continuamente para recordarle que era ella quien mandaba, aunque Meredith le demostraba que ya no era la misma de antes, no dejándose intimidar, enfocándose en vivir su vida.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

El día de la graduación llegó, y Joseph no podía estar más orgulloso al saber que su hija mayor, finalizó con un excelente índice académico, al igual que el de sus amigas, por eso buscó la forma de recompensar el fruto de su gran esfuerzo y dedicación constante.

—¡Al finnnn! Ya pronto seremos universitarias, conoceremos a chicos más interesantes y atractivos —comentó Breny sonriendo ampliamente.

Las tres amigas se encontraban en la habitación de su casa, sentadas en la cama.

—¡Amén, hermana! —Chocó la palma con ella su prima Carolina.

—Bueno chicas, tengo una gran noticia que darles —dijo Meredith haciendo una pausa, para intrigarlas.

—¡Dilo ya! —exclamaron las dos expectantes.

—Mi padre puso a nuestra disposición su avión privado, además de hacer reservaciones en el *Banyan Tree* Cabo Marqués, un exclusivo complejo turístico. Amigas, ¡nos vamos para Acapulco, México! —gritó emocionada.

Las tres se levantaron de la cama, sin poder ocultar la alegría que sentían, gritando y dando brincos agarradas de manos.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Antes de que se fueran de viaje, Joseph habló personalmente con los padres de las amigas de su hija, para pedirles su consentimiento, diciéndoles que las conocía hace algún tiempo, por eso confiaba en que las tres sabrían comportarse. Además, el lugar era muy seguro. Ellos quisieron ayudarlo económicamente con los gastos, pero no acepto, expresándoles que todo corría por su cuenta.

Meredith y sus amigas tuvieron unas vacaciones de ensueño, teniendo a su disposición una *suite* de lujo, que contaba con tres habitaciones finamente decoradas en tonos cálidos, y con todo lo que pudieran necesitar, además de una extraordinaria vista al mar, terraza con piscina de hidromasaje, comedor, sillones estratégicamente ubicados para su comodidad y personal eficiente disponible 24 horas al día.

Disfrutaron toda una semana de la playa, montando *jet sky*, participando en las actividades que tenían preparadas para los huéspedes y regocijándose con la vida nocturna del lugar.

Al verlas siempre solas, algunos apuestos chicos de diferentes nacionalidades —también huéspedes—, se acercaban a ellas buscándoles conversación, o tal vez algo más, lo que no estaban dispuestas a ofrecer, a sabiendas que una relación de una noche no tendría ningún futuro. Además, de no ser esa clase de chicas.

Meredith le prometió a su padre que se comportarían y sabrían cuidarse, por eso no podían faltar a la confianza que había depositado en ellas, al igual que sus padres.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Llegaron a Boston sintiéndose como nuevas, aunque algo cansadas por todo lo que hicieron en sus merecidas vacaciones.

—¡Bienvenidas! —exclamó Joseph sorprendiéndolas, cuando se bajaron del *jet* privado, luego de saludar a las amigas de su hija, se acercó a Meredith, dándole un fuerte abrazo—. Me hiciste mucha falta, hija. Espero que hayan disfrutado mucho la estadía. Un amigo me recomendó el lugar y pensé que

sería perfecto para ustedes —dijo su padre separándose de ella.

—La pasamos genial, gracias —expresó Carolina, sonriente.

—Así es. Ha sido el mejor regalo que hemos recibido —añadió Breny, de igual modo.

—Te quiero mucho, papá, y no solo por esto, sino por todo —manifestó Meredith dándole un beso en la mejilla, luego se fueron en dirección a donde estaban los padres de sus amigas.

Le había comprado algunos obsequios tradicionales del lugar a su padre, hermanos y Magdalena, que les entregaría cuando llegaran a su casa.

En unas semanas entraría a Harvard, de donde ya le habían enviado su carta de aceptación, para estudiar Negocios Internacionales.

De ese modo transcurría la existencia de Meredith, recibiendo con positivismo todo lo que la vida pudiera ofrecerle, valorando cada instante compartido con sus seres queridos, y sin perder la esperanza en que su futuro sería prometedor.

Capítulo 13



**Junio de 2015.-
6 años después...**

A sus 23 años, Meredith había pasado por diferentes situaciones que cambiaron su forma de ser. Momentos donde la tristeza, impotencia, ira y el dolor se hicieron presentes, siendo las lágrimas su único consuelo. Circunstancias que le hicieron reevaluar su vida, al experimentar en carne propia la bajeza del ser humano.

Pero muchas veces los golpes que da la vida, te hacen despertar, y sacar a la luz el ser aguerrido que cada persona posee, para librar las batallas que se presenten en el camino, procurando salir victorioso.

Como lo hizo ella, demostrando que lo sufrido no menguó sus fuerzas, y que pese a todo, supo salir victoriosa de su primera batalla, contando con las personas que eran importantes en su vida, como por ejemplo Breny y Carolina, con quienes forjó un lazo amistoso indestructible, siempre apoyándose, llegando incluso a estudiar en la misma universidad.

Gracias a los controles médicos que le hizo su amigo, el doctor Emerson, Joseph no tuvo ninguna recaída, viviendo cada día para su familia, dedicándole la mayor parte de su tiempo, y el restante a su empresa de exportación, que había extendido su línea de negocios, obteniendo una posición privilegiada en su mercado.

Grace, por su parte, siguió siendo aquella mujer que solamente veía por sí misma, siempre a la vanguardia de la moda, presumiendo ante sus amigas que su esposo siempre la complacía en todo, aprovechándose de que la amaba.

Meredith lamentaba que su padre no se hubiese dado cuenta, la clase de mujer que tenía a su lado, aunque por lo menos le tranquilizaba, no haber descubierto en los años transcurridos, que le volviera a ser infiel con Gael, con quien trataba de tener el menor contacto cuando coincidían en algún lugar,

pues pertenecía a su familia. Algunas veces pensaba que tal vez su madre escarmentó por lo ocurrido, siéndole fiel a su padre, otras veces se preguntaba cómo reaccionaría de no ser así.

En el plano universitario, guardaba buenos recuerdos de los años vividos en Harvard, donde se dedicó por completo a su carrera, graduándose hace unos meses, también con altas calificaciones, volviendo a enorgullecer a su padre, aunque a su madre sus logros no le importaban, Meredith aprendió a vivir con ello, evitando que le afectara su actitud.

En cuanto a su vida amorosa, a diferencia de sus amigas, que mantenían su noviazgo con dos jóvenes estupendos, ella en la actualidad estaba sola, luego de terminar su relación con Maxwell Thompson, a quien conoció en una fiesta a la que invitaron a sus padres, y no pudo eludir. Él, al verla, quedó cautivado, y ella su presencia no le fue indiferente, además de su trato afable con modales exquisitos. Provenía de una familia de influyentes políticos, aspirando seguir la tradición, cuya mentalidad y comportamiento lo hacían parecer mayor, debido a que solamente le llevaba tres años.

Meredith muchas veces se preguntó la razón de que no llegara a enamorarse de él, al punto de perder la cabeza, y algo más, dado que su relación no pisó terreno íntimo. Aunque ya no era una niña, no desechó de su mente el deseo de encontrar a su príncipe de cuentos de hadas, para entregársele en cuerpo y alma.

Justo cuando cumplían más de un año de relación, y a pesar de que Grace en su mente tenía planeada la boda del siglo, no porque estuviera deseando la felicidad de su hija al lado de un buen hombre, sino por querer emparentar con un senador, Meredith terminó la relación, considerando que no sería justo para él estar con alguien que no lo amaba.

Al principio Maxwell no quiso entender su decisión, insistiéndole de una y mil maneras para que le diera otra oportunidad, pero ella le hizo ver que de seguir, terminarían odiándose. Finalmente aceptó, haciéndole ver que esperaría por ella, ya que sus sentimientos eran fuertes y sinceros.

El corazón de Meredith le decía que él nunca sería su dueño, pero no quiso hacerle más daño al confesárselo.

Por otro lado, la relación con su prima resurgió en uno de sus viajes para visitar a sus padres, en Boston, quienes también la visitaban en Roma.

Siempre que estaban juntas, aprovechaban el tiempo al máximo, saliendo con Breny y Carolina, a quienes les presentó en su primer viaje. Cuando

Julianna retornaba a su vida en Italia, se mantenía en contacto con su prima. En uno de sus viajes, Meredith acordó con ella, que iría a visitarla con sus amigas cuando finalizaran la universidad, para pasar un tiempo juntos, y que les mostrara todas las maravillas del país en que vivía al lado de su tía, deseando recorrer sus calles, y conocer sus increíbles monumentos, que habían trascendido a la historia.



Roma, Italia.

El jet privado de la familia Parker aterrizó esa mañana del sábado en el aeropuerto Fiumicino de Roma, llevando en su interior a tres chicas emocionadas por la nueva experiencia que vivirían.

Entre Joseph y los padres de las amigas de su hija —con quienes mantenía una estrecha amistad—, decidieron alquilarle un apartamento, en uno de los lugares más tranquilos y bien posicionados de la ciudad, evitando incomodar a Elena, la tía de Julianna, considerando además que así ellas estarían más a gusto.

La familia de Gael era oriunda de Italia, y cuando él se trasladó a Estados Unidos para estudiar, graduándose luego de la carrera de economía —alcanzando un puesto privilegiado en una multinacional—, su hermana resolvió quedarse donde estaban sus raíces, casándose con un buen hombre, que era como un padre para su sobrina, ambos aceptándola con los brazos abiertos, cuando decidió irse a estudiar allá.

Julianna también solía pasar algunos días, cuando tenía vacaciones, con sus abuelos paternos, que vivían en Positano, ubicado en un acantilado de la costa Amalfitana italiana.

Las chicas, que no cabían en sí de la alegría, hicieron un listado de los lugares donde querían que Julianna las llevara, al ser una perfecta guía turística para ellas, por todos los años que tenía viviendo en Roma.

Estaban ansiosas por visitar El Coliseo Romano, El Panteón de Agripa, La Fontana de Trevi, El Castillo de Sant' Ángelo, La Piazza, La Fuente de los 4 Ríos, entre otros increíbles lugares.

—¡Dios mío, que emoción! —exclamó Breny llena de júbilo, elevando los brazos al aire, mientras bajaban las escaleras del jet.

—La pasaremos genial, de eso no tengo la menor duda, chicas —comentó Meredith con una gran sonrisa, colocándose sus lentes de sol, detrás de ella.

—¡Yo tampoco! —proclamó Carolina cuando ya estaban las tres juntas, fuera del jet—. Meredith, ¿tu prima Julianna nos está esperando?

—Sí. Hablé con ella antes de salir y está igual de emocionada que nosotras.

Cuando salieron de migración, arrastrando sus equipajes, las estaba esperando una chica de 24 años, cabello liso negro —llegándole hasta el cuello—, ojos oscuros, tez de piel blanca, labios carnosos y un cuerpo bien definido.

—*Benvenuto a Roma!* —Julianna les dio la bienvenida en Italiano, abrazándolas efusivamente—. Espero que estén listas para disfrutar de esta increíble ciudad —indicó su prima sonriente, antes de montarse en el auto que conducía, regalo de su madre, colocando el equipaje en la parte trasera.

Durante el recorrido, admiraron las fantásticas vistas de Roma, que pronto conocerían en detalle. Luego llegaron a un confortable apartamento, abriéndole la puerta Julianna, pues había recogido las llaves donde la persona que lo alquilaba, siguiendo la indicación de su tío.

Todo el espacio estaba decorado de forma minimalista, la sala pintada en tonos claros, con dos ventanales que mostraban una increíble vista de la ciudad, sofás en tonos beige y blanco, alfombras a rayas, cocina con desayunador, y todo lo que pudieran necesitar. Además, contaba con tres habitaciones, donde dejaron sus respectivos equipajes.

—Chicas, tengo una idea. ¿Qué tal si esta noche salimos? Hay un lugar donde quiero llevarlas, para darles la bienvenida como merecen. El ambiente es extraordinario, estoy segura de que les gustará —mencionó Julianna esperando su respuesta.

—¡Nos apuntamos! —vociferaron las tres al unísono, emocionadas.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Almorzaron en la casa de Elena, quien al enterarse de que llegarían ese día, le dijo a Meredith que su primera comida en Roma sería en su hogar, compartiendo con ella y su esposo unas horas muy agradables, entre anécdotas y risas. Luego las chicas regresaron al apartamento para descansar un poco, y prepararse para lo que esa noche les podría ofrecer.

Meredith eligió un vestido negro con encajes, que le llegaba a las rodillas, ceñido a su esbelto cuerpo, mostrando en la parte delantera un escote que cubría una malla transparente. Se dejó el cabello suelto, haciéndose algunas hondas y maquillándose con tonos que resaltaban sus ojos azules.

Sus amigas también se arreglaron para la ocasión, siendo recogidas al transcurrir unos minutos por Julianna.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Cuando llegaron al club nocturno, pasado las ocho de la noche, se sorprendieron al ver la cantidad de personas que esperaban por entrar. De repente Julianna agitó sus manos en el aire, para llamar la atención de una pareja que estaba más adelante, dirigiéndose hacia ellas de inmediato.

—*Ciao, Julianna, arrivanoo appena in tempo.* —Un joven alto, de cabello negro y ojos color miel, en compañía de una hermosa joven, la saludó diciéndole que llegaron justo a tiempo, antes de darle un beso en la mejilla.

—Hola, Paolo. Te agradecería que no hablaras en italiano, para que mi prima y sus amigas te puedan entender —pidió Julianna guiñándole un ojo a su amigo, luego de hacer las presentaciones de lugar, asintiendo él con una sonrisa en sus labios.

Después que él hablara con el portero, los hicieron pasar.

Ya adentro, se percataron que la decoración era moderna, con luces de colores llamativos, distribuidas estratégicamente. En la pista de baile se encontraban muchas personas danzando al compás de la música, que era reproducida por los altavoces a todo volumen, otros se encontraban sentados tomando de sus copas y algunos parados riéndose de algún comentario hecho en ese momento. Por sus atuendos se podía apreciar que pertenecían a una condición económica privilegiada.

Casi enseguida, un mesero los llevó a un reservado, con asientos suficiente para todos y una mesa para colocar sus bebidas.

—Este lugar me encanta. ¡Nos vamos a divertir mucho! —exclamó Carolina, a la vez que se movía en su asiento al ritmo de una canción de Avicii, que tocaban en ese momento.

—Pero no solo es el lugar, también hay unos italianos muy atractivos por aquí —afirmó Breny, consiguiendo que sus amigas, contando a Julianna entre ellas, la miraran con una expresión entre asombro y diversión, al igual que Paolo, quien entendía perfectamente su idioma, dedicándole una sonrisa pícara, ganándose un codazo de su novia.

—No me vean así. Afortunadamente mi visión es excelente, y saben que digo lo que pienso —se defendió Breny, encogiendo sus hombros.

—Me veré obligada a comunicarme con Tobías, para que te llame la atención —comentó Meredith, cruzándose de piernas, logrando por un

momento ponerla nerviosa, dando paso a una carcajada, al darse cuenta que lo decía en broma.

Al transcurrir más de una hora, el lugar se había llenado casi en su totalidad, mientras ellos seguían disfrutando, bailando, tomando de sus bebidas y platicando animadamente, resultando la novia de Paolo una chica muy simpática, aunque su novio algunas veces tenía que servirle de traductor, cuando no entendía alguna palabra o quería expresar otra de su parte.

—Meredith, ¿no te has dado cuenta, cómo aquel apuesto hombre, no te quita los ojos de encima desde hace rato? Y no solamente eso, sino que viene hacia acá —indicó Julianna tomando de su cóctel, sentada a su lado, viéndolo caminar como si fuera amo y señor de todo el lugar.

—Hola, preciosa, ¿te gustaría bailar conmigo? —preguntó con marcado acento inglés, aquel hombre que aparentaba tener 30 años, rubio, de ojos verdes, alto y musculoso.

Se había percatado que era norteamericana, razón de que no le hablara en italiano.

Meredith se quedó en silencio, observándolo parado frente a ella, mientras sus amigas y prima esperaban su contestación, entre tanto Paolo bailaba con su novia.

Se preguntó, ¿y por qué no? Si estaba en aquel lugar, era para divertirse.

—Por supuesto —respondió al fin, extendiéndole él su mano, la cual tomó de inmediato, poniéndose de pie, siendo conducida al centro de la pista de baile.

Aquel hombre ubicó una mano en su cintura y la otra en la espalda, bajándola casi hasta llegar a su trasero, mientras bailaban una canción en italiano, que ella no había escuchado nunca, pero que tenía un ritmo muy sensual.

—Dick Jones, gusto en conocerte. Espero que esta no sea la única vez que me hagas disfrutar de tu compañía —pronunció agachando un poco la cabeza, por la diferencia de estatura, mirándola con un deseo que no pasó desapercibido por Meredith—. ¿No piensas decirme tu nombre, preciosa? —inquirió esbozando una sonrisa lobuna, acercándola más a su cuerpo.

—Meredith. —Fue lo único que pudo articular, sintiéndose intimidada por su presencia y gran atractivo.

Al terminar la canción, sin desearlo realmente, al querer perpetuar su baile para tenerla cerca, Dick la acompañó de regreso.

—Cualquier cosa que necesites, únicamente debes pedirlo. Estoy a tu entera disposición —afirmó besando el dorso de su mano, viéndola fijamente, antes de soltarla, y dirigirse a donde estaba sentado con dos hombres, igual de imponentes que él, pero no tan atractivos.

—¡Amiga! Sí que lo cautivaste, incluso sigue sin quitarte los ojos de encima —espetó Carolina, colocando su bebida en la mesa.

En ese momento llegó el amigo de su prima con su novia, aprovechando Meredith para preguntarle:

—Paolo, ¿por casualidad lo has visto antes? —Lo señaló disimuladamente, haciendo que él volteara en su dirección. Por alguna razón que ella desconocía en ese momento, quería saber quién era realmente.

—Claro que sí, siempre frecuenta este lugar, imagínate, debe hacerlo ya que es de su propiedad. Supe en una ocasión por unos amigos, que es un próspero empresario, debido a que tiene otros clubes. También, que es un amante de las mujeres hermosas —manifestó levantando su copa frente a ella, guiñándole un ojo.

—Así como mi querida amiga, Meredith Parker —refirió Breny, sonriéndole.

—Brindo por eso —proclamó Julianna, haciendo que chocaran sus copas, con una sonrisa traviesa.

—Déjenlo ya, por favor. No es para tanto —mencionó Meredith sonrojada, al no agradecerle ser el centro de atención.

—De acuerdo, pero más te vale acostumbrarte —indicó Carolina con una mirada cómplice.

La diversión no se detuvo, decidiendo entre todos marcharse, casi a la una de la madrugada, pero antes de hacerlo, Meredith les informó que iría al baño. Cuando estaba llegando, una fuerte mano la agarró por el codo, girándola con sutileza hasta que se dio cuenta de quien se trataba.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí? Te confieso que me partirías el corazón, si no vuelvo a verte otra vez —pronunció enfocado en sus labios.

Dick estaba acostumbrado a llevarse a la cama a cuenta mujer hermosa le pasaba por el lado, sin tener que hacer el más mínimo esfuerzo, ya que ninguna se negaba y gustosas recibían sus caricias. Pero al verla desde lejos, sintió algo diferente, un deseo como nunca antes.

—Lo siento, pero apenas y hemos intercambiado un par de palabras. No te conozco ni me conoces. Además, estoy de viaje y pronto me iré —explicó

determinada, sin permitirle ver cuanto la intimidaba.

A Dick le gustó que no se amilanara ante su presencia, que mostrara su carácter, para que luego todo fuera más gratificante.

—Tienes razón, pero eso podemos remediarlo. ¿Qué te parece si te sirvo de guía, mostrándote la ciudad? Podría ser mañana temprano, así aprovechamos para conocernos. ¿Qué dices? —indagó acercándose tanto a ella, al grado de arrinconarla en la pared.

—Descuida, ya tengo quien me muestre la ciudad. —Le hizo ver que no podía manipularla, observando ella en su semblante que no dejaría de insistir tan fácilmente.

—¿Sabes? Me gustan los retos, además de las mujeres con carácter fuerte, y si son tan hermosas como tú, mucho mejor. Por eso no será tan fácil que te libres de mí —indicó con petulancia, queriendo delinear sus labios con uno de sus dedos, pero ella se movió rápidamente, esquivándolo.

—Lo siento, pero tengo que irme. —Meredith se olvidó de su necesidad, al ser más imperioso marcharse cuanto antes, dejándolo con la palabra en la boca. Quizás estaba faltando a sus buenos modales, aunque no podía hacer otra cosa.

Dick se quedó observándola —recostado en una pared cruzado de brazos— mezclarse con la gente hasta llegar a donde estaban sus amigos, luego traspasar la salida de su club, prometiéndose que de algún modo, volvería a verla.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Los días iban pasando de manera extraordinaria, conociendo los monumentos más importantes de Roma, de la mano de Juliana, quien en efecto era una excelente guía, mientras Breny y Carolina immortalizaban el momento con sus cámaras.

Desde que llagaron, las tres mantenían comunicación con sus seres queridos, quienes se alegraban que estuvieran viviendo tan maravillosa experiencia.

Esa tarde se encontraban en El Coliseo Romano, que originalmente se llamaba Anfiteatro Flavio, construido por el emperador Vespasiano en el año 72 d.C., bajo la dinastía Flavia.

Mientras sus amigas se encontraban con su prima escuchando atentamente al guía que les contaba la historia del monumento —en inglés e italiano para hacerse entender entre el grupo de personas presentes—, Meredith se fue

quedando atrás, observando cada rincón del colosal lugar, adentrándose en las diversas edificaciones internas que habían experimentado los estragos del tiempo, deteniéndose al escuchar aquella profunda voz, girándose para verlo.

—Que grata sorpresa, preciosa —pronunció Dick con una sexy sonrisa pintada en su rostro, vistiendo un suéter blanco, *jeans* azul claro, todo ceñido a su musculoso cuerpo, caminando hasta pararse frente a ella, luciendo arrebatadoramente atractivo.

—Hola. ¿Acaso me sigues? —preguntó en broma, arqueando una ceja.

Dick se acercó un poco más antes de responder:

—Si lo hiciera, te aseguro que nos hubiésemos visto al otro día de conocernos. ¿No crees en las coincidencias? Pues a partir de este momento, yo sí —susurró en su oído, dejándole una estela de su perfume masculino al separarse.

—Digamos que por ahora te creeré —contestó cruzándose de brazos, amparados por el sol resplandeciente de esa tarde—. ¿Qué te trae por aquí? —indagó curiosa.

—Lo mismo que a ti, supongo —contestó encogiéndose de hombros, mientras retomaban el recorrido—. Parecerá extraño, pero al cerrar los ojos, puedo imaginar con total claridad las luchas encarnizadas de los gladiadores en este lugar, como cita la historia, siendo observados por el emperador de turno, que tenía la potestad para decidir quien vivía o moría, únicamente al levantar o bajar un dedo. ¿Te imaginas? Todo ese poder para un solo hombre, sin tener que afrontar ninguna consecuencia—indicó Dick mirándola de soslayo, sin que ella imaginara que sus palabras tenían un trasfondo.

—Sí, algo totalmente injusto, ya que ellos antes tenían que pelear hasta la muerte. Ningún hombre debe tener esa potestad, es un crimen que no tiene perdón de Dios. —Meredith fue enfática en sus palabras, manteniéndose él en silencio por un instante.

—Mejor hablemos de otra cosa, como por ejemplo, la razón de que estés aquí, y de dónde vienes exactamente. —Lo observó entrecerrando los ojos, consiguiendo que se detuviera frente a ella—. No me mires así, simplemente quiero conocerte —añadió colocando las manos en sus bolsillos traseros, en una postura relajada.

Meredith pensó que no haría mal en contarle, debido que hasta el momento, solamente se había interesado en conocerla.

—Vine con mis amigas desde Boston, a pasarnos unas semanas.

Terminamos la universidad hace poco, así que se podría decir que es nuestra recompensa luego de años de esfuerzo —explicó viéndolo a los ojos, con un atisbo de sonrisa.

—Me parece estupendo —expresó retirándole un mechón de su cabello que le cubría el rostro, separando la distancia—. Espero que a partir de ahora, consideres mi propuesta, te aseguro que conocerás sitios que ni imaginas que existen, y que son igual de impresionantes de los que asumo has visitado —propuso seductor, percibiendo como caían sus defensas ante él.

—¡Aquí estas! Pensaba que... —Julianna se detuvo de repente, al ver que su prima estaba en compañía del atractivo e imponente hombre que había visto en el club nocturno.

—Sí, disculpen, pero me detuve por un momento, luego me encontré con Dick —mencionó viendo también a Breny y Carolina, que se quedaron mirándolo atónitas.

—Hola, chicas —saludó Dick agitando una mano, al lado de Meredith—. Ha sido una hermosa coincidencia. Espero que acepten mi invitación a cenar, conozco un lugar que sé, les encantará —dijo esperando no ser rechazado.

—Por mí está bien —se adelantó Breny, recibiendo un codazo disimulado de su prima.

—Considero que Meredith tiene la última palabra —señaló Carolina, pues no sabía si a su amiga le agradaba o desagradaba su cercanía.

—Si están de acuerdo, no lo veo inconveniente —habló al fin Meredith, ganándose una gran sonrisa de Dick, quien se atrevió a tomarla de la mano para conducirla afuera, seguidos de Julianna, Breny y Carolina, quienes cuchichiaban entre las tres, dejando escapar algunas risitas, que disimulaban tapando sus bocas con las palmas.

—Permítanme un momento, debo llamar a mi chófer para que venga por ustedes —expresó mirando a las amigas y prima de Meredith, luego añadió—. Mi deportivo solo tiene espacio para dos.

—Por nosotras no te preocupes —contestó Julianna, sacando sus llaves de su *crossbody*, agitándolas frente a él—. Tengo mi propio transporte. Dime dónde nos encontraremos —solicitó con suficiencia.

—Perfecto. Asumo conoces el Restaurant *Tonnarello*.

—Por supuesto. Breny, Carolina, es tiempo de seguir la travesía —manifestó posicionándose en medio de las dos, entrelazando sus brazos con los de ellas, quienes se despidieron momentáneamente de su amiga.

—¿Nos vamos? —Meredith asintió en respuesta, dejándose dirigir por él, hasta su *Bugatti Veyron* azul eléctrico, asombrándose ella al verlo. Luego de que Dick le abriera la puerta del copiloto, tomó su lugar, y antes de arrancar la miró—. Te prometo que los días que te queden aquí, serán inolvidables — afirmó acercándose, para acariciarle el rostro, dejándola sin palabras.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Días después...

Fiel a su promesa, Dick fue un guía sensacional y atento, acompañando a las chicas a varios lugares que incluso desconocía Julianna, luego procuró pasar más tiempo a solas con Meredith, desviviéndose en atenciones para hacerla sentir bien, lo que consiguió, pues estaba a gusto en su presencia. Aunque no le contó muchas cosas de su vida, sí le dijo que le iba bien en los negocios, e incluso solía viajar mucho, teniendo su residencia provisional en Roma, donde había abierto algunos clubes, lo que ella sabía por Paolo.

Esa noche se encontraban solos en el apartamento que habitaba Meredith y sus amigas, quienes habían salido con Julianna, quedándose ella al sentir un pequeño dolor de cabeza, recibiendo luego la visita inesperada de Dick, que conocía la dirección por las veces en que la había pasado a recoger.

Ella lo hizo pasar, sentándose ambos en el mismo sofá de la sala, hablando por algunos minutos de trivialidades, hasta que él la observó de un modo diferente, colocando un brazo encima del mueble, acercándosele.

—Preciosa, me vuelves loco. Nunca me había sentido tan atraído por una mujer, como hasta ahora —confesó sorprendiéndola, por la intensidad de sus palabras.

—Dick, no sé qué decirte. Sabes que pronto regresaré a Estados Unidos. — Meredith no quería darle falsas esperanzas, ya que no contemplaba tener algún tipo de relación con él a distancia, al saber por boca de otras chicas, que no funcionaba.

Notó que sus palabras cambiaron algo en él, quien rápidamente colocó una de sus fuertes manos en su cuello, atrayéndolo hacia él, sintiendo el impacto de sus labios contra los suyos, en un beso que se iba intensificando, luego de que su sorpresa inicial desapareciera.

Al verla ceder, Dick la recostó en el sofá, ubicándose encima de ella, mientras trataba de introducir una mano debajo de su blusa, para tocar sus turgentes senos, sin dejar de besarla.

De repente, una alarma se disparó en su interior, imaginando lo que pretendía, a dónde quería llegar, razón de que intentara quitárselo de encima, empujando su fuerte pecho con sus puños.

—No te resistas, sé que también me deseas —pronunció Dick con voz ronca, besando su cuello, ahora aferrando su cintura con una mano, causándole temor al ver que no se apartaría.

Si con Maxwell nunca llegó a dar aquel paso trascendental en la vida de toda mujer, no podía dejarse llevar por él, por más atractivo que lo encontrara. Seguiría fiel a su creencia de entregarse por completo al hombre que despertara en ella amor verdadero, y él no la haría cambiar de parecer.

Como pudo le encestó un rodillazo en la entrepierna, provocando que se apartara adolorido, aprovechando el momento para levantarse, retirándose unos pasos de él.

—¡Márchate ahora mismo! Quizás estás acostumbrado a tratar otro tipo de mujeres, pero yo no soy así. Pensé que te habías dado cuenta. Además, lo más probable es que nunca nos volvamos a ver —manifestó temiendo que la forzara a hacer algo que no quería, valiéndose de su fuerza.

Dick se echó para atrás un mechón de su espeso cabello rubio, viéndola con el mismo deseo de antes, tratando de controlarse para no tomarla como tanto ansiaba, pero por alguna razón que desconocía, no lo hizo.

—Meredith, en mi vida jamás he sido un cobarde, y cuando deseo algo... siempre lo consigo. No desistiré hasta que seas completamente mía, sin importarme nada —advirtió dejándole ver, parte de su ser que ella desconocía, alarmándola en el acto.

Luego de mirarla por unos segundos más, Dick se marchó dando un portazo detrás de él, furioso por no haber logrado sus propósitos, pero fiel a sus propias palabras, pensando que tarde o temprano ella sería suya, costara lo que costara, ya que desde hace años siempre hizo su voluntad, sin tentarse el corazón ante nada.

Luego de cerrar bien la puerta, Meredith se dirigió a su habitación, preguntándose qué clase de hombre era Dick, pues la forma en que la miró heló su sangre, deseando no volver a toparse con él.

Ningún hombre tenía el derecho de obligar a una mujer a estar con él, en contra de su voluntad. Ella jamás lo permitiría.

TERCERA PARTE



Capítulo 14



**Boston,
Estados Unidos.
Dos semanas después...**

Meredith no le contó a nadie lo sucedido entre ella y Dick —dos días antes de abandonar Roma—, cerrando ese capítulo de su vida, para recibir otro que la llenaba de expectativas, ya que su padre le ofreció un puesto en su empresa, donde pondría de manifiesto los conocimientos adquiridos en la universidad.

Con ellas regresó Julianna, quien tomó esa decisión a raíz de la tristeza que sentía su madre por tenerla lejos. Aunque su tía Elena y esposo la trataban como una hija, le hacía falta estar bajo el cobijo de su propia madre. Además, ya finalizados sus estudios universitarios en Roma, no tenía ninguna razón de peso para permanecer allá, salvo que su relación con su padre no era la mejor, confesándole un día a Meredith que fue una de las razones de su partida, pero evitó entrar en detalles.

Grace seguía siendo la misma de siempre, inmersa en mantener su vida de frivolidades sin dedicarse a nada más, mientras Joseph estaba inmerso en nuevos proyectos, recordándole su hija que no podía afanarse tanto, en procura de mantener su salud bajo los parámetros normales, aunque algunas veces no le hacía caso, como esa noche que se quedaría hasta tarde, reunido con el director de finanzas, revisando el presupuesto del siguiente año, avisándole desde temprano a su esposa para que no lo esperara despierta, sin imaginar que a ella le importaba muy poco si llegaba o no.

Meredith se dirigió a su casa, manejando el BMW serie 4 convertible de ese año, regalo de graduación de su padre, estacionándose al llegar, detrás del vehículo de Gael.

Tomando su cartera, se desmontó encaminándose a la entrada, pero algunos sonidos provenientes de la parte trasera de la casa, detuvieron sus pasos, intrigándola, dejándose conducir por sus pies en procura de descubrir el

origen de los mismos.

Una vez más su corazón se paralizó al contemplar una escena, que deseaba jamás presenciar.

Frente a ella se encontraba su madre y el esposo de su tía, que en ese momento la tenía empotrada en una pared —ubicada en un lugar oscuro y poco frecuentado— con sus piernas enredadas en su cintura, mientras él con sus pantalones bajos, se adentraba en su interior con demencia, siendo recibido por los gemidos emitidos por Grace, aferrada a sus hombros, con el rostro distorsionado de placer.

—¡No puedo creer que te volvieras a comportar como una puta! —exclamó su hija, con la ira recorriendo su torrente sanguíneo.

Grace y Gael se detuvieron de repente, separándose en el acto mirándola asombrados, entre tanto ella se bajaba la falda para cubrirse y él se arreglaba los pantalones con premura.

—Mejor no te inmiscuyas, Meredith —advirtió entre dientes Gael, terminando de ponerse el cinturón.

—¡Son unos malnacidos sin corazón! —proclamó en respuesta, dejando salir todo el desprecio que sentía por ambos.

—Y tú sigues siendo una niña estúpida. Eso sí, te advierto que continúes manteniendo el secreto, si no quieres que todo se vaya en tu contra —expresó Grace levantando un dedo a centímetros de su rostro, que su hija apartó de un manotazo, entrelazando sus miradas.

—Y tú me das asco —escupió en su cara, luego añadió—: Por lo que veo, han seguido fornicando como animales, sin que nadie se hubiese dado cuenta. Pero esta vez... no callaré

—No puedes hacerlo, a menos que quieras cargar con la culpa de lo que pueda ocurrirle a tu padre —alegó con petulancia Grace, imaginándose nuevamente vencedora, esbozando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Esta vez no cederé, mamá. No puedo seguir ocultándole tu infidelidad, al ser que me lo ha dado todo, a quien quiero con todo mi corazón. No es justo para él, ni para mi tía Lorraine. Así que vayan preparándose a recibir las consecuencias de sus actos, también ve recogiendo tus cosas, pues conociendo a mi padre como lo hago, estoy segura de que no te dejará permanecer ni un minuto en esta casa —aseguró con desprecio.

Grace se le fue encima, pero Gael la agarró desde atrás.

—¡Suéltame, déjame darle su merecido a esa maldita! —gritó tratando de

quitarse el agarre de sus brazos en su cintura.

—Cálmate, lo que menos nos conviene es hacer un escándalo —indicó Gael tratando de persuadirla.

Meredith salió a toda prisa dejando atrás las injurias de su madre, dándole la bienvenida a sus viejas compañeras, que le nublaban la vista al deslizarse por su rostro. Se quitó la cartera del hombro, para buscar sus llaves con manos temblorosas, montándose en el BMW, encendiéndolo y arrancando a toda velocidad.

Pedía al cielo que interviniera por la salud de su padre, mientras superaba los niveles de velocidad permitidos, procurando llegar a la empresa antes que su madre ideara una forma de embaucarlo, para librarse de las consecuencias de su traición.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William Carrington, a sus 29 años, había logrado varios de sus objetivos trazados en el plano profesional y laboral, pero en el personal, no tenía claro lo que le depararía el futuro, luego de que su vida volviera a transformarse, a raíz de una tragedia que no conseguía olvidar. Preguntándose en reiteradas ocasiones, si volvería a ser feliz como lo fue con Dayana.

A estas alturas de su vida, tenía claro que las acciones de cada persona marcan su destino, al igual de que con determinación y esfuerzo se puede salir adelante. Solamente debía mantener sus esperanzas puestas en ello.

Entendía la preocupación de sus padres, que en varias ocasiones le dijeron que no podía vivir encerrado en su dolor, aunque admiraban su tenacidad para salir adelante. Siempre reía con las bromas de su amigo Jonathan, quien decía que lo único que le hacía falta para convertirse en un total ermitaño, era vivir en una cabaña en el pico de una montaña apartado de todo y de todos, por su renuencia a tratar con el sexo femenino.

Sin embargo, terminó cediendo ante la insistencia de su madre, para que invitara a la hija de una amiga a cenar, a quien le llevaba un par de años de edad.

Sharon era una mujer poseedora de una belleza exótica y cuerpo escultural, que haría sentir a cualquier hombre afortunado a su lado.

—Agradezco nuevamente que aceptaras mi invitación —dijo William, luego de separar la silla de la mesa para que tomara asiento.

—No podía rechazarla, conozco a tu madre, y me habló maravillas de ti. Por eso cuando me llamaste, no lo pensé dos veces —respondió sonriente,

apartándose un mechón de su cabello cobrizo del rostro, mirándolo con sus ojos marrones.

—Mi madre algunas veces suele exagerar —comentó con una sonrisa de lado, luego de acomodarse en su asiento frente a ella.

De ese modo continuaron conversando plácidamente, mientras ordenaban los platillos que degustarían con el vino recomendado por el *maître* del restaurante.

William se enteró de que era publicista de profesión, y que trabaja al lado de su padre en una de las agencias mejor posicionadas de la ciudad.

—Aunque espero no sufrir ninguna dolencia en el futuro, no me disgustaría para nada ser atendida por ti —pronunció Sharon esbozando una sonrisa coqueta, pasando un dedo por la parte superior de su copa, viéndolo fijamente.

William también le había comentado sobre su profesión, que más que un trabajo, era su vocación.

—Esperemos que no, y que siempre te encuentres en perfecta salud —mencionó deslumbrándola con una hermosa sonrisa. En definitiva, se la estaba pasando bien en su compañía, ya que era una mujer con mentalidad abierta, simpática y con buenos modales.

El tiempo siguió transcurriendo, entre risas y ciertas anécdotas compartidas, aunque William mantuvo partes de su pasado oculto, debido a que no venían al caso en la plática. Luego, la llevó a su apartamento, ubicado en un moderno edificio.

Antes de traspasar las grandes puertas de cristal que daban entrada al lugar, Sharon se volteó para observarlo, preguntándose cómo un hombre tan atractivo y especial como él, estaba solo.

—Gracias por una maravillosa cena, en inigualable compañía —expresó sonriente ella.

—Yo soy quien debo darlas, Sharon. De verdad que fue todo un placer conocerte —expresó acercándose para despedirse, dándole un beso en la mejilla, dejándola acalorada, al tener su imponente cuerpo tan cerca de ella.

—Buenas noches —dijeron al unísono. William esperó hasta que ella entrara, después se montó en su vehículo marchándose del lugar.

Sharon iba en el ascensor sabiendo el motivo de la tristeza que él pretendía ocultar, pues su madre le habló de su pérdida. Algo le decía en su interior, que no podía hacerse ilusiones con William Carrington, sin importar que era un hombre, con el cual toda mujer soñaría tener a su lado.



William iba rumbo a su apartamento, deteniéndose ante el semáforo en rojo. Desvió su vista al otro lado, observando el perfil de una joven mujer de cabello rubio, llamándole la atención la forma en que pasaba una mano temblorosa por su rostro, percatándose en ese instante que estaba llorando.

La luz del semáforo cambió, y Meredith pisó el acelerador de su vehículo, sin poder reprimir sus lágrimas ni el temblor que recorría su cuerpo, sintiéndose furiosa con ellos y consigo misma, por permitir de algún modo que siguieran burlándose de su padre y tía.

William consideró que en ese estado nadie podía manejar, sintiendo como si estuviera reviviendo aquella trágica noche, volviendo a tener un mal presentimiento, por ese motivo, en vez de cambiar de dirección en la próxima intercepción, una fuerza desconocida hizo que la siguiera.

Al poco tiempo de salir de su casa, Meredith llamó a su padre para decirle que la esperara en la empresa, que tenía algo muy importante que contarle, obviamente, Joseph se preocupó, además, su voz temblorosa lo alertó, pero ella procuró tranquilizarlo, diciéndole que pronto hablarían.

Era consciente que manejaba de forma imprudente, pero el camino se le estaba haciendo eterno, y le urgía llegar cuanto antes. A pesar de que la brisa nocturna la abrazaba, entrando sin restricción debido a que su convertible no tenía la capota puesta, sentía como sus pulmones no alojaban el oxígeno suficiente.

Volvió a pisar el acelerador, escuchando detrás de ella como otro auto tocaba repetidas veces la bocina, observándolo por el espejo retrovisor, desconociendo de quién podría tratarse. Llegado a ese punto, aunque quisiera detenerse o maniobrar el BMW, no lograría hacerlo a tiempo.

Dicen que cuando una persona está al final de su recorrido en este mundo, a su mente llegan todos los momentos vividos, sean buenos o malos, viéndolos reproducirse como si fuera un espectador en una sala de cine, sin poder moverse.

Fue lo que experimentó Meredith, al darse cuenta como una jeepeta *Hummer* iba en su dirección, en el momento que cruzaba la intercepción, sin poder evitar recibir un fuerte impacto del lado en que manejaba, perdiendo por completo el control de su BMW, que dio casi una vuelta de 360 grados, siendo impulsada hacia adelante antes de perder el conocimiento.

En su inconsciencia, sintió como si su cuerpo fuera aplastado y su alma lo

abandonara, todo en la más perpetua oscuridad que la consumió por completo.

William frenó bruscamente, con los ojos desorbitados al percatarse de lo sucedido. Nadie merecía perder un ser querido como le ocurrió a él, y si estaba en sus manos evitarlo, lo haría, por eso se desmontó de su Audi a toda prisa, cerrando de un portazo y corriendo hasta llegar al BMW, viendo como salía el conductor de la *Hummer*, caminando sobre sus pies, poniéndose las manos en la cabeza, alarmado por lo acontecido.

Rodeó el vehículo entrando por la puerta del copiloto, ya que la del conductor tenía un fuerte impacto que hacía difícil abrirla. Necesitaba cerciorarse del estado de quien llamara tanto su atención, y que ahora estaba totalmente inconsciente con la cabeza sobre el guía, notando que llevaba puesto el cinturón de seguridad, afortunadamente.

Con cuidado fue retirando su cabeza del guía.

—¿No es mejor que esperemos a que llegue una ambulancia para moverla? —sugirió preocupado, un hombre de edad avanzada, que se había desmontado de su auto, al igual que las otras personas que acudían al lugar del accidente, rodeándolos, y otros que observaban desde sus vehículos según iban pasando.

—Descuide, soy médico, y necesito hacerle una revisión rápida —contestó él sin voltearse, tomando con delicadeza el rostro de Meredith entre sus manos. Al retirarle el cabello descubrió un fuerte golpe que tenía en la frente, de donde salía sangre. La recostó suavemente en el respaldo del asiento, tomando su muñeca para tomarle el pulso, encontrándolo débil.

Debía pedir ayuda cuanto antes, pues en esos casos cada segundo contaba a favor o en contra de quien se encontraba en aquella situación, al desconocer las consecuencias que podría originar el choque.

—Por favor, llamé al servicio de emergencias, para que envíen de inmediato dos ambulancias a la intersección de la avenida Massachusetts con Western.

—Por supuesto, doctor. —Sin dilación, el hombre se alejó de las personas que estaban rodeando los dos vehículos, para realizar la llamada.

William se concentró en Meredith, por ser la más afectada del accidente, debido a que el conductor de la *Hummer* lo tenían sentado en la acera, mientras un joven le hacía algunas preguntas, y desde su posición, observó que no había salido lesionado, imaginando que al conducir una jeepeta de ese tamaño, no recibió las mismas consecuencias de la colisión, pero nunca está de más que en esos casos, los involucrados fueran atendidos por personal

médico.

Por un segundo, se sintió molesto con aquel hombre, pensando que tal vez, como en el caso del conductor del camión que los envistió a él y a Dayana, estaba borracho a la hora de tomar el guía, y por eso no pudo maniobrar a tiempo, pero era consciente de que ella también conducía muy rápido. Sin embargo, la cuestión no era buscar culpables, sino que aquella joven recibiera atención médica lo más pronto posible, antes de que fuera demasiado tarde.

William en ese momento, cuando volvió a tomar su pulso dándose cuenta que era más débil, temió que su alma estuviera abandonando su cuerpo.

No supo determinar cuánto tiempo transcurrió cuando llegó la ayuda solicitada, en compañía de dos patrullas de policías que les abrían paso entre las personas que seguían en el lugar.

—Haremos todo lo posible por sacarla rápidamente, sin que resulte afectada —informó uno de los bomberos a un paramédico, para que estuviera preparado, quien le pidió a William que se retirara, para ponerle un cuello ortopédico a Meredith.

Entre varios hombres, involucrados bomberos y paramédicos, pudieron sacarla del *BMW*, acostándola cuidadosamente en una camilla para subirla en la ambulancia. En la otra, le daban asistencia al conductor de la *Hummer*, a quien tenían sentado, revisando todos sus signos vitales, mientras un policía realizaba el interrogatorio de rutina.

William activo el seguro de su Audi A7, con su control a distancia, antes de subirse ágilmente en la ambulancia, recibiendo el bolso de ella de manos de un paramédico, luego le indicó al conductor el nombre del hospital donde trabajaba para que la llevaran allí.

Meredith fue conectada a una máquina que medía su ritmo cardíaco, colocándole una máscara de oxígeno. William, sentado a su lado, tomó una de sus manos, viendo como limpiaban la sangre de su frente, colocándole un parche hasta determinar al llegar al hospital, si necesitaría algunas puntadas o no.

Sin embargo, lo que más le preocupaba a William, eran las secuelas internas que pudiera tener, pues todavía seguía inconsciente.

Apretó suavemente su mano entre las suyas —encontrándola helada—, detallando cada uno de sus rasgos en su magullado rostro, deseando poder salvarla más allá de que fuera su obligación como médico.

Capítulo 15



La ambulancia se detuvo frente a la entrada de emergencias del Hospital General de Massachusetts, siendo recibidos por el personal médico, enterados de la situación.

William se desmontó, entregándole el bolso a una enfermera, viendo como diligentemente los paramédicos bajaban la camilla donde yacía inconsciente Meredith, dirigiéndose a toda prisa rumbo a un cubículo en el área de emergencias, seguidos por él.

Después de trasladar su cuerpo a una cama, iniciaron el procedimiento acostumbrado, conectándola a la máquina que media sus latidos, dejándole la mascarilla de oxígeno puesta y revisando sus lesiones.

Además de la enfermera, se encontraban los doctores Baker y Greyson, quienes rodeaban la camilla, viendo como su colega revisaba sus pupilas con un pequeño foco.

—Carrington, ¿conoce a la paciente? —cuestionó la doctora Baker, especializada en traumatismo.

—No, pero estuve en el lugar y la hora indicada —respondió concentrado en su labor.

—Hay que llamar a sus familiares, deben estar enterados por lo que pudiese pasar —sugirió el doctor Greyson, siendo el protocolo a seguir cuando llegaba un paciente en esas condiciones, aunque William no quería ni imaginar que algo malo le ocurriera.

—Conozco bien el procedimiento. Álvarez, le agradecería que se ocupe de eso, solamente debe revisar entre las pertenencias de la paciente en su bolso. Mi prioridad ahora es salvarla —enfaticó mirando a la enfermera de aproximadamente 40 años, quien había trabajado a su lado en múltiples ocasiones.

—Por supuesto, doctor Carrington, ya mismo lo hago.

Sin perder un segundo revisaron la frente de Meredith, haciéndole algunas puntadas, limpiando bien la zona antes de ponerle otro parche. El próximo

paso sería realizarle una radiografía y tomografía computarizada, para de ese modo descubrir si tenía lesiones internas. Cuando se estaban preparando para trasladarla a rayos X, un sonido los alarmó, dirigiendo sus miradas a la maquina donde las líneas iban bajando hasta convertirse en horizontales, indicativo de que su corazón falló.

—¡Apártense! —ordenó William a sus compañeros, con la preocupación tiñendo su rostro.

Rápidamente comenzó con la reanimación cardiopulmonar, presionando sus palmas en su pecho, una y otra vez, para restituir la actividad de su corazón, mientras que una enfermera revisaba el nivel de oxígeno de la máscara que llevaba puesta.

—Doctor, sin cambios —anunció la enfermera, viendo al monitor al igual que él.

William sabía lo que significaría no reanimarla a tiempo, pues si lograba salvarla como anhelaba, podría sufrir daño cerebral por falta de oxígeno, como lamentablemente había visto en otros casos.

Ante él se presentaba nuevamente la oportunidad de salvar una vida, como desgraciadamente no pudo hacerlo hace años, por eso cada vez que ocurría un suceso semejante, se enfrentaba con la misma muerte hasta salir vencedor, y este caso, no sería la excepción.

—¡Traigan el desfibrilador, necesitamos estabilizarla!

Enseguida Baker se lo llevó, apartándole la blusa que traía puesta Meredith, para que él colocara en su pecho, aquellas dos planchas que le transmitirían las descargas, que la traerían a la vida.

Repitió el procedimiento varias veces, causando que el cuerpo de ella se moviera inerte de arriba abajo, a consecuencia de la electricidad que lo recorría.

—¡Otra vez, preparen, 1, 2, 3, ahora! —William unió las planchas entre sí, volviendo a repetir la rutina varias veces, sin detenerse hasta que ella reaccionara, hasta regresarla a la vida.

—William, lo siento —dijo el doctor Greyson, colocando una mano en su hombro, apenado, al ver que su esfuerzo no dio resultado.

—No lo sientas, Frederick. No permitiré que termine así, no otra vez —respondió con ojos cristalizados, viendo a Greyson, con quien llevaba años trabajando y conocía su tragedia personal. Sin decirle nada más retiró su mano, preocupado por sus palabras, admirando su tenacidad.

William continuó en su esfuerzo, hasta escuchar el sonido que indicaba que su ritmo cardíaco, estaba retornando poco a poco a la normalidad, que su corazón volvía a latir, aferrándose a la vida.

—Carrington, esto es verdaderamente sorprendente, un milagro del que pocas veces podemos disfrutar en nuestra profesión. Gracias por no rendirse —mencionó la doctora Baker, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos marrones, con una media sonrisa.

—Gracias a Dios, así es. Simplemente hice lo que me correspondía —comentó agradecido, porque sus plegarias fueron escuchadas—. Ahora debemos continuar, me preocupa que el golpe en su cabeza pueda tener consecuencias o que tenga alguna fractura.

Sus colegas coincidieron con él, e inmediatamente la llevaron a rayos x, donde determinaron que tenía una fractura en la tibia, que no ameritaba cirugía, pero sí una férula estabilizadora a la altura de la rodilla, que le ayudaría en su recuperación. Por su parte, la tomografía no mostró nada preocupante, así que solamente era cuestión de esperar que despertara.

Meredith fue trasladada, luego de colocarle la férula, a cuidados intensivos, tomando de ese modo todas las medidas pertinentes para monitorear su estado de salud, pues luego del paro cardíaco, no querían correr ningún riesgo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William se encontraba mirándola fijamente, acostada en una cama ubicada en la unidad de cuidados intensivos, conectada a varios aparatos, llevando en una mano la intravenosa por donde le suministraban algunos medicamentos, a parte del suero.

—Me diste un gran susto, Meredith. — Álvarez le dijo su nombre, luego de encontrar en su bolso sus credenciales y llamar a su familia—. Afortunadamente pude salvarte —manifestó preguntándose qué le ocurrió para actuar como lo hizo, para llorar de ese modo mientras conducía.

Impulsado por un sentimiento desconocido, tocó su rostro tiernamente con una de sus manos, retirándola rápidamente al escuchar la voz de una enfermera detrás de él, que entró en ese momento, pues no deseaba originar malos entendidos.

—Doctor, ya están aquí los familiares de la señorita Parker.

—Lléveme con ellos, por favor —contestó, mirándola nuevamente antes de abandonar la habitación.

Al salir al pasillo, un hombre de edad madura y rasgos que reconoció similares a los de su paciente, se encaminó rápidamente en su dirección, acompañado de una mujer muy elegante y dos jóvenes parecidos a ella.

—¿Es el doctor que atendió a mi hija? Por favor, dígame cómo se encuentra —indagó Joseph con ojos llorosos, pues la enfermera que fue a avisarle a William, le informó que traería a su presencia al doctor encargado del caso.

Mientras Joseph se encontraba sumamente preocupado, ya que la noticia del accidente de su adorada hija lo devastó, Grace lucía tranquila, pensando que el destino jugó una carta a su favor, manteniendo su secreto, sin preocuparle lo más mínimo si ella moría o vivía.

Así de cruel era aquella mujer.

—Sí, doctor William Carrington. Le pido por favor que se tranquilice, afortunadamente su hija se encuentra fuera de peligro, aunque será mantenida en cuidados intensivos, según indica el procedimiento —aclaró viendo la preocupación en todos, salvo en aquella mujer que por alguna razón no le simpatizó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Joseph, luego prosiguió—: Cuénteme todo lo que sucedió con mi hija, doctor Carrington, y por favor, no me oculte ningún detalle —solicitó sin lograr calmar sus nervios.

—Querido, el doctor ya nos dijo el estado de nuestra hija, debes calmarte, sabes que alterarte no le hace bien a tu corazón —señaló Grace, colocándole una mano en su pecho, mirándolo con preocupación fingida en su rostro.

—Tienes razón, pero con todo lo ocurrido no es para menos, Grace. Se trata de nuestra hija —contestó él con voz estrangulada, mientras sus hijos lo secundaban con genuina tristeza, por el amor que sentían por su hermana.

—Agradecería que me acompañen, así los pondré al tanto de todo cuanto deseen saber —mencionó William, conduciéndolos a una sala de espera, donde Joseph tomó asiento en medio de sus hijos, prefiriendo Grace quedarse de pie frente a ellos, con los brazos cruzados sobre su pecho.

William fue explicándole todo lo acontecido a raíz del accidente, observando la aflicción en el padre y hermanos de Meredith. Grace por un instante no pudo ocultar su indiferencia, percatándose él, llegando a preguntarse qué clase de madre era.

—Tendrá que llevar la férula por aproximadamente seis semanas, tiempo que el ortopedista que la atendió en emergencias, estimó suficiente para su completa recuperación. Por ahora no podrán verla, hasta que sea trasladada a

una habitación normal, de acuerdo a su evolución. Pueden estar tranquilos, ya que pondremos todo nuestro empeño para ayudarla con su recuperación — expuso William observándolos, también de pie frente a ellos, sin llevar su indumentaria acostumbrada cuando cumplía su labor en el hospital, puesto que con todo lo sucedido, no había tenido tiempo de hacerlo.

—Papá, tengo fe en que mi hermana se pondrá bien, y dentro de poco la podremos ver —indicó Corbin girándose hacia él, quien a sus 18 años, mostraba una madurez impresionante.

—Yo también, hijo, aunque debes entender que ningún padre desea ver a sus hijos en esta situación —contestó abatido, mirando al suelo.

—Lo entiendo perfectamente, pero no quiero verte también ingresado aquí, por una recaída. Mi madre tiene razón, no te hace bien alterarte —alegó Corbin, abrazando a su padre, que lloró en su hombro, mientras su hijo de 15 años, Adrien, apartaba una lágrima de su rostro con su palma.

William los contempló conmovido, pensando que Meredith debería sentirse afortunada, de tener a personas que la amaran tanto en su vida.

—Si lo desean, pueden irse a descansar, como les dije, la señorita Parker estará bien atendida. Ahora tengo que salir por un momento, pero ante cualquier eventualidad, dejé instrucciones de que me avisen de inmediato, también a ustedes —refirió William, pues tenía que ir al lugar donde ocurrió el accidente a buscar su automóvil, antes que las autoridades se lo llevaran por dejarlo en una vía pública.

—Prefiero quedarme, no pienso moverme de aquí hasta que no vea a mi hija. Espero comprenda, doctor —dijo Joseph, más calmado.

—Querido, es mejor hacerle caso al doctor Carrington, e irnos a dormir unas horas, luego volvemos. No creo que pase nada, pero de ocurrir, ya escuchaste, nos llamarían. —Trató de convencerlo Grace, acercándose cuando él se puso de pie, tomando sus manos entre las suyas.

—Me quedo, y no se diga más —respondió mirándola, sin derecho a réplica.

—Como desees, yo me marcho, he tenido un día bastante ajetreado, necesito descansar. Además, aquí no puedo hacer nada, por lo que mi presencia es innecesaria —dijo sin más, soltando sus manos—. Corbin, Adrien, vámonos. Le diré al chófer que regrese por si lo necesitas para algo.

—No dejaremos a nuestro padre solo, mamá —expresó Adrien, enfocándola con sus ojos verdes, similares a los suyos, al igual que los de

Corbin, quien lo secundó con un movimiento de cabeza.

—No es necesario que se queden, pueden irse con su madre. Les aseguro que ya estoy más tranquilo —habló Joseph viéndolos con cariño.

—Ya decidimos acompañarte, papá. Recuerda que somos una familia, y amamos a nuestra hermana. Nos sentiremos más tranquilos sabiéndola cerca, aunque no podamos verla —mencionó Corbin.

—Saben que respeto sus decisiones. Grace, puedes irte tranquila, te mantendré informada de cualquier novedad. Dile a Gilbert que se puede quedar a descansar, si lo necesito lo llamaré. —Joseph se despidió de su esposa dándole un beso en la mejilla, volviendo a ocupar su asiento en medio de sus hijos.

—Como deseen. Hasta luego, doctor Carrington. —Grace extendió su mano hacia él, quien de inmediato la estrechó, viéndola darle la espalda y dirigirse rumbo al ascensor, con pasos elegantes.

William se dio cuenta que Joseph Parker era un hombre de buenos sentimientos, que amaba a su familia, alguien digno de admirar.

—Como les informé, saldré por un momento, pero regresaré tan pronto me sea posible, para darles informes de su evolución cada cierto tiempo. De llegarse a presentar alguna eventualidad en mi ausencia, lo cual dudo, pueden llamarme a mi celular —indicó entregándole una tarjeta con sus datos, que Joseph agarró enseguida—. Les pido que confíen en mí, no permitiré que le pasa nada malo, para mí es muy importante el bienestar de mis pacientes —aclaró William, a sabiendas de que también lo hacía por el sentimiento de protección que se abría camino en su interior.

Notó que sus palabras hacían efecto en ellos, relajando sus semblantes, mostrándose esperanzados.

Capítulo 16



La oscuridad seguía envolviendo a Meredith, sin permitirle distinguir nada a su alrededor, sintiéndose como si estuviera al final de un túnel, en el que no podía vislumbrar una salida, caminando en la inconsciencia, deseando con todas sus fuerzas poder despertar.

De repente tuvo sensibilidad en su cuerpo, sintiéndolo adolorido, desconociendo la razón por el aturdimiento que rodeaba su mente, hasta que una secuencia de imágenes fueron proyectándose frente a ella, como si estuviera viendo una película, recordando ver a su madre nuevamente fornicando con Gael, luego la discusión, antes de salir a toda prisa para contarle a su padre aquella horrenda traición, pero el impacto recibido mientras manejaba se lo impidió, dejándose arrastras por la oscuridad, perdiendo también la noción del tiempo.

Volvió a preguntarse la razón de que su madre nunca la hubiera querido. Además, de quién era aquel desconocido que tocaba la bocina con tanta insistencia detrás de ella.

Tenía que despertar, buscarles respuestas a sus interrogantes, pero sobre todo, contarle lo sucedido a su padre.

—Hija mía, despierta, por favor. No podría soportar perderte, mi princesa. ¿Recuerdas cuando te llamaba así? Al verte inmersa en los cuentos de hadas que tanto te encantaban —señaló Joseph, sentado en una silla pegado a su cama.

Después de pasar toda la madrugada monitoreada, William, que al regresar no se movió ni un minuto del hospital, consideró pertinente que esa mañana fuera trasladada de cuidados intensivos a una habitación, debido a su satisfactoria evolución, estimando que despertaría de un momento a otro.

La voz de su padre fue el impulso que Meredith necesitaba para despertar, moviendo sus pestañas hasta abrir sus ojos lentamente, pero cerrándolos súbitamente ejerciendo cierta presión, ya que debía acostumbrarse a la claridad que iluminada toda la habitación. Aunque ansiaba demostrarle que

pese a todo, seguía en este mundo.

—Pa... pá... —pronunció entrecortadamente, notando su garganta reseca. Lentamente giró la cabeza en su dirección, abriendo sus ojos para darse cuenta como su rostro se bañaba en lágrimas, mientras él sostenía una de sus manos entre las suyas.

—No te imaginas la alegría que siento en este momento, hija —declaró su padre emocionado, agradeciendo al cielo por escuchar sus plegarias.

Cuando vio hacia el frente, sus ojos se entrelazaron con los de William, ataviado con su bata blanca, mostrándose aliviado por verla despierta. Por alguna razón, Meredith no podía dejar de ver aquellos cristalinos ojos azules, sin imaginar que aquel imponente y atractivo hombre, ocultaba un gran dolor.

—Meredith, ¿estás bien? —preguntó Joseph preocupado, al darse cuenta que no desviaba la vista del doctor Carrington.

La inquietud de su padre rompió la especie de hechizo en que se encontraba, enfocándolo de nuevo, sin poder darle una explicación a lo sucedido.

—Papá, ¿qué me pasó? Me duele mucho la cabeza —se quejó, dándose cuenta del parche que tenía en la frente, al tocarlo con una mano—. ¡Oh Dios! —exclamó alarmada, al bajar la vista y observar la férula que tenía a la altura de la rodilla.

William procuró calmarla cuanto antes, haciendo que volviera a mirarlo.

—Por favor, Meredith, no se asuste. Le contaré todo lo sucedido, ya que presencié su accidente, luego fue trasladada para prestarle la atención médica que necesitaba. —Inmediatamente ella asumió que era él quien tocaba la bocina, en un intento de llamar su atención para que disminuyera la velocidad, sintiéndose avergonzada en su presencia por su temeridad al manejar.

Tal como le dijo, William le narró lo sucedido, presentándose correctamente ante ella, añadiendo:

—Deberá llevar la férula por unas semanas; entiendo que puede resultar incómodo, pero es necesario para que tenga una completa recuperación, por la fractura sufrida a raíz del accidente.

—Doctor Carrington, ¿cuándo le darán de alta a mi hija? —inquirió Joseph, deseando regresarla a su hogar.

—Si no surge ningún cambio en su diagnóstico, estimo que en un par de días. Lo recomendable en estos casos, es mantenerla durante ese tiempo monitoreada, para determinar que el golpe en la cabeza no dejó secuelas, que

algunas veces no se presentan de inmediato. —William notó como la preocupación teñía sus rostros, por eso aclaró—. No pretendo alarmarlos, simplemente ser totalmente claro. Además, debe mantenerse en reposo, no forzar su pierna lesionada hasta que no sea retirada la férula —sugirió mirándola con suma intensidad, algo que ella notó enseguida.

—Le garantizo que seguiré todas sus indicaciones al pie de la letra, doctor —contestó Meredith, provocando que su dulce voz lo afectara de una forma desconocida, preguntándose qué le sucedía con ella, y por qué no la veía simplemente como la paciente que era.

Bajo su mirada, Meredith se sintió nerviosa, algo que intentó esconderle, pero nadie podría culparla por sentirse así frente a un hombre tan atractivo como él, a pesar de que su rostro lucía cansado, seguramente por mantenerse despierto toda la noche, admirando la vocación que tenía para atender a sus pacientes.

En ese instante se preguntó si estaba dormida, inmersa una vez más en sus cuentos de hadas, reprendiéndose de inmediato, al decirse que ya no era esa niña que creía en ellos, aunque frente a ella estuviera parado el príncipe azul que toda mujer desearía en su vida.

—Siempre le estaré muy agradecido por todo cuanto ha hecho por mi hija. Soy consciente que como doctor es su deber, pero en estos tiempos, encontrar tanta devoción y compromiso es muy gratificante. Cualquier cosa que necesite, estaré a su disposición, doctor Carrington —manifestó Joseph, poniéndose de pie, extendiéndole una mano que William apretó de inmediato.

—No tiene nada que agradecer, señor Parker, contribuir a salvar una vida es invaluable para mí, me colma de satisfacción —reveló dedicándole una pequeña sonrisa—. Les informo que estaré fuera por unas horas, pero me mantendré en contacto con el personal médico a cargo. Meredith, sus hermanos desean mucho verla, pero prométame que no se esforzará y tratará de descansar —solicitó viéndola, antes de anotar algo en el record ubicado en la parte frontal de su cama.

—De acuerdo, doctor Carrington —respondió ella—. Papá, búscalos, por favor, también deseo mucho verlos. —Joseph asintió en respuesta, saliendo de inmediato para traerlos ante su presencia.

Antes de abandonar la habitación, William tuvo la imperante necesidad de acercarse a ella para decirle:

—Meredith, estaré pronto de regreso, cualquier cosa que sienta, sin

importar lo insignificante que pueda parecerle, pida que me llamen, y estaré aquí tan rápido como me sea posible —dijo mirándola fijamente.

—Gracias, doctor, por su gentileza, pero sobre todo, por salvarme la vida —pronunció dejando escapar varias lágrimas por su rostro, que él limpió con sus dedos, volviendo a actuar diferente en su presencia.

—Por favor, no vuelva a derramar una lágrima más. Es una joven muy hermosa, que imagino tiene muchas cosas por las cuales vivir, y como me he dado cuenta, personas que la quieren a su alrededor —refirió él pensando en su padre y hermano. Además, no le gustaba que lo hiciera.

Meredith, consciente de que era así, también tenía motivos para estar triste, pero no consideró que venía al caso decírselo.

—Hasta luego, Meredith, recuerde todo lo que le dije. —Ella asintió en respuesta, viéndolo marcharse, pero antes de salir por la puerta, le dedicó una significativa mirada, dejándola con la respiración agitada.

Un par de minutos después, su padre entró en compañía de Corbin y Adrien, que sin importar que tenían 18 y 15 años —respectivamente—, siempre serían sus pequeños traviosos, a quienes adoraba.

—Meth, ¿cómo te sientes? Todavía no me hago a la idea de verte aquí —mencionó con tristeza Corbin, sentándose en la cama, agarrando la mano que ella le extendió.

—Hermanito, no sigas torturándote, poco a poco iré recuperándome. Afortunadamente, no pasó nada que lamentar —expresó para tranquilizarlo.

—Así es, ahora nos toca a nosotros mimar a nuestra hermana mayor, ayudándola en todo lo que necesite, ya que por lo que veo, no podrá moverse por sí misma. —Adrien señalando la férula en su pierna izquierda, y sin perder tiempo se acomodó del otro lado de la cama, para darle unos cuantos besos, provocando que sonriera, feliz por haber recibido otra oportunidad de vivir al lado de quienes quería tanto.

Joseph observaba sonriente a sus adorados hijos, demostrándose cuanto se querían, pero debía intervenir.

—Hijos, recuerden que su hermana todavía no se ha recuperado por completo, y si queremos que sea pronto, debemos dejarla descansar. Ya habrá tiempo suficiente para que hablen todo cuanto quieran, y se demuestren todo lo que sienten entre ustedes. Hay que cumplir lo indicado por el doctor Carrington.

—Tienes razón, papá. Vamos Adrien, guarda unos cuantos de tus besos,

para cuando tengamos a nuestra querida hermana de regreso en la casa — mencionó Corbin con una gran sonrisa en el rostro.

—Como ordene, mi general —manifestó haciendo un ademán militar, demostrando una vez más que era el bromista del trio de hermanos.

—Hija, es mejor que duermas un poco, luego seguiremos conversando. Por cierto, he mantenido a tu madre informada de tu estado de salud, ya que está muy preocupada, sabes cuanto te quiere —mencionó Joseph, pensando que tendría que hablar seriamente con Grace, ya que no entendía la razón de que no estuviera acompañando a su hija, y esperando que Meredith no se sintiera mal por eso—. También hablé con tu tía, ella y mi sobrina se fueron a pasar unos días a la isla de Nantucket, a visitar una amiga de Loraine que está enferma, pero ya vienen de regreso al enterarse. Tuve que tranquilizarlas, diciéndoles que estabas fuera de peligro.

—Ya quiero verlas, y no te preocupes, eso haré, papá. Pero ustedes también deben descansar, se les nota muy agotados y no quisiera que a ti todo esto te afecte, sabes que debes cuidarte. —Evitó hacer cualquier referencia a su madre, imaginando que ella hubiese preferido que le pasara algo que la silenciara por completo.

En ese momento entró una enfermera.

—Buenos días. A la señorita Parker le toca medicarse, según indicaciones del doctor Carrington, si me permiten, solamente me llevará un momento — Todos asintieron, observando como la mujer procedía, revisando el suero y cambiándolo por otro, para luego suministrar el medicamento directamente por la intravenosa. Antes de irse, le dedicó una pequeña sonrisa.

—Por favor, llama a mis amigas e informarles lo sucedido. —le pidió Meredith a su padre, deseando verlas, para ponerlas al tanto de todo.

—Descuida, las llamaré, pero ahora debes dormir un poco. Te prometo que me iré a descansar cuando vengan tus amigas, no quiero dejarte sola —señaló acomodándole la almohada, luego que sus hermanos se levantaran de la cama.

—Gracias, papá, sabes que siempre te hago caso —contestó sintiendo un repentino cansancio y un poco de dolor en la pierna izquierda cuando trató de moverla.

Sus hermanos se despidieron de ella, diciéndoles que pronto regresarían, ya que Corbin tenía un examen al cual no podía faltar, pues dentro de poco se graduaría de la secundaria. Mientras que Adrien sí podía faltar ese martes a clases, para poder descansar. Al día siguiente hablaría con sus profesores,

para explicarle la razón de su ausencia.

Meredith fue sintiendo como el medicamento iba haciendo efecto, quedándose dormida sin darse cuenta.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Tiempo después, recobró el conocimiento, sin sentirse aturdida como antes, notando la presencia de sus amigas, quienes conversaban en voz baja sentadas en un sofá, a unos pasos de su cama, llamando su atención un hermoso arreglo de flores lilas y blancas, ubicado en una mesita, preguntándose quién se lo había enviado.

Breny giró su rostro percatándose de que su amiga estaba despierta, acercándose de inmediato, seguida de Carolina.

—Amiga, ¿cómo estás? No sabes lo preocupadas que nos sentimos al enterarnos lo que te había ocurrido. Ni se te ocurra volver a darnos un susto así en tu vida, jamás —sentenció ella, dejando salir algunas lágrimas, al igual que su prima.

Las tres amigas se abrazaron, reforzando una vez más el maravilloso lazo de amistad que las unía, estando la una para la otra en las buenas y en las malas.

—Ya la escuchaste, tienes que manejar con más cuidado, estoy consciente de que los accidentes pueden suceder, pero no queremos que pases por esto nuevamente. Gracias a Dios que no te ocurrió nada que lamentar, ya que no lo hubiésemos soportado. —Las palabras de Carolina conmovieron mucho a Meredith, quien estaría eternamente agradecida por tenerlas en su vida.

—Sabes que las quiero mucho, y agradezco su preocupación, pero... —Se detuvo desviando la mirada.

—Pero qué, Meredith Parker. Estoy segura de que ocultas algo, y quiero que en este preciso momento lo reveles —solicitó Carolina. Ella trató de incorporarse en la cama, con cuidado de no lastimar su pierna, enseguida sus amigas la ayudaron, presionando algunos botones en la cama para que se elevara un poco la parte de arriba.

Meredith llenó sus pulmones de aire para narrarle a sus amigas lo sucedido, viendo como sus rostros iban de la sorpresa al enfado, sentadas en esta ocasión en su cama, con ella entre las dos.

—Es una per... —pronunció entre dientes Breny, haciendo una pausa tratando de contener su ira—. Disculpa, Meredith, pero tu madre es una desalmada, no sé cómo un ser tan maravilloso como tú, nació de una mujer tan

vil como ella.

—Coincido totalmente, prima. Amiga, esta vez no puedes guardar silencio, aunque sé lo que implica para ti, por la salud de tu padre. Pero esa descarada merece que la bajen del pedestal donde se ha subido, aparentando lo que no es. Sabes que siempre tendrás nuestro apoyo. —Carolina apretó su mano sobre la cama, mirándola apenada.

—Y lo haré, lo saben. El accidente solamente lo postergó, pero en cuanto regrese a la casa hablaré con mi padre. Únicamente espero que no afecte su salud, y que entienda mis motivos para no contárselo antes.

Sus amigas esperaban que todo saliera bien, pues no les parecía justo que sufriera tanto a causa de dos personas sin sentimientos.

—Deseo que Julianna esté presente cuando eso ocurra. En cuanto regrese de su viaje y venga a visitarme le contaré todo. Soy consciente de que será difícil para ella enterarse de la traición de su padre, pero mi tía Lorraine la necesitará más que nunca.

—Tienes razón, es mejor que todos los involucrados se enteren —señalo Breny.

—Ahora creo que tienes algo más que contarnos; vi como te quedaste observando esas hermosas flores. ¿Estás ocultándonos algún admirador secreto? Que mal amiga eres —resopló dramáticamente Carolina, cruzándose de brazos.

Meredith no supo qué responderles, ya que Breny también la observaba intrigada, con una sonrisa pícara. Por un momento quiso pensar que ese hermoso detalle era del doctor William Carrington, quien había sido su salvador, arrebatándosela de los brazos a la muerte, convirtiéndose en el príncipe con quien siempre soñó.

Capítulo 17



Pasaron unas horas desde que William saliera del hospital. Necesitaba el descanso que le concedería el sueño, y quizás cuando lo consiguiera, lograría ver todo en retrospectiva, para determinar la razón de que no viera a Meredith Parker, del mismo modo que a sus demás pacientes.

Aunque pensó que lo más probable, fuera por la forma tan impactante de conocerla, guardando ciertas similitudes con su tragedia personal, con todo lo que vino después, logrando de algún modo traer cierta paz a su vida, al salvar una, como no pudo hacerlo antes.

Luego de darse un baño, se puso solamente el pantalón largo del pijama, acostándose en la cama con la vista fija en el techo y un brazo debajo de su cabeza.

Necesitaba que alguien lo ayudara a aclarar su mente, ya que no pudo conciliar ni unos minutos de sueño, por eso se incorporó, para alcanzar el celular que estaba en una mesita de noche a su derecha.

—Buenos días, amigo, ¿estás ocupado? —Esperó escuchar del otro lado de la línea la voz de Jonathan.

—*Sabes que para mi hermano del alma, jamás lo estaré. ¿Qué sucede?* —inquirió intrigado.

—Si te es posible, agradecería vinieras a mi apartamento antes de irte a tus consultas, necesito tus sabios consejos. —Lo escuchó reír, imaginando que sería así.

—*¿Acaso ahora soy tu loquero? Oh perdón, tu terapeuta personal.* —Dejó salir una sonora carcajada antes de continuar—: *Sabes que estoy bromeando, estaré ahí en media hora, esta mañana no tengo consultas tan temprano. Por favor, no cometas ninguna locura hasta que llegue, ¿okey?* —bromeó volviendo a reír, a sabiendas de que no lo haría, pues su amigo pese a todo lo que sufría, no volvió a caer.

—Definitivamente, hoy amaneciste más gracioso que de costumbre —bromeó también—. Gracias, hermano —se despidió, dirigiéndose a preparar

café para los dos.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Luego de media hora, Jonathan llegó al apartamento de su amigo, quien lo hizo pasar, ofreciéndole una taza de café. Se acomodaron en un sillón, y empezó a relatarle cada detalle de lo sucedido la noche anterior.

—Sé que en tu día a día en el hospital, atiendes muchos casos difíciles, pero la forma en que se dieron las cosas, en como estuviste en el momento exacto y todo lo que sucedió después, de verdad que es impactante. Pero dime, ¿qué piensas hacer? —indagó Jonathan, sentado frente a él, observándolo fijamente.

—No tengo la menor idea. —contestó levantándose del asiento, masajeándose el cuello.

—Lo primero que debes hacer es tranquilizarte, no has cometido ninguna falta, ya que eres un profesional dedicado, que cumplió una vez más con su deber. No quiero que te atormentes, ya determinarás en su momento, la razón de que te sientas así —alegó Jonathan parándose también, palmeando su espalda.

William se mantuvo en silencio, escuchando la voz en su interior que le decía, que después de conocer a Meredith, su vida no volvería a ser la misma.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith soñaba con el momento en que tuvo el accidente, sintiendo la misma desesperación, la impotencia de no poder desviar su automóvil para evitar la colisión que la sumió en la oscuridad, pero también tuvo la sensación de que alguien la envolvía entre sus brazos, evitando que cayera en ese abismo que quería absorberla, y de donde le hubiese sido imposible salir.

El subconsciente le dijo de quien se trataba, quien había sido su salvador, presentando en su campo de visión a un hombre alto, fuerte, de tez blanca, mandíbula cuadrada, labios carnosos, delineados, cabello negro y los ojos azules más cristalinos que había visto.

De sus labios salió su nombre: William Carrington.

Abrió los ojos rápidamente, sintiéndose desorientada por la magnitud de aquel sueño, sin poder explicárselo, ni saber dónde estaba. Poco a poco fue calmando su acelerado corazón, reconociendo el lugar, recordando la razón de que estuviera ahí, viendo por la ventana de su habitación que el sol estaba en toda su intensidad, pensando que quizás ya pasaban de las 2 de la tarde.

—Hija, ¿cómo te sientes? —Joseph había retornado de su casa, donde se

recostó un rato luego de darse un baño, comiendo algo para luego regresar al hospital, antes de que Carolina y Breny se fueran.

—Un poco mejor, papá. Se te ve mejor semblante —indicó removiéndose un poco, sintiéndose incomoda por estar tanto tiempo acostada en una misma posición, además de algunas molestias en su cuerpo, doliéndole un poco la tibia de su pierna izquierda, debajo de la férula.

—Déjame ayudarte, ya sabes lo que nos indicó el doctor Carrington, no puedes esforzarte —comentó su padre, acomodándole la almohada y manipulando la cama hasta dejarla en una posición en que se sintiera mejor.

Al escucharlo nombrar, Meredith se sintió nerviosa, recordando el sueño.

—Por cierto, papá, ¿ya viste al doctor? —preguntó pausadamente.

—No, pero la enfermera Álvarez me dijo que sigue estando muy pendiente de tu estado, pero tenía que atender sus consultas, por eso no ha pasado. Aunque si no te sientes bien, lo podemos llamar, recuerda que nos dijo que lo hiciéramos —expresó su padre viéndola preocupado.

—No, tranquilo, no me pasa nada diferente a las dolencias de mi condición, que imagino se irán poco a poco con los medicamentos y el reposo adecuado —dijo mirándose la mano que tenía canalizada. No creyó pertinente decirle a su padre que deseaba verlo, por alguna extraña razón que no entendía.

—Ahora debes comer algo, la enfermera también me dijo que ya podías hacerlo. Magdalena te preparó tu comida favorita. Está muy preocupada por ti, incluso quería venir, pero lo dije que dentro de poco te tendremos de regreso. Más tarde la llamaré para que hablen, y puedas tranquilizarla.

—Aunque no tengo apetito, no despreciaré su gesto —dijo agradecida, mientras su padre se levantó de su asiento para colocar todo lo que había mandado aquella maravillosa mujer, en una mesa portátil con ruedas.

Meredith comió platicando con su padre de varios temas, alegrándose al verlo más tranquilo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Las horas fueron transcurriendo entre las visitas de los médicos de guardia que iban a revisarla y la enfermera encargada de su medicación. Había platicado por teléfono con sus hermanos —quienes quedaron de pasar más tarde— y Magdalena, dándole un escueto saludo a su madre, que se disculpó diciéndole que al parecer en su cuerpo se estaba gestando un virus, y que en su estado no sería conveniente que fuera a visitarla. Obviamente, Meredith no le creyó ni una sola palabra, al conocer los dotes de actriz que se gastaba, y

sobre todo, cuanto la despreciaba.

Joseph había salido de la habitación, a raíz de una llamada de la empresa que recibió, donde le informaban de un tema que ameritaba su atención, por lo que prefirió tratarlo en otro lugar, deseando que su hija descansara, olvidándose de todo lo relativo al trabajo.

Meredith estaba absorta en las flores, que nadie le podía decir el origen de su procedencia, escuchando de repente dos toques en la puerta

—Adelante —exclamó, sorprendiéndose al ver de quien se trataba, cuando lo tuvo frente a ella, trayendo consigo el mismo tipo de flores que tanto la habían intrigado.

—Buenas tardes, Meredith. ¿Cómo estás?

—Maxwell —pronunció en un hilo de voz, desconociendo cómo pudo enterarse, luego de tener tanto tiempo sin comunicación.

Maxwell Thompson era un hombre atractivo, de rasgos finos, ojos marrones, cabello oscuro, alto y esbelto, pero una verdadera relación no se basa en la atracción física, sino en los sentimientos, en que ambas partes estén enamorados, no solamente él, como fue el caso.

—Mejor, pero, ¿cómo supiste que estaba aquí? —En un acto reflejo se frotó un brazo seguidamente, instante que él aprovechó para llevar una silla cerca de su cama, sentándose y tomando su mano entre las de él, viéndola como tantas veces lo hizo, con adoración.

—Meredith, amor, nunca he dejado de pensar en ti, sin importar que no aceptes verme o responder mis llamadas. Estos últimos meses han sido una tortura para mí, no tenerte cerca, me entristece. Por eso no puedo dejar de interesarme por saber lo que te pasa, fue así como me enteré del accidente. No sabes todo lo que sentí en ese momento. Pensaba venir de inmediato, pero Joseph me dijo que debías descansar. Mis padres también se preocuparon cuando se los dije, te tienen mucho cariño, y no pierden la esperanza de que tú y yo volvamos a estar juntos —mencionó deseando que volviera a aceptarlo.

Ella no quería hacerle daño, por eso no podía retomar su relación, no sería justo.

—Max, yo... —La puerta se abrió de repente impidiéndole seguir.

William se quedó estático en su posición, al darse cuenta como aquel hombre, elegantemente vestido, sostenía con posesividad una mano de Meredith, muy cerca de ella, gestándose en su interior una nueva sensación.

Luego de que su amigo se marchara, se quedó pensando todo lo

conversado, logrando dormir un par de horas, llamando antes al hospital para preguntar del estado de salud de su paciente. Después que se alistó, salió en dirección a su lugar de trabajo, pasando por enfermería, y platicando con los médicos que estaban de guardia, sintiéndose tranquilo al saber que su evolución seguía siendo satisfactoria. Tenía varias consultas que no podía postergar, por más que tuviera deseos de pasar a verla, pero su profesionalidad debía imperar.

—Disculpen, no quería interrumpir —pronunció con su profunda voz, sintiéndose mal por entrar si anunciarse, una costumbre adquirida en su profesión, que sabía podría incomodar a los pacientes.

No le pasó desapercibido que Meredith de inmediato se soltó del agarre de quien fuera su novio, sintiéndose nerviosa.

—No lo ha hecho, doctor Carrington —aclaró ella de inmediato.

Maxwell se puso de pie para ir en dirección del recién llegado, extendiendo una mano que él apretó, entrelazando sus miradas.

—Maxwell Thompson, encantado de conocerlo, doctor. Joseph me dijo todo lo que hizo, por lo cual le agradeceré eternamente. El bienestar de Meredith es vital para mí, moriría si le pasara algo —confesó observándola intensamente, haciendo evidente sus sentimientos por ella.

—No tiene nada que agradecer, señor Thompson, solamente cumplí con mi deber —contestó William mirándolos a ambos, sintiendo cierta empatía, ya que él sí estaba muerto en vida—. Para su tranquilidad, le informo que su novia posiblemente sea dada de alta mañana —expresó imaginando que lo era, pues aquellas palabras únicamente serían dichas por un hombre enamorado.

Meredith iba a decirle que estaba equivocado, pero Maxwell, demostrándole una vez más el caballero que era, se le adelantó.

—Me alegra saberlo, doctor. Pero debo aclararle que Meredith ya no es mi novia, aunque siga siendo la dueña de mi corazón —pronunció haciéndola sentir mal otra vez, al no poder corresponderle como se merecía.

William sintió como si estuviera interrumpiendo algo entre los dos, y mal consigo mismo al sentir alivio por descubrir que ella no estaba comprometida.

—Si me disculpan, debo ir a visitar a otros pacientes. Cualquier cosa, puede mandarme a llamar, Meredith, prometo venir tan pronto me sea posible —dijo despidiéndose, imaginando que ellos tenían cosas de que hablar.

Antes de salir, le dedicó una mirada rápida a Meredith, que tenía mejor semblante, estrechando la mano de Maxwell, quien apreció, no era un mal

hombre.

Cuando se cerró la puerta, Maxwell enfocó toda su atención en ella, buscando las palabras perfectas en su interior para que volviera con él.

—Tal vez no sea el mejor momento, pero necesitamos hablar de nosotros. Por favor, dame otra oportunidad, haré todo lo que me pidas, si con eso vuelves a mi lado. —No le importaba ponerse de rodillas, implorarle, sin con eso lograba convencerla.

A ella no le gustaba verlo tan desesperado, pero no volvería con él por lastima.

—Maxwell, agradezco tus flores, que vinieras a verme, tu preocupación, pero mereces que te amen profundamente. Si vuelvo contigo, terminaríamos odiándonos. Para que una relación funcione, ambos deben compartir el mismo sentimiento. Lamento no haberme enamorado de ti como mereces, y no quiero que te juzgues, ya que no tuviste la culpa de nada, siempre me trataste como si fuera lo más importante en tu vida. Pero en el corazón nadie manda. Lo único que puedo ofrecerte, es mi amistad —finalizó derramando varias lágrimas, al ver la desolación en su rostro.

—Agradezco tu sinceridad, aun cuando tus palabras me han roto el corazón —reveló apartando sus lágrimas con los dedos, es un gesto tierno—. Perdóname, pero no puedo ser tu amigo, al menos, no por ahora. Sería muy difícil para mí tenerte cerca, y no poder tocarte como deseo, no poder amarte como tanto anhelo. Solamente espero que te recuperes por completo, y que seas muy feliz, con el hombre que logre ganar tu hermoso corazón —pronunció con la vista nublada, luego besó su mejilla, parándose del asiento para marcharse, dedicándole una triste sonrisa, antes de cerrar la puerta detrás él.

Meredith se quitó nuevas lágrimas de su rostro, reconfortándose al decirse que había hecho lo correcto, deseando que Maxwell pudiera sanar su corazón, al lado de alguien que lo amara como merece.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Roma, Italia.

Dick, mirando las impresionantes vistas que tenía frente a él, desde el lujoso apartamento de su propiedad —en una zona exclusiva de Roma—, se preguntaba la razón de que no pudiese sacarse a Meredith de la cabeza, pues recordaba desde su exquisito aroma, hasta lo que sintió cuando la tuvo debajo de su cuerpo.

Tenía que volver a verla, ya que las cosas entre ellos no podían terminar así; necesitaba probarla como tanto anhelaba, hasta saciarse por completo. Jamás una mujer lo había atraído de esa forma, sin proponérselo, algo que lo enloqueció, controlando sus instintos para no asustarla.

Su vida había cambiado drásticamente después del encuentro con Jeff, quien puso en sus manos la oportunidad de alcanzar un futuro prometedor, que tomó sin vacilación, acumulando una fuerte cantidad de dinero, siendo propietario de inmuebles y negocios que lo hacían merecedor de una posición privilegiada, como tanto codiciaba, sin importarle lo más mínimo todo lo que tuvo que hacer en el camino.

Consideraba que los débiles nunca consiguen lo que quieren, prometiéndose que él no sería un maldito fracasado como su padre, que por no ser lo suficientemente hombre, había terminado tras las rejas, donde falleció a causa de una enfermedad, que lo fue consumiéndolo lentamente.

En cuanto a su madre, lo único que sabía de ella, era que seguía con el estúpido de su padrastro, formando la familia perfecta que ella siempre soñó, dando a luz una hija que era su adoración, pero como siempre, él no formaba parte de aquel cuadro familiar, pues jamás le interesó.

Sus clubes servían como una pantalla para lavar dinero proveniente del narcotráfico, negocio al que Jeff lo indujo. Además, en ellos se vendían una gran variedad de estupefacientes, a quien quisiera adquirirlos, luego de que se cercioraran de que la persona no fuera un infiltrado policial, como sucedió en una ocasión, teniendo que cerrar un club en Londres, lo que lo llevó a Italia, escapando del brazo de la ley.

Sin embargo, estaba conforme con el giro que le dio a su vida, disfrutando de todo cuanto había conseguido, cumpliendo hasta el más ínfimo deseo, razón de que encontrar a Meredith, fuera su próximo objetivo.

—Aldo —llamó a su hombre de confianza, que a simple vista intimidaba con su alta estatura y fuertes músculos, dándole el frente para continuar—: Aprovecharemos el viaje a Estados Unidos, para dar con el paradero de Meredith Parker. Así que llama a nuestros contactos, no me importa cuánto cueste, pero deben entregarme un informe detallado de su vida.

—Como ordene, señor —contestó de inmediato, con sus brazos detrás de su amplia espalda—. ¿Inicio los trámites para que sea enviado el cargamento a Estados Unidos?

—Por supuesto, así matamos dos pájaros de un solo tiro. Aunque para mí lo

primordial, es dar con su paradero, no me agrada dejar las cosas a medias, tengo que sacármela de la cabeza de una jodida vez. —Dick se encaminó hasta el mini bar, que tenían una amplia dotación de los más finos y costosos licores, sirviéndose un trago.

—Descuide, señor, no lo decepcionaré.

—Más te vale, Aldo, bien sabes que no tolero errores —advirtió dándole un trago a su bebida.

En el mundo que se movía era temido, ganándose a pulso el respeto de los demás, convirtiéndose en un hombre sin corazón, que había perdido su humanidad, dejándose guiar solamente por sus deseos carnales.

Capítulo 18



William, al finalizar su jornada laboral en el hospital, decidió que debía acudir cuantos antes a la última morada, de quien en su mente, no dejaba de transmitirle todo su amor y fortaleza, sosteniéndolo en pie.

Aquella visita tendría una connotación distinta, ya que en cierto modo sentía como si estuviera traicionando el recuerdo de Dayana, dado que Meredith estaba despertando en él una vorágine de emociones desconocidas, a las cuales todavía no sabía darles nombre.

Se culpaba por comportarse como un adolescente, deslumbrándose por alguien que había conocido hace tan poco tiempo, y bajo aquellas circunstancias, pero por absurdo que sonara, Meredith Parker estaba empezando a cambiarlo.

Caminó hasta llegar a la tumba de Dayana, llevando consigo sus rosas favoritas, como siempre que la visitaba, poniéndose en cuclillas para colocarlas sobre su lápida.

—Mi amor, sabes que te sigo extrañando como el primer día en el que te apartaron de mí, que siempre estarás en mi corazón hasta que respire mi último aliento. Hoy vengo a ti para pedirte que me ayudes, ya que no sé qué hacer con esto que me está pasando, ni cómo debería actuar a partir de ahora. Todo ha sucedido tan rápido, que me siento nervioso, ansioso —confesó, en aquel lugar donde la sentía más cerca, mirando hacia el suelo.

—Siento que Meredith está haciendo renacer mi interior, pero no sé si estoy enloqueciendo al pensar de ese modo. —Mientras lo decía, una sonrisa se posó en sus labios, percibiendo una sensación agradable recorrer todo su ser—. La conocí de un modo inesperado, que trajo a mi mente de inmediato aquel fatídico día en que... los perdí.

Tuvo que detener sus palabras, debido a que recordar que se le negó la oportunidad de ser feliz, al lado de la mujer que amaba y del fruto del gran amor que compartían, lo seguía devastando. Sin embargo, tenía que liberarse por completo, narrándole todo cuanto había pasado, incluso lo que

experimentó al ver como otro hombre la tocaba.

—Únicamente te pido que me ayudes, para comportarme apropiadamente en su presencia, no quiero forzar nada, simplemente espero que pase lo que tenga que pasar —finalizó descargando todo su dolor, imaginando en su interior que ella lo estaba escuchando, confiando en que seguiría ayudándolo como hasta ahora, y que nunca lo dejaría solo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith se encontraba absorta en las flores que le llevó Maxwell, recordando su triste rostro al marcharse, pero el rostro de otro hombre también seguía haciéndose presente en su mente.

Por otro lado, esperaba con anhelo y temor el regreso a su casa, ya que tendría que contarle todo a su padre. Sin embargo, eso significaría que tarde o temprano dejaría de ver a su doctor, sintiendo una pequeña opresión en el pecho al imaginarlo.

De repente la puerta de su habitación se abrió, mostrando a su padre, quien venía en compañía de su hermana y sobrina, que acudieron de inmediato a su lado, abrazándola con cuidado, dejando salir varias lágrimas al verla en ese estado.

—Dios, no sabes lo asustadas que estábamos cuando nos enteramos, Meredith —admitió su tía Loraine, con sus manos entrelazadas.

—Así es, prima, por eso vinimos tan pronto nos fue posible. Ya mi tío nos puso al tanto de como pasó todo.

—Mi hija fue muy afortunada. Además de contar con un profesional, en toda la extensión de la palabra a su lado —declaró Joseph abrazando a su hermana, frente a ella.

—Así es, tío. Por cierto, vine con todo lo necesario para quedarme esta noche contigo, prima —dijo sentado en su cama, observando en ese instante el pequeño bulto que llevó.

—Pensaba hacerlo yo, Julianna —replicó con cortesía Joseph.

—Déjala, hermano, seguro no has descansado todo lo necesario, a raíz de lo sucedido, recuerda tu estado. —Él sabía que Loraine tenía razón, aunque no le gustaba que lo vieran como alguien débil.

—Coincido con mi tía, papá. Me sentiría mucho mejor al saberte en casa, durmiendo toda la noche. Recuerdo que cuando estabas hospitalizado, casi no dormí, por las entradas del personal médico que pasaban a medicarte y revisarte.

—Entonces, no se diga más —manifestó Julianna, parándose para darle un beso en la mejilla a su tío.

Meredith consideró que era la ocasión perfecta para contarle todo a su prima, en cuanto estuvieran solas.

Su tía Loraine se fue tiempo después, en el momento en que llegaron Adrien y Corbin, quienes se marcharon con su padre, cuando terminó la hora de visitas.

Meredith había cenado gran parte de lo que llevaron, y su prima la ayudó a acicalarse un poco, cambiando la bata de hospital que tenía, por otra que le llevó su padre, entre varias cosas que necesitaría.

Ya una enfermera gentilmente le había entregado una almohada y sábanas a Julianna, para que pasara la noche, así que por un largo tiempo no serían interrumpidas, por lo que Meredith decidió que era el momento.

—Prima, gracias por quedarte conmigo. Deseaba que estuviéramos a solas, tengo que contarte algo, eso sí, te pido que por favor, lo tomes con calma. — Al escucharla, Julianna se acercó a ella, mirándola intrigada.

—Espero que no sea nada grave, pero descuida, haré lo que me pides. — Meredith la instó a que se sentara en su cama, sosteniéndole una mano con fuerza, llenando de aire sus pulmones, para develar aquel secreto.

—Perdóname por no contarte antes lo que descubrí hace 6 años, pero estaba en juego la salud de alguien muy importante para mí. Además, pensé que no volvería a suceder. —Hizo una pausa, mientras su prima intentaba asimilar sus palabras—. Sabes que no soy temeraria, que no ando por la vida intentando llevarme el mundo por delante, aunque después de verlos, no me quedó otra opción que procurar llegar lo más rápido posible al encuentro con mi padre, esa fue la causa del accidente, culpándome ahora por no actuar diferente, pero mi corazón ya no resistía más su engaño. —Se detuvo con la vista nublada, mirando a su prima.

—Meredith, por Dios, continúa, necesito saber qué estás tratando de decirme. —La tensión del momento era palpable en la habitación.

—Julianna, eran ellos, mi madre y tu padre fornicando como los vi hace 6 años, días antes de que mi padre sufriera el preinfarto, en su propia cama, traicionando su confianza de forma vil —finalizó quitándose con rabia las lágrimas que rodaban por su rostro, reavivando el desprecio que sentía por los dos.

Su prima se paró de repente, negando con la cabeza.

—¡Me prometió que no volvería a pasar, haciéndome jurarle que no le diría nada a mi madre, ni a nadie! —exclamó llena de impotencia, mientras lloraba.

—No puedo creerlo, ¿desde cuándo lo sabías? —inquirió Meredith asombrada, acomodándose en la cama, deseando poder levantarse para abrazarla, al verla igual de dolida y desesperada que ella, cuando los descubrió, imaginando que se mantuvo en silencio para evitarle un gran dolor a su madre, quien amaba a Gael con todo su corazón, al grado de dejar sus aspiraciones profesionales, para dedicarse por entero a su familia.

—No quise que mi madre sufriera, ella no se lo merecía. Además, me convenció de que lo sucedido entre él y Grace, solamente fue un arrebató, que jamás volvería a pasar, que mi madre y yo éramos lo más importante en su vida, que nunca haría nada que destruyera a su familia. Fui una estúpida por confiar en él —declaró con desprecio.

Lamentablemente, ambas habían sufrido por lo mismo, aunque a diferencia de Grace, Gael se comportaba más cariñoso con su hija, que su amante.

—Quiero saber cómo te enteraste —indagó Meredith, cuando se tranquilizó un poco, volviendo a sentarse a su lado.

—¿Recuerdas la cena que celebramos en mi casa, por el cumpleaños de mi padre, un mes antes de que me fuera a Roma?

—Sí, perfectamente, incluso me pareció extraña tu decisión de irte a estudiar a Roma, pues a diferencia de mí, vivías rodeada del amor de tus dos progenitores, quienes sufrieron al momento de tu partida.

—Tenía que poner distancia, ya no me sentía cómoda viviendo al lado de mi padre, y pensé que mi madre notaría el cambio.

Julianna tomó aire para proseguir:

—Esa noche, cuando iba rumbo a mi habitación para buscar algo, me detuve al escuchar voces en el salón de entretenimiento. Supuse que Peter, hijo de uno de los amigos de mi padre, que tenía más o menos mi edad, había preferido ver una película, en vez de seguir compartiendo con los demás, como le sucedía en ocasiones. Imagínate mi sorpresa al encontrar a mi padre entre las piernas de tu madre, sentada en la mesa de villar, mientras él le devoraba la boca, tocándose ambos con descaro. Grite de frustración, lo que llamó su atención de inmediato, separándose mi padre de ella, en el momento que salí corriendo, alcanzándome en el pasillo, mientras todos ustedes festejaban en el jardín.

Meredith la tomó de las manos, intentando darle fuerzas. Para cualquier

hijo es terrible descubrir algo semejante, ocasionado por uno de sus padres.

—¿Qué pasó después?

—Me agarró de los hombros para que lo mirara de frente, pero mis lágrimas impedían que lo hiciera con claridad, deseando huir muy lejos de él. Ahí me dijo lo que te mencioné. El convivir con mi madre, ocultándole la verdad, me destruía, menguando mis fuerzas cada día. —Levantó su vista hacia Meredith—. Admiro tu valentía, sé por experiencia que debió ser muy difícil mantenerlo oculto, como también que lo hiciste para proteger a tu padre, al igual que yo a mi madre, por eso jamás podría juzgarte —exteriorizó sinceramente.

—Me tranquiliza saberlo, prima. Te quiero mucho, por eso también quise evitarle un sufrimiento, que no sabía, ya te acompañaba. Pero dime, ¿tu padre nunca se opuso a tu partida? —Meredith, según iba creciendo, se dio cuenta que Gael era de los hombres que no cedían muy fácilmente ante nada.

—Al principio sí, teniendo que imponerme por primera vez ante él, pero terminó cediendo. Una de las cosas que más me dolieron, fue ver como caía ante mí la imagen del padre ejemplar, amoroso y de buenos principios, ya que pese a todo, siempre me dio mucho amor. Pero ya no podemos seguir callando, quiero estar contigo cuando le digas todo a mi tío, se lo debemos a ellos, no es justo que vivan inmersos en una mentira, aun cuando nuestras familias sean divididas.

—Gracias, Julianna. —Ambas se abrazaron, dejando salir su dolor, sintiendo Meredith que no estaba sola, que juntas podrían afrontar lo que vendría.

Luego de calmarse por completo, decidieron que era el momento de dormir, pues Meredith necesitaba descansar.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William, al salir del cementerio, recibió una llamada de su gran amigo, quien le informó que sus padres lo habían invitado a cenar, y que no aceptarían una negativa por respuesta, razón de que no se opusiera, pasando primero por su apartamento para darse un baño y cambiarse.

Los padres de Jonathan lo recibieron con el cariño de siempre, degustando en su compañía una exquisita cena. James, al igual que su hijo, era un hombre con un excelente sentido del humor, razón de que todos disfrutaran la velada, despidiéndose casi a la media noche de ellos.

En un principio, pensó regresar directamente a su apartamento, pero

aquellos ojos azules, lo guiaban en otra dirección, como la luz de un faro a un barco. Por eso dirigió su automóvil directo al hospital, pasando por la central de enfermería, en el piso donde estaba Meredith, revisando su record para reconfirmar que no había sucedido nada preocupante.

Con sumo cuidado entró en la habitación, dándose cuenta que una joven de corto cabello negro, dormía en un sillón reclinable, al lado de la cama donde el ser que no podía apartar de su mente, también lo hacía, deteniendo sus pasos en su dirección al escuchar como susurraba su nombre.

—William.

Pensó que se había despertado, comprobando inmediatamente que no fue así, continuando su marcha hasta llegar a su lado, donde no pudo evitar extender una mano para retirarle el cabello del rostro, apartándola súbitamente cuando ella se movió, pero estaba tan agotada, que no se despertó.

William notó la inflación debajo de sus ojos, suponiendo que nuevamente había llorado.

—Daría lo que fuera por no verte llorar —susurró detallando las facciones de su hermoso rostro, pese los estragos dejados por el accidente.

Se marchó antes de que se dieran cuenta de su presencia, saliendo con el mismo sigilo en que entró. Al cerrar la puerta detrás de él, reclinó la cabeza en la superficie de madera, cerrando los ojos mientras se cuestionaba por dejarse llevar de ese modo, pero lo dominó algo más fuerte que él.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

El agotamiento derivado por todo lo vivido, provocó que Meredith durmiera hasta tarde, despertando pasadas las 9 de la mañana, al sentir el reflejo del sol en su rostro, que entraba por una ventana de la habitación.

Con ayuda de Julianna y una enfermera, se levantó de su cama para ir cojeando hasta el baño, ahí se aseó, luego se peinó, aplicándose brillo labial en tono rosa, provocando que su prima la observara con suspicacia. Quería estar presentable cuando su doctor fuera a visitarla, recordando lo real del sueño que tuvo, donde hasta percibió su masculina fragancia.

Después del desayuno, llegó su padre, quien relevó a su sobrina para que fuera a su casa.

Había platicado por teléfono con Edward y Tobías, quienes le desearon una pronta mejoría. Carolina también la llamó, diciéndole que pasaría más tarde a visitarla.

—Buenos días, Joseph, ¿cómo está? —lo saludó Breny, que había llegado

en ese momento.

—Buenos días para ti también —respondió saludándola con suma cortesía—. Esperando que pase el doctor Carrington, para que me diga que ya puedo llevarme a mi hija a casa —expuso mirándola sonriente.

Luego de platicar los tres por un rato, Joseph dejó a las dos amigas solas.

—Meredith, te noto algo distante, ¿qué ocurre? —Breny se había percatado de que ella no dejaba de mirar hacia la puerta, como si estuviera esperando a alguien—. ¿Ya sabes quién te envió las flores?

—Sí, fue Maxwell, incluso vino a verme. —De inmediato le narró lo sucedido, además de la conversación con Julianna, acordando con ella antes de que llegara su padre, que si le daban de alta ese mismo día, le avisaría para que fuera con su madre a su casa, con la excusa de darle la bienvenida, y ahí en presencia de todos, les quitaría la máscara a Grace y Gael.

—Hiciste bien, amiga. No podías darle falsas esperanzas a Maxwell, y en cuanto a Julianna, me dejas totalmente sorprendida. Perdóname, pero esos dos no tienen perdón de Dios —manifestó molesta.

—No tengo nada que perdonarte, también pienso lo mismo. —Meredith, medio sentada en la cama, desvió la mirada nuevamente a la puerta de la habitación.

—Todavía no me lo dices todo, así que hazlo. —Breny se cruzó de brazos frente a ella, esperando por su respuesta.

—Tienes razón, pero no sé por dónde empezar —admitió colocando una hebra de su cabello detrás de la oreja, agachando la cabeza.

—Considero que por el principio.

Cuando iba a hablar, la puerta finalmente se abrió.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William logró dormir solamente unas cuantas horas, levantándose bien temprano para seguir su rutina habitual, que consistía en salir a correr, luego darse un baño para arreglarse y desayunar algo ligero.

Cuando llegó al hospital, platicó con el médico de guardia de la planta donde estaba ingresada Meredith, quien le dijo que todo seguía igual de satisfactorio, acordando entre ambos, que podían darle el alta, dirigiéndose hasta su habitación para informarlo.

Al entrar, la encontró en compañía de una joven mujer que aparentaba tener la misma edad que ella, pero con facciones latinas y cabello oscuro ondulado. De inmediato centró toda su atención en ella, quedando impactado al verla

más arreglada.

—Buenos días. —Su voz profunda causó una reacción en Meredith, que su amiga captó de inmediato, observando detalladamente, el magnífico espécimen masculino, que llenada todo el espacio con su imponente presencia.

—Buenos días, doctor, le presento a una de mis mejores amigas, Breny. —Él, como el caballero que era, la saludó enseguida.

—Doctor William Carrington, encantado —manifestó dedicándole una hermosa sonrisa, que cautivó a ambas.

—Igualmente, doctor Carrington. Ahora entiendo todo —se le escapó viendo a su amiga con picardía, recibiendo una mirada de advertencia de su parte, sin poder disimular una sonrisa.

—¿Disculpe? —inquirió él intrigado.

—No le haga caso, Breny tiene dotes de bromista —dijo rápidamente, para que no se hiciera conjeturas.

—Comprendo, pero no pasa nada, aprecio a las personas con buen humor, incluso pienso que mi mejor amigo estudió la carrera equivocada, aunque es un excelente profesional, también es muy ocurrente.

—Entonces, tienen algo en común —señaló Breny, provocando a su amiga, quien se puso colorada, deseando que alguien interviniera antes de que siguiera poniéndola en evidencia, siendo sus plegarias escuchadas al llegar su padre.

—Buenos días, doctor Carrington, que bueno verlo.

—Hola, señor Parker, gracias. —William estrechó su mano mirándolo fijamente a los ojos—. Pasé a revisar a su hija antes de firmar el alta, su salud es estable, así que no es necesario que permanezca más tiempo ingresada. Eso sí, deseo que sigan al pie de la letra todas las indicaciones, y ante cualquier eventualidad, debe acudir de inmediato. También la referiré con un ortopedista que la atenderá en el proceso de recuperación de su pierna. Mientras, espero que no camine más de lo estrictamente necesario. De administración llamarán para que firme algunos papeles. Imagino que en aproximadamente una hora estarán fuera del hospital. —explicó con la profesionalidad que lo caracterizaba, observándolos.

—¡Maravilloso, doctor, gracias! —exclamó alegre Joseph—. Descuide, le prometí que seguiría sus indicaciones al pie de la letra, y siempre cumplo mi palabra. Hija, al fin nos iremos a casa. —Joseph fue a su lado para abrazarla, mientras ella sentía nostalgia, al pensar que no volvería a verlo.

Breny no dejaba de mirar a su amiga, haciéndole miles de preguntas con los ojos, pero al ver como la esquivaba, se acercó para decirle sin que ellos escucharan:

—Cierra la boca, se va a dar cuenta que estas babeando por él. —Meredith se quedó atónita con sus palabras, temerosa de que la hubieran escuchado. No tuvo tiempo de refutarle, pues William se acercó a ella, disparando su ritmo cardíaco.

—Meredith —pronunció su nombre casi en un susurro, tragando el nudo formado en su garganta, para expresarse con total claridad—. Tengo que revisar cómo está su presión y corazón, solamente tardaré unos minutos, trate de relajarse, ¿de acuerdo? —Ella asintió en respuesta, notando él como se ponía tensa, pensando que su cercanía la incomodaba.

—Así lo haré, William —Meredith estaba tan inmersa en sus ojos, al tenerlo tan cerca, pues se había sentado a su lado en la cama, que hasta lo tuteo, sin prestarle atención a la forma en la que la veía su amiga.

William sacó de un pequeño bulto, el aparato para medir la presión, rodeando uno de sus brazos con el brazaletes del aparato, observando en la pantalla que todo marchara bien. Luego de guardar el tensiómetro, se quitó el estetoscopio del cuello, colocando los auriculares en sus oídos, tomó el diafragma, antes de ponerlo en su pecho pidió su permiso con la mirada, asintiendo ella nuevamente.

Por un momento se preocupó, debido a que los latidos de su corazón eran irregulares, pero luego se percató que el suyo también iba a un ritmo desenfrenado, quedándose prendado en su mirada por un tiempo, preguntándose cómo era posible que estuvieran en sintonía.

En un gesto espontáneo, sonrió, mirándola fijamente, lo que ella reciprocó sorprendiéndolo gratamente.

La especie de burbuja que habían creado inconscientemente, fue rota al escuchar la voz de Joseph:

—¿Está todo bien, doctor? —William volteó en su dirección, notándolo preocupado.

—Sí, puede estar tranquilo, la presión de Meredith es normal y su corazón... —Volvió a enfocarla, para continuar sin cortar el contacto visual. No le podía decir lo que había descubierto, ya que nadie lo entendería, ni él mismo lo hacía—: Está normal, terminé de corroborar que se la puede llevar a su casa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Joseph con la vista al techo.

—Meredith, confié en que pronto se recuperara por completo, y ya sabe, cualquier cosa, sin importar día u hora, puede contactarme, mis números están en la tarjeta que le entregué. Vendré antes de que se vaya —indicó parándose de la cama, colocando sobre en cuello de su bata blanca el estetoscopio.

—Gracias, lo tendré presente. —En el interior de Meredith se abrió paso la posibilidad de volverlo a ver.

El doctor Carrington se despidió por un momento de los demás, saliendo al pasillo, pensando que ya no tendría que seguir martirizándose. Lo más probable era que después de ese día, sus caminos no volvieran a cruzarse, aunque eso no lo hacía sentir bien.

Joseph rompió el silencio que colmó la habitación luego de que él se fuera:

—Hija, bajaré un momento, no pienso esperar que llamen de la administración. Estoy ansioso por llevarte a casa, tus hermanos y tu madre te están esperando. También le avisaré a mi hermana y sobrina.

—De acuerdo, papá —contestó imaginando todo lo que sucedería dentro de poco.

Cuando volvieron a quedarse solas, Breny se paró en su campo de visión, haciendo que elevara la vista para mirarla directamente a los ojos.

—Meredith Parker, te gusta mucho tu doctor y no pienses negarlo. —Sus palabras la sorprendieron bastante.

—¿Acaso soy tan evidente? —indagó cubriéndose el rostro con sus manos. Su amiga se acercó retirándolas.

—No te pongas así, a pesar de como se dieron las cosas, cuando existe química entre dos personas, cuando hay algo que los atrae mutuamente, es normal que suceda. Eres muy hermosa y tu doctor todo un galán. No le digas a mi novio, pero hasta yo quedé impactada al verlo.

—Tranquila, no se lo diré, pero recuerda que yo lo vi primero —bromeó Meredith guiñándole un ojo, causando que ambas rieran.

—Sin embargo, ahora debo centrar toda mi atención en lo que sucederá cuando regrese a mi casa.

—Lo sé, Meredith. Llamaré a Carolina para decirle que en vez de pasar por aquí, nos espere en tu casa, también le contaré lo que te dijo Julianna. No te dejaremos cargar con todo esto tu sola, estaremos a tu lado, dándote las fuerzas necesarias para desenmascarar a esos desvergonzados.

Meredith agradeció nuevamente contar con amigas tan especiales como ellas, debido a que un verdadero amigo, no está únicamente en tus buenos momentos, sino cuando más lo necesitas, demostrándote su apoyo incondicional, al igual que sus sentimientos.

Capítulo 19



Joseph tramitó todo para la salida de su hija, quien se encontraba sola en la habitación, entre tanto Breny buscaba algo de tomar en la cafetería.

Meredith dirigió su vista hacia la puerta en el momento que una silla de ruedas la atravesaba, esbozando una sonrisa al darse cuenta de que era su doctor quien la conducía, acompañado de una enfermera —quien le retiraría el suero— y su padre.

William se acercó a ella, devolviéndole la sonrisa.

—Meredith, todo listo para que regreses a tu casa. —Ella asintió en respuesta, mientras la enfermera cumplía su labor, retirando la canalización.

Al terminar, él le preguntó:

—¿Me permites? —inquirió William mirándola fijamente, para de ese modo ayudarla a levantarse de la cama, adelantándose a Joseph.

—Sí —respondió casi susurrante, conectada a sus ojos.

Sin perder un segundo, William la asió de la cintura, mientras ella se agarraba de sus hombros, quedando sus rostros a escasos centímetros, bajando él su vista a sus labios, sintiendo un deseo irrefrenable por acariciarlos con los suyos.

Meredith percibía como su corazón latía desaforado, notando la intensidad con que la veía.

—Te voy a levantar, por favor, trata de colocar todo el peso de tu cuerpo en un pie.

—Eso haré. —Sabía que debía acostumbrarse, hasta que le retiraran la férula del pie izquierdo, cuando estuviera por completo recuperada.

Ya de pie, Meredith perdió el equilibrio, pero antes de que cayera, William la rodeó con un brazo por la cintura, acercándola a su cuerpo, y sin pensarlo dos veces, acarició su mejilla tiernamente con sus nudillos, mirándola embelesado.

A Joseph no le pasó inadvertido la forma en que ellos dos se observaban, ni a Breny, quien había llegado en ese momento, determinando que él también

se sentía atraído por su amiga.

—Doctor, ¿desea que lo ayude?

William accedió al ofrecimiento de Joseph, y entre los dos la sentaron en la silla de ruedas, mientras Breny acomodó los pies de su amiga en los reposapiés.

Luego de que Joseph cargara con una pequeña maleta, donde iban las pertenencias de su hija, procedieron a abandonar la habitación, dirigiendo William la silla de ruedas rumbo al ascensor, sin que nadie pronunciara palabra alguna.

En realidad, esa función le correspondía a un enfermero, pero él quiso encargarse personalmente.

Meredith iba inmersa en sus pensamientos, recordando la sensación tan placentera que sintió pegada a su cuerpo, aunque fuera por un instante. Nunca había experimentado todo aquel mar de emociones, que el doctor Carrington despertaba en ella.

Llegaron a la salida, donde los esperaba el chófer de Joseph, que de inmediato tomó la maleta de las manos de su jefe, para guárdala en el baúl del *Mercedes-Maybach* negro.

—Amiga, traje mi propio vehículo, así que nos vemos en tu casa —informó Breny observándola—. Doctor Carrington, un gusto conocerlo —se despidió de él sonriente, guiñándole un ojo a ella.

—Igualmente —respondió estrechándolo la mano que ella le extendió, antes de irse en dirección al parqueo.

—Nuevamente le agradezco todo lo que hizo por mi hija, doctor Carrington. —Joseph le dio un apretón de manos, mostrando en su rostro la veracidad de sus palabras.

—Nada que agradecer, señor Parker.

Antes de que Joseph y su chófer la ayudaran a montarse en el *Mercedes*, Meredith se dirigió a él:

—Gracias, William —pronunció su nombre de una forma que lo hizo vibrar, despidiéndose de él.

—Cuídate, por favor —Fue lo único que pudo articular, correspondiendo a su hermosa sonrisa, observando como la subían al asiento trasero del automóvil, arrancando de inmediato tan pronto se montó su padre.

William se quedó viendo como se apartaba de su lado, con las manos dentro de los bolsillos de su bata blanca, asumiendo que después de que

Meredith Parker llegara a su vida, él jamás volvería a ser el mismo, debido a que ella logró despertar algo en su interior, que estaba dormido.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Todo el trayecto en dirección a su casa, Meredith no dejó de pensar en William, y en lo que sucedería cuando se enfrentara a su madre, mientras observaba a través de la ventana.

Girándose, apretó una mano de su padre, quien le dedicó una sonrisa.

—Papá, sabes que te quiero mucho, y que eso jamás cambiara. —Se esforzó para no derramar las lágrimas que pujaban por salir, mientras su padre depositó un beso en su frente, atrayéndola a su pecho.

—Yo también, hija mía.

Meredith se mantuvo refugiada en su pecho, albergando la esperanza de que todo saldría bien, de que contaría con las armas necesarias para salir victoriosa de la batalla que se avecinaba.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Cuando el vehículo se estacionó en la parte frontal de la casa, los recibió Breny, —que había llegado casi en ese momento— y Magdalena, portando una silla de ruedas eléctrica, que mandó a comprar Joseph, donde su hija podría tener elevada la pierna que tenía la férula, también se hicieron arreglos para que ocupara una habitación en la planta baja, todo en pos de que Meredith tuviera una adecuada recuperación, movilizándose lo más cómoda posible.

—¡Mi niña, que alegría verte! —exclamó Magdalena, abrazándola cuando su padre y el chófer la ayudaron a salir del vehículo.

—También a mí me alegra verte, mi querida Magda —contestó sinceramente, reciprocando el gesto.

Ya en la silla de ruedas, entraron a la casa, escuchando un coro de voces dándole la bienvenida a Meredith.

Los primeros en ir a saludarla, fueron sus hermanos, seguidos de Loraine, Julianna y Carolina, quedándose rezagado en su lugar Gael, dedicándole una sonrisa falsa.

—Hija, no sabes lo preocupada que estaba. Me alegra que ya estés mejor, y tenerte en casa —dijo Grace caminando en su dirección, con intención de abrazarla.

—No te me acerques. —Meredith la miró con desprecio, levantando una mano para que detuviera sus pasos, causando sorpresa en quienes no sabían la razón de su actitud.

—Meredith, ¿qué sucede? —indagó su padre intrigado.

—Te das cuenta, Joseph, nuestra hija no me quiere como yo a ella —alegó Grace afligida.

—¡Mentira! —explotó sin poder evitarlo, queriendo acabar con su falsa en ese momento—. ¡Ya estoy cansada de que sigas aparentando lo que no eres. Te quitaré la máscara que has llevado todo este tiempo, Grace Grawford! — Meredith se apartó de un manotazo algunas lágrimas que se deslizaban por su rostro, dándose cuenta de como la tensión en la sala incrementaba.

—¡Eres una estúpida! No te atrevas a decir algo de lo que te arrepentirás toda tu vida. ¡¿Me escuchas?! —exclamó Grace amenazante, sin pensar bien en sus palabras, dejando entrever parte de su verdadero ser frente a todos.

—¡Basta! Exijo que me digan en este momento qué está pasando. —Joseph las observó a las dos molesto y preocupado a la vez.

—Papá, lamento haber guardado silencio por tanto tiempo, pero mereces saberlo, solamente te pido que me perdones —suplicó con la vista nublada, mirándolo.

— ¡Cállate, no digas una palabra más! O serás la única responsable de lo que le pueda pasar a tu padre. —Grace se iba a acercarse a ella para silenciarla, aunque fuera a la fuerza, pero Joseph se lo impidió, agarrándola del antebrazo. Entre tanto Gael no dejaba de mirarla, procurando intimidarla.

—Por favor, Meredith, habla de una vez —imploró su padre, mientras sus amigas se pusieron detrás de ella, demostrándole su apoyo y su prima se acerba a su madre, para ser su soporte cuando todo se develara.

—Descubrí hace 6 años, pocos días antes de que sufieras el preinfarto, que la mujer que dice ser mi madre, a quien le entregaste tu corazón, y Gael... son amantes —finalizó viendo como su padre se ponía pálido, temiendo que tuviera una recaída, y su tía de la conmoción, se tapaba la boca con una mano, mientras Julianna rodeaba sus hombros con un brazo.

Sus hermanos se miraban entre sí, sin dar crédito a lo que escuchaban, y Magdalena agachaba la cabeza, apenada por lo que estaba ocurriendo.

—¡Eres una maldita, te odio, te odio Meredith, no eres mi hija, ya nunca lo serás! —gritaba furiosa Grace, tratando de soltarse del agarre de su esposo, que se había reforzado.

—Meredith, ¿por qué mientes de eso modo? No tienes pruebas que demuestren lo que dices. Mira el daño que le estás haciendo a tu familia, ¿acaso no te importa? —Gael tuvo la desfachatez de acusarla frente a todos.

—¿Es cierto eso hija? Por Dios, Meredith. —Joseph tuvo que respirar varias veces, en procura de calmarse, sintiendo que estaba inmerso en una pesadilla.

—Eres un desvergonzado al igual que ella, Gael. No pueden negarme que los encontré revolcándose en la cama de mi padre, aprovechando su ausencia, encontrándolos nuevamente fornicando en una zona no transitada de la casa, la misma noche que tuve el accidente. ¡Niéguenlo! —gritó lamentando ver como su padre soltaba a Grace, siendo socorrido por Corbin, que lo sostuvo antes de que cayera de sus propios pies, por el impacto que sintió.

—Gael, dime que no es cierto —imploraba Loraine entre sollozos, acercándose él.

—Mi amor, no sé de dónde saca todo esto Meredith, creo que el accidente le afectó más de la cuenta —alegó quitando sus lágrimas con los dedos.

—Tú y Grace son tal para cual. ¡No entiendo cómo pueden ser tan desalmados! —manifestó Julianna, apartándola del agarre de su padre—. Mamá, la razón de que me fuera a Roma, fue porque también los vi juntos, y al igual que Meredith, lamento no habértelo dicho antes, pero fui una completa estúpida al confiar en sus palabras, en que jamás volvería a suceder.

—¿Por qué nos hicieron esto, no merecíamos que nos traicionaran de ese modo? —expresó Loraine, llorando desconsoladamente.

Joseph no pudo resistirlo, acortando la distancia que lo separaba de quien pensaba era su amigo, estampándole un puño en la nariz, que lo hizo sangrar de inmediato, apartándolo Corbin a la fuerza, para que no continuara arremetiendo contra él, por más que lo mereciera.

Meredith nunca antes había visto a su padre actuar de ese modo, pero entendía que él se sintiera traicionado, por la mujer a quien entregó su corazón y el hombre al que le había depositado toda su confianza.

Una vorágine de sentimientos pululaba por todo el lugar, mientras ella no podía dejar de llorar.

—¡Todo esto es culpa tuya, maldita! —Grace no dejaba de forcejear con Adrien para que la soltara, sin ocultar el odio que sentía por su primogénita, deseando poder molerla a golpes, y así pagara por todo lo que había provocado.

Meredith era consciente que su familia quedaría fragmentada, pero nadie merece que se le mienta impunemente.

Capítulo 20



Joseph sentía que se ahogaba, descubriendo que había vivido una mentira durante todos esos años, o quien sabe desde cuándo.

—¡Suéltame, déjame darle su merecido a ese desgraciado! —exclamó colérico, tratando de soltarse del agarre de Corbin, viendo como aquel traidor seguía en el piso, a causa del impacto, con el pañuelo que tenía pegado a su nariz ensangrentada.

Lorraine desconocía al hombre con el que se había casado, sintiendo que su corazón era arrancado de su pecho.

—¡Padre, cálmate, por favor! No vale la pena que te sigas ensuciando tus manos con un ser tan miserable como él —manifestó Corbin, viéndolo con resentimiento.

Joseph encaró a su esposa para reclamarle:

— ¡¿Por qué me hiciste esto, Grace, qué te hice yo para que me hicieras esto?! Eres un ser miserable, que no sabe respetar y valorar el amor de los demás.

—Joseph, amor, déjame explicarte, por favor. —Adrien la soltó y ella empezó a acercarse lentamente, hacia donde estaba el hombre al que decía amar.

—¡No te me acerques, me das asco! —Sus palabras la congelaron en su lugar, luego se dirigió a su hijo—: Corbin, suéltame, no soy tan estúpido para matar a este miserable, aunque es lo mínimo que merece.

Aunque a Meredith se le atragantaba las palabras, necesitaba hablar con su padre.

—Papá, yo...

—Por favor, Meredith, ahora no, te lo suplico —contestó sin mirarla, hiriéndola en el acto.

Joseph no resistía la presencia de aquella mujer bajo su mismo techo, por eso se acercó a ella, volviendo a agarrarla por su antebrazo derecho.

—Quiero que te marches de mi casa, no mereces estar junto a mis hijos. Ya

fue suficiente todo el tiempo que estuve con una venda en los ojos, sin darme cuenta la clase de mujer que realmente eres —pronunció entre dientes, con su rostro pegado al suyo, tratando por primera vez en su vida a alguien de ese modo, pero Grace se lo había ganado con sus hechos.

—Joseph, amor, no me digas eso. Escúchame, por favor, todo tiene una explicación —imploró a sabiendas de que todo estaba perdido, mostrando unas lágrimas que a él no lo conmovieron en lo más mínimo.

—No tienes derecho a pedir nada, en este justo momento, ¡te largas de mi casa y no vuelvas nunca más! Ni tampoco trates de comunicarte con mis hijos —advirtió Joseph, llevándola casi a rastra hasta la salida. Los empleados ya se habían acercado, observando todo alarmados.

—¡Suéltame, me haces daño! No puedes tratarme de este modo, son también mis hijos, tengo derecho a... —Ni siquiera la dejó hablar.

—¡Cállate! No te permito que los vuelvas a llamar de ese modo, ¿o acaso pensaste en ellos cuando te revolcabas con Gael? —Se detuvo para mirarla fijamente.

—Joseph, sabes que te amo, por favor, perdóname.

Él la soltó de repente, dirigiéndose a su ama de llaves:

—Magdalena, busque algunas pertenencias de esta mujer, y entrégueselas al chófer, quiero que se la lleve lejos de aquí. —Ella acató su disposición de inmediato—. Y en cuanto a ti, Gael, no te quiero ver cerca de mi hermana, ¿me escuchaste bien? —inquirió amenazante—. ¡Fuera de mi casa!

Julianna miró a su padre con la vista alzada, mientras se ponía de pie, atenta a cada movimiento.

—Meredith, espero que estés feliz con todo lo que has hecho hoy, destruiste no solo a tu familia, sino también a la mía —expuso Gael con rencor.

—Te equivocas, fueron mi madre y tú quienes lo hicieron, ahora te pido que te vayas de mi casa. Ya escuchaste a mi padre —respondió ella pausadamente.

Antes de salir, fue rumbo al mueble donde estaba sentada su esposa e hija, acucillándose frente a ellas, tratando de tomar las manos de Loraine entre las suyas, lo cual ella no permitió, agachando la cabeza para no verlo.

—Loraine, por favor, perdóname, sabes lo mucho que te amo.

Julianna la rodeó con sus brazos, para luego encarar a su padre:

— ¿Cómo te atreves a tener la desfachatez de pedirle a mi madre que te perdone, después de todo el daño que le estas ocasionando? ¡Me mentiste! Me dijiste que nunca volverías a traicionarla, y justo es lo que hiciste todo este

tiempo. —La ira transformó su rostro, sufriendo al ver a su madre de ese modo.

—No te metas, Julianna, esto es entre tu madre y yo. —Lorraine no podía levantar la cabeza, y mirarlo, inmersa en un llanto silencioso.

Joseph no iba a permitir que su hermana continuara con aquel suplicio, por eso agarró por un hombro a Gael para apartarlo de su lado.

—¿Tengo que sacarte a patadas, para que te marches de una maldita vez?! —preguntó fuera de sí. Gael se incorporó, sin saber qué decirle.

En ese momento Magdalena bajaba con una maleta, al igual que una de las jóvenes del servicio.

—Aquí está lo que me pidió.

—Joseph, recapacita, podemos solucionar esta situación —volvió a suplicar Grace, considerando Breny y Carolina que esa mujer no tenía sentido de la moralidad.

—No tengo nada que recapacitar, únicamente deseo no volver a ver tu rostro mientras vida tenga. Ahora hazme el favor, y cúmpleme ese deseo, desaparece de mi vista —mencionó mientras le daba la espalda, girándose súbitamente para añadir—. Ahora pueden cumplir el sueño de estar juntos, sin necesidad de ocultarse de nadie. ¿Saben algo? Son tal para cual. Magdalena, ya sabe que hacer.

Al finalizar se dirigió a su despacho, con la vista al frente.

De aquella mujer altiva, ya casi no quedaba nada, pero antes de marcharse se acercó a Meredith, aplaudiendo con cada paso que daba, provocando que Breny y Carolina se pusieran en guardia, detrás de su amiga.

—Supongo que debes estar feliz. Eso era justo lo que deseabas, que tu padre me despreciara. Pues lo lograste, pero déjame decirte algo, niña estúpida. —Se inclinó hacia ella, e inmediatamente sus hermanos también se pusieron en guardia—. Las cosas no se quedaran así, tarde o temprano, me pagarás esta humillación —aseguró destilando todo su veneno, soltando los brazos de la silla de ruedas luego.

—No me das miedo, Grace. No te sorprendas, ya que nunca más te llamare madre, jamás lo fuiste para mí. Siempre me despreciaste, humillaste, y nunca me diste el amor que todo hijo merece. Eres un ser despreciable y doy gracias a Dios, porque ya no formarás parte de nuestras vidas.

Levantó una mano para pegarle, pero Corbin la detuvo en el aire.

—¿Déjame enseñarle que no debe faltarme el respeto! —vociferó tratando

de zafarse de su agarre.

— ¡Eres una descarada! Tú menos que nadie debe hablar de respeto, el respeto debe ganarse —enfaticó Meredith, haciendo alusión a su forma de comportarse, sintiendo como le hervía la sangre.

—Madre, será mejor que te vayas —dijo Corbin de forma cortante. Se giró a verlo, abrió la boca para decir algo, arrepintiéndose inmediatamente, dándose cuenta de que nada conseguiría humillándose más.

Grace Grawford, salió de la casa donde compartió junto a Joseph tantos años, unida a él simplemente por interés, teniendo que fingir que lo amaba, trayendo al mundo a unos hijos por los cuales no pudo sentir ningún sentimiento, sin aprovechar todo lo maravilloso que la vida le había otorgado.

También salió Gael, lamentando que su vida haya dado un giro tan drástico.

Antes de que Grace se montara en el vehículo, se fue detrás de él, impidiéndole que entrara al suyo, agarrándolo de un brazo.

—Cariño, ahora podemos relacionarnos libremente. —Él se soltó de su agarre.

—Estás loca si piensas que lo nuestro podría funcionar, no después de lo sucedido. Desgraciadamente me dejé llevar por la lujuria que sentía a tu lado, sin pensar en las consecuencias, y mira como eso me jodió la vida —explicó con desprecio, entrecerrando los ojos.

—¡Eres un maldito! —Intentó abofetearlo, pero él fue más rápido, agarrando fuertemente su muñeca.

—Y tú una puta sin corazón. Pero mi castigo será perder a Loraine, una mujer valerosa en todos los sentidos, a quien no pude amar como merecía. Ahora déjame en paz, olvídate que existo, que yo haré lo mismo, incluso pienso irme bien lejos, así que tendrás que valerte por ti misma —escupió soltándola tan de repente, que se tambaleo sobre sus pies, dejándola con la palabra en la boca.

Gael se subió a su vehículo, arrancando rumbo a la que ya no sería su casa, para recoger sus cosas. Se apartaría de la madre de su hija, entendiendo que era lo mejor que podía hacer, comportándose como el hombre que debió ser a su lado.

Grace miró por última vez la que fuera su casa, antes de marcharse definitivamente, con rumbo desconocido.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Meredith, ¿cómo te sientes? —indagó Carolina, agachándose a su lado.

—Destrozada —confesó dejando caer sus lágrimas.

Corbin y Adrien se mantenían alejados de ella, hablando en voz baja entre sí, hasta que se acercaron.

—Hermanita, ¿por qué esperaste hasta ahora para decirnos todo? —inquirió Adrien, con ojos cristalizados.

—También quiero saberlo, Meth —solicitó Corbin, igual de afectado.

—No quería que nuestro padre volviera a recaer en su enfermedad. Ese día que tuvo el preinfarto, estuve a punto de decírselo, luego empezó la discusión entre ella y yo, lo que provocó que colapsara. —Hizo una pausa para controlar el llanto que la embargara al recordar todo—. Sufrí el accidente, porque iba a toda velocidad rumbo a la empresa, al descubrirlos nuevamente. Pensaba que su relación había terminado, por eso me afectó tanto darme cuenta que no fue así. Después que recobré la consciencia en el hospital, consideré que no era el momento adecuado de hablar con nuestro padre, dejándolo para cuando regresara. Lamentablemente las cosas no salieron como deseaba, y ahora temo que mi padre este molesto conmigo —manifestó abatida, sin percatarse de que su padre escuchó todo.

Joseph no pudo llegar a su despacho, dejándose caer detrás de una pared, agachando la cabeza entre sus rodillas. En su interior se gestaba una lucha interna, debido a que sentía como una fuerza desconocida quería atraparlo para sumergirlo en un pozo sin fondo, algo que no podía permitir, pues tenía que mantenerse en pie por sus hijos.

Lo hería saber la verdadera causa del accidente que tuvo su hija, también que Grace la odiara tanto, al escuchar la discusión que tuvieron antes de que esa detestable mujer se marchara. Contrario a lo que ella imaginaba, no podía culparla de nada, pues lo que hizo fue pensando en él.

Sin embargo, antes de hablar con ella, era necesario que aquella herida lacerante que sentía en su corazón, dejara de sangrar, aunque sabía que tardaría tiempo en que sanara por completo. Por eso había tomado una decisión.

Meredith continuó hablando con sus hermanos:

—Saben cuánto amo a nuestro padre, y me duele en el alma que esté pasando por todo esto, pero por favor, ustedes tienen que comprender la razón de que mantuviera el secreto —suplicaba viéndolos, esperanzada de que en efecto lo hicieran, sin dejar de llorar.

—Cálmate, hermanita, por supuesto que te entendemos —expresó Adrien

recibiendo el asentimiento de Corbin.

—Tú eres otra víctima de ella, no tienes razón para culparte de nada, yo hubiese actuado igual, ya que por un momento temí que nuestro padre tendría una recaída al enterarse, afortunadamente no fue así. Por ahora solamente tenemos que darle tiempo, estoy seguro de que entenderá tus razones, ya que siempre nos ha mostrado su amor y comprensión —Las palabras de Corbin lograron que respirara mucho mejor, al sentir como se quedaba sin aire esperando sus reacciones.

—Muchas gracias, mis pequeños traviesos. Una vez más me demuestran la grandeza de sus corazones. —Meredith recibió el abrazo de sus hermanos, quienes se arrodillaron en el piso para hacerlo, correspondiéndole ella de inmediato.

Joseph se fue poniendo de pie, agradeciendo al cielo por tener tan maravillosos hijos, que estarían unidos sin importar la adversidad, apoyándose y prodigándose el amor que sentían entre los tres.

Ahora si dirigió sus pasos hasta llegar a su despacho, donde realizaría algunas llamadas.

Loraine contempló la escena en silencio, comprendiendo también a su sobrina y a su hija, quien le había comentado, mientras ellos platicaban, que también mantuvo silencio para no lastimarla.

—Meredith, Julianna y yo nos marchamos. Recuerda que siempre contarás con mi apoyo y comprensión. Dale tiempo a tu padre, él te ama inmensamente. —Loraine se despidió de su sobrina, dándole un beso en la mejilla, mostrando un rostro abatido por el dolor de la traición. Se sentía sin fuerzas, aunque no podía desfallecer, sabiendo que su hija también la necesitaba.

Para ellas sería muy difícil olvidar a Gael, pero trataría de hacerlo.

—Luego te llamo prima, ahora trata de descansar, recuerda que estás convaleciente. Te quiero mucho.

—Yo también, a las dos —expresó viendo como su prima rodeaba los hombros de su madre, para dirigirse a la salida, mientras su tía caminaba con la cabeza mirando al piso.

—Nos quedaremos aquí, a tu lado, todo el tiempo que sea necesario, amiga. —Breny habló por ella y Carolina.

—Gracias.

Meredith quería ir a platicar con su padre, pero tuvo que contenerse, entendiendo que necesitaba tiempo para pensar sobre todo lo acaecido.

Además, se sentía muy agotada.

—Vamos, Meth, necesitas descansar. Te llevaremos a la habitación que prepararon temporalmente para ti. —Adrien la condujo hacia allá, seguidos de su otro hermano y amigas de ella.

Con la ayuda de Corbin, se recostó en la cama, quedando medio sentada, buscando Adrien unos cojines para elevar su pie izquierdo, mientras Carolina le acomodaba dos almohadas detrás de su espalda.

—Mi niña, te traeré algo de comer —le informó Magdalena, que entró cuando empezaban a acomodarla, viendo como ella se iba a negar—. No aceptaré un no por respuesta. Tienes que alimentarte bien, eso te ayudará a recuperarte.

—De acuerdo, Magda —aceptó vencida, a sabiendas de que tenía razón.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

La noche había hecho acto de presencia, manteniéndola sumergida en sus pensamientos, sin importar que sus hermanos y amigas hayan tratado de distraerla con sus pláticas. Cenaron junto a ella, pero casi no volvió a probar bocado, pues seguía sin saber de su padre y eso la atormentaba.

Los primeros en retirarse de su habitación fueron sus hermanos, ya que tenían algunas tareas que entregar al día siguiente.

—Cambia esa cara, ya verás como todo se resuelve con tu padre —señaló Breny, sentándose a los pies de su cama.

—Pienso lo mismo —dijo Carolina, recostándose al lado suyo.

—Eso espero —comentó afligida, agradeciendo sus palabras de aliento.

Cerca de las 10 de la noche se marcharon, dejando a Meredith dormida, deseando tener la potestad de eliminar su tristeza en un tronar de dedos.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Cuando Meredith se marchó del hospital, William se concentró en las consultas que tenía ese día, luego supervisando el área de emergencias por unas horas, recibiendo a su salida una llamada de su padre, invitándolo a cenar, pues él y Adele deseaban verlo, después de varios días en que por sus compromisos, no había pasado a visitarlos, como ya era costumbre.

Llegó directamente del hospital a la casa de sus padres, casi a las 8 de la noche, recibéndolo su madre con un gran abrazo. Separándose un poco le dijo:

—Hijo, me alegra verte. Tu padre está en el despacho, te está esperando, mientras yo iré a la cocina para cerciorarme si todo está dispuesto para la

cena.

—De acuerdo.

Antes de que se fuera su madre, le dio un beso en la frente, luego dirigió sus pasos hasta donde estaba Bernard, que al verlo atravesar la puerta, dejó los papeles que revisaba sobre su escritorio.

—Qué bueno que pudiste venir, hijo, ven, siéntate, y cuéntame cómo anda todo. —William tomó asiento en un sofá frente a su padre, quien ocupó un sillón.

—Afortunadamente todo marcha bien. —Por un instante William quiso contarle a su padre sobre Meredith, pero todavía no tenía claro lo que realmente le pasaba con ella.

—Me alegro, y ya sabes, aquí estaré para ofrecerte mi apoyo en todo —mencionó colocando una mano en su rodilla, percibiendo que algo se guardaba.

—Gracias padre, lo sé.

—Así me gusta ver a los dos hombres que más amo en el mundo. Ya está lista la cena —informó Adele, dándole un fugaz beso a su esposo, a quien seguía amando como el primer día.

—Hijo, ya escuchaste a tu madre, vamos, estoy seguro de que disfrutaremos de una exquisita cena.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Horas después, William llegó a su apartamento, luego de darse un baño y ponerse su pantalón de dormir, tomó asiento en un cómodo sillón ubicado en la antesala de la habitación, colocando su laptop en un soporte sobre sus piernas. Buscando una forma de direccionar sus pensamientos en otro casa que no sea Meredith, navegó por la *web* buscando información de un seminario al que pensaba acudir, que sería celebrado en Chicago, hasta que escuchó su celular sonar, poniendo de inmediato la laptop en una mesita al lado suyo, para ir a contestar de inmediato. Estaba acostumbrado a que lo llamaran a cualquier hora, por eso no le sorprendió, lo que sí lo hizo, fue que no reconoció el número, dándose cuenta que eran casi la una de la madrugada, aunque podría ser algún paciente.

—Hola —respondió con premura.

—*Doctor William*. —De inmediato reconoció su voz.

Meredith despertó al rato de que se fueran sus amigas, sin poder conciliar el sueño nuevamente, sintiendo un ansiedad que no podía calmar, por eso sin

pensarlo bien, se estiró para alcanzar su bolso en la mesita de noche a su derecha, que habían sacado de su maleta, donde guardó la tarjeta de William. Agarró su celular —que no había sufrido ningún daño en el accidente— y que habían cargado, para llamarlo, sin reparar en la hora.

—Meredith, ¿te pasa algo? Dime por favor —solicitó con preocupado, imaginando que lo había llamado a esa hora al no sentirse bien.

—*Discúlpeme, doctor, no quería llamarlo tan tarde, perdone si lo desperté.* —Percibió preocupación en su voz, además de tristeza.

—No tienes por qué disculparte, recuerda que al entregarte mi tarjeta, te dije que me podías llamar a cualquier hora. Por favor, solamente dime William y tutéame. —Le gustaba que lo llamara por su nombre, sin título de por medio.

—*Está bien, William. Yo solo quería...* —A Meredith se le hacía difícil continuar.

—Dime qué te pasa, puedes confiar en mí. —Escuchó como sollozaba, provocando que su corazón se estremeciera—. Meredith, ¿deseas que vaya para tu casa en estos momentos? Dame la dirección y llegaré tan pronto como me sea posible —expresó dirigiéndose al closet para cambiarse.

—*No es necesario, no me pasa nada malo.* —Volvió a llorar, sintiéndose una estúpida por dejar aflorar sus sentimientos de ese modo, pero es que con él seguía sintiéndose diferente, a pesar de la distancia. Era como si pudiera contarle todo.

—No me gusta que llores —confesó colocando su frente el cristal de la ventana, de cara a la ciudad que se extendía en toda su gloria frente a él.

—*William.* —Escuchó como sorbía por la nariz del otro lado de la línea —. *Simplemente no sé qué hacer después de todo lo ocurrido. Perdóname, sé que no entiendes de lo que te hablo. Aunque agradezco tu preocupación, no es el mejor momento para que vengas a mi casa, seguro tienes que levantarte temprano, no debí llamarte, no puedo pretender cargarte con mis problemas, cuando apenas nos conocemos.*

—No pienses de ese modo, para mí es muy importante saber lo que te pasa, el tiempo de conocernos no me hará cambiar de idea. Comprendo que no es una hora apropiada para visitarte, pero de todos modos, quiero que me des tu dirección. Deseo verte, comprobar con mis propios ojos que estas bien. —Las palabras de William la desconcertaron un poco, al igual que a él, pero eran tan verdaderas, como que la luna se veía en todo su esplendor, en las noches

despejadas de nubes.

—*De acuerdo, te mandare mi dirección por mensaje de texto.* —Terminó cediendo, ya que también deseaba verlo.

—Siempre podrás contar conmigo, para lo que sea, ¿me escuchaste Meredith? Siempre —aseguró imaginando su hermoso rostro, bañado en lágrimas.

—*Gracias.* —Meredith sentía que pese a todo, escuchar su voz hacía que su pena fuera menguando un poco.

—Entonces, nos vemos mañana a las 10, ¿te parece bien? —No quería perder tiempo, esas horas que pasarían hasta que llegue ese momento, serían una tortura para él, pero debía ser paciente.

—*Sí. Ahora tengo que colgar, hasta pronto, William.*

—Hasta pronto, Meredith, por favor, trata de dormir. Prometo ayudarte a buscar alguna solución a lo que te aqueja.

Finalizaron la llamada, preguntándose William nuevamente la razón de su sufrimiento, ansiando ser ese remanso de paz que traiga sosiego a su vida, para que no volviera a derramar ni una sola lágrima.

Capítulo 21



Aunque en un principio Meredith se arrepintió por haber llamado a William, cuando escuchó su voz y notó a través de la línea su preocupación, lo descartó de inmediato. Un magnetismo con el que no podía luchar, le instaba a acercársele, a confiar en él.

Le envió su dirección por *WhatsApp*, luego intentó dormir sin conseguirlo, su cabeza era un hervidero de abejas descontroladas, pero debía calmarse, y mantener la esperanza de que cuando llegara el amanecer, una nueva vida los recibiría, donde las mentiras serían asunto del pasado, saliendo juntos adelante.

Con ese pensamiento se fue quedando dormida.



Los primeros rayos del sol fueron irrumpiendo sin permiso en la habitación, a través de la ventana, cuyas cortinas estaban descorridas. Meredith poco a poco fue abriendo los ojos, al moverse sintió dolor en la tibia de su pie, debía tomarse el medicamento y pedir ayuda para levantarse, sintiéndose mal al no poder valerse por sí sola.

Como si la hubiese llamado telepáticamente, Magdalena hizo acto de presencia en su habitación.

—Buenos días, mi niña, ¿te sientes mejor? —indagó ayudándola a recostarse en el espaldar de la cama, luego de darle un beso en la frente.

—Hola, Magda, la verdad, me duele un poco el pie, pero seguro que con el medicamento se me quita —respondió con una media sonrisa, para no preocuparla de más—. ¿Mi padre ya despertó? Quiero hablar con él, no puedo seguir esperando —añadió viéndola fijamente, cuando se sentó en la cama, frente a ella.

—Mi niña, el señor Parker no durmió en la casa —respondió viéndola afligida. Meredith se preocupó de inmediato, pues a menos de que tuviera un viaje de negocios, nunca amanecía fuera, y hasta donde recordaba, no tenía ningún viaje programado.

—No entiendo, explícame por favor.

—No se los detalles, solamente dijo que se iría por unos días, ya que tenía un viaje de negocios que no podía seguir postergando, y que les dijera que los llamaría —explicó Magdalena, viendo como sus ojos se humedecían.

Meredith se mantuvo en silencio, imaginando que la prematura salida de su padre era para evitarla, lamentándolo profundamente.

Lo que ella desconocía, era que su padre se había ido, no por ella, sino porque deseaba despejar su mente, tomándose unos días para pensar fuera de aquellas paredes, donde vivió engañado por Grace. Necesitaba tiempo y espacio para recuperarse, de ese modo afrontar el cambio que se presentaba en su vida. También debía apoyar a su hermana, ahora más que antes.

Magdalena sabía que su niña, —como solía decirle tiernamente—, necesitaba tiempo para asimilar la partida de su padre, por eso también se mantuvo en silencio, ayudándola en todo lo que requería para acicalarse. Luego de que se cambiara de ropa y peinara su cabello en una coleta alta, la condujo hasta el comedor donde estaban desayunando sus hermanos, antes de partir a sus clases, debido a que no quiso seguir confinada en su habitación, deseaba salir aunque fuera en la silla de ruedas donde debía tener elevada su pierna, para evitar que se le inflame.

—Buenos días, hermanita —saludaron al unísono Corbin y Adrien al verla llegar, levantándose de sus asientos para ir a darle un beso.

Ella también los saludó, después le apartaron una silla para que se ubicara con la de ruedas, frente a la mesa, empezando a desayunar sin contar con apetito.

—¿Sabían que nuestro padre se fue de viaje?

—Sí, anoche habló con nosotros cuando iba de salida —reveló Adrien mirándola apenado. Ella de inmediato soltó el tenedor con un pedazo de fruta trezado, agachando la cabeza, entristeciéndola de que de ellos sí se hubiese despedido.

—Meth, no te pongas así. Nuestro padre nos explicó que necesitaba tiempo para pensar, pero que para él siempre seríamos lo más importante y que nos quería con todo su corazón. —Corbin apretó su mano, procurando reconfortarle, sentado al lado de ella.

—Sé que nos ama, eso jamás lo pondré en duda —contestó girándose un poco para acariciarle la mejilla—. Ahora, es tiempo de olvidar y seguir adelante, terminen su desayuno para que no lleguen tarde. —Actuó como la

hermana mayor que era, intentando mantenerse fuerte frente a ellos, para no preocuparlos.

—Okidoki —manifestó Adrien guiñándole un ojo.

Al terminar el desayuno, sus hermanos se despidieron de ella, pero contrario a lo que le recomendaron, no quiso regresar a su habitación a descansar, sino que se dirigió al jardín, escoltada por una joven de servicio que no quiso dejarla ir sola, por más que le dijo que podía manejar la silla electrónicamente.

Cuando se marchó la joven, dejándola rodeada de vegetación, en el cuidado jardín, cerró los ojos, dejándose bañar por los rayos del sol que empezaban a calentarse a esa hora, pero sin llegar a molestarla, absorbiendo todo el aire puro que pudo contener en sus pulmones, deteniendo aquellos recuerdos que la martirizaban, aunque sea por un momento, esperando que el tiempo pasara con celeridad, para poder verlo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William se levantó más temprano que de costumbre, pudiendo aprovechar unas horas más de sueño, debido a que ese día solamente tenía que pasar por el centro comunitario, donde tenía agendadas algunas consultas. Obviamente, debía estar pendiente por si ocurría alguna emergencia en el hospital, que ameritara su presencia.

Realizó su rutina habitual, yendo a correr hasta que sus piernas se quejaron por el esfuerzo, luego tomando un baño, vistiéndose con ropa casual y preparando algo de desayunar, con lo poco que había en el refrigerador, confiando en que la señora que lo ayudaba en el cuidado completo de su apartamento, también se ocuparía de comprar todo lo necesario para abastecer su despensa.

Al terminar tomó sus llaves, metió en el bolsillo de su pantalón su celular, cerrando la puerta de su apartamento detrás de él, para dirigirse a la casa de Meredith.

Como esperaba, luego de buscar la dirección en su GPS, no tardó mucho en llegar, visualizando en la entrada un intercon con varios botones, pulsando uno para recibir la voz de un hombre donde le pedía identificarse—corroborando el nombre que le había dado Magdalena, a petición de Meredith—, dándole paso al abrirle el portón. Al traspasar en su vehículo un hombre de seguridad le indicó que continuara su recorrido, hasta que se estacionó, desmontándose para encaminarse hasta la puerta de la casa.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece? —indagó la señora que le abrió, mirándolo detenidamente, con gesto amable.

Luego de saludarla cortésmente, se identificó:

—Doctor William Carrington, vine a visitar a la señorita Meredith.

—Ah es usted, sí, el señor Parker nos habló de como cuido de mí niña, pero pase, por favor. —Magdalena le sonrió, retirándose de la puerta para que entrara. Cuando Meredith le dijo que vendría, no imaginaba que recibiría a un doctor tan apuesto como él.

—Muchas gracias, si es tan amable, infórmele que estoy aquí —solicitó con gesto amable.

—Está en el jardín, sígame, por favor.

William siguió los pasos de Magdalena, quien se había presentado, atravesando una puerta doble de cristal con marco de madera oscura; ante él se mostraba un amplio jardín pulcramente cuidado, con árboles y flores de diversas clases, en maceteros o sembradas directamente en el césped. Pero lo que llamó su atención, fue verla con los ojos cerrados, luciendo tan hermosa y frágil a la vez, despertando nuevamente el deseo de protegerla.

Sin esperar que Magda lo anunciara, se dirigió hacia ella, quien no percibió su llegada, hasta que tocó su rostro, poniéndose en cuclillas, logrando que abriera los ojos, e inmediatamente arrojándose a él, rodeándola con sus brazos.

Meredith no le dio importancia a que la postura le incomodaba, debido a su pierna, ya que encontrarse con la calidad de su cuerpo, la hacía sentirse cómoda y segura, al punto de permitirse drenar sus sentimientos transformándolos en lágrimas, que humedecieron su camisa, lo que tampoco le importó a William, quien acarició su espalda en un intento de calmarla, poniendo la barbilla sobre su cabeza.

Magdalena no sabía qué pensar ante lo que se escenificaba frente a ella, pero confiaba en el sentido común de su niña, y si se mostraba así frente al doctor, era porque le inspiraba confianza, debido a que era muy reservada. Sin decir una palabra se retiró para darles privacidad, y ocuparse de sus responsabilidades.

William sutilmente la fue retirando, tomando entre sus manos su rostro, apartando las lágrimas que seguían cayendo con sus dedos.

—Meredith, por favor, cálmate, no me gusta verte así —musitó sintiendo un nudo en la garganta.

—Perdóname —pronunció con voz enronquecida, agachando la cabeza, pero él no quería perder el contacto visual, así que levantó su barbilla con un dedo, instándola a continuar—: No deseo involucrarte en mis problemas —dijo secándose el rostro.

—Por favor, permíteme servirte de apoyo, ser tu amigo —soltó de improviso, sorprendiéndola.

—Te lo agradezco, amigo. —Estaba abierta a relacionarse con los demás, por eso aceptó la amistad que le ofrecía.

Ya más calmada, lo orilló a sentarse en un banco de madera al lado de ella.

—¿Cómo va tu pie? —indagó William, aunque en realidad quería que le contara lo que ocultaba, pero no la presionaría.

—En ocasiones me duele un poco. Pero lo que más me incomoda es no poder moverme libremente. No sé cómo podré resistir tantas semanas así —mencionó señalando la férula, haciendo un mohín de disgusto, que causó una ligera risa en William.

—Te comprendo, pero si quieres recuperarte por completo, deberás resistir las semanas que te quedan por delante. —Meredith resopló en respuesta.

—Trataré.

—Ahora, como amigos que somos, me encantaría que me cuentes algunas cosas de ti, así nos vamos conociendo mejor —sugirió William, observándola fijamente.

—Acepto si también haces lo mismo —expresó ella guiñándole un ojo, sintiendo que su carga era más ligera a su lado. Además, agradecía que no le preguntara la razón de sus demostraciones de tristeza.

—Trato hecho —aceptó extendiéndole la mano para que la estrechara, como si cerraran un acuerdo de negocios, lo que le resultó de lo más simpático a ella, quien lo hizo riéndose, contagiándolo de inmediato.

Ambos se fueron por terreno seguro, contándose mutuamente las carreras que habían cursado, sobre sus compañeros de trabajos, amigos. También la relación con sus familiares, aunque Meredith obvio contarle sobre Grace. Algo le decía que lo haría, pero en su debido momento.

Tampoco William le contó sobre Dayana, para no embargarla con su tristeza, asumiendo que ella tenía suficiente con lo que fuera que le estaba pasando.

—Tengo que conocer a tu amigo Jonathan, por lo que me cuentas, además de ser incondicional contigo, tiene excelente sentido del humor.

—Sí, espero que pronto lo hagas. Aunque sea de vista, conozco a tus amigas, pero me gustaría tratarlas más a fondo, al igual que a tu prima Julianna.

En ese momento apareció Magdalena con el teléfono inalámbrico en la mano.

—Disculpen la interrupción. Mi niña, tu prima te llama —dijo extendiéndoselo, agarrándolo ella de inmediato.

—La invocamos con el pensamiento —manifestó sonriente—. William, discúlpame solo un momento.

—Descuida, tomate tu tiempo.

—Doctor, ¿desea que le traiga algo de beber, o algún aperitivo? —indagó Magdalena, esperando su respuesta.

—Estoy bien así, gracias —contestó poniéndose de pie, para darle privacidad a Meredith con su llamada.

—Hola, prima, ¿cómo se encuentran?

—*Preocupada por mi madre y por ti. Imagino por lo que debes estar pasando. Le pregunte a Magdalena por mi tío, y me dijo que se había ido de viaje. ¿Cómo lo estas llevando?* —cuestionó angustiada.

—Mal —admitió tragándose las lágrimas que pujaban por salir cada vez que lo recordaba—. Espero que mi tía no me juzgue.

—*Mi madre entendió tus motivos. Viste como se despidió de ti, así que por ese lado puedes estar tranquila.*

—Es bueno saberlo. Dale un gran beso de mi parte. Ahora te pido disculpas, pero el doctor Carrington vino a visitarme, y no quiero ser descortés con él —indicó viéndolo revisar algo en su celular.

—*Vaya, vaya, si ahora tienes consulta a domicilio. Eso sí, quiero detalles. Si tuviera la certeza de que me tocaría un doctor tan atractivo como él, finjo cualquier enfermedad con tal de que me atienda* —pronunció con picardía.

—Sencillamente no tienes remedio, prima. Te llamo en cuanto pueda. — Antes de finalizar la llamada, y entregarle el teléfono a Magdalena, escuchó una sonora carcajada del otro lado de la línea. Pensó que por lo menos, los últimos acontecimientos no habían disminuido su buen humor.

—¿Todo bien? —inquirió William regresando a su lado.

—Sí.

—Ahora que estas más calmada, me iré tranquilo. Tengo algunos asuntos

pendientes antes de ir al centro comunitario. No te conté, pero ofrezco mi ayuda de forma voluntaria. La razón principal de que me decantara por mi carrera, era para ayudar a todas las personas que pudiera, sin importar condición social, por eso mi labor en el hospital y aquel lugar me resulta tan gratificante —comentó sinceramente, volviendo a ocupar su lugar por un instante.

—Es una labor muy admirable, William.

—Gracias.

—No me las des, a mí también me gustaría poner mi granito de arena para ayudar a los menos favorecidos.

—Te tomaré la palabra, en el centro toda ayuda es necesaria —señaló guiñándole un ojo.

—Entonces, prométeme que me llevarás cuando me recuperé.

—Prometido —manifestó elevando una mano, para darle solemnidad al asunto, sacándole una sonrisa la que él correspondió.

William se sentía muy a gusto a su lado, al grado de no querer marcharse, pero su deber lo llamaba, y el jamás le daba la espalda.

—Salúdame a tu padre de mi parte. Y ya sabes, cualquier cosa, puedes llamarse sin importar la hora. También recuerda que debes ir al hospital para que te revise el ortopedista.

—Como disponga, doctor Carrington —contestó en tono bromista, con una sonrisa traviesa bailando en su rostro.

Se veía tan hermosa de ese modo, que William no pudo hacer otra cosa que acercársele para posar sus labios en su mejilla, dejándose dominar por un impulso, haciendo que ella instintivamente cerrada los ojos, deleitada con su cercanía, respirando su esencia varonil que la dejó gratamente aturdida. Luego se despidió de ella.

Meredith se quedó observándolo hasta que su presencia dejó de aparecer en su campo de visión, asumiendo que William había llegado a su vida por alguna razón, la cual estaba ansiosa por descubrir.

Capítulo 22



De regreso a la habitación, Meredith recostada en su cama, se entretuvo viendo todas las fotos que se tomó en compañía de su padre y hermanos al visitar las ruinas de *Machu Picchu*, en Perú, hace un par de años, un viaje que les pareció fascinante, entendiéndolo la razón de que personas de diversas nacionalidades acudían allí, donde se manifestaba una arquitectura excepcional, rodeada del velo misterioso que se ha tejido a su alrededor, convirtiéndose en uno de los destinos turísticos más notorios del planeta.

De algún modo, aquellas imágenes donde salían los cuatro sonrientes, haciendo gestos divertidos, con las asombrosas vistas a sus espaldas, le reafirmaba que el amor que sentían entre ellos era irrompible, que cubría la falta de Grace, quien algunas veces se inventaba una excusa para no irse con ellos a sus vacaciones familiares, y cuando cedía ante un suplicante Joseph, se mostraba distante, todo le molestaba e incluso les amargaba con su comportamiento el viaje, prefiriendo su hija que no los acompañara.

Pero ahora todo cobraba sentido en la mente de Meredith, al imaginar que aprovechaba el tiempo que ellos pasaban fuera, para verse con su amante.

Sin embargo, se dijo que esa mujer no seguiría rondando en su mente, que debía desterrarla al olvido, pues suficiente daño le había hecho, como para seguir amargando su existencia.

De repente un toque en la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—Adelante —respondió con voz queda.

—Hola amiga, ¿cómo sigues? —preguntó Breny, cerrando la puerta detrás de ella, sentándose en el borde de la cama, apretándole una mano, luego de poner su cartera en una mesita.

—A ti no te puedo mentir. Triste, pero te prometo que no voy a llorar —contestó recibiendo de su amiga una mirada comprensiva, alentándola a proseguir, contándole sobre el viaje de su padre—. Sin embargo, siento que pese a todo, en mi interior se va encendiendo una luz que me calienta el alma —mencionó con ojos soñadores.

—Meredith, sabes que el suspenso me mata. Habla de una vez —solicitó ansiosa.

—De acuerdo, pero no quiero que pienses que estoy loca, ni que me veas como uno de tus futuros pacientes —bromeó, pues Breny se había graduado de Psicología Clínica, y con ayuda de sus padres, pronto abriría su consultorio, lo cual la llenaba de emoción.

—No lo haré, despreocúpate.

—William vino a verme luego que lo llamara en la madrugada.

—No lo puedo creer, pero sigue. —La alentó con una mano, intrigada, contándole ella la razón de su impulso, y lo que platicaron cuando estuvieron juntos, hace unas horas.

—A veces me parece inverosímil que su compañía me resulte tan agradable, con tan poco tiempo de tratarlo y bajo aquellas condiciones —expresó con sus manos entrelazadas en su regazo.

—Permíteme decirte, que según mis estudios sobre la conducta humana —decía en tono muy profesional, cruzándose de brazos y dando golpecitos con un dedo en su barbilla, lo cual de cierto modo le causo risa a Meredith—, estoy casi segura, de que el irresistible doctor Carrington, se muere por tus huesitos —afirmó Breny con picardía.

—¡Estás loca! Me parece totalmente desproporcional lo que imaginas. —Negó efusivamente, sintiendo sus mejillas hirviendo, como si volviera a ser una adolescente.

—¡Te pusiste roja! —indicó señalándola con un dedo, estallando en sonoras carcajadas. Meredith le apartó el dedo fingiendo molestia, luego se dejó contagiar de su buen humor.

Calmaron sus risas y Breny continuó:

—Eres muy hermosa, por dentro y por fuera. Ya deberías estar acostumbrada, de que cualquier hombre se gire a verte o quiera acercársete. Confía en mis palabras, no le eres indiferente, lo percibí.

—Gracias, amiga. Ante lo que asumes, no sé qué decirte, solamente que William me pidió que fuéramos amigos, y acepté sin dudar.

—Entonces, ya dieron el primer paso —indicó Breny guiñándole un ojo, dejándole entrever que entre ellos podía surgir algo más que amistad, pero Meredith se mantuvo en silencio, imaginando que cualquier mujer desearía tener a su lado un hombre tan especial como él.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William, como tenía programado, atendió varios pacientes en el centro comunitario, luego participó en una reunión con algunos de sus compañeros doctores y directivos, pues necesitan adquirir varios equipos para ofrecer un mejor servicio a quienes asistían al lugar. Aunque no lo dijo en ese momento, buscaría el medio para conseguirlo, hablando con algunas personas que había conocido a lo largo de su carrera y las galas benéficas de su madre, para quienes no sería un problema colaborarles. Esperaba pronto darles la buena noticia.

Antes de dirigirse a su apartamento, pasó por el hospital a visitar uno de sus pacientes, que había tenido un ingreso de emergencia. Comprobó que a raíz de la pronta asistencia, su salud no peligraba, marchándose cuando dio algunas recomendaciones al personal médico que se quedaría a cargo, y como siempre, les informó que ante cualquier eventualidad, lo llamaran de inmediato.

Tuvo que cambiar de ruta, al recibir una llamada de Jonathan, invitándolo a cenar a su apartamento, pues ya había caído la noche. William lo agradeció, debido a que entre una cosa y otra no, comió adecuadamente.

—Vamos hermano, se honesto conmigo, te gusta, y no pienses negármelo — advirtió Jonathan, luego de saborear la exquisita cena que había pedido a un restaurante.

William casi se atragantó con el trago de vino que había sorbido en ese momento, sentado en la mesa frente a él, tosiendo en repetidas ocasiones.

—Tu reacción me da la razón —manifestó con suficiencia Jonathan, arqueando una ceja, reclinándose en su asiento.

—Ya te había comentado que con ella me siento diferente. No te lo negaré, cada cosa que voy descubriendo de Meredith me gusta. Pero no precipitaré las cosas, no soy un adolescente con las neuronas descontroladas. Por ahora seremos solamente amigos —alegó mirándolo fijamente.

—¿Amigos con derechos? —preguntó con malicia, recibiendo una mirada reprobatoria por parte de su amigo.

—Déjate de bromas, por favor. —William se levantó con su plato para llevarlo a la cocina, haciendo Jonathan lo mismo, luego ambos ocuparon un sillón en el balcón, perdiendo él la vista en las titilantes luces de la ciudad.

—Discúlpame por mi comentario. Lo único que siempre he querido es que vuelvas a ser feliz. —William lo enfocó enseguida.

—Tranquilo, hermano, no pasa nada. Te confieso que algunas veces pienso,

que para mí la felicidad está negada —reveló elevando su vista al cielo nocturno.

En su momento le contó a Jonathan todo lo sucedido y que trastornó su vida antes de mudarse a Estados Unidos.

—No te hace bien pensar así, lo hemos hablado. No te sigas culpando por la muerte de aquel hombre, simplemente fuiste una víctima más de las malditas drogas. Lo importante es que lograste salir adelante, superándote a ti mismo. William, a pesar de que hayas pasado por momentos desgarradores, tarde o temprano encontraras esa puerta que te lleve a la felicidad, no pierdas la esperanza —mencionó Jonathan dándole aliento, apretando su hombro.

—No sé qué hubiese hecho sin ti y mis padres a mi lado, dándome fuerzas para continuar. Gracias, por todo —expresó con un nudo en la garganta y ojos cristalizados. Jonathan notó la oscuridad que se cernía sobre él, cada vez que en su mente llegaban aquellos amargos recuerdos.

—Para eso y más estamos los amigos, o más bien, los hermanos de corazón. Ahora espero que tomes nota de algunos consejos que te daré, y sé necesitas —dijo frotándose las manos.

—Ahí vamos de nuevo —resopló divertido William.

Conversaron por un tiempo más hasta despedirse, tomando él rumbo a su apartamento.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith recibió varias llamadas de sus compañeros de trabajo, preguntándole sobre su estado. También habló con Carolina, quien se disculpó por no pasar a verla, por haber tenido un día sumamente complicado.

Cenó en su habitación, luego de que sus hermanos pasaran a saludarle y narrarle sobre su día de clases, quejándose por tener uno que otro profesor, que según ellos, se habían confabulado para hacerles la vida imposible.

Contaba los días para que le quitaran la férula, ya que no podía ni ir al baño sola, por eso en ese momento se había marchado Magdalena, quien equilibraba sus responsabilidades en la casa, con atenderla por entero, disculpándose Meredith por darle más trabajo de la cuenta, pero ella le dijo que no pensara así, que haría cualquier cosa por su niña.

Se sentía algo adormilada, luego de tomarse los medicamentos, cuando escuchó su celular sonar, alcanzándolo de inmediato, sonriendo al leer el nombre de quien llamaba.

—Buenas noches, William.

—*Buenas noches, Meredith, espero no haberte despertado.*

—Descuida, no es tan tarde, ¿cómo te fue en el centro?

—*Todo bajo control, gracias por preguntar. Y dime, ¿programaste la cita con el ortopedista?*

—De nada. Sí, mañana en la tarde iré. Mis hermanos me acompañarán cuando lleguen de sus clases.

A William le pareció extraño, que ella en ningún momento de su plática en su casa, hubiese mencionado a su madre, ni que fuera ella que la acompañara, pero no quiso preguntarle, al intuir que algo pasaba entre las dos.

—*Me parece bien. Tal vez podamos vernos allá* —mencionó deseándolo por completo.

—Sí, es probable —expresó cerrando los ojos, emocionándose con la idea de volver a verlo.

Conversaron por un rato más, hasta que William dijo:

—Bueno, será mejor que nos despedamos, ya es hora de que descanses.

—¿Acaso es una orden médica? —inquirió bromista, sonriendo con el celular pegado en su oído.

—*Por supuesto que sí, señorita Parker, a menos que desee disgustar a su doctor, quien anhela su completa recuperación* —Le siguió el juego, recostado en su cama, con un brazo debajo de la cabeza, también sonriente.

—Entonces, seguiré obedeciéndolo al pie de la letra. Además, aparte de ser mi doctor, también es mi nuevo amigo, y no deseo iniciar con el pie izquierdo nuestra amistad.

—*Me parece excelente, ya que deseo que sea una hermosa amistad* —comentó ansiando de que más adelante, su relación se transformara en algo más fuerte—. *Dulces sueños, Meredith.*

—Gracias, William, te deseo lo mismo.

De ese modo se despidieron, sintiéndose ella, pese a todo, completamente reconfortada por escuchar su voz, aunque fuera a través de la línea.

Capítulo 23



—Hija, despierta. —Meredith reconocía esa voz, aunque pensaba que estaba soñando, temiendo despertar y no tenerlo a su lado, como lo sentía en ese momento.

Fue saliendo de la neblina del sueño, al sentir un beso en la frente, abriendo los ojos de golpe, dándose cuenta que frente a ella, estaba su adorado padre, lanzándose a unos brazos que la recibían con el mismo amor de siempre.

—Papá, perdóname por guardar silencio tanto tiempo —imploró anegada en lágrimas.

Joseph no había salido del país como les hizo creer, quedándose en un hotel hasta que se sintió preparado para volver a tomar las riendas de su vida, al lado de sus hijos, como deseó desde que supo que iba a ser padre.

—Cálmate hija, por favor —pronunció afligido, separándola un poco para tomar su rostro entre sus manos—. No tengo nada que deba perdonarte, entendí la razón de tu silencio, y nunca te juzgue aunque tal vez lo pensaste, pero necesitaba algo de tiempo. Ustedes tres son lo más importante que tengo en mi existencia, por quienes seguiré firme.

—Así será, papá. —Meredith ahora lloraba, pero de felicidad, al ver que sus ruegos fueron escuchados, con la certeza de que en efecto, ellos se mantendrían unidos, y que en su hogar reinaría el amor sincero.

Se dieron otro fuerte abrazo, uniéndose Corbin y Adrien, que irrumpieron en la habitación felices, al avisarle Magdalena que su padre había llegado y se encontraba con su hermana.

—Pensé que ya estaban rumbo a clases. —Joseph se dirigió a sus hijos, cuando rompieron el abrazo.

—Ya nos vamos, papá. Me alegra que hayas regresado —respondió Corbin, siendo secundado por Adrien.

—Yo también —expresó Joseph viendo a sus hijos con ternura.

—Papá, esta tarde mis hermanos me acompañaran al ortopedista —le

informó Meredith, incorporándose en la cama, sintiendo un poco de incomodidad en el pie, como era natural en su condición.

—Me parece bien, entre ustedes tienen que apoyarse. Tengo que pasar por la empresa, pero cualquier cosa no dudes en llamarme —contestó apretando su mano, antes de ponerse de pie.

—De acuerdo, aunque no debes preocuparte, nos iremos con el chófer.

—Bien pensado, hermanita. No podemos arriesgarnos con Corbin al volante —bromeó Adrien, ganándose una palmada en el cuello por parte de su hermano, quejándose dramáticamente, ya que no sintió ningún dolor.

—Como chiste, no le vi ninguna gracia. Ahora no vengas a ponerte a llorar, ni que fuera para tanto —replicó Corbin, cruzándose de brazos.

Joseph y Meredith no comentaron nada, acostumbrados a sus bromas, y a sabiendas de que se querían y tenían mucha confianza.

—Ah claro, si a ti quien te hace reír es Stephany. —El comentario de Adrien, provocó que el rostro de su hermano se tornara carmesí.

—Por tu reacción, ya me dan ganas de conocerla —expresó Meredith, asumiendo que aquella chica le gustaba.

—Adrien, eres un metiche —lo reprimió su hermano, recibiendo de su parte una sonora carcajada.

—Vamos, chicos, entre ustedes nunca ha existido ninguna diferencia, y espero que sigan así. Adrien, si tu hermano le gusta o no esa chica, no es de tu incumbencia —dijo Joseph mirándolo, luego se enfocó en Corbin—. También me gustaría conocer a la chica, que con el simple hecho de nombrarle, te pone de ese modo, hijo —pidió Joseph, poniéndole una mano en el hombro.

—Pronto la conocerán —informó sonriente, sintiéndose enamorado por primera vez.

Su padre notó un brillo especial en los ojos de su hijo, esperando que nunca tuviera que sufrir por un corazón roto, como él, ya que amó profundamente a la mujer que se lo destrozó, y quien a pesar de todo, no podría olvidar de la noche a la mañana.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

En la madrugada, William había recibido una llamada, del doctor de planta que había estado de servicio en la noche, para informarle que su paciente había empeorado, saliendo de inmediato para el hospital. Luego de hacerle una evaluación, determinó que debía ser operado cuanto antes, ya que su vida

peligraba.

Platicó con su esposa e hijo, siendo empático con el sufrimiento que reflejaban sus rostros, temiendo por la vida del ser amado. Al recibir su aprobación, se dispuso todo para realizarle una cirugía de corazón abierto, al hombre de más de 50 años, tomando todas las precauciones necesarias, por lo delicado del caso.

William se hizo acompañar de su equipo médico, y luego que el anestesiólogo cumplió su misión, quedando el paciente profundamente dormido, todos ataviados con la vestimenta verde de cirugía, gorros y tapabocas, pidió un bisturí a una enfermera, procediendo con la incisión en el pecho del hombre, después de elevar una plegaria al cielo para que todo saliera bien.

Ante una cirugía de esa magnitud, podría presentarse un ataque cardíaco, razón de que fuera debidamente monitoreado, teniéndolo conectado mientras durara la cirugía, a una máquina de derivación cardiopulmonar.

Nuevamente el doctor Carrington ponía a prueba sus conocimientos y deseo de ayudar a su prójimo, culminando el procedimiento al transcurrir las horas, saliendo del quirófano para, luego de retirarse los guantes y lavarse las manos, acudir a donde estaba la familia del paciente, expectantes por noticias, en la sala de espera.

—Señora Morgan. —La mujer de aproximadamente 37 años, se levantó de su asiento de inmediato, al igual que su hijo adolescente.

—Por lo que más quiera, doctor, dígame que mi esposo está fuera de peligro —suplicó viéndolo a través de sus lágrimas, estrujándose las manos, temerosa de su respuesta.

Retirándose el gorro de la cabeza, William contestó:

—Gracias a Dios, así es. —La mujer, sumamente agradecida, se le lanzó encima para abrazarlo, sin dejar de llorar, y decirle gracias una y otra vez, mientras su hijo lloraba en silencio, agradeciendo también que volvería ver a su padre a los ojos.

Luego de que lograran calmarse, William tomó asiento con ellos, dándoles algunas recomendaciones que deberían acatar, para que el señor Morgan tuviera una pronta mejoría, recibiendo el asentimiento por parte de ellos. También les dijo que esa misma tarde podrían verlo, dependiendo de su evolución, aunque sea por un momento, agradeciéndole nuevamente madre e

hijo.

Sin importar el cansancio, William se volvió a sentir satisfecho por haber contribuido en salvar una vida, como no pudo hacer en el pasado. Ver como los familiares de los pacientes que atendía, recibían la noticia de que su ser querido pudo vencer a la muerte, era invaluable para él.

Inmerso en el quirófano, no se dio cuenta de que ya pasaba del medio día, sintiendo una calidez en su pecho que lo reconfortaba, al imaginar que pronto la vería.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

En compañía del chófer, Meredith y sus hermanos llegaron al hospital, luego de que ellos regresaran de sus clases, dirigiéndose en ese momento al consultorio del ortopedista, referido por William, el doctor Broselow, un experimentado especialista de casi 60 años, de contextura delgada, caucásico, quien los recibió con suma amabilidad, invitando a sentarse a Corbin y Adrien.

—Veamos ese pie, señorita Parker —dijo acercándose a ella—. Según lo indicado por el doctor Carrington, y las radiografías que él mismo me trajo, en el accidente se lastimó la tibia. La revisaré, por favor, dígame si la lastimo en algún momento.

—Así lo haré.

El doctor revisó a conciencia, siendo cuidadoso, pendiente a cada una de sus reacciones.

—Según mi experiencia, y sin valerme de una nueva radiografía, puedo deducir que todo marcha según lo esperado. Ahora bien, aunque sé que es molesto, deberá seguir usando la férula por dos semanas, menos del tiempo estimado en estos casos. Le mandaré a poner un tacón en el pie, para que pueda ir dando pasos, pero sin abusar. Cualquier malestar que sienta, llámame de inmediato.

—Gracias, doctor. Espero que estas semanas pasen rápido.

—Por lo menos ya no seguirás en la silla, hermanita —señaló Adrien.

Un toque en la puerta impidió que le respondiera a su hermano, dejándola azorada la voz profundo y varonil que escuchó detrás de ella.

—Buenas tardes. Disculpe que interrumpa la consulta, doctor Broselow.

Cuando William comprobó que su paciente seguía respondiendo bien a la operación, y termino de atender a dos pacientes que tenían consulta con él, se encaminó de inmediato allí, comprobando con la secretaria del doctor, que

ella estaba adentro.

—Descuide, doctor Carrington. Como le decía a la señorita Parker, en dos semanas estará libre de tan molesto impedimento para movilizarle —comentó el doctor Broselow, estrechando la mano que él le extendió.

—Es una buena noticia —manifestó dándole el frente a ella, luego de también extenderle una mano a sus hermanos, quienes lo saludaron con mucha cortesía, sin dejar de atisbar como el semblante de su hermana se transformaba ante su presencia.

Meredith elevó el rostro para observarlo, ataviado en un traje sastre a la medida, en tonalidades oscuras, que se ajustaba a su tonificado cuerpo y llevaba con suma elegancia, viéndose sencillamente arrebatador, al grado de contarle el aliento.

—Que bueno verte, Meredith —pronunció William, embebiéndose de su belleza natural, con un maquillaje sencillo, ataviada en un vestido casual debajo de las rodillas, con el cabello suelto.

—Hola, William —contestó entrelazando su mirada con la suya—. Pienso lo mismo. —Sus palabras provocaron que sonriera, mirándolo Corbin y Adrien con nuevos ojos, intuyendo que entre su hermana y el doctor algo pasaba.

Luego de que el doctor Broselow diera por terminada la consulta, se despidieron saliendo al pasillo, acompañándolos William a donde le pondrían el tacón en la férula, lo que no tardó mucho tiempo.

—Si quiere, puede hacer una prueba —indicó el hombre que se ocupó de hacerlo.

Meredith con la ayuda de sus hermanos, se levantó de la silla de ruedas, dándoles ellos espacio para que diera algunos pasos, perdiendo el equilibrio, viéndose de repente envuelta en los brazos de William, que acudió antes de que los demás lo hicieran.

—Nunca te dejaré caer —prometió agachando la cabeza, viéndola fijamente a los ojos.

—Gracias —contestó en un hilo de voz, sintiéndose segura en sus brazos, esperando que jamás faltara a su promesa.

—Hermanita, recuerda lo que te dijo el doctor Broselow, no puedes abusar —comentó Corbin, todavía intrigado por aquella demostración, notando que el doctor Carrington veía a su hermana con mucha intensidad.

—Es cierto, Meredith —apoyó William, privándola del calor de sus

brazos, de su cuerpo pegado al suyo.

—Yo la ayudo, doctor, gracias —ofreció Adrien.

William se sentía algo inquieto, al notar la forma tan peculiar en que lo veían los hermanos de Meredith, sin imaginar lo que en sus mentes elucubraban.

En cambio ella, que también se dio cuenta, les dedicó una mirada reprobatoria, al suponer que la estaban sobreprotegiendo, como hicieron cuando empezó a tratar a Maxwell, con la excusa de que ellos nunca permitirían que nadie le hiciera daño. Con el pasar de los días, se dieron cuenta que él no sería una amenaza para ella, bajando de ese modo la guardia, que ahora al parecer con William, volvían a activar, provocándole una sonrisa que tuvo que ocultar.

Adoraba tanto a sus pequeños traviesos, al grado que ellos jamás entenderían.

Se dirigieron rumbo al ascensor, seguido de William, que tuvo que introducir las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir, para no rodearle la cintura, y pegarla a su cuerpo como ansiaba, ayudándola a caminar.

—¿Ya te vas, o tienes que atender algún paciente? —indagó Meredith, pues no tenía su indumentaria blanca.

—Me voy —respondió sin querer separarse de su lado, aunque era inminente.

En ese instante se abrió la puerta del ascensor, pulsando Adrien el botón de la primera planta.

Bajaron en silencio, dándose algunas miradas furtivas, pero sin hablar, hasta que se encontraron en la salida del hospital, donde los alcanzó a ver el chófer, estacionando el vehículo frente a ellos.

—Se te nota cansado —expuso Meredith con preocupación, observando sus ojeras.

—Hoy fue un día ajetreado, pero ya estoy acostumbrado. Cuídate, por favor, espero que sigamos en contacto. —Acercándose a ella, besó su mejilla, antes de que entrara al vehículo, deseando Meredith, que su beso se hubiese desviado unos escasos centímetros, hasta posarse en sus labios. Nadie jamás, la había hecho sentir ese deseo apremiante de ser besada como él.

—Gracias. Nos vemos —se despidió de él al igual que sus hermanos, dejándolo como la vez pasada, aunque ahora él tenía más motivos para desear volverla a ver.

Capítulo 24



Dos semanas después...

Justamente ese día, se cumplía el plazo para que Meredith le dieran la libertad deseada, retirándole la férula del pie izquierdo, con su tibia totalmente recuperada, gracias a los cuidados que tuvo.

En esa ocasión, su padre fue quien la acompañó al hospital, donde no vería a William, ya que desde hacía una semana se encontraba fuera del país, acudiendo a un congreso, siendo elegido junto a otro compañero, para representar al hospital.

Allí se pondrían al tanto sobre las últimas novedades en el marco de la medicina, adquiriendo nuevos conocimientos para poner en práctica.

A pesar de las obligaciones de William, y sin importar que ahora estaba fuera del país, siempre sacaba tiempo para llamarla, y preguntarle cómo había sido su día, contándole también sobre el suyo.

Meredith esperaba esa llamada llena de emoción, pero lo que más deseaba era verlo, pensando algunas veces que parecía una adolescente, aguantando las burlas de sus amigas cuando recibía la llamada en presencia de ellas, por la forma en que actuaba, evidenciando lo que sentía, algo que no podía evitar.

Por otro lado, no habían vuelto a tener noticias de Grace, ni pretendían investigar sobre ella, asumiendo que con todo el dinero que tenía en su cuenta personal, a expensa de su padre, estaría dándose la gran vida, despilfarrando a su antojo.

Cuando llegó a la casa con su padre, caminando por sus propios pies, sintiéndose que otra vez volvía a ser ella misma, se dirigieron al despacho, donde él mandó a llamar a Adrien y Corbin, para tratar un tema que ya no podían aplazar.

—Debes sentirse fantástica sin la férula —comentó Adrien, tomando asiento en un mueble, donde estaba ella y Corbin, tan pronto entró.

—Así es, hermanito —respondió sonriente, pero notó que su padre no

compartía su mismo semblante, preocupándose de inmediato—. ¿Pasa algo, papá?

Corbin también lo estaba, quedándose expectante ante lo que su progenitor tenía que decirles, sentándose frente a ellos.

—Interpuse la demanda del divorcio —informó sin rodeos, contemplando sus reacciones.

—Hiciste bien, papá —opinó Corbin, pues todavía se sentía molesto con su madre, por haber traicionado a su padre.

—Mi abogado se puso en contacto con ella, instándole a que busque un abogado. —Joseph ni siquiera quería nombrarla, ganándose la comprensión de sus hijos—. No nos casamos con separación de bienes, así que le corresponden una parte de mis posesiones.

—¡No es justo! —exclamó Meredith, sin aceptar que ella, pese a todo el sufrimiento que les propino, saliera recompensada con una fortuna—. Ella te fue infiel, papá, tu abogado debe hacerlo constar, para que no tengas que cederle tanto.

Recordarlo, laceraba el corazón de Joseph, pero le dio la razón a su hija.

—Hablaré con mi abogado, para que entre en negociaciones cuando tenga el dato del suyo. Aunque con tal de desligarme por completo de Grace —mencionó con desprecio—, no me importaría la cantidad o inmuebles que tenga que cederle. También llevará el caso de Loraine, por lo menos, Gael no le dará problemas. Hablé con ella esta mañana, y me dijo que su hermana la llamó desde Roma, diciéndole que había regresado a su país, lamentando las acciones de él, quien estaba dispuesto a darle el divorcio.

A sus hijos les sorprendió la noticia, también les tranquilizó, pues suficiente habían sufrido su tía y prima a causa de ese hombre, que por lo menos decidió dejarla libre sin traumatizarlas más, poniendo incluso un océano de distancia.

—Aceptaremos lo que te haga sentir mejor, papá. Ella no seguirá dañándonos, eso es lo importante —manifestó Meredith.

Continuaron hablando por un rato más, pero de otro tema, debido a que Meredith quería regresar cuanto antes a la empresa.

—¿Estas segura, hija?

—Por supuesto que sí, papá. Quiero volver a mis funciones, a recobrar todo el tiempo perdido —enfaticó.

—Entonces, no se diga más, mañana te reincorporas —aceptó Joseph,

alegre al notar su entusiasmo.

—Y pronto tendremos nuestro propio abogado en la familia. —Hizo alusión Adrien, refiriéndose a su hermano mayor.

—Para eso falta algunos años, pero sí, tengo decidido serlo —declaró con orgullo Corbin.

Joseph no podía pedirle más a la vida, pues sus hijos seguían llenándolo de orgullo, colmando sus días de felicidad al tenerlos a su lado. A pesar de no tener una madre amorosa, ellos habían albergado en su interior sentimientos nobles, valores inculcados por él, a los que nunca darían la espalda.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Anocheía en la ciudad de Boston, y William, ya de regreso a su apartamento, no dejaba de caminar de un lado para otro.

—Hermano, cálmate y no le des más vueltas al asunto —dijo Jonathan con sus brazos extendidos en el sofá, frente a él.

—¿Qué pretendes que haga? —inquirió deteniéndose, sintiéndose un estúpido al comportarse de ese modo.

—Simplemente que toques a su casa, y le digas que solamente pasabas por ahí —bromeó en respuesta.

—Déjate de bromas de una vez, Jonathan.

—No es broma, únicamente te estoy dando una excusa para visitarla. Me doy cuenta que te mueres por verla, así que no te hagas —expuso como si nada, parándose para ir a la cocina, donde se sirvió un vaso de agua, tomandoselo por completo.

William lo siguió, sentándose en un taburete, frente a la encimera.

—Soy un adulto, no puedo comportarme como un adolescente con las hormonas revueltas.

—Pero si es como te estas comportando. —Jonathan se rio a carcajadas, recobrándose para añadir—. Ve a su casa, no te quedes con las ganas. Hasta donde sé, los amigos no solo hablan por teléfono, también se frecuentan, salen a divertirse. Ambos son adultos, solteros, no le veo nada que te impida acercarte más a ella —mencionó Jonathan, causando que William se pusiera de un salto de pie.

—Te doy totalmente la razón. Gracias, amigo —pronunció entusiasmado—. Ahora si me disculpas, tengo que cambiarme —informó guiñándole un ojo.

—Prepárate, porque empezaré a cobrarte las facturas. Esto de ser tu

loquero personal resulta agotador —bromeó—. Y descuida, conozco la salida. ¡Buena suerte, matador! —exclamó con acento español, golpeándole un hombro.

—Algún día, te veré bebiendo los aires por una mujer, ya verás —manifestó William con una sonrisa curvada, despidiéndose para dirigirse a su habitación.

Jonathan cerró la puerta a sus espaldas, pensando qué tal vez el amor no estaba hecho para él, obviando comentárselo, para que no lo convenciera de lo contrario, diciéndole que un buen hombre como él, merecía conocer y sentir un sentimiento tan maravilloso, compartiéndolo con quien lo hiciera nacer y perpetuar en su corazón.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith terminaba de arreglarse en su habitación, para bajar a cenar, cuando un toque en la puerta la hizo dejar el labial que había usado, dándole el paso a quien estaba del otro lado.

—Señorita Meredith, abajo la esperan —informó una de las empleadas de la casa.

—¿Quién? —indagó, quedándose sorprendida cuando supo la respuesta.

Terminó de arreglarse con manos trémulas, bajando de inmediato a su encuentro.

En cuanto la vio entrar en el salón, William se puso de pie, acercándose ambos como si fueran atraídos por una fuerza desconocida.

—Discúlpame por venir sin avisar. Luces hermosa —manifestó luego de darle un beso en la mejilla, observándola de arriba abajo, apreciando sus torneadas piernas, enfundada en un pantalón de lino corto.

—Al contrario, me alegra que vinieras —confesó Meredith, apreciando que tenía un cuerpo impresionante, ataviado en *jeans* que se ajustaban a sus largas piernas y camisa con las mangas remangadas hasta los codos, que mostraban sus musculosos brazos.

—¿Cómo finalizó el Congreso? —indagó cuando ocuparon el mismo sofá.

—Muy bien, a pesar de que fueron unos días que iniciaban desde temprano, con múltiples actividades, según te platiqué en una ocasión. En definitiva, fue sumamente interesante participar y compartir con colegas de otras nacionalidades, contándonos sobre sus culturas y conocimientos.

—Me alegra saberlo, William. Sé cuanto amas tu carrera —señalo sonriente.

—Doctor Carrington, que grata sorpresa —pronunció Joseph acercándose a ellos, saludándolo con agrado.

—Gracias, señor Parker.

—Y dígame, ¿qué lo trae por aquí? —inquirió enfocando su mirada entre él y su hija, notándola diferente.

—Pase a ver cómo seguía Meredith —contestó seguro de sí mismo, entendiendo la curiosidad de Joseph.

—Entonces, espero que nos acompañe a cenar —ofreció dedicándole una media sonrisa.

—No quisiera incomodarlos, señor Parker.

—Para nada, tengo mucho que agradecerle, y por favor, solo Joseph.

—Gracias, Joseph, acepto. También llámeme William. —Joseph asintió, agradándole que fuera tan respetuoso y considerado.

—Le diré a Magdalena que pongo un espacio adicional en la mesa. Vengo en seguida, William. —Meredith se encaminó a la cocina, dejándolo con su padre, volviendo a tomar asiento, mientras platicaban.

Joseph pudo apreciar que William era un hombre con pensamientos claros y objetivos, con quien conversar sobre cualquier tema, haciendo que la conversación fuera muy placentera, encontrándolos su hija enfrascados en un tema de actualidad.

Cuando llegaron Adrien y Corbin, se dirigieron al área de comedor, luego de saludar a William, disfrutando de la cena envueltos en un ambiente relajado. Al terminar, pasaron a la sala, donde continuaron conversando.

—William, espero que se repita la ocasión, me ha agradado mucho compartir con usted, pero ahora debo retirarme, hay unos asuntos de la empresa que tengo que revisar antes de acostarme —explicó Joseph poniéndose de pie, al igual que él, estrechando su mano.

—Igualmente, Joseph. Pase buenas noches.

—Papá, recuerda que debes descansar, por favor, no te acueste muy tarde —pidió Meredith abrazándolo.

—Tranquila, hija, no haré nada que vaya en detrimento de mi salud —aseguró besando su frente. Antes de marcharse, sus hijos se despidieron de él.

—Nosotros también nos retiramos, hermanita. Tengo que ayudar a Adrien con un proyecto de matemáticas, sabes que no se les dan bien —apuntilló Corbin, para molestar a su hermano.

—Ya habló el cerebritito de los Parker —bufó el menor elevando los ojos al

techo—. William, algo me dice que nos veremos muy pronto —comentó Adrien tuteándolo, guiñándole un ojo a su hermana.

—Pienso igual. Buenas noches, William —se despidió Corbin, rodeando a su hermano por el hombro, caminando rumbo a las escaleras.

—Me caen bien tus hermanos.

—Son buenos chicos, pero a veces salen con cosas que...

—Son jóvenes, Meredith, a esa edad algunas veces no se piensa antes de actuar. Aunque he visto que tus hermanos son muy centrados, simplemente les gusta bromear —mencionó viéndola a los ojos, recordando las malas decisiones que tomó cuando tenía la edad de Corbin.

—Tienes razón, ellos nunca le han dado motivos de preocupación a mi padre.

—Asumo que a tu madre eso la tranquiliza, por cierto, ¿dónde está? La vez pasada que vine no la vi, y hoy tampoco. —William era muy observador, pareciéndole extraño, no tan solo su ausencia, sino que en ningún momento la nombraron.

Ante su pregunta, Meredith se puso de pie, dándole la espalda, abrazándose a sí misma.

—Ella... —No sabía si sería conveniente decirle lo ocurrido con Grace.

—Perdona, no quise pasarme de curioso —dijo acercándosele, haciendo que se girara para no perder el contacto visual, notando su incomodidad.

—No lo hiciste. Acompáñame, por favor.

William la siguió en silencio hasta el jardín, donde ella se le adelantó unos pasos, absorbiendo todo el aire necesario para hablar, sintiendo que podía confiar en él.

—¿Te pasa algo, Meredith? —indagó preocupado, negando ella con la cabeza, tomando asiento en un banco, ubicándose él a su lado.

—Mis padres se van a divorciar —dijo mirando al frente.

—Lo siento.

—No lo hagas, es lo mejor que pudo sucedernos, no solo a nosotros, sino también a mi padre. —William arqueó una ceja sin comprender.

Meredith se giró para verlo, dejándose llevar por lo que le dictaba su corazón.

—Te diré la razón de que esa noche manejara colmada en llanto, del comportamiento que tuve después, de todo lo que sufrí a causa de la mujer que me trajo al mundo —finalizó derramando un par de lágrimas, que él se

apresuró a quitar con sus dedos.

—Hazlo sí en verdad quieres hacerlo, no porque me debas una explicación.

—William no quería verla llorar, reprochándose por haberle preguntado.

—Gracias, pero en verdad quiero hacerlo. —Él asintió atento a lo que tuviera que contarle.

Meredith volvió a poner la vista al frente, mientras le narraba como su madre solía humillarla desde pequeña, queriendo controlar cada uno de sus pasos, luego ese momento que dio un giro drástico a su vida, descubriendo que traicionaba a su padre con el esposo de su tía, en su misma cama. También como se torturo al pensar que su padre moriría a causa de la fuerte discusión que sostuvo con Grace a su regreso, cuando pensaba descubrirla, teniendo que mantenerse en silencio por temor a que su corazón tuviera una recaída.

Hizo una pausa para secar las lágrimas de dolor e impotencia que aún sentía al recordar todo, para finalizar con lo sucedido hace unas semanas, antes del su accidente y lo ocurrido cuando al fin reveló el adulterio de esos dos descarados, apoyada por su prima, quien también sufrió en silencio como ella.

William ahora comprendía la causa de que aquella mujer altiva, no estuviera en el hospital al lado de su hija, como hubiese hecho toda madre, también el motivo de que la valerosa mujer que tenía a su lado, actuara de ese modo.

Sin que Meredith lo esperara, la abrazó, encontrándose ella segura entre sus brazos, dejándose llevar por lo que la hacía sentir el contacto.

—Lamento mucho que hayas tenido que experimentar todo aquello. —La retiró, tomando su rostro entre sus manos—. Cualquiera hubiese hecho lo mismo que tú, si pensaba que estaba en juego la vida de un ser amado. Por eso tu padre lo comprendió. Es un buen hombre, que no merecía tan vil traición.

La devoción en que él le hablaba, hizo que el corazón de Meredith se llenara de una calidez que la sosegaba, soltándose de su agarre para volver a limpiarse la humedad de su rostro.

—Gracias, William. Creo que esa palabra será una constante entre nosotros —declaró con una débil sonrisa.

—Únicamente espero que tus hermosos ojos no vuelvan a inundarse. Pese a todo, nunca te rendiste en tu desolación, ni cambiaste esa forma especial de ser. Mira que apenas nos hemos tratado, pero te considero hermosa por dentro y por fuera —declaró haciéndola sonreír de oreja a oreja—. Así te quiero ver

siempre, sonriente, feliz.

Por un instante se quedaron viéndose tan intensamente, que Meredith sintió como sus mejillas se calentaban, y William, como sus manos sudaban, refrenando el intenso deseo de besarla.

Poniendo a prueba su autocontrol, se puso de pie, percatándose en su reloj que había llegado la hora de marcharse.

—Meredith, debo irme. Apenas llegué hace unas horas y tengo que aprovechar las horas de sueño al máximo. Mañana tengo que madrugar en el hospital —mencionó tomando sus manos entre las suyas, cuando ella también se levantó—. Me alegra ver que el accidente no dejó secuelas, y que puedes movilizarte como si nada hubiese ocurrido.

—Yo también. Ahora valoraré cada paso que doy por mí misma. Espero que no pasen tantos días hasta volvernos a ver.

—Prometo que haré todo lo posible para que así sea.

—Te acompaño a la puerta.

Atravesaron el jardín hasta salir de la casa, parándose frente al vehículo de William.

—Mañana también me toca levantarme temprano, volveré a la empresa. Cuídate y descansa.

En esta ocasión, fue Meredith quien se empinó, por la diferencia de estatura, para darle un beso en la mejilla, que a él le supo a poco.

—Lo haré. Buenas noches.

Se quedó cruzada de brazos viéndolo encender el vehículo y arrancar rumbo a la salida, esperando volver a verlo pronto.

Capítulo 25



Transcurrieron varios días desde que William visitara a Meredith, encontrándose ella en ese momento, junto a sus amigas y prima en un centro comercial, donde ayudaban a Breny a elegir algunos detalles para su consultorio, cuya decoración estuvo a cargo de Carolina, quien siendo arquitecta, tenía conocimientos en ese ámbito.

—Ya me duelen los pies, hemos visitado todas las tiendas de este inmenso lugar. Termina de decidirte de una vez, Breny —se quejó Julianna, cuando tomaron asiento en el área donde estaban diversos establecimientos de comida.

—Estas falta de ejercicio, tendremos que conseguirte algún entrenador personal que te ponga en forma —respondió con picardía.

—¿Qué tal si vemos una película? —propuso Meredith, a quien su prima pasó a buscar al trabajo.

—Me parece excelente —aplaudió Carolina, aceptando las demás.

Antes de dirigirse al cine, ubicado ahí mismo, el celular de Meredith sonó.

—Hola, William —saludó entusiasmada.

—*Hola, Meredith. ¿Cómo estás?*

William estaba en su consultorio, a punto de salir, pareciéndole buena idea llamarla para invitarla a dar una vuelta, lo que había postergado desde hace días, por no contar con prácticamente tiempo disponible, debido a sus responsabilidades entre el hospital y centro comunitario.

—Muy bien. Junto a mis amigas y prima. Estamos por ver una película.

—*Buen plan para un viernes por la noche.*

—¿Te gustaría acompañarnos? —preguntó de repente—. Claro, si estás disponible.

—*Me encantaría. Dime dónde están.* —De inmediato lo hizo, viendo como las chicas cuchichiaban entre ellas sin dejar de mirarla—. *Nos vemos en un rato.*

Finalizaron la llamada, teniendo Meredith que darle frente a las miles de preguntas que le hacían las chicas.

—Son unas chismosas. Únicamente somos amigos, no tienen que hacer ese alboroto —se defendió mirándolas.

—Por supuesto, y yo soy Anne Hathaway —respondió Julianna burlándose, quien tenía un gran parecido con la actriz hollywoodense.

—Será una noche muy entretenida —comentó Breny observando a su amiga, disimulando una sonrisa.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

A William le fue fácil dar con ellas, quienes lo esperaban en la entrada del cine. En el camino se había quitado la chaqueta y corbata, llevándose las mangas de su camisa a la altura de los codos. Descartando ir a cambiarse a su apartamento, para no perder tiempo.

Al verlo, se acercaron de inmediato a saludarlo, pidiéndole él que dejaran de lado su título, llamándolo solamente por su nombre.

—Justo a tiempo, William —indicó una sonriente Carolina.

—Sí, afortunadamente no había mucho tránsito. ¿Ya decidieron cuál película veremos? —inquirió pegándose al costado derecho de Meredith.

—Estamos entre una de acción o comedia. Pero tal vez te gustaría ver algo de acción —contestó Julianna.

—Es bueno reír de vez en cuando, así que voto por la de comedia —mencionó viendo a Meredith con una sonrisa de lado.

—Yo también —dijo ella devolviéndole la sonrisa, sin que las presentes dejaran de observarlos, ocultando sus risitas, coincidiendo con la elección.

—Eso sí, yo invito —manifestó guiñándole un ojo, sin dejarlas objetar.

Luego de hacer varias filas: la de comprar las boletas de entrada y algo para comer y beber mientras veían la película, ocuparon sus asientos, resultando ser una excelente elección, ya que prácticamente no pararon de reír hasta que terminó.

—Nunca me había reído tanto con una película —expresó Meredith saliendo del cine.

—Ni yo. Además, la trama fue muy interesante —añadió William—. Para cerrar con broche de oro la noche, espero que también me acepten una invitación a cenar.

—Encantada, pero será para otra ocasión, debo terminar un plano en AutoCAD, que presentaré mañana en la constructora donde trabajo —se

disculpó Carolina.

—Y yo quedé de verme con mi novio. Espero que mi invitación siga en pie —indicó Breny sonriéndole.

—Estoy libre de compromisos, así que acepto. —Julianna entrelazó su brazo con el de su prima, viéndola para que también lo hiciera.

—De acuerdo.

—Meredith, ve con William que yo los sigo —sugirió Julianna, luego que se despidieran de Breny y Carolina, pensando que si su prima no tomaba la iniciativa para estar al lado del hombre que le atraía, ella le daría un pequeño empujón.

—Está bien —aceptó, intuyendo lo que pretendía.

William internamente le agradeció a Julianna, permitirle estar un tiempo a solas con ella, que aprovechó para hablar de varios temas, mientras se dirigían a Marliave, un restaurante francés que estaba abierto al público desde el 1875, ofreciendo a sus comensales una variedad de exquisitos platos.

Inmediatamente entraron al establecimiento, fueron recibidos por un mesero, que los llevó a la mesa que ocuparían esa noche, entregándoles el menú cuando tomaron asiento, retirándose para darles tiempo a elegir lo que degustarían.

—Este es uno de los restaurantes favoritos de mi madre —informó William, sentado al lado de Meredith, ambos frente a Julianna.

—Tiene buen gusto, el ambiente es muy agradable —coincidió Meredith.

—Que pequeño es el mundo —pronunció una voz varonil detrás de William, parándose para darle el frente.

—Sí que lo es, amigo —dijo saludándolo—. Te presento a Meredith y Juliana.

—Jonathan Henderson, encantando de conocerte al fin, Meredith —manifestó saludándola, con una sonrisa traviesa bailando en su rostro, luego se dirigió a Julianna—. Vaya, amigo, pareces un jardín, rodeado de flores. —Besó la mejilla de ella, quedándose un momento prendado con su presencia.

—Gracias por el cumplido —respondió notando su atractivo, mientras William y Meredith los contemplaban, ella preguntándose la razón de que hubiese dicho eso sobre su presencia y él notando el modo tan peculiar en que Jonathan veía a la joven de cabello negro.

—William me ha platicado mucho sobre ti —mencionó Meredith volviendo a sentarse.

—Espero que cosas buenas —contestó esbozando una amplia sonrisa.

—Por supuesto que sí.

—¿Te quedas a cenar con nosotros, o tienes otros planes? —indagó William, al percatarse que venía llegando en ese momento.

—Quedé de encontrarme aquí con uno de mis socios y su esposa, pero considero que no lamentaran mucho librarse de mi presencia. Así les doy la oportunidad de tener una cena romántica —explicó mirando a Julianna.

—Eres muy considerado —dijo la prima de Meredith.

—Siempre —afirmó tomando asiento al lado de ella.

William no podía pasar por alto, la forma tan descarada en que su amigo estaba coqueteando con Julianna, divirtiéndole ver como él hacia alarde de todos sus encantos.

—Tu amigo no se anda por las ramas —pronunció en voz baja Meredith, aprovechando que Jonathan conversaba muy entretenido con su prima, quien reía con sus ocurrencias.

—Así es Jonathan, además de un amigo incondicional y un ser humano excepcional.

—A leguas se ve, que aunque tiene un gran sentido del humor, es sincero. Pienso que él y mi prima tienen muchas cosas en común —dijo llevándose una copa de vino tinto a los labios.

Luego de ordenar, Jonathan pidió disculpas para levantarse de la mesa, al percatarse de la llegada de quienes esperaba, justificándose por no acompañarlos, recibiendo su comprensión.

—Todo estuvo exquisito.

—Y eso, que todavía falta que pruebes el *Coulant*, para que entiendas porque es el favorito de mi madre —refirió William, pidiéndoselo al mesero, cuando fue a retirar los platos de la mesa.

Al cabo de unos minutos, Meredith tenía frente a ella un pequeño biscocho con el interior fundido y trocitos de frutos rojos encima. Agarrando una cucharita, William tomó una porción, brotando una cremosa salsa de chocolate que se extendió por el plato, girándose para ofrecérselo directamente en la boca, en un acto íntimo que sus acompañantes no pasaron inadvertido.

Meredith cerró los ojos por un momento, dejando que su paladar absorbiera la suavidad del postre y el sabor del chocolate, abriéndolos para ver la forma tan enigmática en que William la veía.

—Toda una ambrosia —determinó ella, con un deseo irrefrenable de que

sus labios se posaran en los suyos.

Jonathan sonrió al darse cuenta que Meredith también sentía algo muy fuerte por su amigo, asumiendo que solamente era cuestión de tiempo, para que todo fluyera entre ellos.

Llegó el tiempo que dejaran el restaurante, pero no sin que Julianna cediera ante la insistencia de Jonathan, para que le diera su número telefónico, prometiendo él llamarla para invitarla a dar una vuelta por la ciudad, haciendo referencia de que conocía cada rincón, y que con todo el tiempo en que estuvo fuera —según ella le había platicado—, habría más de un lugar a donde podría llevarla.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Te confieso, que hace mucho tiempo que no veo a Jonathan tan entusiasmado —señaló William apagando el motor de su vehículo, luego de estacionarse en la entrada de la casa de Meredith.

—Ni yo a mi prima —respondió ella sosteniendo la mano que él le ofreció, como todo un caballero, para ayudarla a salir del vehículo, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Ha sido una noche especial, gracias por permitirme compartirla contigo —expuso acariciando su rostro, sintiendo ella como su corazón se agitaba con ese simple contacto.

Meredith siempre había sido muy comedida, en su relación con Maxwell, nunca tomó la iniciativa, pero es que William la miraba de una forma que la desarmaba, por eso lentamente acortó la distancia, hasta posar sus labios sobre los de él, sorprendiéndolo.

Para William fue como si las alas de una mariposa lo hubiesen acariciado, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo al materializar un deseo tan anhelado, por eso sin perder un segundo, movió su mano hasta colocarla en la nuca femenina, agachando la cabeza, perdiéndose en el primer beso que compartían.

Obviamente, no era el primer beso de Meredith, aunque le pareció como si lo fuera, al sentir una sensación extraordinaria manifestarse en su interior, con cada movimiento de William, con la forma tan dulce y excitante en que le instó abrir sus labios, para profundizar aquel contacto que la elevaba del suelo.

Sus pulmones gritaron por aire, teniendo que separarse, aún con los ojos cerrados, pegando William su frente a la de ella por un instante.

—Ha sido, maravilloso —confesó él, descubriendo que su corazón

empezaba a latir, por una joven mujer que lo traía literalmente de cabeza.

Meredith había rodeado su cuello, donde seguían sus brazos con temor a que si lo soltaba, sus piernas no podrían mantenerla en pie.

—Gracias —contestó queriendo repetir su hazaña.

Volvieron a mirarse, acunando ella su mejilla en una mano, colocando encima él la suya.

—Siento decirte, que ya no podemos seguir siendo amigos —comentó él sonriendo con descarada sensualidad.

—Y yo, que no lo lamento en lo más mínimo —pronunció ella siguiéndole el juego.

—Que bueno que coincidimos, ya que los amigos, no pueden hacer esto. —William volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad, agarrándola por la cintura para pegarla más a su cuerpo.

Meredith se dejó llevar, sin importarle quienes pudieran encontrarlos, dándole rienda suelta a sus sentimientos, que le decían que de un momento a otro, podría terminar enamorada de William Carrington.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith llegó a primera hora de la mañana de ese sábado, a la empresa familiar, donde algunos empleados pululaban de un lugar a otro, enfrascados en sus respectivos trabajos, hasta el mediodía. Su padre se había quedado en la casa, llevándola su chófer, pues todavía no se sentía con ánimos de manejar.

Se había quedado dormida sonriendo como una boba, delineando sus labios recordando los besos de su príncipe azul, aquel que anhelaba saliera de los cuentos de hadas que leía, y que ahora se presentaba ante ella en carne y hueso.

William la hizo sentir única y especial, al grado de que fuera muy difícil para ella despedirse de él, entre beso y beso, hasta que finalmente se montó en su auto, arrancando con una enorme sonrisa plantada en su varonil y atractivo rostro.

Para él no fue diferente, al llegar a su apartamento, llamó a su amigo para decirle que tenía razón, que la felicidad no le estaba negada, ya que sentía como salía de su interior a raudales. Jonathan le contestó que aparte de loquero, también era psíquico, pues imaginó que su noche terminaría tal y como se la contó, debido a que era muy evidente al verlos juntos.

Sin embargo, William sabía que antes de dar el próximo paso, debía llevarla a un lugar.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Con esto ya terminamos —indicó Meredith, entregándole a su asistente unos papeles que había firmado—. Hanna, te deseo un maravilloso fin de semana —externó con gesto amable.

—Muchas gracias, igualmente —dijo la joven, despidiéndose al salir de la oficina, mientras ella buscaba su cartera y celular, que sonó en ese momento.

—Hola, ex amigo —respondió sonriente.

—*Buenos días, Meredith. Espero que tu amanecer haya sido tan maravilloso como el mío* —expresó montándose en su Audi A7. Ese día no tendría que pasar por el hospital, ni el centro comunitario.

—Te aseguro que así es.

—*Si no tienes algún plan, en este momento paso a recogerte a tu casa.*

—Justo ahora estoy por salir de mi oficina, sin ningún plan en mente, así que acepto sugerencias —mencionó con picardía.

—Tengo varias. Dame la dirección y te paso a recoger.

Meredith lo hizo, quedando él de avisarle cuando llegara, lo cual no le conllevó mucho tiempo.

—Hola, nuevamente —saludó ella recibiendo un roce en sus labios, cuando lo encontró en la salida de la empresa.

William enseguida le abrió la puerta del auto, para luego subir él también.

—¿A dónde piensas llevarme? —preguntó al terminar de ponerse el cinturón de seguridad, girándose para verlo.

—Ya verás —respondió William enigmático, llevándose una de sus manos a los labios, besando sus nudillos.

Meredith se percató como su semblante cambió, pero no quiso seguir cuestionándolo.

Durante todo el trayecto, casi no platicaron, pareciéndole a ella extraña su actitud, pero más aún, el lugar a donde se dirigían.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Confías en mí? —Meredith asintió, esperando que se estacionaran, cuando atravesaron la entrada del cementerio.

En silencio salieron del auto, caminando hasta detenerse en una tumba con rosas blancas.

—¿Quién es Dayana? —volvió a indagar Meredith, viendo como él se agachaba, agarrando una rosa casi marchita.

—Mi primer amor. —Una lágrima rodó por el rostro de William, cuando le

dio el frente, sin avergonzarse por reflejar el dolor que todavía sentía—. Nos íbamos a casar. Tuvimos un accidente, y no pude hacer nada para salvarla, luego, cuando desperté en el hospital, me enteré que con ella también se fue mi bebe —finalizó hundiendo su cabeza entre sus hombros.

—¡Dios! —exclamó Meredith, arrodillándose para rodearlo entre sus brazos, acompañándolo en su dolor, con la vista nublada—. Lo siento mucho, William, no puedo siquiera imaginar lo que fue para ti, lo que debiste sufrir.

Se fueron separando, secando él sus lágrimas, antes de proseguir:

—Por mucho tiempo me culpé, queriendo irme con ellos. Mi existencia jamás fue la misma, Meredith, y he tenido que vivir como un muerto en vida. De la noche a la mañana, perdí la felicidad que había alcanzado al lado de Dayana, negándome la posibilidad de entablar cualquier tipo de relación, hasta que apareciste, logrando reivindicarme de algún modo al salvarte.

William se puso de pie al igual que ella, tomando su rostro entre sus manos, añadió:

—Tu sola presencia logró que mi interior renaciera, por eso, deseo que formalicemos, lo que está naciendo entre los dos. ¿Quieres ser mi novia? —pidió mirándola, atento a su reacción.

—Oh, William. —Meredith respondió besándolo, correspondiéndole él de inmediato, dándole de ese modo su respuesta.

—Procuraré hacerte feliz, tanto o más de lo que me haces al aceptarme —expresó sobre su boca, acariciando sus mejillas.

—No tienes que decírmelo, lo siento aquí —refirió con una mano en el corazón—. Gracias por contarme sobre Dayana.

—Tenía que hacerlo, su recuerdo se mantendrá conmigo, aunque no pienses que vivirás a su sombra.

—Lo sé, cada persona es diferente, y no serías tú si la desterradas de tu mente, así que espero que guardes de ella, solamente aquellos recuerdos felices que vivieron juntos.

—Eres extraordinaria, y yo un afortunado al respirar tu mismo aire, al tenerte junto a mí —expresó volviendo a besarla.

Ante William, se abrió una puerta a la felicidad que no rechazaría, anhelando que su corazón latiera por completo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Un mes después...

Al correr los días, la relación entre Meredith y William se afianzaban más, acrecentando lo que sentían.

Las primeras en enterarse de su noviazgo fueron sus amigas y Julianna, a quienes llamó en conferencia, teniendo que retirar de sus oídos el teléfono, por sus alaridos de algarabía, emocionadas por la noticia. De igual modo, su padre se alegró de que a su vida llegara un hombre poseedor de las cualidades que había notado. En cuanto a sus sobreprotectores hermanos, luego de mostrarse serios frente a William, advirtiéndole que no querían que ella sufriera, esbozaron una gran sonrisa, demostrándole que estaban de acuerdo con su relación.

Jonathan también estaba complacido, con el cambio en la vida de quien consideraba su hermano, al verlo sonreír como no lo hacía desde hace tiempo, compartiendo él esa misma animosidad, ya que seguía frecuentando a Julianna, sintiendo por ella algo muy especial, incluso, estaba a punto de pedirle que fuera su novia.

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! —exclamó William, sentado detrás de su escritorio, cuando su amigo fue a visitarlo a su consultorio.

—No te vayas a burlar, William, te lo advierto —dijo señalándolo con un dedo, parado frente a él.

—Jamás lo haría, amigo, es más, me alegro por ti. —William se puso de pie, acercándose a él, rodeando sus hombros con un brazo—. A diferencia de ti, ofrezco mis servicios de loquero completamente gratis.

—Muy gracioso, William.

—Espero que esta vez, Julianna sea la definitiva —mencionó separándose.

—Hasta ahora, todo marcha bien entre ambos. Descubrí que tenemos cosas en común y casi el mismo sentido de humor irreverente —declaró sonriente.

—Deseo que seas feliz, hermano, lo sabes.

—Sí, también espero lo mismo para ti.

Un toque en la puerta los hizo voltearse.

—Adelante. —Mandó a pasar William, iluminándosele el rostro al ver de quien se trataba.

—Buenas tardes, chicos —saludó Meredith, dándole un beso en la mejilla a Jonathan y uno en los labios a su novio.

—Bueno, creo que ya no me necesitaran por aquí. Los dejo, eso sí, no hagan nada que yo no haría —apuntó con malicia Jonathan, arqueando una ceja, despidiéndose.

William se recostó del escritorio, atrayendo a su novia por la cintura, quien colocó una bolsa en el mismo.

—Estas sorpresas me encantan —dijo sobre su boca, antes de besarla, calentando su sangre con aquel contacto.

—Entonces, tendré que hacerlo más seguido —respondió al separarse, rodeando su cuello con sus brazos, y él su cintura con los suyos.

—Excelente. Por cierto, mis padres ansían conocerte.

—Y yo a ellos.

—Por hoy ya terminé mis consultas, solamente debo pasar visita a algunos pacientes que están ingresados. Si lo deseas, podemos ir a visitarlos.

—¿Sin avisarles antes?

—Sí, quiero que conozcan a la mujer que ilumina mis días —declaró besando su cuello.

—De acuerdo, pero antes, quiero que comas lo que te traje. Estoy casi segura que no has probado bocado, doctor Carrington —mencionó separándose de él, sacando de la bolsa una ensalada con trozos de pechuga a la plancha y una batida de fresa, que todavía permanecía fría, por el tipo de envase en que se encontraba.

—¿Preocupándose por su doctor, señorita Parker? —bromeó volviéndola a tomar por la cintura, para pegarla a su cuerpo.

—Una de mis responsabilidades de novia, es velar porque estés bien, empezando con tu alimentación. Así que vamos, comételo todo y después nos vamos a visitar a tus padres.

—Te confieso que tengo ganas de probar otra cosa —dejó salir sin pensarlo, causando que sus mejillas enrojecieran, imaginando de lo que se trataba, lo que él percibió de inmediato—. Discúlpame, vida mía.

Llamarla así terminó de desalmarla, luego prosiguió:

—Nunca haré nada que no desees, ¿okey? —aseguró levantándole la barbilla con un dedo—. Prometo comer hasta el último bocado —mencionó dándole un beso rápido, sentándose detrás de su escritorio para cumplir con lo dicho.

Meredith se lo agradeció, viéndolo saborear todo con deleite, ofreciéndole varias veces, sin que ella pudiera rechazarlo, como tampoco lo haría llegado aquel momento, que muchas veces soñó luego de conocerlo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Luego de que William terminara sus responsabilidades en el hospital, se

dirigió junto a Meredith a la casa de sus padres, llamándolos para avisarles que irían, a petición de ella. Durante el trayecto él nunca soltó su mano, diciéndole que en cuanto sus padres la conocieran, la adorarían.

Ella se quedó observando como los últimos rayos del sol caían en la ciudad que se extendía ante ellos, una de las más antiguas de Estados Unidos, disfrutando de un clima agradable, que en los próximos meses se tornaría frío, llegando incluso a nevar.

Pasaron cerca de la bahía *Back*, en la desembocadura del río *Charles*, con el centro de Boston detrás, quedándose Meredith absorta en las embarcaciones que se extendía por todo el puerto.

—Estás muy pensativa. ¿Algo te preocupa? —indagó William, desviando su vista del frente para enfocarla.

—No, solamente recordaba cuando era pequeña, y venía con mi padre a navegar por la bahía, en el yate que teníamos, pero que terminó vendiendo. Lamenté que lo hiciera, ya que me fascinaba navegar, sentirme en contacto con el mar era algo grandioso —explicó acomodándose en el asiento, para observar su perfil.

—Creo que eso se puede solucionar —moduló viéndola de una forma que la dejó intrigada, acercándose a una zona exclusiva, similar a donde ella vivía.

—¿No me dirás qué tienes en mente? —Él negó con la cabeza, mirándola con cierta picardía.

Pasaron a través de dos pilares de piedra a lo largo de un camino bordeado de árboles, llegando una casa con una arquitectura imponente, un vestigio muy bien conservado de una época pasada, hecha de ladrillo en su totalidad, con ventanales de cristal, de dos niveles.

Desde afuera se podía percibir que era acogedora y amplia.

Luego de salir del Audi, William la asió por la cintura adentrándose en el hogar de sus padres, decorado con estilo clásico al mejor estilo inglés.

—Le avisaré a sus padres que están aquí —indicó el ama de llaves, después de saludarlos.

—Gracias, pero no será necesario, ahí vienen —comentó sonriente William.

De uno de los salones, Meredith vio salir a un hombre de edad madura, pero bien conservado, muy parecido a su novio, hasta en la estatura y una mujer unos años menor que él, con el mismo color de ojos de su hijo, pero con el cabello castaño.

—Bienvenida. —Adele la sorprendió, abrazándola con efusividad.

—Les presento a mi hermosa novia, Meredith Parker —mencionó, luego añadió—: Mis padres, Adele y Bernard Carrington.

—Hijo, ya entiendo porque estás comportándote del modo que lo haces —dijo observándola—. Permíteme decirte que eres muy hermosa.

—Gracias, señor Carrington —respondió sonriente.

—Desde ya te pediré un favor, llámanos por nuestros nombres, nada de señor y señora —propuso Adele, sosteniéndole una mano, mirándola con ternura.

—Así es, Meredith —añadió Bernard, agradeciéndole ella el gesto.

Se dirigieron a uno de los salones, donde platicaron por un rato, comportándose Adele con ella como si tuviera tiempo conociéndola, incluso diciéndole algunas travesuras que hizo de pequeño William.

—Espero que se queden a cenar —invitó Adele.

—¿Qué dices? —indagó William, sentado al lado de ella.

—Por supuesto, gracias por la invitación —respondió sonriente.

Mientras esperaban que estuviera lista la cena, Adele se quedó a solas con Meredith, pues William se fue al despacho con su padre, para tratar un asunto.

—Mi querido hijo ha sufrido mucho, gracias por devolverle la alegría —mencionó agarrando sus manos entre las suyas, sentada junto a ella.

—No tiene nada que agradecerme, Adele. También me hace muy feliz —aseguro viendo directamente a esos ojos, tan parecidos a los de William, asumiendo que hablaba de la tragedia de Dayana.

Disfrutaron de una deliciosa cena, admirando Meredith la forma en que William se comportaba con sus padres, quienes reflejaban cuanto lo querían, una relación que seguía afianzándose con los años.

—Espero verte pronto, querida —pidió Adele despidiéndose, parada al lado de su esposo, en la puerta que daba al exterior de la casa.

—Yo también. Gracias por hacerme sentir en familia.

—Mamá, papá, luego hablamos. —William besó a su madre y le dio un abrazo a su padre, agradecido por la forma en que se comportaron con su novia.

—Tus padres son maravillosos —comentó Meredith, cuando arrancaron rumbo a su casa.

—Soy muy afortunado al tenerlos —dijo sinceramente—. Ah, desde ya quiero que saques un hueco en tu apretada agenda, para el próximo sábado,

pero no me preguntes a dónde te llevaré. Lo único que puedo decirte, es que te gustará —afirmó enigmático.

—Okey, misterioso doctor Carrington, eso puede arreglarse, incluso este sábado no tengo que pasar por la empresa, así que corres con suerte.

—Excelente, pues quiero que me lo dediques por completo —solicitó dándole un beso rápido, aprovechando la luz roja.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—No te vayas todavía, quédate aunque sea unos minutos más —sugirió Meredith viéndolo, cuando se estacionaron frente a su casa.

William se quitó el cinturón de seguridad, para acercarse a ella.

—No tienes que pedírmelo, ¿es que no te has dado cuenta que si por mí fuera, pasaría cada milésima de segundo a tu lado? Cuando no estamos juntos, siento como si me faltara una parte de mi ser —confesó rosando sus labios.

—William —pronunció dejándose dominar por todo lo que sentía, rodeándolo por el cuello para besarlo con pasión, mientras él casi cubría su cuerpo con el suyo, dejando vagar una mano por su cadera, hasta llegar al dobladillo de su vestido y acariciar sus piernas.

—Espera —pidió en un hilo de voz, deteniéndose él, con la respiración entrecortada, pegando su frente a la de ella, con los ojos cerrados. Meredith peinó su cabello, también tratando de controlarse.

—Será mejor que me vaya —dijo vencido, cuando en realidad lo que anhelaba era perderse en ella.

William tenía años en celibato, ya que no le atrajo estar con alguien, por el mero hecho de desfogarse, como hacía en el pasado, hasta que conoció a Dayana, entregándose a una mujer porque así lo dictaba su corazón.

Según iba pasando el tiempo, sus sentimientos por Meredith se incrementaban, con cada momento compartido, con sus pláticas por teléfono, cuando sus responsabilidades le impedían encontrarse, cada vez que se besaban como en aquel instante, siendo muy difícil para él controlar el tsunami de sensaciones que ella le producía.

Meredith notó su tribulación, imaginando que estaban sintiendo lo mismo, pues en su interior, deseaba al fin entregarse al hombre, elegido por su corazón, aunque todavía no le había dicho, lo que realmente sentía por él.

No supo en que momento, pero se había enamorado de William Carrington, sintiendo como ese maravilloso sentimiento, afianzaba sus raíces, en un

corazón que solamente él hizo latir, descontroladamente.

—De acuerdo —aceptó sin decir nada más, dándole un casto beso antes de salir del vehículo, viendo como él retomaba su posición frente al guía.

—Descansa, vida mía —se despidió William, partiendo con destino a su apartamento.

Meredith no imaginaba lo que encerraba aquel diminutivo cariñoso para William, no sabía que ella lo había vuelto a la vida, haciendo renacer su corazón.

Capítulo 26



Días después...

Aquel viernes en la noche, Loraine había invitado a Jonathan a cenar a su casa, con la intención de conocerlo, pues su hija no paraba de hablarle de él, emocionada con cada palabra dicha.

—Tienes un grandioso sentido del humor, Jonathan —pronunció Loraine, sentada en la cabecera de la mesa, entre él y su hija, quedando ellos frente a frente—. Hace mucho que no me reía tanto —añadió luego de que él hiciera alarde de una de sus ocurrencias.

—Gracias, Loraine. Soy de los que piensan que reír te alarga la vida, por eso procuro apoyar esa creencia —comentó sonriente, viendo a Julianna de un modo especial.

—Y a ti se te da de maravilla —expuso ella, sintiéndose feliz al ver como él se comportaba con su madre, tratándola en todo momento con respeto, haciéndola reír como no lo hacía desde lo sucedido con su padre, demostrándole que era un hombre muy especial, capaz de alegrar la vida de cualquier mujer.

Al terminar de cenar, pasaron a un salón de la casa, donde tomaron algunas copas de vino, conversando en un ambiente relajado, hasta que llegó el momento de que Loraine se despidiera, intuyendo que ellos necesitaban un tiempo a solas, por la forma de mirarse y sonreírse mutuamente.

—Gracias por venir, Jonathan, ha sido un placer conocerte.

—El agradecido soy yo, Loraine, al compartir con dos mujeres hermosas y excepcionales —declaró parado frente a ellas, sonriéndoles.

—Este chico es de los buenos, hija, confía en mí. —Loraine le guiño un ojo a Julianna. Finalmente se despidió de Jonathan, dejándolo solos.

—Mi mamá y sus cosas —comentó desviando la mirada de él, consiguiendo que se acercara a ella, agarrando con ternura su barbilla para que lo enfocara.

—¿A qué le temes? —inquirió intrigado Jonathan, dándose cuenta de su recelo.

—A ser lastimada —confesó, temiendo sufrir como su madre, por la traición del hombre que amaba con todo su corazón.

—No soy el hombre perfecto, Julianna, pero te aseguro que primero me cortarías las manos, antes de hacerte sufrir —declaró viéndola fijamente—. Dame la oportunidad de entrar en tu vida, es lo único que te pido. ¿Sí?

—Sí —respondió dándose la oportunidad de amar y ser amada, asumiendo que no todos los hombres son iguales. Además, llevaba más de un mes tratándolo, saliendo en ocasiones a visitar lugares nuevos en la ciudad, o hablando hasta tarde por teléfono, mostrándose él siempre atento, incluso detallista.

A Jonathan su respuesta le supo a gloria, acercándose a sus labios para estamparlos con los suyos, en un beso que llevaba días ansiando. Instintivamente ella le rodeó el cuello, profundizando un beso que al pasar de los segundos se intensificaba, sin darse cuenta como Loraine los miraba sonriente, deseando que su hija fuera inmensamente feliz.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Jonathan manejaba rumbo a su apartamento, cuando su celular sonó, activando el manos libres para contestar.

—Buenas noches, cariño —saludó con voz enamorada.

—*El día que dejes tu sentido del humor, sabré que te perdimos* —respondió William, riéndose detrás de la línea—. ¿Cómo estás?

—El las nubes, hermano. —Jonathan le narró a su amigo lo ocurrido con Julianna.

—*Me alegre mucho, ya era hora que te dieras la oportunidad de amar.*

—No te lo negaré, como que también, procuraré disfrutar cada minuto al lado de Julianna —afirmó deteniéndose en una luz roja, imaginando su rostro—. Por otro lado, te cuento que ya tengo todo listo, según sus deseos, alteza.

William le siguió el juego:

—*Eso espero, de lo contrario te mandaré al calabozo por un mes.* —Ambos estallaron en carcajadas—. *Gracias por todo, hermano.*

—No las des, sabes que conmigo puedes contar, al igual que yo contigo.

—*Así es. Ahora te dejo, hoy tuve que intervenir a un paciente y la cirugía por un momento se complicó, tomándose más tiempo de lo programado. Afortunadamente todo salió según lo esperado.*

—Que bueno saberlo. Deseo que todo salga de maravilla mañana.

—*Gracias, hablamos.*

William se sentía expectante, emocionado, esperando también que la sorpresa que le tenía preparada a Meredith, resultara de su agrado.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Esa mañana del sábado, el sol brillaba con mayor intensidad, despertando Meredith entusiasmada al saber que vería a su príncipe —como internamente lo llamaba—, luego de que no pudiesen casi verse en la semana, por sus respectivas responsabilidades, aunque siempre procuraban llamarse, o mandarse algunos mensajes por *WhatsApp*.

Su padre y hermanos se habían ido por todo el fin de semana, en un viaje exclusivamente de hombres, según alardeó Adrien, cuando le informaron, llevando consigo todo lo necesario para acampar al aire libre. Joseph aprovecharía al máximo ese tiempo compartido con sus hijos, enseñándoles todo lo aprendido cuando fue *boy scout*.

William le recomendó que se vistiera con ropa cómoda, pero sin darle ninguna pista de donde irían, por más que le insistió. Por eso decidió vestir pantalones cortos blancos, blusa holgada en combinación, dejando al descubierto un hombro y sandalias planas.

—Mi niña, tu novio acaba de llegar —informó una sonriente Magdalena, entrando en su habitación, luego de que ella bajara a desayunar y regresara a esperarlo mientras leía un libro.

—Gracias, Magda —respondió saltando de la cama, regresando el libro al librero—. Por favor, dile que me espere en el salón, bajaré en seguida —pidió amablemente, entrando su celular en su bolso.

—Dijo que te esperaría afuera. Así que no lo hagas esperar mucho —comentó feliz, de que su querida Meredith tuviera en su vida, a un hombre que a miles de kilómetros se veía que la amaba, sus años de vida así se lo garantizaban.

—Okey —pronunció dándole un beso en la mejilla, dirigiéndose a donde la esperaba sin dilación.

Al salir, Meredith se quedó de piedra ante la imagen frente a ella.

William se encontraba recostado en una *Harley-Davidson*, cruzado de brazos, ataviado con una chaqueta de cuero negra, que cubría una camiseta blanca ceñido a su torso, *jeans* negros ajustados y botas estilo militar, ocultando sus ojos detrás de unos lentes de sol, sonriéndole con suma

sensualidad, luciendo más joven de lo que era, y arrebatadoramente sexy.

Definitivamente, un príncipe de un cuento de hadas moderno, que había cambiado su corcel blanco, por una motocicleta negra.

William dejó su posición encaminándose hacia ella.

—Buenos días, señorita Parker, ¿está lista para nuestra travesía? —inquirió rodeando su cintura con un brazo.

—Por supuesto que sí, doctor Carrington, aunque no sepa dónde vamos —mencionó sosteniéndose en sus hombros, mientras él bajaba la cabeza para besarla, haciéndolo durante un momento, embriagado por sus sentimientos.

—Entonces, no perdamos tiempo —propuso separándose, agarrándola de mano, para dirigirse a la motocicleta, ayudándola a subirse, poniéndole un casco protector.

William arrancó, mientras ella lo rodeaba por la cintura, pegándose a su espalda.

Tiempo después de que iniciaran el recorrido, fue disminuyendo la velocidad, dirigiéndose al puerto, donde habían varios yates anclados de diversos tamaños, recordando Meredith la conversación que tuvieron cuando la llevó a visitar a sus padres, hacía justamente una semana.

—Llegamos, espero que te guste la sorpresa —mencionó William estacionándose, luego la ayudó a desmontarse de la *Harley*.

—¿A caso es lo que estoy pensando? —preguntó emocionada, deleitada con lo que se presentaba frente a ella: una hermosa postal en vivo, con el mar de fondo, cielo completamente despejado y embarcaciones que se movían al compás de la corriente.

William la envolvió con sus brazos por detrás, para responderle:

—Sí. Hoy volverás a sentir el viento rozar tu hermoso rostro. Aunque no navegaremos muy profundo, solamente tomé unas horas de clases —se disculpó.

—A mí lo único que me importa es estar a tu lado —afirmó girándose para verlo, sin salir de sus brazos.

Él le sonrió acariciando sus labios con los suyos, agradecido con Jonathan, quien lo puso en contacto con un conocido, que le dio las pautas para dominar la embarcación, además de prestársela.

Esa fue una de las razones de que tampoco pudiera pasar más tiempo con su novia, ya que aparte de todas sus responsabilidades, tuvo que asistir a las clases de navegación, resultando ser un estudiante aventajado, al absorber

rápido todo cuanto le enseñaron.

Agarrados de las manos, se dirigieron al yate de proporciones medianas, con un diseño moderno y que en su interior tenía todo lo necesario para la pequeña travesía que les aguardaba.

William fue el primero en adentrarse a la embarcación, ayudándola a que hiciera lo mismo, dándole un recorrido por el interior, adecuado cada espacio al tamaño de la embarcación, descubriendo una cocina con lo justo, una mesa rodeado de asientos acolchados que servía también de comedor, la habitación tenía una cama tamaño normal, con una mesita al lado, un sillón en una esquina, además de una venta.

Meredith se quedó observando una puerta que imaginaba conducía al baño, sintiendo como su cuerpo vibraba cuando le habló al oído, pegado a su espalda.

—Si lo deseas, puedes refrescarte, mientras yo preparo todo para nuestra travesía marina —sugirió, asintiendo ella en respuesta.

Tuvo que lavar su rostro varias veces, al sentirse acalorada, sabiendo que estarían completamente solos, como fantaseo muchas veces, culpando a su subconsciente por recrear en su mente, imágenes apasionadas entre ellos dos.

—Vamos, Meredith, compórtate como la adulta que eres —se dijo dándose fuerzas frente al espejo, secándose el rostro.

Subió por las escalinatas del yate para encontrarse con William, quien se había quitado la chaqueta y las botas, mostrando como la camiseta se pegaba a su torso, como si fuera una segunda piel, destacando sus musculosos brazos, provocando que a Meredith se le secase la boca.

—Vida mía, por favor, tráeme algo de tomar. Jonathan se encargó de suplirnos de todo lo necesario —reveló mirándola con intensidad, cuando descubrió su presencia.

—Claro... claro —balbuceó bajando rápidamente a la cocina.

William deseaba regalarle un día perfecto y diferente, por eso fue a buscar a casa de sus padres la *Harley-Davidson Dyna Street Bob*, que Bernard gestionó para que enviaran desde Londres a petición de su hijo, siendo su medio de transporte cuando vivían en Inglaterra.

Pensó que Meredith estaba tardando más de lo necesario, desistiendo de soltar el ancla para buscarla.

En el camino chocaron, perdiendo ella el equilibrio, impidiendo William que cayera pegándola a su cuerpo. Meredith dejó caer la lata de soda sin que

les importara, debido a que a él le urgía besarla como si el mundo se acabara después, evidenciando su necesidad por entrar en cada poro de su piel.

Meredith también se entregó por completo, profundizando un beso que se convertía en algo demoledor para ambos, sin querer despegarse cuando el aire les faltó.

—Bésame, no dejes de hacerlo, mi amor —pidió ella sobre sus labios, consiguiéndolo de inmediato.

William ya no pudo seguir resistiéndose, cargándola para llevarla a la habitación sin perder el contacto, sintiéndola temblar en sus brazos, hasta acostarla con toda la delicadeza que ella merecía, pendiente a cada una de sus reacciones.

—Eres mi vida, Meredith Parker; conseguiste que este órgano cuya única función era bombear sangre —manifestó con una mano en el corazón, apoyando la otra en la cama, mientras ella yacía debajo de él—, volviera a latir como nunca, haciéndome amar de una forma que no sabía que existiera. Aunque es la primera vez que te lo digo, deseo que tengas la certeza, de que te amo con todo mi alma, con todo mi corazón.

Sus palabras originaron, que Meredith dejara vagar por su rostro lágrimas de felicidad, que él se ocupó de limpiar con sus dedos, viéndola con todo el amor confesado.

—Te amo, William y estoy dispuesta a entregarte, no solo mi corazón, sino también lo que sin saberlo, estaba guardando para ti —declaró provocando que el corazón de él casi explotara.

Sin perder un segundo, empezó a repartir besos por su rostro, bajando a su cuello, recorriendo con sus manos todo su cuerpo, levantándose de la cama para quitarse la camiseta, sin perder el contacto visual con los ojos de Meredith, de una tonalidad de azul parecido a los suyos. Ella también lo hizo, acercándose a él.

Ambos dejaron que el amor que sentían los fuera guiando, hasta deshacerse de la última prenda que impedía mostrar sus pieles, deleitándose William con su desnudez, al comprobar la hermosura de toda su anatomía, mientras a ella se le aceleraba el corazón, al descubrir su majestuoso cuerpo, sintiéndose nerviosa al darse cuenta de su evidente excitación.

William la cargó nuevamente para regresarla a la cama, envistiendo lentamente su boca con su lengua, quedando encima de ella, mientras Meredith con manos temblorosas, acariciaba su espalda.

—Vida mía, jamás te dañarías. Por favor, confía en mí —pidió besando sus ojos, al percatarse de su nerviosismo.

—Con mi alma y corazón. —Su respuesta fue el permiso que William necesitaba, para ser partícipes de un momento mágico, que guardarían en sus corazones por siempre.

Con su boca recorrió cada centímetro de su cuerpo, hasta sentir que estaba lista para recibirlo, abriendo sus piernas con cuidado para posicionarse entre ellas. Antes de adentrarse a ese espacio cálido que gritaba por recibirlo, la miró a los ojos, reafirmando en ellos que su anhelo era compartido.

Las reacciones de Meredith le hicieron pensar que no había tenido intimidad con ningún hombre, por eso se introdujo despacio hasta encontrarse con el impedimento que lo comprobaba.

—Lo siento, amor —se disculpó sobre sus labios, rompiendo la barrera que la hizo contraerse, gimiendo por la incomodidad provocada.

Meredith poco a poco, a raíz de los movimientos pausados de William — cuando se introdujo por completo—, fue relajándose, entrelazando sus piernas en su cintura, sintiendo un placer jamás experimentado, con el aditivo fundamental de entregarse en cuerpo y alma, al hombre que amaba.

William procuró hacerla sentir amada en todo momento, siendo sumamente cuidadoso, mientras juntos se acercaban a la cúspide de su primer encuentro, originando que el amor que sentía Meredith por él se incrementara, intercambiando gemidos de placer, contribuyendo la marea con sus movimientos.

—Te amo, vida mía —declaró William una vez más, dejándose ir.

—Te amo, mi príncipe de cuento de hadas —manifestó Meredith, sintiendo como si su cuerpo rompiera las leyes de la gravedad, teniendo la seguridad de haber encontrado su alma gemela.

Capítulo 27



Roma, Italia

Aeropuerto Internacional de Fiumicino.

—Señor, todo listo para abordar el jet —informó Aldo a su jefe, quien se puso de pie de inmediato, sentado en uno de los salones VIP, franqueado por 3 hombres más que le servirían de escolta.

Dick había conseguido mucho dinero, además de enemigos, incluso en más de una ocasión tuvo que escapar del largo brazo de la ley, teniendo que mantenerse en perfil bajo por un tiempo, y sobornar a quien pudiera evitar que lo llevaran a la cárcel. Por esa razón nunca viajaba solo, ya que debía cuidarse bien las espaldas.

—De acuerdo, no perdamos tiempo —respondió poniéndose sus lentes oscuros.

A raíz de los resultados de sus investigaciones, su destino sería el Aeropuerto Internacional Logan de Boston, Massachusetts, Estados Unidos. Tendría que soportar 9 horas de vuelo, pero eso a él no le importaba, con tal de conseguir su objetivo.

—Voy por ti, Meredith —afirmó caminando con pasos decididos y su vista al frente.



Boston, Massachusetts

EE. UU.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —inquirió William acariciando la espalda

desnuda de Meredith, mientras ella escondía su rostro en su cuello, con sus piernas entrelazadas debajo de las sabanas, abrazándolo por la cintura.

—Navegar —respondió besándole el cuello.

—Aunque me gustaría hacer otra cosa, los deseos de la mujer que amo son prioridad —mencionó buscando su rostro, besándola con deleite, entendiendo ella a lo que se refería, pero aún estaba algo adolorida, comprendiéndolo él, por eso no insistió.

Ya vestidos, salieron a cubierta, dejándola William un momento para levantar el ancla, luego caminaron hasta el timón, poniendo en práctica lo aprendido, para darle vida al motor de la embarcación.

—¿Puedo intentar?

—Por supuesto, ven. —William le di espacio para que se pusiera delante de él, frente al timón, así condujeron el yate hasta una distancia prudente, luego apagó el motor, dejando que la brisa marina moviera sus cabellos y los rayos del sol los envolvieran.

—Gracias por darme un día perfecto, en todos los sentidos —manifestó Meredith girando el rostro para besarlo, regresando su vista al frente, perdiéndose en la profundidad del mar.

—Gracias a ti, por existir, por permitirme alojarme en tu corazón, como tú estás en el mío —susurró en su oído, afianzando su abrazo, recostando ella su cabeza a un lado de su cuello.

Así duraron por algún tiempo.

—Ahora vamos a la cocina, te prepararé algo para que comamos, de ese modo recobramos fuerzas.

—Me parece bien. Quiero ver si te desenvuelves también en la cocina como en el quirófano —bromeó ella, poniéndose frente a él, abrazándolo por la cintura.

—¿Acaso dudas de mí? —indagó arqueando una ceja, divertido.

—Nunca lo haría, amor —afirmó, regalándole una radiante sonrisa.

Bajaron a la cocina luego de soltar el ancla, demostrándole él lo bien que se manejaba, disfrutando de lo que preparó, mientras conversaban.

Antes de caer la tarde, regresaron al puerto, dejando William la embarcación como la encontró, anclada y todo apagado. Había acordado con Jonathan que pagaría a alguien para que limpiara, incluso botó a la basura la prueba de que Meredith era más que su novia, siempre atento hasta el más mínimo detalle.

—¿Lista para irnos? —indagó cuando llegaron tomados de manos, hasta donde había estacionado la *Harley*.

—No quisiera que el día terminara —confesó Meredith mirando el yate, luego a él.

—Yo tampoco, pero si lo deseas, podemos ir a mi apartamento, luego te regreso a tu casa.

—Contigo, amado mío, iría al infinito y más allá —expreso sonriente, contagiándolo.

—Me encanta como piensa esa hermosa cabecita tuya —admitió besándola su frente—. Entonces, no perdamos tiempo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Luego de estacionarse en el sótano de un vanguardista edificio, entraron al ascensor hasta detenerse en el 7mo piso. William abrió la puerta de su apartamento, que lucía una decoración sobria, típica de un hombre soltero, con todo el mobiliario necesario para su comodidad.

No era la primera vez que Meredith pisaba el lugar, ya que él quiso mostrarle donde vivía, y ella encantada aceptó, experimentando uno de esos momentos que los dejaba a ambos sin aliento, pero que lograban controlar, teniendo que marcharse de inmediato. Sin embargo, ahora veía con otros ojos el hogar del hombre que la había hecho sentirse mujer, queriendo incluso impregnar algún detalle suyo en la decoración.

—Me daré un baño, cualquier cosa, ya sabes donde está todo —refirió besando la punta de su nariz, luego se dirigió a su habitación.

Meredith se quedó por un rato en la sala, debatiéndose entre seguir haciendo lo que le dictaba su corazón o esperarlo a que regresara, pero lo primero era más fuerte, dominando sus pasos —dejando su bolso en el mueble —, hasta abrir la puerta de la habitación, deteniéndose al llegar a la del baño, en donde escuchó el agua caer.

William estaba a espaldas de ella, por eso no se dio cuenta cuando se deshizo de su ropa y sandalias, tomándolo por sorpresa al ingresar a la ducha.

—Hola. —William la recibió con una gran sonrisa, bañándose juntos entre caricias compartidas. Luego al salir, él tomó las precauciones necesarias para que sus cuerpos volvieran a fundirse en uno solo, sin temer en las consecuencias.

Pero la felicidad de él iba en ascenso, cuando Meredith le dijo que deseaba

amanecer entre sus brazos, luego de que prepararan algo de cenar, e ir por su bolso para avisarle a Magda que se quedaría a dormir en casa de su novio, para que no se preocupara. La mujer no la cuestionó en ningún momento, instándola a que se cuidara.

Esa noche durmieron abrazados, sintiéndose dichosos de compartir un amor como el suyo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William fue despertándose lentamente, motivado por un sonido que pudo identificar, levantándose de la cama teniendo cuidado de no despertarla, depositando un beso en su nuca.

Poniéndose un pantalón de chándal, se dirigió a la sala para abrir la puerta, sintiéndose el hombre más feliz del mundo, comprobando que eran las nueve de la mañana.

—Este mundo no tiene salvación, mira que desapareciste todo el día, dejándome comiéndome las uñas, literalmente, sin tener la delicadeza de contarme como te fue —se quejó Jonathan entrando al apartamento, mirándolo fingiendo indignación.

—Buenos días para ti también —se burló William, cerrando la puerta.

—Por lo que veo en tú rostro, te fue muy bien, es más, imagino porque no me llamaste —refirió cruzándose de brazos, con una risa curvada.

—Tal vez tienes razón, pero soy un caballero, así que te quedaras con la duda — mencionó sonriente, dirigiéndose a la cocina, donde se puso a maniobrar con la cafetera eléctrica, para preparar café.

Jonathan le siguió los pasos, observándolo.

—No pienses que soy una vieja chismosa. —Sonrió—. Solamente quiero cerciorarme si eres feliz, sabes que eso también me haría feliz a mí. —Se acercó y puso una mano en su hombro.

—Jamás me he sentido tan feliz en toda mi existencia, hermano. Amo a Meredith inmensamente. Así que únicamente te diré, que fue un día impresionante, en todos los sentidos.

—Me alegro mucho. ¿Sabes? Me tenías muy preocupado. —William arrugó la frente, pensando si no podía estar serio por un minuto, imaginando por donde iría el rumbo de la conversación—. Hablé con algunas personas, incluso con el padre de la iglesia a la cual acude mi familia, él me vio crecer, por eso sabía que me ayudaría a buscar información para que te la suministrara, y así supieras cuáles son los requisitos para convertirte en

sacerdote, debido a que ¡hombre! No se puede vivir solamente de pan y agua, la vida tiene muchos placeres y hay que disfrutarlos —explicó todo con seriedad, pero luego estalló en carcajadas, contagiando a William, quien temió por un momento que despertaran a Meredith.

—Discúlpame, pero no pudo evitarlo —dijo cuando se calmó.

—Descuida, te conozco bien, así que no me sorprende. Aunque te hago la salvedad, que mi celibato pasó a la historia —confesó con una sonrisa triunfal.

— ¡Grandioso! —Jonathan propinó varias palmadas en su espalda, como un padre orgulloso de su hijo—. Y cuéntame galán, ¿qué planes tienes para hoy?

—Pensaba quedarme aquí, además... no estoy solo.

—Esto se pone mejor de lo que pensé. En ese caso, me marchó, no quiero interrumpir a los tortolitos, pues imagino que... mejor no digo nada. —Hizo una señal cerca de su boca, como si pusiera un cierre con candado y arrojara la llave, eso provocó que volvieran a reír.

William se despidió de él acompañándolo hasta la salida, agradeciéndole nuevamente por organizar todo lo del yate.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith despertó, percibiendo el aroma varonil de William impregnado en todo su cuerpo; estirándose sintió algunas molestias en partes específicas, recordándole que lo vivido no fue otro de sus sueños.

Al girarse sobre la cama se percató de que estaba sola, levantándose cubriendo su desnudez con la sabana, para buscar en el closet de su príncipe, algo que ponerse, escogiendo una sudadera que le llegaba hasta los muslos.

Buscó en su bolso el celular para ver si su padre se había comunicado, al acordar que le mandaría un mensaje por día para decirle como estaban. En la cena le platicó a William donde se encontraban él y sus hermanos.

La tranquilizó leer el mensaje donde indicaba que todo iba de maravilla.

De repente la puerta de la habitación se abrió, llenando todo el lugar con su presencia el hombre que amaba.

—Justo es la imagen que desearía ver en cada despertar —declaró William acercándose a ella, acunando su rostro entre sus manos. Agachando la cabeza añadió entre beso y beso—: Buenos días, vida mía.

—Buenos días, mi amor. ¿Qué te parece si esta vez preparo yo algo de comer? Tengo hambre.

—Excelente, también yo, pero de tus besos, de devorar todo tu cuerpo —

manifestó William, dejando salir una sensualidad desconocida para ella hasta ese momento, viéndola con deseo.

—Creo que tenemos tiempo para saciarnos un rato con nuestros besos, luego, a comer, doctor Carrington —informó fingiendo seriedad, pero a punto de claudicar, pegándose a su cuerpo.

—Como ordene, mi amada señorita Parker. —Se besaron hasta quedarse saciados.

Ya en la cocina, se dio cuenta que pasaban de las 11 de la mañana, por eso decidió preparar una pasta Alfredo. Haciendo una inspección rápida, se percató de que no le faltaría ningún ingrediente, agradeciendo la eficiencia de la señora contratada por William.

—Si deseas puedo ayudarte con la ensalada —propuso él, besándole el cuello por detrás, sosteniéndola por la cintura mientras ella se empinaba para sacar un recipiente de una de las gavetas en la parte superior.

—Me parece justo —dijo separándose de él, o de lo contrario se le arrojaría encima, sorprendida por todo lo que le hacía sentir.

William de inmediato sacó de la nevera los ingredientes que emplearía en la elaboración de la ensalada, mientras Meredith se encargaba de la pasta, manejándose ambos como una pareja que había convivido junta durante años.

Prepararon la mesa sentándose para engullir lo que habían preparado.

—Espero haya quedado tan buena como la que prepara Magdalena —mencionó Meredith, mirando a William dar el primer bocado.

—Exquisita, definitivamente te has esmerado, vida mía. —Ella se lo agradeció, conversando animadamente mientras comían.

Regresaron a la habitación, donde se pusieron a ver una película acostados en la cama, de repente William la cambió de posición, subiéndola a horcajadas sobre él, acariciando sus piernas.

—Asumo que ya no tienes hambre, pero yo sigo famélico —señaló repartiendo besos por todo su cuerpo.

—Eres un goloso. ¿Te preparo algo? —preguntó intentando levantarse, pero él se lo impidió.

—No es necesario, justo frente a mí tengo lo que deseo, un delicioso postre que devoraré, muy despacio —indicó mirándola con amor y deseo, luego arrasó con su boca, demostrándole la veracidad de sus palabras, al no dejar un espacio de su cuerpo sin saborear, ella también lo hizo, sintiéndose más abierta a explorar zonas de su anatomía que lo hicieron delirar.

Capítulo 28



Finalizaba una semana más, y Meredith se encontraba en su oficina, evaluando cada detalle de una negociación que supondría grandes beneficios para la empresa, donde también estaba laborando Julianna, luego de finalmente aceptar la propuesta de Joseph, demostrando su capacidad en todo lo que hacía.

Desvió la vista del computador luego de escuchar un toque en la puerta, y hacer pasar a su asistente.

—Un mensajero acaba de traerle esto —informó, entregándole una cajita alargada, que tomó con recelo.

—Gracias.

Cuando la abrió, Meredith se sorprendió al ver un reloj *Cartier* con incrustaciones de diamantes, un regalo costoso, a su entender.

—¿Quién mandó esto? —inquirió observándola fijamente.

—Solamente me entregaron este sobre.

—Permíteme, por favor. —Al tenerlo en sus manos, sacó una tarjeta que solamente contenían las siguientes palabras:

“Espero que aceptes mi regalo, así podrás contar las horas hasta nuestro reencuentro”.

Meredith sintió una sensación extraña, soltando el papel como si la quemara, devanándose los sesos tratando de descubrir quién lo había enviado, llegando a pensar por un instante que se trataba de Maxwell, pero no era su estilo mandar un regalo sin remitente.

—No puedo aceptarlo —dijo tajante, poniéndose de pie—. Investiga en recepción los datos de la persona que los trajo, por favor, contáctalo y devuélvelo cuanto antes —solicitó a sabiendas de que por cuestiones de seguridad, se tenía un registro de quienes entraban a la empresa.

—Así lo haré. Si no se le ofrece algo más, me retiro.

—Por ahora nada, gracias —contestó volviendo a sentarse. Cuando su asistente se marchó, se reclinó en su asiento, sin apartar esa molesta

sensación, decidiendo no contarle nada a nadie, hasta que supiera el origen del regalo.

Durante un rato intentó volver a concentrarse en su trabajo, pero no lo consiguió. Pasaban de las 5 de la tarde, considerando que lo mejor sería irse a su casa.

Cuando terminaba de recoger sus cosas, Julianna hizo acto de presencia.

—¿Ya te vas?

—Sí, me duele un poco la cabeza —mintió, ya que últimamente solía irse unas horas después, procurando adelantar sus pendientes.

—Meredith, luces algo extraña, ¿te pasa algo? —Julianna era muy observadora, además, no veía a su prima con la alegría que la caracterizaba desde que se hiciera novia de William.

—Claro que no, son cosas tuyas —refutó con una sonrisa fingida, para tranquilizarla.

—Digamos que te creo —contestó cruzándose de brazos frente a ella—. Me voy a terminar algo, dentro de poco Jonathan pasará por mí —informó con un brillo especial en los ojos, debido a que cada día se sentía más enamorada, al igual que él.

—Me alegra verte tan enamorada. Salúdalo de mi parte. Por cierto, ¿sigue pendiente nuestra salida de mañana?

Desde hace días habían acordado salir en pareja, teniendo la confirmación de los novios de Breny y Carolina, también de Jonathan.

—¡Por supuesto que sí! Debemos aprovechar que tu doctor favorito está libre —expuso con picardía.

—No solo eso, también el hombre que amo —afirmó Meredith, riendo ahora de verdad.

Recordó el interrogatorio a la que la sometieron las tres: Julianna, Carolina y Breny, cuando le preguntaron la razón de que se desapareciera el fin de semana, diciéndoles solamente que vivió el mejor de su vida, y a raíz de su insistencia, que habían dado el siguiente paso en su relación, respondiéndole las tres echándosele encima en la cama, haciendo una total algarabía.

—Lo sé y me hace muy feliz —respondió Julianna abrazándola, luego se despidieron.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Cuando llegó a su casa, Meredith escuchó algunas voces provenientes del área de comedor, dirigiéndose sus pasos hacia ahí, encontrando a Corbin y

Stephany, con algunos libros esparcidos en la mesa, mientras él le explicaba algo.

Su hermano al fin le había pedido que fueran novios, y hacían una pareja preciosa. Ella era muy bonita, con el rostro bañado con algunas pecas, cabello rojizo y ojos verdes. Pero no era la típica chica delgada, ya que tenía algunas libritas de más.

—Hola chicos, ¿cómo están? —De inmediato se levantaron para saludarla.

—Corbin dándoselas de profesor —manifestó Adrien regresando de la cocina, con varias sodas que se las entregó, luego de saludarla.

—Y te puedo asegurar, que es el mejor que he tenido —defendió Stephany, mirándolo con una gran sonrisa que él reciprocó.

—Porque tengo a la mejor alumna —afirmó dándole un pequeño beso.

—¡Por Dios! Respeten, que hay menores frente a ustedes —se quejó Adrien mostrando cara de asco.

—Envidioso —se burló su hermano, mientras Meredith y su cuñada reían a carcajadas, acostumbradas a sus disparatadas discusiones.

—¿Qué les parece si pedimos pizza? Así también yo me uno a las clases —propuso Meredith, queriendo compartir un momento con sus hermanos y cuñada. Esa noche no vería a William, debido a que tenía que supervisar el área de emergencias.

—¡Perfecto! —exclamaron los tres al unísono.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Sábado en la noche...

—Moría por verte —confesó William, sobre los labios de la mujer que amaba.

—Yo también, no te imaginas cuanto —declaró Meredith besándolo.

—¿Qué pensarán ni no llegamos a la discoteca? Hoy me siento egoísta, y me gustaría estar a solas contigo, para aprovechar el tiempo perdido —susurró en su oído, haciéndola temblar en sus brazos, ambos parados al pie de la escalera.

—También lo deseo, pero ya nos esperan, aunque descuida, mi príncipe, al salir podemos hacerlo —sugirió con coquetería.

—Trato hecho. Ahora vámonos, antes de que cambie de idea —indicó mostrándole un sexy sonrisa, pero antes de salir se encontraron con Joseph.

—Buenas noches, por lo que veo, saldrán —refirió saludándolos sonrientes, viendo el atuendo nocturno de su hija y la vestimenta informal de su yerno.

—Así es, papá, quedamos con los chicos. —respondió alegre Meredith, agarrada del brazo de su novio.

—Disfruten y cuídense —recomendó como todo padre.

—Puede estar tranquilo, Joseph, cuidaré a su hija con mi vida, si fuera necesario —prometió observándola con devoción.

—Espero que no llegues a ese extremo, aunque no tienes que decírmelo, sé que la amas, y me hace muy feliz que formes parte de su vida.

—Gracias, Joseph, yo también soy inmensamente feliz.

—Te quiero, papá. —Meredith le dio un beso a su padre, alegre de ver que su novio y él tenían una buena relación.

—Y yo a ti, hija.

William estrechó la mano de su suegro, ambos despidiéndose, para luego partir con su novia donde sus amigos esperaban.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith y William caminaban tomados de manos a la entrada del club nocturno, percatándose de la cantidad de personas congregadas en el lugar.

—¡Meredith! —exclamaron sus amigas, acompañadas de sus respectivos novios, quienes ya habían compartido con William en una ocasión, en casa de los Parker.

—Gusto en verte, William —saludó Tobías, seguido de Edward, mientras las chicas comentaban algo entre ellas, esperando que la fila avanzara para entrar.

—Míralas, espero que no estén tramando dominar el mundo —se burló Edward, provocando que rieran.

—Seguro que sí, aunque no tengo ningún impedimento que lo hagan, es más, pienso que nos iría mejor —mencionó William siguiéndole el juego, incrementando las risas.

—Creo que esta noche mis ocurrencias no serán necesarias —expresó Jonathan, llegando en ese instante, con Julianna tomada de la cintura, saludándolos a ellos y las chicas que se acercaron al verlos.

—Que bueno que llegaron, ya podemos entrar —anunció Meredith, deseando pasar un buen momento con sus amigos.

Al traspasar la puerta, los recibió la canción *I took a pill in Ibiza*, de Mike

Posner.

Julianna y Jonathan tomaron la delantera —siendo él quien recomendara el lugar—, subiendo por unas escaleras hasta llegar a una de las áreas privadas en el segundo piso, con un amplio mueble en forma de media luna, al igual que la mesa que tenía al frente, tomando todos asientos al lado de sus parejas.

De inmediato acudió a ellos un mesero, tomando la orden de lo que consumirían.

— William, ¿qué te parece el ambiente? —preguntó Breny, elevando un poco la voz para hacerse escuchar.

—Agradable —respondió rodeando los hombros de su novia.

—Conozco los mejores lugares de todo Boston, de nada —manifestó Jonathan.

Llevaban casi una hora en el lugar, cuando Tobías puso un tema de conversación, que al parecer les pareció interesante a los demás, razón de que las chicas decidieran bajar a la pista a bailar, moviéndose al compás de la canción *Sugar*, de *Robin Schulz ft. Francesco Yates*, cantando a viva voz, riéndose al recordar el video musical y todas las ocurrencias de quien interpretó al policía.

De repente Meredith se sintió observada, dejando de bailar y cantar, elevando su vista hasta donde estaba William con los demás, hablando animadamente, descartando que fuera él.

—Meredith, ¿te pasa algo? —preguntó Carolina, recibiendo su negativa, olvidando aquella sensación.

Regresaron a sus lugares, pero en esa ocasión, William sentó a su novia en su regazo, rodeando ella sus hombros con un brazo.

—Ya basta, dejen por un momento de hablar, vinimos aquí también a bailar, ¿recuerdan? —incitó Julianna cruzada de brazos, mirando a su novio.

—Ella ordena y yo obedezco —alegó Jonathan levantándose de su asiento, acercándose a ella para besarla, luego bajaron a la pista.

Edward y Tobías también invitaron a sus novias a bailar, haciendo una cómica reverencia al unísono, provocando sus risas.

—Ya deseaba hacer esto —pronunció William tomándola de la nuca para devorar sus labios, sintiendo nuevamente ella que alguien la observaba, pero apagó esa alarma que se disparó en su subconsciente, perdiéndose en el beso.

—Tengo que ir al baño, amor —dijo Meredith luego de culminar el beso por falta de aire.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó con voz ronca, besando su cuello.

—Soy una niña grande, puedo ir sola —expresó dándole un beso rápido, poniéndose de pie.

—Eso lo sé muy bien —comentó viéndola intensamente, de arriba abajo, sentándose de forma desgarbada en el asiento, con una sonrisa torcida, acalorándola de inmediato.

—Eres un chico muy malo —pronuncio apuntándolo con un dedo, a lo que él respondió encogiéndose de hombros, sin dejar de sonreír—. Vengo enseguida.

Al bajar le preguntó a un mesero la ubicación del baño, señalándole este donde se encontraba. Cuando cubrió su necesidad, se aplicó un poco de labial frente al espejo del baño, guardándolo en su bolso de mano, en el momento que salió, cerrando la puerta detrás de ella, alguien la agarró por la cintura, pegándola a su pecho, asustándose de inmediato, pues en el pasillo no había nadie más.

—Espero que hayas contado las horas, te prometí que volveríamos a vernos, y soy un hombre de palabra —habló en su oído una voz conocida, paralizándola en el acto.

—Dick —fue lo único que pudo decir.

Capítulo 29



Dick se regocijó con su sorpresa, percatándose del modo en que temblaba pegado a él.

Lo primero que hizo al bajarse del jet, fue citar al detective que le había suministrado la información de Meredith, en la suite del Hotel The Langham, dándole una fuerte cantidad de dinero por sus servicios, ordenando que siguiera cada uno de sus pasos.

Con cada día que pasaba, su ansiedad aumentaba, distrayéndose cuando se reunió con quienes serían sus nuevos socios en EE. UU., cerrando un negocio que le dejaría muchos beneficios.

Cuando se enteró que Meredith rechazó el reloj, pues la compañía de mensajería así se lo hizo saber, luego de informarle de que la asistente de la señorita a quien lo había enviado, los contactó para que fueran a recogerlo, se puso furioso, advirtiéndole nuevamente a la persona que tenía en la línea, que bajo ningún concepto podían revelar su nombre.

Al despertarse esa mañana, se juró que ese día la vería, recibiendo de buen agrado la noticia dada por el detective, quien le dio la dirección del club nocturno *Guilt*, donde ella se encontraba, partiendo él de inmediato con sus hombres, guiado por un chófer que sus nuevos socios le facilitaron.

Lo primero que hizo al entrar fue buscarla, quedándose fascinado al verla bailar envuelta de un vestido rojo con escote corazón, que le llegaba más arriba de las rodillas y su cabello suelto, imaginando la forma en que se lo quitaría, para saciarse con su cuerpo como tanto deseaba.

—Que ironías tiene la vida, él siempre lo ha tenido todo, sin hacer el menor esfuerzo, pero estaba vez será diferente. —Volvió a hablarle al oído a Meredith, colocando una palma de su mano en su estómago, para acercarla más, sin que ella entendiera a quién se refería.

Dick trató de controlar la ira que sentía, pues cuando volvió a buscarla por segunda vez con la mirada, pudo vislumbrar un rostro que no veía desde hace años, teniendo otro motivo para hacerla suya.

—Dick, déjame ir, por favor —pidió ella cuando él la giró rápidamente, quedando frente a frente.

—¿Ya quieres librarte de mí? Pensaba que éramos amigos —dijo con malicia, bajando la cabeza para aspirar el perfume de su cuello.

—No después de como terminaron las cosas entre ambos. —Ella trató de apartarse, aunque él se lo impidió.

—Pero la vida nos da otra oportunidad, y esta vez, no permitiré que me dejes tan fácilmente. —Intentó besarla a la fuerza, moviendo ella su rostro para evitarlo, tratando de soltarse de su agarre, quedando súbitamente libre.

William fue a buscarla considerando que se había tardado mucho, sin imaginar que la vería forcejear con un hombre que le daba la espalda, sin perder tiempo lo agarró por un hombro apartándolo, estampándole un puñetazo en el rostro, sintiendo como la furia lo carcomía por dentro.

Dick agachó la cabeza limpiándose la sangre de su labio partido, para luego encararlo.

—Vaya, vaya, hasta que al fin nos encontramos, querido amigo —manifestó frente a él, al notar su conmoción—. Siempre pensé que tenías buen gusto para las mujeres, lo que no sabía era que fueran similares a los míos —añadió observando a Meredith con lujuria, ocultándola William detrás de él.

—Por favor, vámonos de aquí —pidió Meredith con voz temblorosa, pero él no podía simplemente darle la espalda e irse, hasta saber qué se traía ese imbécil con su mujer.

—¿A qué te refieres? ¡Habla, maldita sea! —William dio un paso hacia él, pero ella lo tomó por el brazo, temiendo que Dick le hiciera daño, por la forma tan hostil en que lo miraba.

—¿De verdad quieres saber? —Se detuvo pasándose la mano por el golpe—. Únicamente te diré, que tiene la boca más jugosa que haya probado en mi vida, pero me dejó con ganas de más, por eso estoy aquí. Así que apártate de mi camino —pronunció amenazante.

William se giró desconcertado para verla, dándose cuenta que estaba llorando, rodeando su cuerpo con sus brazos. Se dijo que estaba teniendo una pesadilla, al no darle sentido a lo que estaba presenciando.

Sin lograr resistirse un segundo más, se le fue encima a quien pensaba era su amigo, demostrándole hace años que estaba equivocado, atestándolo contra la pared.

—¡Mentira! —gritó sintiendo como su garganta se desgarraba, mientras

Dick se reía en su cara, al ver su tribulación.

—¡William! —exclamó Jonathan separándolo de él unos pasos, sorprendido al ver como su rostro se distorsionó por la rabia.

Algunas personas se habían congregado alrededor, por eso Julianna, a sabiendas de que William fue a buscar a Meredith, pues se lo informó cuando regresaron de la pista de baile, temió que algo hubiera sucedido, pidiéndole a su novio que la acompañara, siguiéndolos los demás.

Sin embargo, no fueron los únicos en llegar, también los hombres de Dick, que lucían amenazantes, dispuestos a defender a su jefe.

—Estamos contigo, William —aseguró Edward, secundado por Tobías, sin agradarle la actitud del hombre rubio, a quien sus novias reconocieron de inmediato, al igual que Julianna, que abrazó a su prima para calmarla.

—Por lo que veo, te has hecho de nuevos amigos. Pero como ves, yo también hice varios —expresó señalando a sus hombres con la cabeza—. Esto cada vez se pone más interesante, ya que aparte de nuestro tema pendiente, tienes algo que deseo, y no me rendiré hasta conseguirlo —advirtió viéndolo como si quisiera desaparecerlo de la faz de la tierra.

—Con ella no te metas —respondió William entre dientes, dando unos pasos hacia él, pero Jonathan lo detuvo agarrándolo por el antebrazo.

—No sé qué está pasando aquí, pero debes calmarte. Ese tipo y sus secuaces lucen peligrosos, ante cualquier escándalo, tú perderías más que ellos, piensa con la cabeza fría, hermano —recomendó Jonathan en un tono de voz que solo él escuchara, debido a que Dick estaba a unos pasos de ellos, franqueado por sus hombres, mientras a Meredith la rodeaban sus amigas y Julianna, sin dar crédito a que la noche hubiera tomado ese rumbo.

—William, hagamos algo. No me cobraré el golpe que me diste, si accedes a que hablemos. Vamos, por buenos tiempos, ¿qué dices? —preguntó Dick.

—No tengo nada que hablar contigo —contestó controlando su ira.

—Te equivocas, y ella viene con nosotros —señaló a Meredith con un dedo.

—Si insistes tanto en hablar conmigo, de acuerdo, pero a ella no la inmiscuyas en esto —advirtió William mirándolo fijamente.

Dick agachó la cabeza negando, luego volvió a observarlos a todos, para hablar en un tono de voz que heló la sangre de las chicas.

—Me estas obligando a tomar ciertas medidas, amigo.

—Tú y yo nunca lo fuimos, hace mucho tiempo lo comprobé.

Dick les dirigió una mirada significativa a sus hombres, quienes de inmediato colocaron una mano en el interior de sus chaquetas, donde portaban sus armas, pudiendo entrar con ellas a la discoteca sobornando al seguridad, advirtiéndole también que no interviniera en caso de pasar algo fuera de lo común, debido a que su jefe les ordenó estar atento a lo que pudiera suceder.

—Luego no digas que no te lo advertí —dijo encogiéndose de hombros, esperando sus esbirros una sola palabra suya para proceder.

—¡Basta! No quiero que le hagas daño a nadie, iré —pronunció rendida Meredith, provocando que William por un momento cerrara los ojos, lleno de impotencia, creyendo a Dick capaz de cualquier cosa, al recordar como actuó aquella nefasta noche, sin tentarse el corazón.

—Acertada decisión, Meredith. No te preocupes, nadie saldrá herido —mencionó esbozando una sonrisa cínica.

Ella no podía ocultar el desasosiego que sentía, aterrándole la frialdad con que Dick se comportaba. Por otro lado, no imaginaba qué pudo ocurrir entre ellos para que se trataran de ese modo.

—Aldo, consigue un lugar donde podamos hablar sin que nadie nos interrumpa —ordenó a su hombre de confianza, quien de inmediato se puso en la tarea, regresando al cabo de unos minutos.

—Pueden usar la oficina del gerente, ya hice los arreglos. —Dick le agradeció su eficiencia.

—Para no seguir llamando la atención, les sugiero que nos esperen en la salida. Mis hombres los escoltaran —mencionó sin derecho a réplica.

Breny quería doblarle el rostro con una cachetada, pero se contuvo para evitarle problemas a Tobías, que al igual que Jonathan y Edward, no mostraron temor en ningún momento.

—¿Vas a estar bien? —indagó Carolina mirando a su amiga.

—Sí —respondió confiada en que William siempre la protegería.

Julianna la abrazó, dejándola al lado de su novio, quien rodeó su cintura con un brazo, mientras caminaban detrás de Dick y Aldo.

Entraron en la oficina sin prestarle atención al mobiliario, cerrando Aldo la puerta, ubicándose en un extremo, al pendiente de cualquier cosa que su jefe pudiera necesitar.

—Te noto nervioso, William. ¿Acaso le temes a lo que pueda decirle a tu? Espera, ¿es tu novia o tu mujer? —indagó recostado en el borde del escritorio, cruzado de brazos frente a ellos, sin recibir respuesta.

—Nada de lo que digas afectará lo que sentimos —declaró William sin estar seguro, lo que Dick percibió de inmediato.

—No digas estupideces, de lo contrario, se lo hubieses contado. Al parecer tus padres no te enseñaron que siempre hay que decir la verdad, aunque duela —dijo chasqueando la lengua con desaprobación—. Descuida, yo lo haré por ti.

William apretó los puños a su costado, acercándole a él.

—Quieto —amenazó Aldo apuntándolo con su arma a la cabeza, colocándose al lado de su jefe.

—¡Dios mío! —exclamó Meredith tapándose la boca con manos temblorosas, sintiendo la humedad formarse en sus ojos.

—Eres un maldito cobarde, que se escuda detrás de sus matones para hacer su voluntad —escupió con desprecio, dando otro paso, demostrando que no les tenía miedo, aunque pensaba en la seguridad de Meredith si algo le pasaba.

—Cuidado con el heredero de los Carrington, Aldo, al parecer sigue sin pensar en las consecuencias de sus actos, y no quisiera que lo lastimaras —expreso con sorna—. Ya me cansé de este drama. Meredith, tu querido, novio, amante o lo que sea, a sus 18 años era un drogadicto de lo peor, incluso estuvo involucrado en un asesinato —soltó sin contemplación.

—William, dime que todo eso es una vil mentira, por favor. —Meredith sentía como sus pulmones se iban cerrando, impidiéndole respirar, pero lo peor fue ver como sus ojos se cristalizaban, mostrando temor en su rostro por primera vez, cuando se puso frente a él—. ¡No te quedes callado! —Ante ella la imagen de un hombre bueno y valeroso se desfiguraba en su cabeza.

—Vida mía, por favor, déjame explicarte todo, pero no aquí —imploró sintiendo como una mano invisible la apartaba de su lado.

—¿Por qué no me lo contaste? ¡¿Por qué?! —gritó desesperada golpeando su pecho, anegada en lágrimas.

A Meredith le dolía que él no hubiese confiado en ella, que le ocultara algo tan delicado. No podía imaginarlo quitándole la vida a nadie, cuando la había librado de la muerte y otras tantas personas que atendía en el hospital.

—Una vez más he tenido la razón de mi parte. Meredith ya no te ve como antes, amigo —manifestó vanagloriándose, sin dejar de sonreír—. Aldo, dile a los demás que ya no tienen que cuidar a nuestros amigos. Nos vamos, ya cumplí mi buena acción del día, haciendo salir a la luz la verdad. No es necesario que me lo agradezcas ahora, Meredith, nos volveremos a encontrar

—aseguró mirándola intensamente, luego salió de la oficina con su hombre de confianza siguiéndole los pasos.

—Tenemos que hablar, por favor —imploró William tratando de agarrarla por un brazo, pero ella no se lo permitió, deseando despertar de la pesadilla que estaba viviendo.

—No, no... puedo. —También negó con la cabeza repetidamente, mientras retrocedía, sintiendo una gran decepción del hombre a quien se había entregado en cuerpo y alma.

Sin que William pudiera evitarlo, salió rápidamente de la oficina.

—¡Meredith! —vociferó siguiéndola, empujando a las personas que salían a su paso, hasta salir a la calle.

A ella no le importó que también sus amigos la llamaran, empezando a correr, queriendo borrar aquella noche, en que su vida volvía a dar un cambio brusco que la devastaba, preguntándose la razón de que no pudiera ser plenamente feliz, de que siempre ocurriera algo que la hiciera llorar hasta quedarse sin fuerzas.

Cuando iba a cruzar la calle, unas luces le encandilaron los ojos, preparándose para el impacto, pero unos fuertes brazos la rodearon salvándola nuevamente, pegándola a un pecho que temblaba por el esfuerzo.

—No me hagas esto, dame la oportunidad de contarte todo, te lo suplicó —pronunció William con voz estrangulada, escondiendo su rostro en su cuello, sin soltarla.

—Por favor, William, ahora no. —Volvió a negarse, lamentando el dolor que reflejaban sus palabras, pues era el mismo que ella sentía. Pero necesitaba poner todo en retrospectiva antes de escucharlo, debido a que su cerebro y corazón, no podían ponerse en la misma sintonía.

Sollozó entre sus brazos, hasta que al fin él la soltó, sin poder creer lo que les estaba sucediendo, ni que Dick se estuviera saliendo con la suya. Se arrepintió una vez más de su pasado, que hizo acto de presencia en su vida para atormentarlo de la peor manera.

Sin tocarse —aunque William se moría por rodearla con sus brazos—, caminaron de vuelta a la entrada del club nocturno, donde lo esperaban sus amigos.

De inmediato las chicas la rodearon.

—Por favor, quiero irme a mi casa —pidió sin mirar a William.

—Nosotros la llevaremos —se ofreció Edward, al lado de su novia

Carolina.

—Los acompaño. —Julianna se acercó a su novio para despedirse dándole un corto beso—. Te llamo. Espero que lo que sea haya pasado, William —dijo viendo su sufrimiento, deseándolo realmente, luego se fue con ellos, seguidos también por Breny y Tobías, quienes se despidieron de William y Jonathan, preguntándose la razón de que su amiga se hubiese comportado así.

—Es increíble lo que ha pasado esta noche. —Jonathan posó una mano en su hombro, mientras él observaba como ella se alejaba cabizbaja, sin imaginar que deseaba arrojarle a sus brazos, pero algo se lo impedía.

—Siento que estoy perdiendo a la mujer que me regresó a la vida, a quien amo profundamente. Pero no puedo permitirlo, hermano —indicó quitándose de un manotazo una lágrima que rodó por sus ojos.

—Tenemos que hablar y buscarle alguna solución a lo ocurrido. No puedes permitir que tu pasado siga atormentándote, ya lo superaste, ya no eres ese William.

—No lo soy, pero Dick le echó en cara a Meredith quien fui y en lo que estuve involucrado.

—Maldita sea, William, recuerdas que hemos conversado sobre lo mismo varias veces. No tuviste la culpa, y no permitas que ese hijo de puta te haga sentir lo contrario. A leguas se ven sus malas intenciones —afirmó con vehemencia su amigo, mirándolo fijamente.

Volvieron a entrar al club nocturno, ocupando la mesa en la que estaban, quedándose ambos en silencio por un tiempo, luego que el mesero le trajera una botella de *whisky*.

—Tienes que darle algo de tiempo, ella te ama. Imagino que ahora está dolida, al pensar que debiste contarte todo, antes de que se enterara de la peor manera —comentó Jonathan, sentado a su lado.

—La entiendo, de verdad que lo hago, pero no sé qué haría si la perdiera. Meredith se ha convertido en mi ancla en este mundo, sin ella volvería a hundirme, y siento que ya nada podría regresarme a la vida —confesó desolado, tomando su cuarto trago de *whisky*, como si fuera agua.

—Ya no sigas, con lo que te has tomado es suficiente para que te hayas relajado. —Jonathan le quitó la botella de la mano, antes de que se sirviera.

—Un trago más no me matará —pronunció sintiéndose algo mareado, mostrando una sonrisa amarga en su rostro.

—Vámonos, te llevaré a tu apartamento, luego pasas por tu auto. Así no te conviene manejar.

William le dio la razón a su amigo, considerando que lo mejor era marcharse de ese lugar, antes de dejarse arrastrar por el alcohol, lo que se prometió no volvería a permitir.

Jonathan pagó la cuenta de todo lo consumido esa noche, saliendo al lado de William hasta llegar a su automóvil, sintiéndose nuevamente agradecido de contar con un amigo como él.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Abrió la puerta de su apartamento, entrando Jonathan detrás de él. En silencio se recostó en un mueble de la sala, cubriéndose el rostro con el antebrazo.

—Te prepararé café, así te ayuda a contrarrestar el alcohol que consumiste —informó su amigo dirigiéndose a la cocina.

Al quedarse solo, William rememoró todo lo vivido junto a Meredith, desde el primer momento en que la vio, hasta esa noche.

Su amor fue naciendo con suma intensidad, atesorando cada momento compartido, la entrega de sus cuerpos y el deseo de perpetuar ese maravilloso sentimiento. Por eso se juró luchar con todas sus fuerzas para recuperarla, y vivir juntos el “*felices por siempre*” de los cuentos de hadas que tanto le gustaban de niña.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith se encontraba acostada en su cama, en compañía de Julianna, Carolina y Breny —quien le pidió a Tobías que la llevara—, sentadas a su alrededor, observándola en silencio.

No había pronunciado una sola palabra desde que se separó de William, sintiendo como si un puño imaginario apretara su corazón. En incontables ocasiones tuvo que limpiar su rostro, a raíz de las lágrimas que seguía derramando, sin poder contenerlas.

—Gracias por estar conmigo en estos momentos, pero ya es tarde y Edward y Tobías seguro están impacientes por marcharse.

En ese momento recordó cuando le dijeron que estarían al pendiente de cualquier cosa que necesitara, agradeciéndoles de inmediato para luego despedirse de ellos, subiendo a su habitación, siendo acompañada por sus amigos un rato después.

—No te preocupes por ellos, están dispuestos a esperar todo el tiempo que

sea necesario —informó Breny, viendo como su amiga se incorporaba en la cama.

—Así es, comprenden que no podemos dejarte sola hasta que estés más calmada —añadió Carolina, mirándola con una sonrisa comprensiva.

—Ya deja de preocuparte por la hora. Tampoco me iré. —Julianna apretó su mano, deseando que la tristeza abandonara su rostro.

—Gracias por siempre estar a mi lado, por apoyarme en mis mejores y peores momentos —manifestó Meredith con la vista nublada.

—Ya sabes que para eso estamos las amigas. Ahora, queremos que nos cuentes lo que pasó. ¿Qué dijo ese hombre para tenerte así? —indagó Breny.

—Es increíble que Dick y William se conocieran. ¿Qué pasó exactamente entre él y tú en Roma? —Julianna estaba muy intrigada, al igual que las demás.

Meredith se levantó de la cama, rodeando su cintura con sus brazos, dándole el frente para narrarles todo, pendiente a cada una de las reacciones que manifestaron, según la escuchaban.

—¡Es un cretino! —exclamó furiosa Carolina, al enterarse lo sucedido cuando la beso, dando gracias de que no hubiese pasado a mayores.

—Pienso que las cosas no ocurrieron como te quiere hacer creer ese hombre, prima. Además, eso de venir de Roma, de presentarse en el club nocturno con hombres armados, me da a entender que es peligroso. Tienes que tener mucho cuidado —sugirió Julianna, viéndola con preocupación.

—Dale la oportunidad a William para que te dé su versión de lo ocurrido. Te ama, amiga. Además, eso pasó hace años, y él ha cambiado para bien —dictaminó Breny.

—Entendemos que estés dolida, pero no permitas que el amor que sienten se vea tronchado por las malas intenciones de una persona, que lo único que ambiciona es separarlos. Dick es un hombre peligroso, no puedes confiar en sus palabras —alegó Carolina, poniéndose de pie para abrazarla.

—Tienen razón. No lo permitiré —afirmó ella, recibiendo también el abrazo de Breny y Julianna. Luego volvió a acostarse.

Siguieron platicando hasta que Meredith fingió quedarse dormida, para que se marcharan a descansar. Su prima la arropó, mientras Breny apagaba las luces, saliendo las tres de la habitación, cerrando Carolina la puerta, deseando que con la llegada de un nuevo día, su amiga volviera a sonreír al lado del hombre que amaba.

Luego de que se marcharan se cambió de ropa, acostándose en posición

fetal, diciéndose que debía dejar de llorar y afrontar con madurez el momento tan amargo que atravesaba, anhelando con todas sus fuerzas que la explicación que le diera William fuera convincente.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Dick, tomando un trago sentado en un sillón de su majestuosa suite, sacaba balance de lo acontecido esa noche. También recordó cuando acudió a la cita de Jeff, hace 11 años.

«—¿Dónde está tu amigo? —inquirió Jeff pavoneándose por uno de los salones de su mansión, en Londres, quedándose Dick sorprendido, al llegar a la dirección que él le dio, pues nunca imaginó que vivía rodeado de tantos lujos.

—No me hables de ese hijo de puta —respondió destilando veneno, dirigiéndose hasta un ventanal con vista al impresionante jardín, donde algunos hombres armados custodiaban todo el perímetro.

—Pensé que eran amigos —dijo Jeff parándose detrás de él.

—Para mí nunca lo fue. Algunas veces tenía que contenerme para no mandarlo a la mierda. William Carrington, es solamente un niño rico que pretende llamar la atención de sus padres con su comportamiento. No tiene los cojones suficientes para comerse el mundo, como yo —explicó dándole el frente, con su atractivo rostro distorsionado de la rabia.

—Chicos como tú, es lo que busco. Si aceptas mi propuesta, haciendo todo lo que te diga, podrás tener más dinero que él, incluso, algún día hacerle pagar ese golpe —mencionó Jeff, palmeando su hombro.

—¿Cómo supiste que fue él? —indagó apretando los puños, conteniendo su ira al recordar.

—Me lo acabas de confirmar —contestó esbozando una sonrisa diabólica—. Ahora dime, ¿aceptas trabajar para mí? —preguntó extendiéndole una mano, la cual Dick apretó sin dilación.

—Por supuesto que sí, estoy dispuesto a cualquier cosa por obtener todo lo que ambiciono —respondió sonriendo con malicia, deleitándose con la idea de conseguir mucho dinero, y algún día hacerle pagar a William Carrington, que lo hubiese enfrentado».

Ahora el destino le daba la oportunidad de cumplir lo que se había prometido. Disfrutaría quitarle a Meredith de los brazos, pues jamás lo vio comportarse así por ninguna chica en el pasado.

Supo jugar bien sus cartas, aunque consideró que lo dicho no le garantizaba

que ella lo dejara, imaginando que si él le aclaraba las cosas, sabiendo que no fue el culpable de aquella muerte, Meredith tarde o temprano terminaría perdonándolo.

En ese momento entró Aldo, parándose frente a él con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Señor, acaban de llamarme de Roma. Se presentó una situación que debe atender personalmente.

Dick se levantó terminando de un trago su bebida, maldiciendo que tuviera que regresar sin haber cumplido sus propósitos.

—¡Demonios! —exclamó colocando de un golpe la copa en una mesa—. Encárgate de prepararlo todo. También comunícate con detective, para que investigue hasta el más mínimo detalle de la vida de William Carrington, desde que llegó de Londres, ¿entendido? —inquirió acercándose al hombre.

—Como ordene, señor —respondió mirándolo fijamente, antes de retirarse.

—Disfruten del tiempo que les quede juntos —pronunció sirviéndose otro trago, ya que regresaría tan pronto dejara todo resuelto.

El odio que acumuló durante tantos años, le instaba a continuar hasta hacerlo pagar con sangre, si fuera necesario.

Capítulo 30



Esa mañana de domingo, William dejó vagar su vista a través de la ventana de su habitación, notando que el cielo lucía por completo despejado y el sol brillaba con todo su esplendor, mientras su vida seguía oscureciéndose.

No pudo conciliar el sueño en toda la noche, sintiendo como cada segundo que pasaba, era determinante en su relación con Meredith, pero no quería presionarla, apareciéndose en su casa para que hablaran, por más que lo ansiara.

Pensaba salir a correr en un intento de despejar su mente, vistiéndose de acuerdo a la ocasión, cuando terminaba de ponerse sus tenis, el timbre sonó, encaminándose a la puerta.

—Discúlpame por venir sin avisar. —Fue lo primero que se le ocurrió decir a Meredith, cuando él le abrió la puerta, quedándose por un instante paralizado al verla.

—Vida mía —pronunció sintiendo nuevamente que su vida se iluminaba—. Pasa, por favor. —pidió retirándose de la puerta para que lo hiciera.

—Perdóname por huir de ti anoche, sin dejar que te explicaras, como si fuera una niña temerosa —mencionó cuando estuvieron frente a frente, luego de que él cerrara la puerta.

—No tengo nada que perdonarte, lo único que no quiero es perderte, pues no sabría vivir sin ti —confesó tomando entre sus manos su rostro, posando su frente sobre la de ella.

—Yo tampoco quiero perderte, amor —admitió Meredith.

Al separarse, tomaron asiento en uno de los muebles de la sala, donde al fin William le aclararía todo.

Inició contándole las fatídicas decisiones que tomó en su adolescencia, creyendo en ese entonces que sus razones eran validas para actuar de ese modo, dejando que, en un principio, el alcohol, las fiestas y chicas dominaran su vida, hasta que permitió que lo convencieran de que las drogas le darían la oportunidad de sentirse indestructible.

Meredith escuchaba atenta todo cuanto él le explicaba, intentando controlar sus sentimientos, mientras sostenía sus manos. Aquel William del que le hablaba, era totalmente distinto del que se enamoró con todo su ser. Aquel chico estaba cayendo poco a poco en un abismo sin retorno.

Recordar todo aquello le resultaba muy doloroso a William. Entendiendo una vez más cuán grande había sido su error, sintiéndose profundamente avergonzado, pero se dijo que debía sacarlo todo, pues no le ocultaría ningún detalle de quien fue y jamás volvería a ser.

—No pude contenerme al ver como Dick se tomaba a la ligera haberle disparado a ese hombre, que luego descubrí había muerto. Aquel no era el chico que consideraba mi amigo, por eso lo enfrenté, queriendo molerlo a golpes para que sintiera el dolor que estaba experimentando por dentro, al recordar aquel estruendo, al ver frente a mí toda esa sangre.

William siguió narrándole todo:

—Deseaba olvidarlo todo, pero todo se reproducía en mi mente una y otra vez. Entré en ese juego dominado por la droga que recorría mi sistema, desechando la alarma que se disparó en mi subconsciente, que me instaba a irme muy lejos de ahí. Aunque jamás imaginé cuál sería el resultado; una cosa era golpear a alguien y otra muy distinta es quitarle la vida. A raíz de todo eso, no pensé en las consecuencias, y me tomé todas esas pastillas sin hacerle caso a Jane, tratándola como nunca lo hice, provocándome una sobredosis que me tuvo al volver de la muerte.

—¡Dios mío! —exclamó Meredith, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, al imaginar su desesperación para llegar a ese extremo, estando al borde de la muerte.

Él la abrazó para calmarla, y cuando lo consiguió, prosiguió:

—Al despertar y ver que mis padres me acompañaban, que Dios me dio una segunda oportunidad para resarcirme de mis errores, me propuse hacerlo, agradeciéndole a mis padres su sacrificio de cambiar, incluso su país natal para que yo rehiciera mi vida, dejando todo atrás. Me dolió dejar a Jane, aunque no la amaba, pero sabía que ella también estaba perdida, como yo, y espero que en realidad haya cambiado como me dijo. Tal vez debí enfrentarme a la justicia, pero consideré que no sería justo causarles más dolor a mis padres.

—Te comprendo, amor. Además, no fuiste culpable de nada, tú no disparaste esa arma —indicó limpiándole una lágrima, que había resbalado

por su varonil rostro.

—No, pero les hubiese dicho quien lo hizo, así Dick no hubiese quedado impune —expresó poniéndose de pie, al igual que ella, quien rodeo su cintura por detrás con sus brazos.

—No te martirices con eso, ya pasó. Tengo la certeza de que las personas, tarde o temprano, pagan sus culpas aquí en la tierra —expuso colocando su mejilla en su espalda.

—Tienes razón, durante mucho tiempo he estado juzgándome y pensando que todo lo que me ha sucedido es pagando mi proceder de hace años. Sin embargo, ya no seguiré haciéndolo, debido a que también he puesto todo mi empeño por ayudar a todas las personas que están a mi alcance, por salvarlos, como no pude hacer con ese hombre, ni con Dayana —explicó amargamente, dándose la vuelta para abrazarla.

—Así es, mi príncipe. Recuerda que me salvaste y que me has hecho sentir un sentimiento tan inmenso como el amor. Te amo, William y eso nunca cambiará.

—Entonces, nos salvamos ambos. Te amo, Meredith.

Ambos sonrieron al escucharse, mientras sus labios se acercaban hasta fusionarse, con un beso que hablaba de amor, de comprensión, al que se entregaron por completo.

Luego, Meredith también le contó la forma en que conoció a Dick, mostrándose respetuoso y detallista con ella hasta que intentó ir más allá.

—¡Desgraciado! No dejaré que se te acerque de nuevo —prometió controlando su ira, sin querer imaginar que la volviera a tocar.

—No quiero que te le enfrentes, ahora menos que nunca —dijo temiendo que le pudiera hacer algo.

—Descuida, sé cuidarme, y te juré que nada ni nadie te dañaría. ¿Acaso los príncipes de cuentos de hadas, no cuidan con sus propias espadas a sus princesas? —preguntó intentando calmarla, viéndola con una sonrisa traviesa.

—Sí, pero esta princesa, como dices, no quiere que a su príncipe le pase nada malo. Así que prométeme que te cuidarás.

—Lo prometo —declaró sobre sus labios—. Ahora, es tiempo que aprovechemos el tiempo perdido —sugirió mirándola cargado de deseo.

—Pensé que nunca lo dirías, amor. —Meredith rodeó su cuello, besándolo apasionadamente, mientras él la cargó para llevarla a su habitación, donde dejarían que sus sentimientos afloraran, con la consumación de sus cuerpos.



Días después...

Meredith y William seguían reforzando su relación, hasta el punto de que sus padres ya se habían conocido, a raíz de una invitación que les hiciera Joseph a su casa, donde disfrutaron de una exquisita cena que la misma Magdalena se encargó de preparar, al saber que era una ocasión muy especial, recibiendo la cordialidad de Adele, debido a que Meredith la presentó como alguien a quien consideraba una madre.

Bernard y Joseph de inmediato hicieron mancuerna, enfrascándose en una animada conversación en la que también participó Adele, acordando incluso, relacionarse en el marco de los negocios.

A Corbin y Adrien también le simpatizaron los suegros de su hermana, al ver como se mostraban con ella y como resultaron ser personas humildes, a pesar de su posición económica.

William y Meredith no podían sentirse más felices, pues sus familias se integraron mejor de lo que esperaban.

Bernard y Adele sabían por boca de su hijo que los padres de Meredith estaban en proceso de divorcio, a lo que no hicieron referencia, respetando su privacidad.

Un día William decidió contarle a Joseph sobre su pasado, agradeciéndole su comprensión, al decirle que todas las personas en alguna etapa de sus vidas cometen errores, pero lo importante es saber sobreponerse, saliendo adelante. Que ahora más que nunca lo admiraba por salir de todo aquello, llenando de orgullo a sus padres y a él, quien se sentía feliz de que su hija tuviera al lado un hombre de tanta valía.



Meredith salió de la empresa para reunirse en un café ubicado en Copley Place, un centro comercial muy concurrido en Boston, con sus amigas, quienes estaban felices al saber que entre ella William todo estaba mejor que antes.

Cuando entraba al lugar, casi choca con alguien, por estar enviando un mensaje a Breny diciéndole que acaba de llegar. Se iba a disculpar, pero no pudo hacerlo, quedándose impactada al saber de quien se trataba.

—Miren que casualidad, pero si es la princesita de papá —espetó con desprecio Grace, como si no se tratara de su hija.

—¿Qué te hice para que me odies tanto? —inquirió ella sin poder

contenerse, exteriorizando lo que se había preguntado tantas veces.

—Te parece poco... existir, ¿o quieres que te diga más? —Meredith se quedó atónita.

—Sí. —respondió, viéndola sonreír de una forma similar a cuando la humillaba sin compasión.

—Primero, me hiciste sufrir casi 9 meses mientras crecías en mi interior, luego, llegaste a desplazar el amor que Joseph sentía por mí, ocupando toda su atención, quedando yo en segundo lugar —dijo señalándola con un dedo, de manera despectiva—. La verdad es que no deseaba tener hijos, para que no afectaran mi esbelta figura, pero tu padre insistió tanto, que no me quedó otra opción, dándole los hijos que me pidió, asegurándome de ese modo que lo tendría comiendo de mi mano, cumpliendo hasta el mínimo de mis caprichos.

Las palabras de Grace eran como espadas que atravesaban el corazón de Meredith, entendiendo ahora la razón de que no fuera la madre que ellas y sus hermanos tanto desearon y necesitaron.

—Pudiste simplemente negarte a tener hijos, mi padre no te obligaría, o marcharte y dejarnos antes de hacernos tanto daño como el que ocasionaste. Él siempre te amo, tenernos nunca se lo impidió —manifestó conteniendo las lágrimas de impotencia que pujaban por salir.

Grace estalló en carcajadas, observando ella que en ese momento, un hombre joven y atractivo se acercaba por detrás, agarrándola con intimidad por la cintura.

—No podía perderme la fortuna de tu padre. —Su acompañante sonrió de forma maliciosa, intuyendo ella que quizás estaba con su madre por dinero—. Lo único que me hizo soportarlos a todos ustedes, con él incluido, fue darme una vida de lujo, que incluso causaba envidia entre mis amistades. Por eso pretendo quitarle hasta el último dólar que me pertenece —afirmó elevando la cabeza, para reafirmar sus palabras.

—¿Para gastarlo con tu amante? No te lo mereces —mencionó Meredith entre dientes, percatándose como aquel hombre la veía con lascivia.

—Te equivocas, niña estúpida, me pertenece por ley, y ni pienses que se lo dejaré a tu padre. Además, me lo debe por todo el tiempo que tuve que aguantar sus insípidas caricias, por eso busqué a Gael, para que me hiciera sentir en la cama, lo que tu padre nunca consiguió —pronunció con total descaro.

Meredith no pudo contenerse, dándole un fuerte bofetón que dejó su marca,

pidiendo perdón a Dios por agredirla, pero ante sus ojos se lo merecía.

— ¡Maldita! —gritó Grace llena de cólera, con su palma en su mejilla derecha, tratando de tirársele encima, pero su nuevo amante se lo impidió, sacándola del lugar donde las personas ya se habían congregado, mientras ella no dejaba de lanzarle improperios—. ¡Me la vas a pagar!

—Meredith. ¿Qué sucedió, estás bien? —preguntó Breny alarmada, viendo como aquel hombre alto, de cuerpo atlético, se llevaba a Grace hecha una furia.

—Les aseguro que lo estaré —declaró observando por donde ella se había ido.

Meredith lamentó enterarse de que su madre nunca los quiso, por eso se juró que cuando se convirtiera en madre, le daría todo su amor a los hijos que tuviera.

—Entremos, no permitiré que esa ella siga arruinándome la vida.

Sus amigas la siguieron al interior del café, donde procuró olvidar lo sucedido.



Los días seguían transcurriendo, pero William no podía desterrar de su mente a Dick. Algo en su interior le decía que no se confiara de su silencio. Aunque no le hizo conocer su sentir a Meredith, para no preocuparla.

Aquel domingo se dirigían a la casa de sus padres, diciéndole a su novia que ellos le habían preparado un almuerzo especial, por motivo de su cumpleaños.

Luego de pensarlo por varios días, había tomado una decisión que cambiaría el curso de su vida, pero de la que estaba plenamente seguro.

—Amor, ¿pasa algo? Estas muy callado —dijo Meredith observándolo, cuando llegaron a la casa de sus suegros.

William le abrió la puerta, ayudándola a salir del auto, rodeándola por la cintura para pegarla a su cuerpo.

—Estoy mejor que nunca, no puedo esperar para darte mi regalo —informó rozando sus labios.

—Lo único que deseo de ti es tu amor, y ya lo tengo —afirmó antes de que se besaran.

—Eternamente, vida mía —aseguró con solemnidad, acariciándole el rostro—. Vamos, no los hagamos esperar.

Se dirigieron tomados de manos, bordeando la parte trasera de la casa

hasta llegar al jardín, quedándose Meredith por un momento sin poder moverse, al contemplar quienes en realidad la esperaban.

—¡Sorpresa! —exclamaron al unísono su padre, hermanos, Stephany, Magdalena, suegros, tía, prima, Jonathan, y sus amigas con sus novios. En fin, todas las personas que ocupaban un lugar especial en su corazón, a los que William había convocado, para que le dieran la primera de las sorpresas que se llevaría ese día.

De inmediato se dirigieron a ella para felicitarla, abrazándola y entregándole los obsequios que le habían comprado, que luego fueron colocados en una mesa dispuesta para la ocasión, tomando asiento en otra con espacio suficiente para todos, donde disfrutarían de los platillos especiales que había ayudado a preparar Adele, y del pastel de cumpleaños elaborado por Loraine.

Una hora después, William consideró que había llegado el momento, levantándose de la mesa instándola a hacer lo mismo.

—Hoy celebramos el nacimiento de una mujer extraordinaria en todos los sentidos, a la que amo profundamente —declaró mirándola con intensidad—. Vida mía, me harías inmensamente feliz si aceptaras mi regalo de cumpleaños, si me aceptaras en tu vida, eternamente. —Observó como su rostro se llenaba de compresión, llevándose una mano a la boca, escuchándose alrededor de ellos, las exclamaciones de júbilo de sus seres queridos.

Sin soltarle la otra mano, ni dejar de mirarla, William se puso de rodillas frente a ella, sacando del bolsillo del pantalón el anillo que sellaría su compromiso.

Meredith pensó que estaba soñando, que algo tan maravilloso no podía estar pasando, dejando salir lágrimas de felicidad, cuando le dio la respuesta que él esperaba.

—¡Sí, sí, sí, sí! —repitió arrodillándose también, besándolo con cada palabra dicha, luego le tendió su mano temblorosa, donde él puso el anillo, besándose nuevamente en medio de aplausos, todos felices por ver como el amor que ellos sentían trascendería.

Capítulo 31



Un mes después...

Dick arrugó el periódico que le entregó Aldo, donde informaban el enlace matrimonial de la hija del empresario Joseph Parker, con el doctor William Carrington, dentro de una semana.

Su regreso de Roma tardó más tiempo del imaginado, ya que tuvo que mover sus influencias, y pagar fuertes cantidades de euros, para que uno de sus socios no fuera a la cárcel, el cual lo chantajeo diciéndole que si no lo ayudaba, lo delataría. A estas alturas del juego, no podía permitir que lo sometieran ni a una simple investigación, ya que sus antecedentes podían salir a la luz, si alguien se le daba por escarbar sobre su vida.

—Si piensas que esta vez podrás ser feliz, casándote con la mujer que amas, estas muy equivocado, William. ¡Muy equivocado, hijo de perra! —gritó furioso, dando un puñetazo en la pared, sin importarle que sus nudillos se lastimaran.

En Roma le llegó el informe solicitado al detective, por eso conocía todo sobre la vida de William, incluso que perdió a la mujer con quien se iba a casar, días antes de la boda, en un accidente de tránsito.

Intentando calmar su furia, le dio el frente a su hombre de confianza, quien lo miraba con rostro inmutable.

—Aldo, tendremos que agilizar nuestros planes. No quiero ni un solo error, ¿estamos claros? —inquirió viéndolo amenazante.

—Le aseguro que todo saldrá como espera.

Dick esbozó una sonrisa siniestra, imaginando el sufrimiento que le provocaría a William.



Cuando fijaron la fecha para la boda, Julianna le dijo a su prima que no era necesario contratar una organizadora, poniéndose de acuerdo con Carolina y Breny, para ocuparse entre ellas de todo lo necesario, asegurándole que el día

que uniera su vida junto al hombre que amaba, sería especial, en todos los sentidos.

En esos momentos, Meredith se encontraba en compañía de su suegra, eligiendo el menú, sentadas en el salón del hotel, donde celebrarían la recepción.

—Hija, ¿prefieres salmón o filete de mero? También podemos incluir diferentes tipos de carnes, la cuestión es ofrecer un menú variado —mencionó la madre de su futuro esposo, desviando su vista del listado que le ofrecieron, esperando su opinión.

—Confío ciegamente en tu criterio, Adele —contestó sonriéndole, a quien supo ganarse su cariño, tratándola como parte de la familia.

—Gracias —dijo devolviéndole la sonrisa—. Conversaré con el chef, dándole algunas ideas para crear un menú exquisito, a la altura de un día tan especial.

—Me parece fantástico. Ahora tengo que dejarte, las chicas me esperan, ¡hoy tengo prueba del vestido! —informó emocionada.

—Seguro te verás hermosa —expreso Adele despidiéndose de ella, feliz al ver que su hijo cumpliría su sueño, al lado de una mujer extraordinaria.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Meredith llegó puntual a su encuentro en la tienda de novias, recordando que al principio fue toda una hazaña elegir el vestido, debido a que cada una de las chicas le daba una recomendación diferente.

Julianna quería que llevara uno de corte sirena, Carolina y Breny también tenían sus favoritos, tardándose horas, probándose vestido tras vestido, al grado de sentirse apenada con la joven que la atendía. Hasta que encontró el vestido que a todas encantó, un modelo exclusivo que solamente necesitaría unos retoques para adaptarlo a su esbelta figura.

—Amiga, es el vestido más hermoso que he visto; pareces una princesa.

—Breny tiene razón, una princesa en espera de su príncipe azul —coincidió Carolina sonriente, mientras ella se veía frente al espejo, sin poder creer que estaba prácticamente a un paso de tener su boda soñada.

—Ya quiero ver la cara de William cuando te vea, prima —comentó Julianna, acomodándole el velo.

—Yo también —pronunció con una gran sonrisa, detallando cada detalle del vestido, que tenía un escote corazón, bordado en pedrería hasta la cintura, dándole paso a una amplia falda, cayendo varias capas de forma asimétrica, un

hermoso traje de novia de corte princesa, como toda novia ansiaba verse el día de su boda.



La noche siguiente...

—Bienvenidos, hijos míos —saludo el padre Albert, cuando William y Meredith entraron a la iglesia donde tendrían el ensayo de boda. Jonathan y Julianna, ya se encontraban ahí, pues serían sus padrinos.

—Gracias, padre. Solamente faltarían por llegar mis amigas y sus novios, pero al parecer tuvieron un retraso —informó Meredith, agarrada del brazo de William, exultante de felicidad, al igual que él.

—Si lo desean, podemos iniciar, luego se le daré las pautas a los demás —sugirió el padre con gesto amable, recibiendo el asentimiento de los novios, quienes se pusieron frente al altar.

Sin embargo, no pudo pronunciar la primera palabra, debido a que las puertas dobles de la iglesia que habían cerrado, fueron abiertas provocando un estruendo que los voltearse de inmediato.

—Un pajarito me dijo que hoy tienen un ensayo de boda, por desgracia para ustedes, no se llevará a cabo —manifestó Dick, observándolos con intimidación.

Él y sus hombres, habían seguido a William desde que salió del hospital a recoger a Meredith, hasta llegar a la iglesia, donde le preguntó a alguien que salía por la parte trasera, la razón de que las puertas estuvieran cerradas.

—¿Qué carajos haces aquí?! —exclamó furioso William, apretando sus puños.

—Vine a robarme a la novia. ¿No te parece romántico de mi parte? Simplemente, no puedo vivir si Meredith —se burló, luego extendió su mano hacia ella, quien negaba con vehemencia, mientras su futuro esposo la cubría con su cuerpo.

—Nunca dejaré que la apartes de mí lado —advirtió William entre dientes, dando un paso hasta él, pero Jonathan se lo impidió, viendo a Dick con desprecio.

Varios de los hombres de Dick irrumpieron en la iglesia, ubicándose cerca de la salida, exhibiendo sus armas.

—¿Acaso no te das cuenta, que no tienes ninguna posibilidad para impedírmelo? —Dick señaló a sus hombres, sonriéndole con arrogancia.

—Déjala en paz, tu problema es conmigo. Recuerda que desde hace años, tenemos un tema pendiente. Llévame a mí en su lugar —William trataba de buscar un modo para ganar tiempo.

—¡No, por favor! —exclamó Meredith, al borde del colapso nervioso, mientras lloraba. Julianna tuvo que rodearla con un brazo, temerosa por lo que pudiese pasar, viendo que su novio no se apartaba del lado de su amigo.

—No me gustan los hombres, William, prefiero llevarme a tu linda novia de luna de miel —mencionó chasqueando la lengua, llevándose una mano a la mandíbula, como si estuviera sopesando su sugerencia—. Sin embargo, tienes razón, tenemos una cuenta pendiente. Cuando termine contigo, dejándome el camino libre, podré cumplir mi deseo —añadió, mirándola con lujuria.

—Amigo, ¿estás loco? Ese hombre ha insinuado que te matará, hay que buscar otra manera para salir de esta, podemos tratar de llamar a la policía sin que se dé cuenta —sugirió Jonathan en su oído, para que nadie lo escuchara, mientras que el rostro avejentado del padre Albert, seguía sin recobrar su color, elevando una plegaria a Dios para que interviniera.

—¡Vamos, que no tengo toda la noche! —gritó un impaciente Dick, ansiando romperle el alma.

William se giró para tomar entre sus manos el rostro de su gran amor, secando con sus dedos el torrencial de lágrimas que no dejaban de salir, dándole un corto beso.

—No me hagas esto, por el amor de Dios, no me dejes —imploró Meredith entre sollozos.

—Tranquila, vida mía, esto no es una despedida. Sabes cuanto te amo, y que por ti, estaría dispuesto a todo. —William no sabía lo que le ocurriría, pero haría hasta lo imposible por regresar a su lado, lamentando que el destino le pusiera una prueba como aquella.

—Ya me tienen hastiado con tanta cursilería. ¡Vámonos de una maldita vez, antes que cambie de idea! —amenazó encolerizado Dick.

Julianna no pudo modular ni una sola palabra, abrazando a su prima nuevamente, quien seguía suplicándole al hombre que amaba que no la dejara.

Jonathan nunca se había sentido tan impotente como en ese momento, apretando su mandíbula fuertemente, tratando de controlarse para no cometer una locura.

—Ustedes dos se quedan aquí, no quiero sorpresas —ordenó Dick a sus hombres.

El frío nocturno los recibió, mientras William no dejaba de maquinarse en su cabeza alguna distracción, hasta que el hombre que custodiaba a Meredith, sin que ella lo supiera, pudiera tomar alguna acción, o mejor, llamar a la policía, al no estar en igualdad de condición.

Dick iba delante de William, mientras que Aldo caminaba detrás de él. Debía actuar cuanto antes.

—Siempre fui mejor que tú, por eso me odias, ¿cierto? —Dick se detuvo en el acto, girándose para enfrentarlo, recibiendo de su parte una sonrisa de suficiencia.

—Sí, te odio, pero yo soy mil veces más hombre que tú, maldito imbécil —pronunció presionando un dedo en su pecho, mientras lo observaba fijamente—. ¡¿Quieres que te lo demuestre?!

En su juventud, William jamás rechazó una pelea, pero ahora sabía que la violencia nunca sería la mejor opción. Sin embargo, en ese momento le sería de utilidad, encontrándose en el parqueo frontal de la iglesia.

— ¡¿Qué te detiene entonces?! —gritó abriendo los brazos, viéndolo con fiereza—. Únicamente espero que tengas los pantalones suficientes, para enfrentarme sin ayuda de tus matones.

— ¡No te tengo miedo! Aldo, esto es entre él y yo, ¡que no se meta nadie! —ordenó sin mirarlo, rojo de la cólera que sentía recorrer su cuerpo.

En un descuido de William, le encestó el primer golpe, directo en su mandíbula. A diferencia de hace años, ahora tenía motivos de sobras para devolver el golpe, lo que hizo de inmediato, enfrascándose ambos en una cruenta pelea, donde se propinaban puñetazos en varias partes del cuerpo, provocando que sus nudillos sangraran, sin que ninguno de los hombres de Dick intervinieran, pero sin apartar las manos de sus armas de fuego.

—¡¿Esto es todo lo que tienes?! —rugió William, limpiándose la sangre que goteaba por su nariz, con el antebrazo, sintiendo su cuerpo adolorido, pero no pensaba rendirse.

—Resisto más que tú, hijo de puta, pero no me gusta perder el tiempo. —Dick, agarrándose un costado, le dio una mirada significativa a Aldo.

—¡Suélteme! —imploraba Meredith con voz temblorosa, forcejeando con el hombre que la traía, casi arrastrándola por un brazo, helando la sangre de William.

— ¡Esto no fue lo que acordamos! —exclamó William fuera de sí.

—Cambio de planes, querido amigo —respondió Dick encogiéndose los

hombros, haciendo una mueca de dolor, por ese simple movimiento.

Enseguida se la quitó a uno de sus matones, pegando su espalda a su pecho, cruzando un brazo por su torso, sin que Meredith dejara de sollozar, sintiéndose aterrada por lo que estaban viviendo.

También habían sacado al padre Albert, Julianna y Jonathan, quien no se contuvo de decirle a Dick:

—Eres un maldito cobarde, que muy pronto pagará sus fechorías.

—Por favor, no te la lleves —suplicó William con un nudo en la garganta, sin importarle humillarse frente a Dick, quien se mostraba regocijado. Volvió a buscar con la vista al guardaespaldas, pero no había señales de él.

Dick caminaba hacia atrás, arrastrando a Meredith. Cuando William dio un paso para acercarse, Aldo lo detuvo, colocando la pistola en su cabeza. A pesar de sentir el frío del arma, no se inmutó, dispuesto a sacrificarse por la mujer que amaría eternamente.

—Aldo, ya sabes lo que tienes que hacer. —A Dick no le tembló la voz ante aquella orden.

Antes de cerrar los ojos, William articuló un te amo, escuchando el grito desgarrador de Meredith, y las voces de alarma de Jonathan y Julianna. Lamentaba dejarla en manos de ese desalmado, pero ya nada podía hacer.

—¡No lo hagas daño, haré lo que me pidas, por favor! —volvió a implorar Meredith, sintiendo que acuchillaban su corazón sin clemencia, pensando William que su voz sería lo único que escucharía antes de dejar de respirar.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos...

La policía los rodeó, apuntándole a Dick y a sus hombres, reconociendo William entre ellos al guardaespaldas, quien asintió con la cabeza, al verlo, comprobando que había sido él quien dio el aviso.

Dick no creía lo que estaba sucediendo, pero seguía sin soltar a Meredith, deteniéndose el corazón de William al ver que él sacaba un arma de la espalda, apuntándola en la sien.

—¡Baje su arma, está rodeado, no tiene posibilidad de escapar! —advirtió un policía, sin que lo obedeciera.

—Dick, acepta que no tienes escapatoria. Por favor, déjala ir. —William le habló mostrándole sus palmas abiertas, intentando que cambiara de parecer.

—¡Primero muerto, me escucharon, muerto! —gritó como un demente, ya que no podía permitir que lo apresaran y descubrieran su historial delictivo.

Un dispositivo policíaco se tendió alrededor de ellos, incluso ya habían

desarmado a los hombres de Dick, que caminaba hacia atrás, ejerciendo más presión en el torso de Meredith, apuntándole la nuca con su arma.

William volvió a dar un paso hacia ellos, pero él soltó el seguro del arma.

—¡No! —vociferó desesperado al escuchar la detonación del arma, viéndolos caer al suelo.

Rápidamente llegó a donde estaban, percatándose de la sorpresa en el rostro de ella y las quejas de Dick, a quien le disparó un policía por la espalda, salvando la vida de Meredith.

De inmediato lo desarmaron, mientras él se retorció con los ojos cerrados, en el suelo del parqueo frontal de la iglesia, donde su sangre se esparcía.

William contempló aquella escena que le pareció familiar. A pesar de todo, no le deseo el mismo destino del hombre que él había asesinado impunemente, sino que pagara por todos sus delitos tras las rejas.

—Tranquilízate, vida mía, ya todo pasó, estamos a salvo —musitó cuando la levantó, rodeándola en un abrazo protector.

—Gracias a Dios —respondió separándose un poco, tocándole el rostro con sumo cuidado—. Necesitas que te revisen, amor —sugirió con preocupación, al verlo magullado.

—No te preocupes, estaré bien, recuerda que soy doctor —alegó restándole importancia, aun cuando sentía su cuerpo adolorido.

En eso momento llegaron las amigas de Meredith y sus novios, a quienes no querían dejar pasar, pero Jonathan habló con un policía para que lo hicieran, abrazándose a ella sin salir de su asombro.

—Te comportaste como todo un héroe, hermano, aunque un poco temerario para mi gusto —mencionó Jonathan mirándolo con orgullo.

—Yo diría, que como el príncipe de un cuento de hadas —aclaró Julianna, guiñándole un ojo a su prima, dando gracias por haber salido airosos de todo aquel horror.

William observó desde su posición como colocaban en una camilla a Dick, subiéndolo a la ambulancia, arrancando a toda prisa custodiado por la policía. Aunque no sabía exactamente el daño provocado por la bala incrustada en su cuerpo, su experiencia le decía que podía ser irreversible. También como entraban a sus cómplices en las patrullas, con las manos esposadas a sus espaldas, asumiendo que aquella noche el reinado de Dick Jones había acabado.

William y Meredith atravesaron momentos devastadores, cargando cada

uno con su propia cruz. Pese a todo, pudieron sobrevivir hasta encontrarse, convirtiéndose él en su salvador, y ella, quien lo regresara a la vida, provocando que su corazón volviera a latir intensamente.

Quizás su amor ya estaba destinado, pues el corazón de ella lo reconoció como su único dueño, desde el primer momento en que sus ojos se cruzaron.

Epílogo



El transcurrir de los días no lograron que olvidaran lo sucedido. Sin embargo, tenían la seguridad que jamás volverían experimentar algo parecido.

Cuando sus padres se enteraron, no podían creer que estuvieron a punto de perder la vida de sus amados hijos, gratificando Joseph y Bernard al hombre que intervino para salvarlos, al que también agradeció Meredith, quien nunca se dio cuenta que era custodiada por él, pero que ya no lo necesitaría.

Las heridas de William sanaron satisfactoriamente, al no tener ningún daño interno, pero tuvieron que aplazar la boda por unos días.

Sus suposiciones sobre el caso de Dick fueron acertadas, debido a que la bala lastimó una arteria de su columna vertebral, quedando paralizado de la cintura para abajo. Él no se alegró de lo ocurrido, entendiendo que fueron sus acciones que labraron su destino, eligiendo el camino más fácil, hasta llegar a un lugar sin retorno.

En ese momento, William se encontraba en el hospital donde lo tenían ingresado, cuya puerta estaba custodiado por dos policías, ya que luego de investigarlo, descubrieron su expediente criminal desde que se uniera a Jeff, donde no solamente estaba inmerso en el narcotráfico y lavado de efectivo, también había dado muerte a varias personas. Cuando le dieran el alta, sería juzgado y extraditado, yendo directamente a una de las cárceles ubicadas en Londres, Inglaterra, su país natal, donde era probable que pagara cadena perpetua, según lo informado cuando los interrogaron sobre los hechos ocurridos en la iglesia.

Luego de que los oficiales le hicieran algunas preguntas, entró a la habitación. Aunque Meredith cuando le dijo que pensaba visitarlo, no le agradó la idea, él la convenció, diciéndole que era un capítulo de su vida que debía cerrar.

Dick tenía su vista perdida en la ventana, mostrando una imagen muy distinta a esa imponente que lo caracterizaba.

—Supongo que debes estar feliz, viejo amigo —dijo amargamente,

desviando la vista para mirarlo—. Estaré postrado en una maldita silla de ruedas, lo que me quede de vida, refundido en una jodida cárcel. Otro motivo para que festejes.

—Te equivocas, Dick, tengo sentimientos, por eso nunca me alegraría del mal de nadie. Además, por un tiempo nos unió una relación de amistad, aunque tú nunca la vieras de ese modo. —William se acercó un poco más a la cama.

—Entonces, ¿a qué has venido? —inquirió Dick entre dientes, sin sentir ningún tipo de arrepentimiento por todo lo que había hecho.

—Solamente quería despedirme —contestó sinceramente, recibiendo una carcajada de su parte.

—Perfecto, ya lo hiciste, ahora lárgate —expresó mirándolo duramente.

—Veo que jamás cambiaras, sin embargo, no te guardo rencor. No puedo albergar ese sentimiento en mi interior, que me impediría amar libremente. Tampoco puedo permitir que mi pasado siga atormentándome. —Se detuvo dándose cuenta que Dick lo veía de un modo que no supo descifrar—. La muerte de aquel hombre que tú ocasionaste, me persiguió de tal modo, que casi termino con mi vida por una sobredosis. Pero hice todo mi esfuerzo por salir del infierno en que se había convertido mi vida, enderezando mi camino. Espero que algún día, puedas encontrar tu propia redención.

Dick se mantuvo en silencio, pensando que él no merecía esa redención, que ya no podría salir del infierno que se había forjado a su alrededor.

—Adiós, Dick. —William se despidió de él, teniendo la certeza de que cuando saliera de esa habitación, no lo volvería a ver.



El día de la boda al fin había llegado, incrementando de ese modo los nervios de Meredith, quien también recibió la noticia que su padre al fin estaba divorciado de Grace, aunque tuvo que entregarle una fuerte cantidad de dinero, al que restaba importancia, por al fin conseguir su libertad de esa mujer.

—Hermosa —alabó Julianna el trabajo de la estilista, quien maquilló y peino a Meredith, mientras se encontraban en su habitación.

—Ahora a ponerte el vestido —dijo emocionada Breny.

Entre Carolina y Breny la ayudaron a ponérselo, mientras que Julianna se encargaría del velo.

—Esperen, hay que seguir la tradición —indicó Carolina, colocándole una

liga azul en el muslo derecho.

—Meredith, esta tiara perteneció a tu abuela, la usó el día de su boda. Estoy segura de que le encantaría que la llevaras puesta. —Enseguida Loraine se la colocó, para que su hija le pusiera el velo, mientras Magdalena veía con ojos cristalizados que su niña estaba por cumplir su sueño.

—Solamente falta algo nuevo. Compré estos pendientes pensando en este día, deseo que lo lleves puestos, pues son casi tan hermosos como lo eres tú, hija. —Los pendientes que les entregó Adele era de diamantes, en forma de corazón, parecidos al anillo de compromiso que le regalo su hijo, combinando a la perfección.

—Muchas gracias —expresó Meredith abrazándola—. A todas ustedes, por todo —añadió controlando sus lágrimas de felicidad.

—Cuidadito con llorar, prima, mira que no quiero que dañes tu maquillaje —advirtió Julianna con un dedo, sonriente.

—Es mejor que bajemos, mi niña, no puedes hacer esperar al novio —comentó Magdalena entregándole un hermoso ramo, con diversas flores—. Espero que te guste, lo hice con mucho cariño.

—Me encanta, Magda, gracias —manifestó dándole un beso.

Luego, vestidas para la ocasión, todas bajaron, dejándola a ella de último, esperando Joseph y sus hermanos al pie de la escalera.

—Luces hermosa, hija, nuevamente me haces sentir orgulloso —declaró su padre, mirándola con todo el amor que sentía por ella, besando su frente.

—He sido muy afortunada al tenerte como padre, te quiero mucho —dijo abrazándolo.

—Hermanita, estas bellísima.

—Corbin tiene razón. ¡Eres la novia más hermosa del mundo! —exclamó Adrien entusiasmado.

—Toda una princesa —comentó Stephany al lado de su novio.

—Gracias, tú también luces muy hermosa —respondió viéndola, luego extendió sus brazos—. Necesito que mis pequeños traviesos me den un abrazo. —Ellos no la hicieron esperar, demostrándose los tres cuanto se querían.

—¿Nerviosa? —preguntó Joseph a su hija.

—¡Feliz! —proclamó esbozando una inmensa sonrisa, cuando la ayudó a montarse en un *Rolls Royce* negro, de 1950, adaptado para la ocasión.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Llegaron al lugar donde sería celebrada la boda, convirtiendo el inmenso

jardín que habían reservado, en un bosque mágico de cuento de hadas, siguiendo los deseos de la novia.

Meredith caminó del brazo de su padre —luego que sus damas y madrina tomaran su posición en el altar en forma de arco, con sus respectivas parejas —, dejando a su paso los invitados de su círculo más cercano, congregados para participar en su enlace matrimonial, siguiendo un sendero bordeado por flores de diversas clases y árboles que se entremezclaban de un lado a otro, evitando que los últimos rayos del sol penetraran, razón de que ubicaran farolas en lugares estratégicos.

William, con una inmensa sonrisa, no podía dejar de mirarla, sintiéndose honrado de que una mujer tan hermosa como ella, por dentro y por fuera, lo aceptara para que compartieran una vida juntos.

—Hoy te entrego a mi adorada hija, sé que la harás muy feliz —aseguró Joseph cuando se detuvieron frente a él, siendo observados por el padre Albert.

—Gracias, Joseph —expresó tomando su mano, después musitó en su oído —: Me siento el hombre más afortunado del mundo. Te amo, vida mía.

—Te amo, mi príncipe —respondió reflejando en su mirada aquel fuerte sentimiento.

La ceremonia dio inicio, luego de que todos tomaran sus posiciones. Mientras duró, William y Meredith no dejaron de mirarse, susurrándose palabras de amor, hasta el momento que tuvieron que decir sus votos, y que un sonriente padre Albert, los declarara marido y mujer, besándola él como deseaba desde que la vio llegar, recibiendo los aplausos y buenos deseos de los presentes.

Al dar por concluida la ceremonia religiosa, los recién casados se dirigieron al lugar de la recepción.

—Todavía no puedo creer que seas mi esposa, si es un sueño, te imploro que no me despiertes —pronunció William, aferrándola por la cintura para pegarla a su cuerpo—Nunca me cansaré de besarte. Te amaré eternamente, vida mía.

—Te amaré en igual medida, mi amado esposo —contestó rodeando su cuello para besarlo.

—Ya ansió que estemos completamente solos, para demostrarse con hechos lo que me haces sentir —expresó con voz ronca, provocándole que su corazón latiera sin control—. Pero, trataré de controlarme —anunció guiñándole un

ojo, con una sonrisa sensual bailando en su atractivo rostro.

Meredith no le respondió, debido a que no estaba segura de que ella pudiese hacerlo.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Arribaron al Boston Harbor Hotel, ubicado en *Rowes Wharf*, con vista al puerto de la ciudad, siendo además, el lugar ideal para la sorpresa que Meredith le tenía preparada a su esposo.

El salón donde festejarían, estaba decorado similar al lugar de la ceremonia, perpetuando la fantasía de estar en un bosque encantado, entrando por un arco bordeado con flores y luces titilantes. Las mesas estaban repartidas alrededor de la pista de baile y del techo caían telas entrelazadas, simulando un cielo azul.

Tuvieron que repartirse entre los invitados que deseaban felicitarlos, incluidos los padres de Jonathan, que se llevaban de maravilla con Loraine, disfrutando todos de un momento especial, entre risas y pláticas, mientras degustaban una variedad de exquisiteces culinarias.

William bailó con su esposa, cantándole al oído la canción *This is promise you*, de *Nsync*, que dio inicio al primer baile nupcial, mientras se dejaba conducir por él. Luego le tocó el turno a su padre, continuando la celebración, al transcurrir de las horas.

—Amiga, todo está listo —le informó Carolina, observando a William platicar animadamente con sus padres y suegro, a cierta distancia.

—Gracias, sin ustedes, todo esto no hubiese sido posible —dijo Meredith abarcando el lugar con sus manos.

—No las des. Sabes que siempre hemos querido tu felicidad. —Breny la abrazó.

—Así es, y deseamos que seas inmensamente feliz —coincidió Julianna. Las cuatro se dieron un abrazo grupal, luego sus novios se acercaron para invitarlas a bailar.

Meredith observó sonriente a Tobías decirle algo al oído a Breny, mientras Edward abrazaba a Breny y Jonathan rosaba los labios de Julianna, a quien amaba profundamente. Pensando que sus tres mosqueteras merecían formar una hermosa familia, al lado de tan maravillosos hombres.

Desvió su vista hasta donde platicaba su padre y su tía con sus suegros, animadamente, también vio el modo en que Corbin abrazaba a su novia en una esquina, entre tanto Adrien platicaba con una compañera de clases que había

invitado, imaginando que pronto el menor de sus hermanos iniciaría su recorrido por el sendero del amor.

De repente sintió que unos fuertes brazos la rodeaban desde atrás, para pegarla a su pecho, al girarse se encontró con esa esplendorosa sonrisa y unos ojos que la miraban con amor.

—Ya es hora —informó sobre sus labios, las palabras que él estaba esperando.

Antes de que se marcharan, Adele reunió a todas las que estaban en edad de casarse, para cumplir con otra de las tradiciones: lanzar el ramo de novias.

Meredith se puso de espalda a ellas, notando como su esposo le daba un codazo a Jonathan, pues según aquella tradición, quien lo recibiera sería la próxima en casarse.

Al lanzarlo, escuchó las risas de sus amigas, percatándose al girarse que Julianna atrapó el ramo, viendo de forma picara a su novio.

— ¡Ya de esta no te salvas, hermano! —exclamó William palmeando su hombro mientras reía, antes de que Jonathan se dirigiera hasta donde estaba su novia, para besarla, provocando los aplausos de todos.

Loraine también reía, feliz de que su hija tuviera a su lado un buen hombre.

—Sé feliz, hermano. Te lo mereces —dijo Jonathan despidiéndose, conoedor también de la sorpresa.

—Lo seré. Gracias por siempre estar presente en mi vida, por tu apoyo constante —manifestó William abrazándolo.

Luego de despedirse de todos sus seres queridos e invitados, partieron rumbo al puerto.

—¿A dónde vamos? —inquirió sorprendido William, ambos caminando tomados de manos.

—Es una sorpresa, así que cierra los ojos —solicitó Meredith viéndolo de soslayo, agarrando con la otra mano parte del ruedo de su vestido, para no tropezar.

—¿Piensas secuestrarme? —volvió a preguntar con una sonrisa de curvada.

—No, simplemente quiero que me acompañes a un lugar muy especial para ambos. —William la obedeció, dejándose conducir por ella, hasta que se detuvieron.

—Puedes abrirlos ahora, mi amor.

William se quedó gratamente sorprendido al ver el yate donde se entregaron por primera vez, coincidiendo ambos en que era el lugar perfecto

para compartir su primera noche de casados, agradeciéndole él tan romántico detalle, besándola apasionadamente antes de abordar la embarcación y dirigirse a la habitación.

La cargó para entrar con ella en brazos, observando que estaba adornada con rosas y velas aromáticas en los lugares adecuados, recibéndolos la voz de Ed Sheeran, cantando *Thinking out loud*.

—Jamás me cansaré de decirte que te amaré eternamente, vida mía —dijo acariciando sus labios con los suyos.

—Te amo, y nunca podré agradecer lo suficiente haberte conocido —pronunció ella besándolo.

William la fue desvistiendo, besando cada parte de su cuerpo que iba quedando expuesto, hasta apreciarlo por completo, deshaciéndose luego de toda su ropa.

Cuando la acostó en la cama, se concentró en adorar con su boca cada centímetro de su anatomía, provocando que ella sintiera un gran placer, sin dejar de proferirse mutuamente palabras de amor, mientras se movían al ritmo de la canción que no dejaba de reproducirse.

Disfrutaron de una noche colmada de caricias y momentos de pasión que menguaron sus fuerzas, pero sobre todo, de compartir su inmenso amor.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Los rayos del sol atravesaron la ventana de la habitación, originando que William se despertara, sintiendo la calidez de su espalda pegada a su pecho, mientras él rodeaba su cadera con un brazo.

—Señora Carrington, es hora de despertar —susurró en su oído.

—5 minutos más —pidió ella con voz adormilada, dándole el frente, acariciando su rostro.

—Esta vez no podré complacerte —informó William con una sonrisa pícara, recordando que la noche anterior lo hizo hasta saciarla por completo.

—Pues deberías, recuerda que soy tu esposa —dijo siguiéndole el juego, haciendo un pequeño mohín con la boca.

—Lo siento, pero yo también quiero darte mi sorpresa. —Le dio un beso rápido, levantándose de la cama, o de lo contrario pasarían todo el día ahí, sin dejar de amarse.

Luego de que se dieran un rápido baño, encontrando todo lo necesario para hacerlo e incluso cambios de ropa, salieron tomados de manos hasta donde los esperaba el chófer de Joseph, abriéndole la puerta del automóvil, cargando

con el equipaje que le habían preparado en el baúl.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

—Imagino que no me dirás a dónde vamos —refirió ella poniéndose el cinturón de seguridad, antes de que el jet de su padre se elevara.

—No, o de lo contrario no sería una sorpresa. Pero no te preocupes por nada, Magdalena sabe bien donde vamos, y te preparó la maleta con todo lo necesario —indicó guiñándole un ojo.

—Por lo que veo, tuvimos muchos cómplices —mencionó ella sonriente, recostándose en su hombro, quedándose dormida en cuestión de minutos, mientras él acariciaba su espalda.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

***República Dominicana,
Aeropuerto Internacional de Punta Cana.***

Bajaron del jet luego de cuatro horas de vuelo, dándose cuenta Meredith que se encontraban en el caribe, agradeciéndole a su esposo por la sorpresa.

William organizó todo en el hospital y el centro comunitario, para disfrutar junto a su amada esposa una semana de luna de miel. Deseaba que fueran a un lugar paradisíaco, y luego de investigar y ver muchas imágenes, se decidió por la hermosa isla dominicana, haciendo todas las gestiones necesarias.

Cuando le informó a su suegro, este de inmediato puso a su disposición el jet privado de la empresa, para que viajaran cómodamente.

En ese momento se encontraban atravesando la entrada de un complejo donde de villas, estacionándose la jeepeta manejada por un chófer, frente a una de dos niveles, con diseño acorde al lugar, que William alquiló desde Boston, siendo recibidos por dos mujeres y un hombre, quienes le darían mantenimiento al lugar, además de atenderlos durante su estancia.

El interior de la villa mostraba una decoración armónica, en cuanto a colores y mobiliario. Atravesando una puerta doble de cristal se llegaba a la piscina, rodeada de palmeras y otras plantas tropicales. Pero lo que más llamó la atención de Meredith, fue la hermosa playa de arenas blancas, perdiéndose en sus aguas azules y verdosas, según la profundidad.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó William abrazándola por detrás.

—Sí, amo este lugar —respondió disfrutando de la brisa que movía su cabello.

—Todavía hay un lugar que quiero mostrarte, mi amada esposa —anunció subiéndola las escaleras con ella en brazos, abriendo la puerta de una habitación que tenía un balcón con vista al mar, bajándola cuando entraron.

Sin decir nada, Meredith caminó hasta allí, respirando el aroma del mar, dejándose calentar por el sol que brillaba con toda su intensidad, a esa hora de la tarde.

—Es una vista hermosa.

—Tienes razón, no existe nada tan hermoso para mí en todo el mundo. — William se refería a ella, de lo cual se dio cuenta al mirarlo.

—¿Qué quieres hacer ahora? —inquirió Meredith posando sus antebrazos en sus hombros, entrelazando sus manos detrás de su cuello.

—Lo que mi hermosa esposa desee —respondió con una de esas sonrisas que la derretían, ya que lo hacían ver extremadamente atractivo, reflejando además, la bondad de su corazón.

—Entonces, comamos algo para reponer fuerzas, nademos en la playa antes de que el sol se oculte y luego... —Se detuvo mirándolo de forma insinuante.

—Te amaré hasta dejarte sin aliento —completó el besándola.



Boston, EE. UU.

3 meses después...

William todavía recordaba lo felices que fueron en tierra dominicana, donde disfrutaron de la calidez de su gente y descubrieron lugares impresionantes, en compañía de un guía de la zona.

Jamás en su vida había sido tan feliz como durante esos meses que llevaba de matrimonio. Meredith era una esposa maravillosa en todos los sentidos, haciéndolo sentir el hombre más afortunado del mundo. Vivían en su apartamento, pero ya tenía planes para comprar una casa, pensando en que en un futuro la familia podía crecer, lo cual ansiaban.

Se encontraba en su consultorio dispuesto a iniciar la consulta, luego de dejar a Meredith en casa de su padre, debido a que ese día no se sentía con ánimos de ir a trabajar, algo extraño en ella, cuando su secretaria irrumpió nerviosa, dándole una noticia que lo hizo salir corriendo rumbo a emergencia, con el alma en vilo.

Al llegar, vio a su esposa dormida, acostada en una camilla mientras la revisaba una doctora y una enfermera que terminaba de tomarle una muestra de sangre, en compañía de sus hermanos y Magdalena, quienes evidenciaban su preocupación.

Se acercó rápidamente a ella, sosteniendo una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué sucedió? —preguntó con voz ronca, sin dejar de mirarla.

—Estábamos conversando, pero de repente se desmayó —informó Corbin.

—Me asusté mucho al ver a mi niña así, por eso le pedimos al chófer que nos trajera de inmediato —informó Magdalena con una idea surcando su mente.

—Cuando llegamos, pedí que te avisaran —explicó Adrien.

—Descuide, Carrington, todo saldrá bien, solamente debemos esperar un rato por los resultados del laboratorio.

—¿Segura? —preguntó a la doctora, que lo veía con una sonrisa enigmática, asintiendo ella en respuesta.

El tiempo de espera a William se le hizo eterno, hasta que por fin llegó el resultado, que lo dejó sin palabras, al igual que a los demás.

De repente se percataron que Meredith estaba despertando, sugiriéndole Magdalena a los chicos que los dejaran solos en el cubículo, acordando Corbin llamar a su padre para informarle.

—Amor, ¿qué pasó? —preguntó desorientada, entre tanto él acariciaba su rostro, viéndola con adoración.

—Solamente fue un desmayo, vida mía —dijo ayudándola a sentarse en la cama.

—Quizás fue por la impresión que sentí cuando me enteré. —Meredith agachó la cabeza, pero su esposo la tomó por la barbilla para que volviera a mirarlo a los ojos, intrigado.

—Tengo algo muy importante que decirte, aunque primero deseo que me cuentes de qué te enteraste.

—Corbin me dijo que Grace sufrió una fuerte crisis nerviosa, y tuvieron que ingresarla en un psiquiátrico.

—No puedo creerlo, ¿cómo lo supo?

—Una de sus amigas llamó a la casa pidiendo hablar con mi padre urgentemente, pero al estar de viaje, Magda la comunicó con mi hermano. Según le explicó, el hombre con quien te dije que la vi ese día, prácticamente la obligó a darle todo el dinero que consiguió a través del divorcio, para

invertir en un negocio que según dijo lo triplicaría. Sin embargo, todo fue un vil engaño, descubriendo luego de unos días, al buscarlo donde vivía y preguntarle a una vecina, que se fue de viaje con su novia, una mujer joven, según la descripción que le dieron.

—Y ella no lo soportó —concluyó William.

—Para una mujer como ella, verse sin un centavo, fue muy difícil, al punto de que perdiera la razón. A pesar de todo, nunca le deseé mal, pero dicen que cada quien paga sus culpas, en algún momento —mencionó sinceramente.

—Esa es una de las razones por las que te amo —expresó apartándole una lágrima, pues a pesar de que no supo ser una buena madre, ella no podía ser indiferente a su sufrimiento.

—Ahora cuéntame, por favor —lo instó, preocupada—. Es primera vez que me sucede, aunque últimamente me he sentido algo extraña, pensé decírtelo, pero se me olvidó.

—Quiero que estés preparada, ya que dentro de unos meses, tendremos una extensión de nuestro amor revoloteando a nuestro alrededor, únicamente espero que ella o él, sea tan hermoso como tú —mencionó con una inmensa sonrisa, reflejo de la felicidad que sentía.

Meredith colocó una mano al lugar donde crecía el fruto del amor que compartían, donde también su esposo posó la suya.

—Te prometo, que intentaré ser la mejor madre del mundo, mi corazón. Que siempre respetaré tu opinión, te apoyaré y te daremos todo nuestro amor —le habló por primera vez a su bebé, con el rostro bañado en lágrimas de felicidad.

William entendía su reacción, al pensar en que ella lamentablemente, no tuvo la madre que merecía. Él también dejó salir algunas lágrimas, agradeciendo al cielo por haberle dado la oportunidad de tener una hermosa familia.

—Gracias, por colmar mis días de felicidad —pronunció besándola.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

Años después...

Meredith recordaba vívidamente el nacimiento de su primogénito, Alexander, que ya tenía 10 años y era casi una réplica de su padre, quien sostuvo su mano en todo momento, deseando padecer los dolores que ella exteriorizaba con el llanto, mientras pujaba con todas sus fuerzas, hasta que lo

escucharon gritar, agradeciendo aquel maravilloso regalo, al tenerlo entre sus brazos.

Luego de dos años, recibieron una hermosa niña de cabellos rubios como su madre, Amaya, quien se convirtió de inmediato en la princesita de la hermosa casa que habían comprado, teniendo su propio pequeño castillo en el jardín, que William mandó a edificar, donde jugaba por horas.

Julianna y Jonathan, se casaron al poco tiempo que ellos lo hicieron, pues él le dijo a su prima que no podía romper la tradición, recordándole que había agarrado el ramo de novia, y que era su deber, como buen caballero, desposarla cuanto antes, pero que sobre todas las cosas, en ella había encontrado a la mujer con la que anhelaba pasar el resto de sus días.

Todo aquello se lo dijo arrodillado con un anillo en su mano, frente a Loraine, quien no podía aguantar las lágrimas de felicidad.

La respuesta de Julianna fue lanzársele encima, besándolo mientras le daba el sí. Ahora formaban una hermosa familia, junto a su hijo de 6 años, mientras esperaban otro barón que nacería en unos pocos meses.

Breny y Carolina también se habían casado con sus fieles y amados Tobías y Edward, respetivamente, y tenían unos hijos preciosos.

Cuando los dos de Carolina y el caballerito de Breny, se juntaban con el de Julianna y los dos suyos, era todo una revolución en la casa de los Carrington Parker, pero sus padres complacidos, veían como sus hijos serían tan amigos como lo eran ellos, esperando que siempre se apoyaran, incondicionalmente.

En cuanto a su padre, hace 5 años se había vuelto a casar con una buena mujer contemporánea con él, quien le había sabido dar todo el amor que él merecía, convirtiéndose en una abuela amorosa para sus hijos.

Nadie podía negar que Alexander y Amaya eran dos niños consentidos por sus abuelos, debido a que Bernard y Adele, los llenaban de regalos, eso sí, tenían que ganarse cada uno, manteniendo sus buenas notas, mostrándose obedientes y respetuosos en cada momento. Bernard quería recuperar con ellos todo el tiempo que le negó a su propio hijo.

Sus hermanos seguían colmándola de orgullo. Corbin desde hace unos años ya se había graduado de abogado, y trabajaba en la empresa familiar, casado con su hermosa novia de la secundaria, Stephany, ambos felices, ya que después de buscar casi por dos años que ella quedara embarazada, en un mes nacería su primogénita.

Adrien, cuando estuvo en el extranjero haciendo una especialidad en el

área de finanzas, luego de graduarse, conoció a una española de la que se enamoró perdidamente, al grado de que le pidiera que fuera su esposa, que aceptó sin dudar, ya que también lo amaba, cuya boda se celebraría en España con toda su familia, dentro de unos meses, para luego radicarse ambos en Boston.

Antes de que naciera Alexander, visitó a Grace al hospital psiquiátrico donde seguía ingresada —en compañía de William—, perdida en su propio mundo, negándose a la realidad que la rodeaba.

Cuando Meredith la vio, se sorprendió mucho, ya que ante ella se mostraba una mujer totalmente diferente a la que conocía, con el rostro sin una gota de maquillaje, vistiendo una simple bata de hospital. En ese momento, supo, que aunque nunca olvidaría todo lo que les hizo, no le guardaría rencor.

Aquel domingo, habían dejado a Alexander y Amaya, en compañía de su querida Magda, quien se mudó con ellos tan pronto compraron la casa.

Frente a ese inmenso mar, a bordo del yate donde se entregó por primera vez al hombre que amaba y amaría eternamente, nuevamente se sintió afortunada, pues pese a todo lo que sufrió en el pasado, había disfrutado de años maravillosos junto a todos sus seres queridos, sin perder la esperanza de que su futuro sería igual, consciente de que si se presentaba algún obstáculo en el camino, ella y William, con el gran amor que sentían, lo podrían superar.

~*♥*♥*♥*♥*♥*♥*♥*~

William terminó de soltar el ancla de la embarcación que le había comprado al conocido de Jonathan, regalándosela a su esposa en su segundo aniversario de bodas, y que ya navegaba a la perfección.

Desde hace algunos meses fue nombrado director del hospital, por su excelente labor.

Con ayuda de Loraine, quien volvió a ejercer su labor como trabajadora social, abrieron un centro de acogida para personas que habían tenido problemas con las drogas, que desde hace 4 años recibía a jóvenes y adultos, con deseos de reintegrarse a la sociedad, dejando atrás un mal que los destruía en todos los ámbitos.

Cuando se conformaba un grupo de nuevos miembros, se llevaba a cabo una charla de bienvenida, a la que siempre asistía William, narrándoles su amarga experiencia en las drogas, pero haciéndoles ver que ellos también podían resarcirse de sus errores.

Contaban con el personal necesario, e instalaciones adecuadas, donde se

llevaban a cabo diferentes actividades, incluso ya estaban pensando en ampliarlas, por la excelente acogida que habían tenido.

Agradecía la ayuda que había recibido de sus padres, con quienes seguía manteniendo una relación basada en el amor y la confianza, de su suegro y Jonathan, quienes aportaban su granito de arena para que todo marchara sobre ruedas en el centro.

Fue hasta donde se encontraba Meredith, frente al timón, rodeándola con sus brazos, pegando su espalda a su pecho.

—¿Cómo te sientes? —preguntó besando su cuello.

—A tu lado, increíblemente feliz —respondió girándose, para entrelazar sus brazos en su cuello, sonriéndole.

—Y yo el hombre más afortunado en la faz de la tierra. Te amo, vida mía. Gracias por darme una hermosa familia, que ni en sueños imaginé —dijo rosando sus labios, mientras la brisa marina los envolvía.

Adoraba a sus hijos, y se había propuesto dedicarles todo el tiempo posible, sin importar sus múltiples ocupaciones, jugando con ellos, escuchándolos y apoyándolos en todo.

—Te amo, mi príncipe. Gracias a ti, por ser el mejor de los padres —pronunció besándolo apasionadamente.

Meredith se convirtió en su esperanza, llegando a su triste existencia para hacerlo renacer, dándole motivos a su corazón para latir, teniendo la certeza de que la amaría por siempre.

FIN



Biografía



Nací un 27 de septiembre en la hermosa isla de República Dominicana. Egresada de la carrera de Mercadeo, esposa y madre de dos peques que son mi adoración, mi mayor tesoro y fuente de felicidad.

Me considero una devoradora de libros, pues cuando una historia me atrapa no paro hasta culminarla.

De mi pasión por la lectura nació mi amor por la escritura, iniciando mi recorrido por el maravilloso camino de las letras, a finales del 2015, publicando mi primer escrito en una plataforma gratuita que me abrió las puertas.

Soy una romántica empedernida, por eso me encanta escribir historias cuyo hilo conductor sea el amor, ese que llega inesperadamente y que crece con fuerza en los corazones de dos seres, destinados a estar juntos.

Disfruto viajando a diferentes lugares a través de mis escritos, razón de que no se desarrollen por completo en mi país de origen.

Al escribir, me dejo fluir libremente, procurando hilar las ideas que gracias a Dios llegan sin parar, de forma coherente, anhelando producir en quienes me honran con sus lecturas, un sinfín de sentimientos.

Otras historias autopublicadas:

Los placeres del poder.

A mis pies.

Puedes encontrarme en mis diferentes redes:

*Facebook

Candis Benítez – Autora (página)

Candis Benítez (grupo)

*Instagram

@candisbenitez

*Twitter

@candisbenitez



